

Memorias

Martha Sélika



LIBRO 1

Introito

Se me hace cada vez más difícil discernir, tamizar, ordenar, priorizar (todos esos verbos que odio) entre lo que fue, lo que soñé, lo que me adjudicaron, lo que negué, todos ellos con los “hubiera sido”, etc. Los condicionales infaltables.

Y no sé si vale la pena. Tal vez lo vale para mí sola, o para dos o tres que están cerca y hoy tienen que hacer su camino.

Hay aquí un juego de espejos, muchos malentendidos, un manojito de desencuentros, de palabras dichas en idiomas diferentes, de gestos ininteligibles, de sueños de colores chocantes y hay infinitos y “Yo que sé”...que me atorran y quieren atorarme y que voy aceptando con una cierta vergüenza necesaria parecida a la humildad.

Porque en el fondo no sé si todo hubiera sido diferente como creo si, a mis nueve años, ella no se hubiera muerto.

La madre

Ella era...cutis de rosa, perfumes franceses, sonatas de Chopin, varios idiomas. Era la ex alumna del Colegio Alemán adorada por sus amigas, por sus padres, por su marido. Ella era única en la familia y entre su grupo de señoritas de aquel Montevideo pacato de 1925. Supe luego por sus libros y algunos escritos que hasta era inteligente. Se había movido por temporadas en los hoteles de mi abuelo en Matto Grosso y en Santos, vigilada por mi abuela que corría cualquier entusiasmo masculino en su entorno, todo eso le daba un cierto aire cosmopolita a la niña mimada que debía ser.

Claro que se parecía físicamente a la Juana de Ibarbourou de los billetes de mil con esa melenita y aquellos ojos tristes. Porque sin duda eran muy tristes sus ojos, grandes, oscuros tal vez sombreados más aun por los cosméticos caros (Chanel, Guerlain, E. Arden) que yo olía en su cutis cuando me abrazaba.



Yo, el fruto de su único parto, aquel acto sacrílego, sangrante, que casi la había llevado a la muerte y a mí al peligro de quedar con un ojo vacío por la punta del fórceps. Nunca pude imaginarla pariendo otro hijo después de aquella medianoche de junio en el caserón de mi abuela que me fue narrada mil veces donde la madama y el médico me sacaron al fin, con una cicatriz en la sien que no fue nada, después de todo era una nena preciosa y traía todo lo que se esperaba que tuviera.

En las otras piezas dentro del caserón, aterrados y también con culpa, mi padre y mis tíos y tías abuelos y por supuesto Ina, creyeron parir a su vez sin saber mucho de qué se trataba porque sin duda el dolor y la sangre fueron solo de ella. De ella y míos. Y mi padre dijo “por el llanto es un varón” frustración primera de toda la serie con que le obsequié de ahí en más.

No me fue difícil imaginar después lo que debe haber sido aquel puerperio alargado entre algodones, mimos, regalos, platos exquisitos, pechuga de perdiz, esas cosas que ella aceptaría con su sonrisa lejana. Los senos se le agrietaron: la niña no mama bien, es bruta y a la vez inapetente, venga un ama de cría y pronto la vaca del tambo, todo menos seguir destrozando a Sélika.

Desde el principio supe que entre ella y yo siempre estuvo la otra, no mi hermana, por cierto, sino aquella sombra que ella sabía que era más que un presagio. Detrás de los frascos de perfume y de los vestidos de Chanel - recuerdo un tailleur blanco- de las alhajas que eran meticulosamente usadas a diario, de los viajes, de los libros, emergía la mirada lejana que buscaba su correlato desde la sombra o adentro del espejo oval de su dormitorio. Porque ella siempre supo que pronto se iba a morir y su amor de madre fue como de despedida. Siempre.



Entonces aquel mediodía de un primero de febrero en que yo, que sabía todo sin quererlo saber, recibí de una Ina temblorosa la confirmación de mi orfandad, me ví parada sobre las baldosas blancas y negras abrazando la soledad para siempre. Pero por lo menos sabiendo- me conformaría después- “Todos vamos a vivir para ti” sentenció Ina asustada, horrorizada de haber tenido que ser ella, tan añorada y tan débil, la que tuvo que darme la noticia, vivisección a la niña de sus ojos, de tantos ojos.

De luto

La casa de mi abuela se volvió negra, la puerta se mantuvo cerrada, las ventanas también, sombras recorrían los patios, tíos lloraban por los rincones, casi no se hablaba. Hasta la azalea de mi madre tuvo el buen tino de secarse.

Y si yo tenía ganas de cantar, porque a veces yo tenía esas ganas y memorizaba muchas letras de canciones de todo tipo, era mirada como un bicho pisoteando el Santísimo y me iba a refugiarme al jardín donde unos pelones aun eran riquísimos, un sabor que nunca se repitió.

Mi abuela vestía de luto como otras veces- ya se habían muerto tres de sus hermanos: José, Serafín y Sara. Entonces acudían al “Luto Elegante” creo que en Bacacay donde a las mujeres de la familia se las proveía de las prendas necesarias y había sombreros con velo y todo, enaguas de satén negro y culottes de bruja.

Pero este luto era diferente: obedecía al golpe gratuito, malicioso sobre lo más querido, sobre el asomo propio a la eternidad. Pero con una variante:

había quedado yo. Sobre mí recayeron las cuitas, los miedos, las expectativas, la pequeña parcela de ilusiones que, tal vez la vida reservase como revancha.

Y César Pesce Castro el pintor amigo que mi padre había contratado para pintar un óleo de Sélíka, pedía verme para captar aquella tonalidad de su tez que yo luego me ocuparía de borrar de la mía en mis contubernios con el hermano Sol durante el resto de mi vida.

Pero siempre fui la hija de Sélíka, la que sus amigas miraban con melancolía: parecido innegable-pero que en realidad no, también tenía su nariz pero más ñata, los ojos verdosos y no podía jugar a la paleta por mi torpeza y menos tocar el piano. Ella era y no era.

Y a ese no era yo lo quería remendar. Por años ansiaba datos sobre esa Sélíka Violeta, revolvía su escritorio, sus fotos de soltera, sus álbumes de colegiala, sus cartas, sus collares, sus lacres de colores. La quería a ella, quería ser ella. Tenía la idea loca de que la iba a recuperar algún día porque ella estaba ahí nomás y porque se me iba a hacer justicia a mí, tan sola y boba.

Con la partida de mi madre se cerró una casa: mi casa paterna. Loco de dolor y de miedo, mi padre clausuró todo, se fue a un hotel y yo por un tiempo a lo de mis abuelos donde ya me encontraba desde que mi madre se agravó. Yo no la vi morir, claro, ni la vi muerta, ni supe claramente de qué murió. Vagamente intuía que a ella que había tenido de niña una neumonía, le fallaban los pulmones. Fue una congestión, tal vez una tuberculosis, no sé. Algo espantoso tuvo que ser para provocar aquella estampida en la que se perdieron mis vestidos, mis juguetes, mis libros, los muebles de mi cuarto. Ya nada de eso volví a encontrar. Sobre el final de mi madre y su causa solo recogí medias palabras o alusiones a algo malo que posiblemente yo heredara. Todo susurrado por mi tía Teté que supo ser a cabalidad, la mala de la historia y que, por años, aludía a mi delgadez e inapetencia como algo propio de la hija de una enferma que iba en el mismo camino.

La casa de mis abuelos, bendita y mil veces sanadora, fue siempre el sitio rescatado de mi niñez. De mi otra casa que quedaba en el Prado- Av. Suárez- donde viví con mis padres y María la doméstica que me enseñó a cantar tangos, no quedaron sino hilachas de recuerdos. Y era linda, con mucha luz.

Pero tras la muerte de mi madre la permanencia con los abuelos, tías abuelas e Ina fue breve. Mi padre acondicionó con dispendiosa generosidad una casa que había comprado antes en Pocitos-Francisco Vidal- casi Solano Antuña 730 de chapa. Era un caserón estilo español, lujoso, excelentes materiales y hasta con una torrecita un poco absurda. Había azulejos de colores, parquet, el jardín que Teté hizo cubrir de baldosas, había demasiado...

El servicio: cocinera y mucama tenían su lugar aparte y un sistema de timbres hacía caer una tarjetita con un número cuando se las llamaba desde el ambiente que fuera. Y vaya si se las llamaba....a la tía le gustaba probar a ser rica y a mandar. Era impertinente, fría y se sabía con poder.

Cuando yo advertí que la mudanza a Pocitos significaba, no solo dejar atrás todo mi mundo de la niñez con María incluida, sino empezar a convivir con cinco mujeres de la rama paterna dispuestas a seguir viviendo de mi padre y a disputarme sus favores, ya era demasiado tarde. En seguida comprendí que las pesadillas siempre se inspiran en la realidad y que ambas se retroalimentan.

Pero también empecé a sospechar que era la elegida de algo o de alguien que, desde la sombra, me cuidaba y sin manifestarse claramente, me miraba con benignidad y sonreía. Eso con intermedios de infinita tristeza. Y empecé a leer locamente todo lo que podía y a la hora que fuera y empecé a escribir dejándome llevar por no sé qué parecido a la alegría. Claro que eso sería más tarde.

La abuela que se perdía

Clara Esperanza, nombre bien aspectado si los hay. Era una de las mayores de una familia grande, bien provista de hijos e hijas, tal vez demasiado provista. Hay una foto borrosa de mis bisabuelos casándose. Ella de luto y parada detrás de él, los dos serios porque en esa época posar sonriente no se estilaba, era signo de gente de mala vida, cabareteras y algo así.

“Clara, Clarita me llaman,

Siendo clara me enturbié

Nunca me digas “nunca”,

De esta agua no beberé”



Decía ella que se lo repetía uno de sus pretendientes bigotudo él y vecino de Montevideo, uno de sus tantos pretendientes despechados. Porque por las fotos y por los rasgos que conservó hasta sus 96 años, sin duda debió ser más que linda Esperanza, con una nariz perfecta y una frente de virgen de Botticelli. Y además sabía coser, era hacendosa y con un carácter firme encaminaba a sus hermanos porque su madre, “sufría de los nervios”, esa forma acotada de mencionar cualquier dolencia psíquica o

similar.

Con ese carácter firme debió transitar las calles de la Ciudad Vieja, enfrentar a los marchantes como llamaba a los vendedores que iban casa por casa, a los comerciantes del mercado y también por una anécdota que ella contaba riendo, recoger sus calzones festoneados que un día, por un nudo mal hecho, se le habían caído cruzando la Plaza Independencia, punto neurálgico del “tout” Montevideo. Una señora me ayudó, nos sentamos en un banco y yo los dejé caer, hice un rollito y me los guardé”.

Pero ese carácter firme a veces derivaba en una severidad excesiva o en accesos de agresividad que no me gustaban. Claro que jamás iban dirigidos hacia mí, yo, a sus ojos era intocable, merecedora de todos los halagos y consideraciones. Era la hija de Sélíka, la única.

Muchas veces me llevaba con ella de compras o a visitar alguna de sus muchísimas amigas. Entonces era hermosa, digna, toda de negro muy bien peinada y luciendo sus alhajas que eran casi dignas de una princesa...Ante ella todas las puertas se abrían o ella las abría, no importaba discernirlo, su mano era segura y amorosa aunque a veces me desconcertaba su falta de



orientación. “Señor, podría decirme para qué lado queda 18?”. Nunca le fallaba el cicerone elegido pero pronto le mostré que me podía manejar como una brújula casera: siempre supe no solo donde quedaba 18 sino cada rincón, cada comercio, cada esquina. Para bien o para mal aquella memoria no me ha traicionado jamás.

Pero ella, aun dentro de su casa, enorme casa con patios y veinte habitaciones, se perdía. A veces llamaba en la oscuridad de un cuarto que se le hacía difícil de reconocer y del que no hallaba la salida. Entonces

yo la rescataba como si la niña fuese ella.

Con el tiempo se me hizo difícil aceptar que aquella situación no era más que el anuncio de otras que llegarían: mi abuela era vieja y si bien era sana y decidida, sus fuerzas iban a flaquear y yo tendría que ser su apoyo.

Pero lo cierto era que nunca pensaba demasiado en ese día.

Entretanto Esperancita hacía lo que quería con Ina y con Elvira, su hermana soltera. Por el contrario la relación con los hermanos solteros, menos aun con el casado, la propia relación con Sofía, su hermana casada era de igual a igual.

En cuanto a su relación de pareja, mucho me he preguntado como debió ser realmente porque ella casi no la dejaba ver.

Orgullosa, casi inexpugnable, no encontraba hombre que le viniera bien y los había espantado como a molestos moscones hasta que, ya cercana a los 30, una edad que significaba poco menos que “quedarse para vestir santos”, conoció a Enrique Gatti y fue hechizada. Y no era para menos. El era un italiano muy buen mozo con todos los atractivos físicos en boga más una experiencia y un aplomo que le habían dado sus continuos viajes en los barcos del Lloyd



Brasileño por el Paraná, Paraguay, Amazonas y costas atlánticas del Brasil. Ya para entonces había comprado un hotel-casino en la rambla de Santos y otro en el Pantanal, Corumbá.

Y ya por entonces debía ser muy rico pero con la elegancia dispendiosa de un dandy jamás se interesó realmente por el dinero.

Nada más lógico que Esperanza quedara hechizada y él...siempre había sido y siguió siendo un enamorado de Greta Garbo y esta montevideana tenía un empaque y rasgos parecidos, era

además seria, laboriosa, confiable. Y en un santiamén se casaron, ella de blanco y con un vestido de larguísima cola, él de etiqueta y con unos mostachos impecables dándose el lujo de una cierta sonrisita burlona, porque su sentido del humor era ostensible siempre.

Todavía hoy tengo una jarra: "la Chancha" que fue el primer regalo del esposo a la recién casada. Mi abuela la odiaba, siempre la odió.

Como él pensaba continuar con sus viajes, se acordó que su esposa siguiera viviendo en la casa paterna pero aportando una importante mesada con lo cual se afianzó su rol de dueña y regente.

Enrique iba y venía. A veces desembarcaba en el puerto y traía a cenar a toda la oficialidad: los platos que se elaboraban en casa eran famosos. Todavía recuerdo la larguísima mesa del comedor de mis abuelos que se alargaba en esos trances hacia el ante comedor, rodeada de marinos con sus uniformes blancos y la característica cortesía de los brasileros. Yo no participaba por cierto de ágape pero recuerdo la fascinación con que miraba la destreza inaudita de uno para deshuesar la perdiz sin quebrarle un solo hueso haciéndola volver intacta a la cocina.



Es de suponer que tras alguna de esas idas y venidas de mi abuelo, Esperanza quedara embarazada de mi madre que pasó a ser la adoración de una considerable familia de tíos y tías solteros. Nunca supe por qué no tuvo más hijos, tal vez por la edad o porque las visitas cada vez más espaciadas del marido así lo impusieron, tal vez porque su propia relación de esposos se fue haciendo más y más lejana y conflictiva.

No era usual que ella abordara los barcos cuando llegaban a puerto pero recuerdo una cena en la que yo también fui con ella. Fuimos ceremoniosamente recibidas pero tengo grabada la escena de mi abuela y yo saliendo a una cubierta en una noche de verano al tiempo que convergían en ella mi abuelo y una mujer muy elegante con la que bailaban un tango totalmente ensimismados. Ellos no nos vieron y mi abuela no trató demasiado de disimular su rencor por el desaire. Sin abundar en detalles, intuí muy bien que allí había algo sinuoso y especial a la vez muy doloroso.

Desde que yo recuerdo, mis abuelos siempre durmieron en cuartos separados. El de la abuela era lujoso, con muebles de cedro y colcha de encaje pero el del abuelo, en cambio, era como un cuarto de huéspedes que tenía solo lo indispensable. Así fue hasta el final.

Ya nacida mi madre, durante su adolescencia y primera juventud mi abuela viajaba en barco y pasaba temporadas en los hoteles de Corumbá y de Santos. Allí se convertía en “la señora”, era respetada y temida y no permitía que su hija se relacionara con los lugareños. Sin embargo en Santos permitió que trabara amistad con chicas y jóvenes de las altas esferas de San Pablo que veraneaban en el hotel. De allí surgió la amistad con los Varela Alcover (familia de Arlinda) vinculados al negocio del café y algunos otros que



desconozco. De ellos hay fotos bonitas de una Sélíka joven con raqueta de tenis y a la orilla del mar.

Esperanza nunca fue amiga de la playa. Todavía recuerdo que me llevaba haciendo ascos a Pocitos y con un temor verdadero por el mar solo me permitía bañarme en la orilla, entre la espuma de la ola que se retiraba. Eso me llenaba de rabia porque en el agua siempre fui especialmente feliz. Ella quedaba en la orilla, a pocos pasos, totalmente vestida y calzada y con una enorme toalla de baño en la que me envolvía cubriéndome de vergüenza y fastidio. Para ella el mar era una trampa mortal y eso yo no lo podía admitir.

En la playa de Santos, donde sí parece que el mar era peligroso, todas las mañanas la esperaba un bañero que la llevaba de la mano para recibir el módico chapuzón diario. Ella cuenta que iba aterrorizada y más que nada por vigilar a Sélíka que siempre fue más osada e independiente. Muchas veces me pregunté cómo sería realmente su relación con aquel hombre que la conducía diariamente hacia el mar, tomada de la mano y fantasee sobre ella.

Pasados aquellos años de temporadas periódicas en los hoteles- una de ellas en Corumbá- apareció Ina. Abuela se afincó en Montevideo: con mi madre ya casada y luego con mi nacimiento tenía motivos para sentirse plena o algo similar.

Por entonces convivía en la casa grande con sus hermanas solteras Elvira y Sara y con sus hermanos José y Serafín además de Ina que fue creciendo a su sombra.

Las visitas del abuelo fueron cada vez más espaciadas y se fue dando el proceso de su bancarrota atrapado por la ruleta, los caballos y otros ítems que desconozco hasta que, luego de la muerte de mi madre, recaló en forma definitiva en Montevideo y estableció con su mujer una relación gélida de antagonistas que mantendrían hasta el fin.

En medio de esa situación recuerdo que hubo una fiesta grande por sus 50 años de casados en que no faltaron agasajos, flores y brindis, pero todo ello fue creado por el impulso romántico de Ina y las amigas de mi abuela que forzaron un festejo bastante absurdo del que yo participé con un precioso vestido azul y quedé catalogada como una niña-adolescente muy bonita e igual a su madre. En esa época los halagos a las chicas eran moneda corriente y yo, insegura y tímida, me alimenté de ellos con placer.

Mi abuela había incorporado a su núcleo de amigas de siempre un sector nuevo: las compañeras del comité Margarita Uriarte de Herrera que empezó a frecuentar impulsada por su raíz blanca y su inquietud militante. Porque ese era sin duda otro de sus atributos curiosos. Toda la familia se proclamaba blanca, del Partido Nacional, sus hermanos habían peleado con Aparicio y por algún cajón circulaban fotos de aquellos emponchados acampados Dios sabe dónde. Esas fotos, que hubieran sido casi una reliquia, fueron quemadas junto a otras en uno de los raptos de rabia y dolor que Esperanza sufría. Esos raptos que aterrizaban a Ina pero de los que a mí solo me llegaban ondas lejanas, eran una de las peculiaridades de su carácter. Junto con ellos venían a veces reacciones de una bondad extrema absolutamente exagerada, rayanas con la santidad.

Porque mi abuela era ferviente católica, ferviente y practicante y en una época se incorporó a las terciarias franciscanas, orden seglar de San Francisco.

Hoy recuerdo que al pronunciar sus votos, podía o debía cambiar su nombre y ella eligió Martha de Jesús para darme un regalo, un gustito, no sé. Como blanca convencida leyó hasta con lupa *El Debate* y *La Tribuna Popular* y alabó a Herrera, su ídolo, el que solía abrazarla afectuosamente diciendo con voz temblorosa... "pero Doña Esperanza!!" tal vez asustado de aquel fervor o tal vez siguiendo un cliché que usaría con todos sus correligionarios.

Un día como excepción, abuela me susurró: "Herrera está chocho!". Fue porque él, luego del abrazo le dijo: "nosotros somos contemporáneos!" y ella no pudo soportar aquella intromisión sobre su edad real que siempre escondió. Y eso que ambos habían pasado ya los 80 años en aquel momento.

A mi abuela la seguía un grupo variable de mujeres negras que cumplían labores: lavandera, limpiadora, planchadora. Cada tanto las veía aparecer y constataba que mi abuela las recibía con afecto y establecía un diálogo casi de iguales. De entre ellas recuerdo a Sixta, la lavandera que traía al mundo un negrito por año, siempre con su atado de ropa sobre la cabeza, siempre sonriendo aun con canas y con tristeza. Un día estando ella enferma o en el puerperio, visité con abuela su casa y aun en la pobreza, me resultó preciosa. El pequeño estaba mamando y abuela le dijo: "Pero Sixta ¿qué pasó? este niño es blanco!". Sixta, paciente le dijo: "No Sra., es que los negritos siempre nacen blancos, después se van poniendo como los otros, ya va a ver."

Después, a la luz de realidades sociales más crudas aún que fui conociendo me preguntaba qué encontré tan atractivo en aquella casa del Barrio Reus al Sur y creo que fue el contacto estrecho entre vecinos, la pulcritud de las cinco o seis camitas con sus colchas tejidas, ese estar juntos de una manera tan desconcertante y rara para el bicho solitario que era yo.

Recuerdo que aquel día mi abuela, sin demasiadas palabras, abrió la bolsa de crochet que traía y de allí fue sacando todos los elementos para un puchero enorme que empezó a cocinar en una gran olla sobre el primus. Hecho esto, casi sin detenerse, se despidió antes de que Sixta pudiera agradecerle. Yo me sentí desconcertada ante un gesto que no entendí hasta mucho después.

En la casa de Esperanza y sus hermanos, los González Vega, los duelos eran moneda corriente. Siendo la mayor, ella tuvo que vivir la muerte de sus hermanos varones y la de sus hermanas. Cada uno suponía un duelo especial pero tal vez la más dolorosa fue la del tío Pepe, su hermano del medio que era despachante de aduana y era, además mi padrino, un solterón cuarentón, ecuánime, bondadoso que tenía un escritorio propio en una de las piezas del frente de la casa donde me dejaba incursionar porque yo era yo. Recuerdo que sobre la madera lustrada había una carpeta de cuero llena de hojas en las que se podía dibujar y cerca un objeto fascinante: un cubo de vidrio abierto en una

cara lleno de pequeñas pelotitas de vidrio de colores. Creo que su función era recibir la pluma entintada luego de ser usada para escribir.

A veces yo me sentaba en aquel escritorio con la pretensión de hacer mejor los deberes que nunca me quedaban del todo bien por distraída y desprolija. El tío lo disimulaba con gran benignidad y trataba de enmendar mis desastres con habilidad. En la flia, él junto a Esperanza, era como un rey: el resto se plegaba a sus gustos y decisiones de monarca bondadoso.

Según supe después Pepe tenía un capital importante que había invertido en inmuebles. Cuando llegaba el fin de mes mi abuela y yo o Ina y yo íbamos por diversas casas a cobrar los alquileres, una de esas casas era la de los Cayota, abuelos de los amigos de mis hijos.

Yo lo veía sereno, disfrutando del jardín, leyendo el diario a la sombra de algún árbol, festejando mis monerías y sobre todo interviniendo para poner paz cuando el mal carácter de Esperancita se salía de su cauce.

No puedo olvidar el grito y la cara de mi madre cuando, estando en nuestra casa de Suárez, recibió una llamada de Neira, el almacenero de la esquina de lo de mi abuela. No sé si me lo dijo, pero intuí que mi tío se había suicidado utilizando un revólver que guardaba a escondidas de todos.

Por muchos días no volví a lo de mis abuelos pero imaginaba la sangre, el miedo, los gritos, imaginaba todo y tampoco podía entender y a la vez me decía que tal vez no le había devuelto e él todo el cariño que me había dado. “Ahora será del cementerio a casa y de casa al cementerio” sentenciaba la tía Elvira ya solterona ella y muy poco salidora.

Las visitas de pésame arreciaron: todas las tardes había corrillos susurrantes en la sala siempre con los postigos cerrados. A mí no se me permitía participar y me quedaba jugando con Ina por los enormes patios o en el jardín. Solo regresaba tangencialmente cuando Ina servía algún refresco o el agua de azahar que consumían las tías para el corazón cuando la tristeza las desbordaba.

La abuela no se quejaba delante mío pero yo la veía por primera vez temblorosa y necesitada de mimos de nieta que yo no retaceaba. Por entonces yo andaría por mis siete años y si bien mi padre solía decir que el ambiente de

lo de sus suegros era muy triste para una niña, cada vez mis estancias allí se hacían más largas, en parte por complacer a su suegra, en parte porque él y mi madre viajaban o salían los fines de semana quedó instaurado que de viernes a lunes yo quedaba en lo de mi abuela. Y yo feliz, lo veía como lo mejor.

Recuerdo que, religiosamente los sábados de tarde con las mujeres de la casa tomábamos el tranvía No 32 que pasaba por Lavalleja, hoy José E. Rodó y luego de no sé qué vueltas se internaba en la Av. Rivera hasta el Cementerio del Buceo. El viaje era larguísimo y se veían barrios que para mí eran nuevos. Seleccionar las flores frente al cementerio era algo fascinante. Había veintenas de puestos, abejas, vendedoras comedidas. Con grandes ramos íbamos a la tumba del tío y allí se armaba un decorado floral que complementábamos con una oración. Era un paseo largo y cansador, para nada feo, según mis recuerdos, que se iba a teñir con otros ingredientes cuando visitáramos además la tumba de mi madre.

Los domingos había misa en los Capuchinos o en el Seminario y allá marchaba con mi abuela solas las dos. Me gustaba el ritual que no llegaba a entender pero que seguía la música del órgano con aparente devoción, pero más que nada, me gustaba observar a la gente, las viejas devotas, que le prendían velas a San Antonio, los mendigos, las familias, con muchos hijos endomingados que no faltaban nunca. Cuando veía a todos esos hermanos junto a los padres, yo maldecía por lo bajo mi destino de hija única, definitivamente sola. Tal vez ahí se empezó a gestar mi decisión de tener un día mi propia familia grande y bien sustentada, que me permitiera compensar tantas soledades y tanta muerte.

Con mi abuela también íbamos a las procesiones de Corpus Christie o de determinados santos de su devoción. También allí yo con mis antenas iba captando imágenes y colores, a veces demasiado ensimismada.-“Cantá, momia!!!”- recuerdo que me decía Esperanza cuando notaba que yo estaba ajena a los cantos y las letanías, pero sus llamados al orden eran siempre cariñosos y no dolían.

Un día me impulsó a besar el anillo del Nuncio, cosa que me llenó de horror y de vergüenza.-“Si tu padre se entera, me mata, no digas nada, había dicho ella. A mí me costó perdonarle aquella violencia a la que me sometí por

miedo a llamar la atención de los presentes. Era tal vez la inauguración del Círculo Católico.

Pero junto a toda esta praxis católica, Esperanza había adquirido en sus estadías en Brasil, ciertos rasgos de espiritismo. Un día hizo adaptar una mesa de tres patas sacándole el mármol que la cubría y, considerando que yo a los 14 o 15 años era una persona de fiar, me exigía que me sentara con ella con las manos sobre la mesa para interrogar a los espíritus. Lo que al principio me impresionó, después pasó a divertirme.

Nos encerrábamos en la sala a media luz donde Ina y Elvira tenían prohibida la entrada y ella era la voz cantante: "Mesita, si estás magnetizada da dos golpes, tres veces". Y luego de la afirmativa la pregunta solía ser: "Ganará Herrera las próximas elecciones?". Yo muy pronto dominé el secreto de ejercer una leve presión sobre los dedos, que al aflojarla, producía el golpe. Y siempre le decía lo que quería escuchar aun cuando las elecciones siguientes desmentían con amplio margen la voz de la mesa.

Después, recordando este hecho, pensé que sus interrogantes eran tan simples y desprovistos de maldad que resultaban conmovedores.

Luego de la muerte del tío Pepe, las casas entraron en sucesión y se vendieron, aún la casona grande donde yo había nacido. Abuela eligió una más reducida que, al ser esquina, tenía más luz y más ruido del exterior. Estaba en Constituyente y Minas. Allí se vivió la última etapa de aquella larga familia. Murieron la tía Sofía, la tía Elvira y el abuelo.

Entonces, con mi abuela cercana a los 90 convertida en otra hija para mí, junto a Ina, nos mudamos a un apartamento en Zudáñez y Roque Graseras.

Todas las noches yo cumplía el ritual de sentarme en su cama, arroparla bien y contarle algo de lo que había hecho o visto o vivido ese día.

Su carita se iluminaba siguiendo el cuento que muchas veces era exagerado o totalmente inventado. Pero yo sabía hacerlo y lo hacía con amor. Nunca sentí que aquel rito nocturno fuera pesado, más aun, me reconciliaba con la vida y me daba paz y a ella le permitía entrar con alegría en el país de los sueños.

Los últimos años no fueron fáciles, sobre todo para Ina que reclamaba de la abuela la lucidez y el raciocinio que iba perdiendo.

Conservó la administración de su mesada y la ubicación de sus alhajas hasta el fin. También muchas amistades, algunas que eran fieles amigas de mi madre y algunas, pocas, que ella atesoraba desde la niñez. Recuerdo a María Pesce, solterona marcada por la viruela que había criado a muchos sobrinos y la frase de Esperanza: "Bueno María, no te quejes, como no vas a tener dolores a tu edad si yo que tengo más de diez años menos los tengo? ..." Y eran casi mellizas, compañeras de banco en la escuela. Me desconcertaba aquella coquetería de la abuela pero ya por entonces había aprendido a reírme con bastante benignidad de casi todo.

El final fue feo, con algunos chispazos en los que la arterioesclerosis la hacía vacilar y ella se aferraba a mí: "Ese hombre atrás del árbol me está espiando, ¿se cree que no lo veo? ¿E Ina? ¿Se cree que no me doy cuenta de que de noche vienen hombres a verla?". Ina lloraba y yo buscaba el atajo mejor para tranquilizarlas a las dos.

Cuando murió, en una madrugada de abril estábamos junto a ella una monja de las Siervas de María a las que ella había abrumado con sus cooperaciones, Ina, desconsolada y yo. La monja rezaba, yo quería que se acabara pronto y miraba buscando no se qué, tal vez la foto de mi madre que estuvo siempre junto a la cama de Esperanza. Me hiqué y apoyé la frente en la colcha blanca, no me salía rezar pero entre lágrimas fui asumiendo que de ahí en más tenía que apoyar a Ina en su segunda orfandad y que yo misma, era casi huérfana por segunda vez.

El cerco de arvejillas

Aquella temporada en el Hotel Central de Colonia Suiza fue, por lejos, de las más felices de mi vida. Mi padre, mi madre y yo de unos cuatro o cinco años vivimos unas dos semanas dentro de aquel antiguo armatoste de estilo suizo en medio de bosques que jamás había visto. Mi madre convalecía, supongo que sus pulmones habían flaqueado aquel invierno. Pero allí se la veía vital y rozagante.

Yo tenía una cierta libertad para moverme sin internarme demasiado en el bosque y sí, a mi gusto, en la huerta. Me fui poniendo en contacto con una

naturaleza que iba a amar durante toda la vida: pájaros, árboles, murciélagos, insectos, perfumes, sonidos, percibí la magia de un bicho de luz, el esplendor de las lechuzas, de los tomates en su planta y los zapallos de flor amarilla circundada de mariposas...Hasta, subida a una escalera, pude alcanzar los frutos del damasco que se abrían generosamente a mi diente ávido de comulgar con ellos. Y el bosque que parecía no tener límites donde en una rama baja una hamaca me esperaba siempre. Y la dicha de impulsarme casi hasta el infinito...

De tardecita solíamos hacer paseos en el Chevrolet de mi padre.-Por favor Eugenio, que sea de dos puertas porque la nena se nos puede caer- había dicho mi madre. Esos paseos eran breves, perfumados, eran perfectos.

Un atardecer, siguiendo por un camino no previsto, nos detuvimos frente a una casita que resaltaba ante el fondo del bosque. Parecía recortada de uno de mis libros de cuentos con una perfección en sus detalles que desconcertaba. La familia suiza sin duda había querido reproducir alguna casa de su pasado alpino y allí estaba en medio de Colonia, Uruguay, y parecía real.

Pero en aquel paisaje perfecto, lo que nos había hechizado a mi madre y a mí era el cerco de flores que separaba el jardín del camino. La arvejilla es rastrera pero guiada, se recuesta sin problemas en lo que se le ofrezca y aquel cerco era su apoteosis. El perfume es dulzón pero a la vez silvestre y los colores de la gama de rosas, lilas y violetas al blanco más puro.

Ante la desaprobación de mi padre, mamá y yo bajamos del auto saltando la cuneta, alcanzamos el cerco y llevadas por la misma codicia, empezamos a cortar flores armando cada una nuestro ramo. Era como un éxtasis, tal vez era el umbral del paraíso. Hasta que nos topamos con su mirada. La mujer parada en la puerta era rubia y rolliza y tenía una escoba en la mano. No se le divisaba un gesto hostil, solo nos miraba. A mí el pavor me paralizó pero vi con asombro como mi madre, levantando su ramo y enseñándoselo le decía "Son tan preciosas, gracias!!..."

Así daba por terminada la escena y lentamente nos acercamos al auto. Antes de irnos la saludó. Yo estaba roja y aterrorizada pero apretaba el ramo más precioso que he llegado a obtener.

Un día se decidió hacer una excursión a Rosario y tal vez, cenar en Colonia. Allá nos fuimos y vi con asombro que una ciudad del interior era pequeñísima, ínfima comparada con la presuntuosa Montevideo.

La Plaza principal de Rosario estaba cuidada y tenía una pérgola tal vez con una fuente en el centro. Algo había allí, una tortuga o peces que me interesaron y no quería marcharme. Mis padres se fueron al auto llamándome cada vez con más insistencia. Pero ese día yo no estaba para obedecer y me quedé sentada en el borde de la fuente dispuesta a desobedecer hasta el fin. Después de mucho anunciarlo, mi padre puso en marcha el auto y vi que se iban por una calle lateral. El hecho era impensable pero lo tenía ahí, ante mis ojos. Era una huérfana y era libre.

Debo haber sentido un montón de asombros, sustos, curiosidades, pero lo que prevaleció fue una decisión práctica: debía encaminarme hacia Montevideo y fantaseando que mis padres ya no me querían, mantenerme con algún trabajo. En seguida me ví en un puesto de flores, tal vez ambulante y soñando con él, empecé a caminar hacia la calle de salida del pueblo. Entretanto mis padres, que al poco rato habían vuelto a la plaza, empezaron una búsqueda agitada, tal vez con algo de culpa.

Por supuesto que el cuento llegó a buen término con el reencuentro final pero yo me quedé muy satisfecha de haber sido la niña que soñó con ser vendedora de flores y muchas veces volví a lo largo de mi vida a aquella tarde y a aquel camino tal vez premonitorios.

Papá

Me resulta raro escribirlo de esa forma porque creo, estoy segura, de que jamás lo llamé así. Papi o Eugenio eran las formas de llamarlo. Lograr un encuentro con él no me era fácil, siempre había tamices, imperceptibles malestares, cortesías, timideces, su temor de no saber manejarse con una hija niña, su temor de que la adolescente libertaria apareciese con un desastre ostensible, su temor de que nos vieran juntos y creyeran que era un viejo verde, su temor y también su natural pereza, de asomarse y ver en el fondo qué era lo que pasaba conmigo.



De niñita nunca me tomó en brazos, yo permanecía en el ala de las mujeres y como tal, destinada a ser un peso muerto, una piedra en su zapato. Por supuesto esto nunca fue expresado, él era tímido e inseguro y era bueno, no quería herirme, ni desentonar. Y era cortés; saludaba con gran cortesía pero con la adecuada distancia propia del diplomático, tal vez del político.

Pero vamos a su historia. Yo a mis abuelos paternos no los conocí pero sé que el abuelo era relojero y tenía ojos azules, muy grandes. La abuela, que había parido como diez hijos de los que conocí a siete, después de haber visto morir a algunos en la niñez y de ser una esposa y madre esforzada, enfermó de algo que yo supongo fue un cáncer de útero y murió.

Vivían en la calle Pérez Castellano, no eran ricos pero nada les faltaba. Al morir la abuela Concepción Quintela, su hermana Pilar tomó el timón de la casa, le planchaba las camisas al viudo y cuidaba a los niños. Los mayores: Manuel, Emilio, Daniel y Ramiro salieron a trabajar jóvenes, se abrieron camino con relativa facilidad y se casaron. Todos frutos de la disciplina férrea de Pilar.

En la casa quedaban: Concepción, la hermana fea o tenida por tal según los cánones de la época porque era morocha y tenía una boca grande y una catastrófica timidez y los dos menores que eran : María Elena Consuelo y Eugenio, ambos pelirrojos, pecosos y bonitos al estilo reinante. Ellos fueron los preferidos de la "Pilarica" como le llamaban los admiradores despechados a la tía Pilar que no se casó nunca. Consuelo se convirtió en Teté, aprendió piano y labores y a sacarle el jugo a lo poco que una primaria para niñas le había dado, pero más que nada, fue cultivando el arte del fingimiento, la simulada debilidad, el simulado quebranto y la exacerbación de un culto a los



antepasados de Santiago de Compostela y a las presuntas riquezas familiares que, según ella, habían dejado allá los abuelos.

Circula aún en algún cajón una foto de un viejito que fue algo así como decano de la Universidad de Santiago, y era una de las bases de sus historias, yo nada sé y mi padre nunca se tomó el trabajo de desmentirla o apoyarla.

Lo cierto es que en la casa, Concepción (Chita para todos), fue siempre la esclava abusada de su

hermana para la que se reservaban las primicias y los módicos oropeles de la familia.

La relación, entretanto entre Teté y Eugenio, fue siempre de una increíble dominación por parte de ella, alimentada con las peores artes: fingiendo debilidades, buscando alimentar el ego alicaído del hermano para luego derribarlo de un golpe inflexible y ponerlo a sus pies. Así crecieron y llegaron a adultos y mi padre, que había empezado a trabajar como dependiente en una tienda, en base a ahorro y tesón armó su propio registro de importación de telas y empezó a crecer económicamente.

Era inteligente, leía con voracidad, tenía muchos amigos y hasta por dos veces viajó en barco a Europa. Circula un fotos suya con los campeones uruguayos en Amsterdam.

En esa época de su primera juventud, su hermano Emilio que tenía un buen pasar, se había hecho cargo de las mujeres de la familia. Durante ese respiro mi padre se reafirmó comercialmente y circulaba con comodidad en cualquier ambiente, era culto, agradable y tenía un escondido sentido del humor.

Ya muy próspero, hizo construir por el Arq. Lerena un chalet en Pocitos, en la calle Francisco Vidal e instaló allí a toda la familia incluyendo a Emilio, casado, enviudado prematuramente y padre de una bebita: Raquel, de la que



Teté era la encargada oficial- la niña tenía ojos azules- y a la que Chita lavaba los pañales.

Por esa época mis padres se conocieron y se enamoraron.

Según creo fue un amor muy lindo y bien vivido y hubiera sido mejor aún sin las malas artes de Teté desde las sombras, abandonada en esa época por un novio ya formal. Pronto se casaron los que serían mis padres.

La recién casada se fue a vivir a Francisco Vidal y pasó de ser la hija única mimada a ser el blanco de los ataques y las ponzoñas de su cuñada. Y todo se hacía soterradamente. A Teté se había sumado una sobrina grande, Sarita, que pese a tener a sus padres, se aposentó en Pocitos y ya no se fue.

Pilar, ya anciana, no era menos dura con la recién casada. Solo Chita, desde la sombra, intentaba consolarla a escondidas. Ahí se gestó el odio de mi abuela hacia la familia López Quintela- no hacia mi padre al que siempre quiso.

A principios del año 1930, en un momento de gran depresión a nivel general, a mi padre le empezó a ir mal en su negocio. Entonces, imagino que con gran alborozo de mi madre, la pareja se mudó al caserón de mi abuela donde sobraba lugar y el resto se fue con Emilio a un apartamento en el centro.

En medio de esa bonanza familiar, pero de descalabro económico nació yo.

Estoy segura de que mi padre hubiera querido un varón, alguien que fuera un apoyo y no otra boca inútil. Nunca me lo dijo pero yo lo sentía “Por el llanto es un varón” había dicho cuando me lancé a llorar. Y después de aquel parto eterno y horroroso, él no iba a exponer nunca más a Sélíka así que la

progenie se cortó conmigo por más que yo, en cada carta a los Reyes Magos pedía en primer lugar “ un hermanito o una hermanita”.

La situación económica de mi padre fue prosperando, en unos años alquiló la casa de Joaquín Suárez, frente a la plaza. Allí todo era paz y colores y tuve mi primer cuarto propio. Por lo que recuerdo mi madre tenía un gusto exquisito para seleccionar muebles y adornos y fue en esa época en que se incorporaron a nuestro mobiliario cuatro bibliotecas, dos de las cuales aun tengo. Los libros crecían en número y mi padre seguía comprando más cada mes. Puedo decir que desde siempre me recuerdo entre libros.

En el living estaba el Durero que aún me mira, una compra anterior de mi padre en un remate de lo que había sido el Centro Germania en la Primera Guerra. Había venido como un regalo del Káiser a los simpatizantes de Alemania en el Uruguay. En la puja, mi padre había pagado un precio exorbitante.

En el período de la casa de Suárez se incorporó María, una doméstica mulata que dormía en un cuarto sobre la azotea. Con ella escuchábamos tangos por la radio burlando la prohibición de mi padre y juntando monedas, comprábamos la revista “Cancionera” que traía las letras que yo memorizaba con entusiasmo. Todo a escondidas. Si mi padre, cultor del tango en sus ambientes juveniles, hubiera sospechado que su hijita cantaba “Percanta que me amuraste” hubiera lanzado a María a una pira con todas las “Cancioneras”. El me quería vestal como sus hermanas, pero mi madre no era así, era mucho más abierta y liberal aunque sin salirse demasiado de las formas porque la pareja congeniaba en todo.

Yo a María le daba besos y ella me rezongaba: “no hagas eso, porque no, y basta”. Yo a María la adoraba hasta que desapareció con la muerte de mi madre junto con la casa, mi cuarto y con todo.

La enfermedad y la muerte de Sélíka deben haber sido lo más doloroso en la vida de Eugenio. Sé que trajo los mejores médicos, que pasó días y días a su lado. Creo que fue una agonía larga y desesperante.

Entretanto, tiempo atrás había muerto su hermano Emilio y el clan femenino sin rumbo se había mudado a un apartamento en calle Agraciada y

Asencio, casi a la vuelta de casa. Creo que mi madre no lo visitó jamás pero mi padre veía como un deber ir día por medio a verlas y proveerlas.

Otra vez la presencia ominosa, ese cerco que se estrechaba. Yo aún no lo veía así, pero al morir mi madre se rompieron las compuertas y Teté avanzó en triunfo. Justo en ese momento la casa de F. Vidal había quedado sin inquilino y nada mejor que ella para contener nuevamente a la familia, ahora sin Sélka pero conmigo que, como rival, casi no contaba.

Y mi padre, tal vez por debilidad, por comodidad o por cobardía, aceptó. La casa fue lujosamente remodelada y allá caímos. Tal vez él creyó que era lo mejor para mí, es difícil saberlo, lo que sí es innegable es que nunca imaginó las pequeñas perfidias diarias a las que yo iba a ser sometida. Negros los recuerdos de esa época. Allí vivimos junto a él, la Tía Pilar, Chita, Teté, Sarita, Raquel y yo.

La rabia y los celos que había suscitado mi madre se transfirieron a mí que pasaba de los mimos y los halagos en lo de los abuelos a ser el objeto de las pequeñas maldades de cada día, de las bajezas y las humillaciones porque era torpe, distraída, inapetente, INAPETENTE!!

Pronto se convirtió en una tortura el ritual de las comidas en el que Teté tocaba una campanilla de plata y la mucama aportaba platos para mí intragables, tal vez porque sentía todos los ojos sobre mí o porque añoraba las exquisiteces de lo de la abuela.

Teté me hacía una aureola de enferma, me llevó a algunos médicos, se me imponía el Dayamineral y sufría la tortura de las series de inyecciones de calcio. Yo pedía morir y era cada vez más sana. Mi padre, entretanto transitaba lo mejor que podía por su viudez reciente. Pronto constató que los viajes lo favorecían y ellos se le hicieron costumbre, fue a EEUU en avión, lo que para la época era toda una novedad.

Cuando lo fuimos a buscar al Aeropuerto (hoy es la Base Aérea) ví que a mí me saludaba como a una más de aquel gineceo de F. Vidal y aquel fue otro golpe difícil para la otrora hija única que confirmaba su orfandad.

La presión de Teté se hacía enorme. En parte fingiéndose débil y dependiente de su hermano, había cooptado por completo su voluntad. La

casa, no diría el hogar porque nunca lo fue, le pertenecía con todos sus ocupantes.

Muchas veces pensé en qué se basaba aquel andamiaje de poder y le he llegado a reconocer una habilidad extrema, maquiavélica. Hasta Pilar, el viejo bastión otrora portador del mando, se doblegaba ante ella refugiada en su sordera y sus manías religiosas.

Chita en tanto, era cada vez más un ser miedoso y patético, una semi-doméstica que, a escondidas, escuchaba teleteatros por radio o el espacio de zarzuela que le imprimía una especie de vida momentánea. De ella yo recibía débiles muestras de afecto pero era un afecto servil, basado y constreñido por el miedo.

“Nena, tengo miedo que te resfríes” y rellenaba mi cama de frazadas sin oír mis protestas, en pleno verano.

Sarita era una treintañera gorda y asmática, con un carácter despótico y avasallante y Raquel, que pese a ser mayor, estaba por edad más cerca mío, ya era por entonces la muñeca de la tía y no manifestaba tener voluntad propia.

Con ella compartíamos el cuarto: mobiliario nuevo estilo francés elegido por Teté. Dos camas idénticas con colcha de raso verde, cómoda, ropería, una mesa de escritorio que Raquel usurpó sin que yo la defendiera.

En ese cuarto no hubo ni un solo juguete de los que yo amaba ni de ninguna clase. Sí había,-como concesión de la tía- en las cabeceras de las camas, sendas fotos de nuestras madres. La de Raquel era casi una desconocida aún para ella ya que había muerto pocos meses después de parirla.

Cerca de la de la mía yo no dejaba que faltara un pequeño jarroncito con flores.

Como siempre fui desordenada y alimentada en ese desorden por adultos que recogían y ubicaban lo que yo dejaba esparcido y siendo Raquel metódica y perfeccionista, los desencuentros fueron continuos hasta que yo abandoné aquel cuarto y pasé definitivamente a vivir con los abuelos.

Raquel era bonita. Tenía unos grandes ojos celestes algo saltones que hubieran sido más llamativos aún si Teté no hubiera insistido en teñirle el pelo de rubio ¡desde los tres años! Porque las niñas rubias eran sinónimo de clase alta.

Y además porque una rubiecita se adaptaba mejor a su ideal de muñeca propia la sometía mensualmente a la peluquería cuando ella misma iba a teñir sus cabellos de rubio. Y la niña no se rebelaba.

Recién por sus veinte años Raquel pudo zafar de aquel absurdo y pasó a tener un lindo pelo castaño oscuro natural.

Vista a la distancia, la suerte de aquella chiquilina fue terrible, ya sin madre, su padre se murió del corazón cuando ella andaba por los cuatro o cinco años. Mi padre pasó a ser su tutor y Teté, a quien fascinaba posar de tía modelo, solo posar, concentró en ella todas sus maternidades frustradas. Y Raquel fue sumisa y aceptó sin quejarse: fue obediente, muy buena estudiante, simpática, sociable y supo en su momento elegir un novio “bien” que estudiaba derecho y jugaba rugby en Carrasco.

Con la adolescencia, mi relación con mi padre no mejoró, más bien siempre busqué decirle que sí y luego hacer lo que yo quería.

Me acuerdo que un día mi abuela-muy formal le dijo: “sabe Eugenio? Martha ya es toda una señorita.” Manera eufemística de anunciarle que había menstruado por primera vez. Yo le ví su cara de preocupación, su manera de mirar para otro lado y cambiar de tema porque “aquello” que no era malo en sí, abría una perspectiva peligrosa, era como otro frente a vigilar.

Pronto empezaron las prohibiciones: no hablar con varones, no bailar, no salir de noche. Yo sentía que frente a él era como una bomba de tiempo siempre dispuesta a explotar. El himen intacto de las mujeres era un bien familiar.

Por cierto que las prohibiciones también incluían a Raquel que sí era sociable y enamoradiza y tenía verdadero miedo de que se descubrieran sus escapadas.

A mí en realidad poco me afectaban. Empecé a decir a todo que sí y a tamizar lo que yo entendía era bueno o no, nunca provoqué enfrentamientos considerables y pude transitar con cierta libertad aquella etapa.

Candidatas rondando

Pasados los primeros momentos de su viudez, mi padre empezó a transitar por diferentes círculos. Era elegante, amable hasta la exasperación, culto y por supuesto su posición económica era excelente.

Fue así que empezaron a aparecer y a reproducirse como talofitas núcleos de mujeres que, por feas o tontas, timoratas o simplemente por su propia mala suerte, habían quedado “para vestir santos” según la expresión en boga para denominar a las solteras.

Ahora pienso que muchas habrían quedado enredadas dentro de las paredes de sus hogares cuidando a los padres enfermos o presas de aquellos lutos interminables que les cortaban toda comunicación con el exterior.

A veces me llegaban los ecos de aquella ronda en torno a mi padre. Mientras que a Teté la exasperaba, a mí me proporcionaba la ilusión de salir de aquel tropel de tías y primas y tal vez afrontar a una madrastra, que por peor que fuera, nunca iba a ser como lo que tenía en casa.

Pero también recuerdo que algunas de aquellas infelices, buscaban la forma de llegar a mí, tal vez para ganarse los favores de mi padre.

Muchas veces fui regalada e invitada a la Confeitería El Telégrafo o a La Americana a tomar chocolate con masitas o un helado y pronto aprendí a evadir todo aquello que era tan forzado y aburrido.

Las mujeres me trataban como a una niña y yo las dejaba creerlo mientras les practicaba la vivisección sin miramientos.

Entretanto mi padre, que las eludía con elegancia, se divertía dejando un resquicio abierto a sus ilusiones. Era un juego bastante cruel.

Un día, sin embargo, recibí un regalo singular. Era mi cumpleaños y sobre la mesa apareció un postre original, insólito. Era como el tronco de un árbol tallado en chocolate y tenía pequeños detalles: un caracol, un pequeño

búho, una mariposa, que le daban una cierta verosimilitud o por lo menos la categoría de una confitura única, original.

Mi padre se veía nervioso al querer explicarme su procedencia. “Esto te lo hizo una amiga, la Sra. Carmen. Una amiga mía. Tienes que llamarla por teléfono para agradecerle”.

Atiné a balbucear unas palabritas de muchas gracias-muy rico y del otro lado capté una voz de mujer madura, no demasiado simpática y para nada cohibida.

Se empezó a descorrer entonces, en parte, el velo de una relación de ella con mi padre que nunca llegó a ser oficial ni aprobada por Teté o sus amigas,

Ella era Carmen, una española cuarentona funcionaria de la Embajada de Francia. Había vivido en París y por esos años la habían mandado a Uruguay. Su trabajo era el traductorado porque hablaba de corrido en francés y escribía a máquina, gran mérito para la época.

La relación duró años y fue real aunque no salió a luz, en parte porque Teté no la hubiera aprobado y en parte porque mi padre, como me lo diría más tarde, jamás se hubiera casado con una mujer que se había acostado con él.

Yo, sabiendo el fastidio de Teté, intentaba cobrarle simpatía pero siempre la encontré distante. Tal vez fuera una mujer inteligente y con una vida anterior bastante completa según supe porque hasta tenía un hijo adulto.

Cuando todo parecía haber quedado estancado, la Embajada la trasladó a Lima y mi padre quedó de nuevo solo en una especie de segunda viudez.

El Club de los Solos

En el caserón de F. Vidal se sumaban a la viudez de mi padre, las solterías casi enquistadas de Pilar, Chita, Sarita y la de Teté que había sido abandonada, ya con el ajuar pronto, por un novio estanciero. Desde ese día, años atrás, ella nunca había querido tocar el piano y se movía dentro de la familia o en un círculo de amigas solteras como ella, todas más bien maduras.

Cuando un día la paz del hogar se enturbió al presentar Sarita un novio surgido de la nada y anunciar su casamiento y mudanza al interior- Rivera-, Teté entró en crisis.

Empezó a sufrir de improbables dolencias a palidecer más aún y lo que era cien veces peor, a tener accesos de ira que se estrellaban contra las domésticas de turno y contra mí, Chita, hasta contra Raquel.

Por entonces mi padre, que siempre había sido entusiasta y más bien creativo en sus emprendimientos de socialización, luego de pasar por grupos esotéricos, de la ACJ, ruedas de café, excursionistas del Touring Club, tal vez masones y parvodomenses, arribó al Club de los Solos, llevado por uno de sus muchos conocidos.

Por lo que sé, la institución no tenía otro fin que el de acercar a gente que, en parte sabiéndose superior por su cultura a la mayoría, se consideraba “sola”. Se buscaba el paliativo de la comunicación, el encuentro, las salidas en grupo.

Y en el conjunto, como es de suponer, abundaban las mujeres que se arracimaban en torno a algunos hombres solterones o viudos. Todo era casto, agradable y socialmente correcto. Ahí mi padre se movía con elegancia. Ya probado como un lugar impecable, un día tuvo el buen tino de llevar a Teté.

Pienso cuánto le tiene que haber costado a ella, que se veía como la chica bien de Pocitos, dar ese paso. Tal vez solo la perspectiva de una soltería a perpetuidad fue la que la movió a frecuentar aquellas personas que, sin ser del todo “mal”, no estaban tampoco a su altura. Por entonces andaba por sus cincuenta y cinco años.

Como era de esperar, la presencia de aquel ser galáctico y blanquecino, romántico, casi alado, que ella fingía ser, fue recibida en el grupo con desconcierto y entusiasmo y en poco tiempo había de darse el milagro: Teté, ruborizada, nos contó que estaba de novia.

La noticia cundió con rapidez y entre sus amigas provocó una sucesión de resquemores y celos.

“Pilar Quintela y Srtas. de López Quintela” decía la tarjeta que circulaba para anotar los días de recibo o rubricar una atención por cumpleaños, casamiento o funeral.

Ese cartoncito era el pasaporte hacia una vida tediosa pero sin sobresaltos en la que casi todo estaba previsto y en la que la sociabilidad

representada por las amigas jugaba un rol fundamental y era un caudal a cuidar, ya que al menor incumplimiento de lo convenido, corría el riesgo de esfumarse.

Las amigas se reunían, tomaban té en tazas de porcelana china, se elogiaban entre ellas, intercambiaban chismes y recetas. Yo recuerdo nombres que eran como baluartes: las de De Bustelo, las de Piedracueva, las de Llopart, y tantas, siempre eran “ellas”, “las de”, pero en el medio me quedó flotando, tal vez vestido de Pierrot, el que llamaban Totó Mantrana, al que nunca conocí más que por sus hazañas, al que tal vez muchas de aquellas mujeres tampoco conocieran. ¿Un Don Juan?, un homosexual, un gigoló? Nunca llegué a saberlo.

Las amigas de mi madre jamás integraron el círculo de las de Teté, eran más cultivadas y a su manera, más libres, algunas con sentido del humor como Ellen, una inglesa que reía sin parar. Me pregunto hasta donde habrían podido ampliar los límites de su libertad. Sé, por de pronto que la más bonita, Sofía Eugenia, a la que su padre no permitió que se casara con el novio que ella quería, terminó suicidándose frente al Polígono de Tiro, ya solterona y canosa.

Pero el círculo de Teté era de almíbar y rococó y adentro existía como una fidelidad implícita que ella al ocultar su noviazgo primero y luego al decir con enormes subterfugios que se iba a casar, había quebrado sin remedio.

El elegido

Hubiera sido imposible que Teté lo presentara a sus amigas antes del día de la boda porque era la antítesis de lo que ella preconizaba como “bien”. Y así fue: él quedó dentro de la esfera familiar, y entre el grupo de los solos hasta el gran día y eso generó más comentarios y resquemores.

Pero no hay duda de que fue una novia dominada por una expectación feliz. No quiero hacer conjeturas crueles como las que hice en aquel momento sobre su enamoramiento mutuo o sobre la casi sellada condición de virgen, a punto de inmolarse de mi tía.

El era José Ramón Martínez, gallego de nacimiento, quince años menor que ella, viudo, empleado de comercio, por entonces más uruguayo que español. Ella siempre lo llamó por el apellido. No sé si por amor o por la novelaría de ser pareja, mi tía lo siguió en todo, aceptó sus decisiones, avaló sus opiniones, aplaudió sus juicios más temerarios y disparatados. Porque los

tenía, y los expresaba en la mesa familiar con esa temeridad de los simples que no miden las consecuencias.

Allí empezó una complicidad culpable entre mi padre y yo. El buscaba mi pie con el suyo debajo de la mesa o hacía un gesto no perceptible para los demás cuando la retahíla empezaba. Y el pobre Martínez seguía dictando cátedra, tan inocente y ajeno. Muchas veces Teté descubrió que nos reíamos y su furia la hacía poner roja manifestando su desprecio por los que creían que todo el saber era el de los libros.

El casamiento se celebró en casa. Aun recuerdo que el capuchino que los casó, teniéndolos frente a frente preguntó en medio del silencio “¿Y la novia?”

Por supuesto que la pareja pasó a vivir en F: Vidal.

Recuerdo que Martínez tenía un miedo atávico de que lo vieran desnudo o defecando e instaló un sistema complicadísimo de luces rojas para avisar que no se podía entrar al baño. Teté había abolido las llaves porque temía desvanecerse allí dentro.

Aunque nunca lo ví desnudo, todos esos incidentes domésticos se volvían disfrutables e hilarantes. Yo solía hacer juegos de luces para desconcertarlo.

Es que, con la llegada de Martínez, aquella crispación que existía en la casa comenzó a aflojarse. Teté en esposa devota casi no reparaba en mí. Por entonces yo rondaba los dieciocho años y estaba encantada de ser yo misma, un ser con buenas posibilidades de subsistir pese a todo.

Ina

M es difícil evocar a Ina, siento que no estoy preparada, que me falta grandeza y me sobran palabras.

Lo intentaré para todos los que vienen, los que la conocieron o no, pero no quisiera hacer de esto un relato pintoresco, que lo es, porque es también mucho, muchísimo más para mí.

No sé si lo lograré con la simplicidad y la pureza necesarias, pero aquí va.

Todo empezó en Corumbá, en la frontera de Bolivia, Paraguay y Brasil. Allí mi abuelo tenía un hotel que, según cuentan, era lujoso y lo imaginó visitado por personajes de todas las layas, comerciantes de caucho, de cueros y pieles, gente de las minas o aventureros que buscaban hincar su diente en lo que era el extenso y riquísimo Pantanal. Allí mi abuelo trabajó amistado con el presidente Getulio Vargas.

Conociendo la severidad de mi abuela también creo que el establecimiento debía guardar las formas de la higiene y seriedad mínimas como para que ella accediera a ir y llevar a mi madre y pasar temporadas allí.

El viaje se hacía por río, seguramente en los barcos del Lloyd Brasileiro en los que el abuelo trabajaba que eran lentos y a hélice.

Dentro del clima de los cazafortunas, comerciantes y afines que debía enseñorearse en el casino del hotel, mi abuela instauraba para ella y mi madre un retiro casi monjil. Tenía sus empleadas y las manejaba con mano férrea sin permitir que nadie se acercara a *Donha Sélíka* niña.

Un día, un acontecimiento inusual conmovió a la ciudad. A pocas cuadras, en un barrio muy pobre, se había incendiado una casa donde vivía una señora boliviana con varios niños, hijos naturales de un alemán que la había dejado en la miseria. La señora murió y los chiquitos fueron rescatados penosamente y repartidos entre gente de buena voluntad. Abuelo apareció con Ina y se la entregó a mi abuela. La niña tenía alrededor de dos años pero luego Ina me contaría que tenía en su memoria un recuerdo fugaz, terrible, de aquel incendio así que tal vez fuera algo mayor.

Rápidamente la abuela la hizo bañar y fue vestida con ropa de mi madre. Su único documento, que lo fue hasta su adultez, era una fe de bautismo que hablaba de Ignacia Acher, nacida el 31 de julio en Bolivia.

Pero en aquella época los documentos se obviaban y no hubo inconveniente en viajar con la niña de regreso a Montevideo.

Allí fue instalada en una pequeña pieza que daba al jardín y se inició su vida entre nosotros. Eran los albores de 1900. Nunca volvió a tener noticias de sus hermanos que según decían fueron llevados a Buenos Aires.

Con matices derivados de la mayor o menor benignidad de su carácter, cada integrante de la familia le fue haciendo un lugar, pero, eso sí, desde el principio quedó claro que Ina y mi madre se iban a mover en diferentes galaxias.

Ignacia, como todos la llamaban hasta que yo la rebauticé, se movía en el círculo de la cocina donde mi tía Elvira le fue enseñando algunos secretos pero sin dejarla más que limpiar y pelar alguna papa al pasar.

Mientras, la niña aprendía a usar calzado, a vestirse, a usar los cubiertos y a ir al pequeño excusado que daba al jardín.

Imagino que la tía Sara, la más benevolente y simpática, debió estar más cerca de ella que los demás, poniéndola a cubierto de la adustez de Esperanza que era temida hasta por sus hermanos varones.

Entretanto, mi madre crecía al unísono, allá en el frente de la casa, tenía sus juguetes, sus vestidos y viajaba por temporadas a Santos. Cuando llegaron a la edad escolar, mi madre ingresó en el Colegio Alemán en tanto que Ina tenía que pasar por la puerta de las niñas pobres en la escuela de las monjas de M. Auxiliadora que hacían esa odiosa segregación.

Ina comía mucho y Elvira la mimaba a su manera dejándole vaciar las cacerolas.

Pronto fue una niña gorda aunque no obesa y también pronto empezó a caerse con gran asiduidad.

Cuando acudía a la enfermería, las monjas se enojaban responsabilizándola por atropellada.

Mientras mi madre aprendía francés y alemán, Ina bordaba vainillas y festones para los ajuares de las señoritas ricas para las que las monjas trabajaban. Y lo hacía primorosamente bien.



Curiosamente esta divergencia de trayectorias no logró romper un afecto soterrado pero profundo ente Ina y mi madre. Yo tuve sobradas ocasiones de constatarlo y cuando ambas se hicieron adultas ese afecto se intensificó.

Mi abuela había decretado que Ina tendría que defenderse en la vida y con un criterio realista, la anotó terminada la primaria, en la Escuela de Artes y Oficios o Escuela Industrial donde había elegido el oficio de modista.

Esa etapa fue una de las más felices para Ignacia porque, no solo se le daba una formación integral con excelentes profesores- ella recordaba a Carmelo de Arzadum, Figari y algunos otros- sino que pudo integrarse al grupo de sus compañeras, jovencitas de extracción humilde en plena carrera hacia un sueño común: trabajar, ganar un buen sueldo y casarse.

Había por supuesto novios en el ambiente y allí Ina debió ir conociendo los primeros embates de su incipiente sexualidad seguramente incentivados por los secretos, los disparates y las ensoñaciones de sus propias compañeras.

De esa época me contaba “rabonas” inolvidables.

Un día los muchachos las llevaron a la costa - ni pensar en rambla en esa época- y se fueron a pasear en bote. Muchísimos años después la erizaba pensar en el peligro que había corrido y en la felicidad del momento, todo sin que Esperanza lo sospechara, condición que le daba a la escapada un brillo incomparable.

Como su comportamiento en casa era excelente y los fines de semana se hacían largos, se le concedió el permiso de ir los domingos a la función completa del Cine Apolo, a dos cuadras de la casa. La entrada comprendía la matinée (tres films) y la vermouth (uno más).

Para ella aquellos empachos cinematográficos que le abrían una ventana al mundo eran el momento más dichoso de la semana.

Pronto retenía en su memoria, no solo detalles del argumento, sino una enorme lista de estrellas que yo le hacía repetir: Edna Purviance, Theda Bara, Rodolfo Valentino y especialmente el mexicano José Mujica, con sus blanquísimos dientes de caballo que era, además, cantante y terminó de cura en un convento. Fue su ídolo.

Cuando yo fui creciendo, muchos domingos acompañé a Ina al “Apolo” donde los acomodadores la conocían y el chocolatero también y donde ella contaba que a un hombre que se sentó a su lado e intentó manosearla, le había clavado un prendedor en forma de pájaro que llevaba en la solapa.

Según ella decía, él pegó un grito y se fue dejándola en compañía del astro de turno.

Pero junto a aquellos ratos de evasión, Ina también iba siguiendo el itinerario de duelos que jalonaban la vida en la casa de mis abuelos. Pienso en ella y en el horror de la sangre en la muerte del tío Pepe que había llegado a quererla tanto que le dejó un pequeño legado que luego, como todo, habría de perderse en un afán de inversiones insensatas.

Durante aquellos lutos interminables, también de negro, ella era el nexo con el barrio. Hacía los mandados, se la encargaba de ir a cobrar los alquileres y de las compras a veces más alejadas.

Para ella, sin embargo, a veces salir era un suplicio. Bandas de compadritos engominados se estacionaban en las esquinas y las carnes de la gordita eran un imán para los piropos a menudo soeces y aun para los pellizcos y toqueteos.

Ella iba cruzando de una esquina a otra y a veces no pudiendo esquivarlos llegaba a casa sin aliento y con los ojos llorosos.

A mí me gustaba acompañarla y sin percibir claramente lo que pasaba entre ella y aquellos pelandrunes sentía que, de alguna manera yo le servía de escudo.

Con ella fui por primera vez a la Feria de Tristán Narvaja que me sedujo para siempre. Allí en plena feria, un día Ina cayó entre el gentío y como solía pasarle, no se podía parar hasta que vino un quintero forzado y al grito de “Arribaa!!!!”. La puso en pie mientras yo me retorció de la risa.

De aquellos golpes en las rodillas que eran reiterados, se le fue produciendo una zona de quistes que más tarde le fue operada sin que se lograra con eso más que agudizar la flojera y las caídas.

La tía Elvira al verla caer le decía con lágrimas:”Muchacha; Sos una desgraciada!!” e Ina también lloraba hasta que me veía reír a mí y se sumaba a la risa.

En Semana Santa, mientras mi abuela me llevaba a visitar las siete iglesias y el Monumento del Jueves Santo y los Via Crucis del Viernes, Ina me paseaba. Un paseo obligado era tomar el tranvía 35 que decía Punta Carretas y dejarnos ir por 21 de Setiembre y luego Ellauri hasta la Punta.

En el Penal nos fascinaba ver a los presos de traje a rayas trabajando en el jardín, custodiados por sus guardias.

El tranvía llegaba casi hasta las rocas. Allí yo saltaba de roca en roca en un frenesí: pescaba cangrejos y mojarritas y aunque hoy sea difícil de creer, Ina y yo extraíamos mejillones a cuchillo y después era un placer comerlos preparados por Elvira en empanaditas o con arroz.

Pocos momentos de dicha tan completa como aquellas tardes, dicha que me hacía sanar de mil dolores y me ataba a Ina cada vez con más fuerza.

Poco después de morir mi madre y ya viviendo mis abuelos en la casa de la calle Constituyente, empecé a notar cambios que me desconcertaban en la conducta de Ina.

A pesar de seguir siendo yo el objeto indiscutible de sus mimos y sus favores, la veía un poco lejana, por momentos parecía soñar despierta o irse a otro mundo.

Por entonces las tardes del domingo en el Apolo habían quedado atrás pero yo la acompañaba al cine Continental o al París que quedaban en 18 por la Plaza de los Bomberos y a veces nos íbamos hasta el centro a salas mejores.

Un día, un poco colorada me dijo: “sabes que el domingo va a venir con nosotros un novio que tengo?” Un poco me fastidió aquella irrupción en nuestro mundo, pero la ví tan contenta que su alegría se me hizo propia.

No imaginamos ni ella ni yo, que ese día nunca iba a llegar.

El presunto novio o pretendiente era un mecánico que tenía su taller en frente a lo de mi abuela.

Yo lo conocía de vista y no era raro verlo susurrándoles piropos a las mujeres que pasaban en permanente pose de don Juan.

Ina, con su candidez intacta, había puesto al corriente a mi abuela de las pretensiones del hombre, y ésta, que recelaba de todos los del sexo masculino, había mandado a su doméstica negra de turno a indagar sobre él en el barrio. El resultado de la pesquisa fue terrible: el hombre era casado y tenía varios hijos.

De inmediato, la abuela indignada fue a la casa del mecánico y le armó un escándalo descomunal delante de la esposa.

Ina lloró mucho pero ese domingo no dejamos de ir al cine, eso sí, las dos solas.

Sentí como en carne propia aquel maltrato que había lastimado a un ser tan bueno, indefenso y merecedor de todos los amores del mundo y me juré a mí misma que algún día iba a reparar la ofensa como fuera. Dios sabrá si el juramento no me quedó grande pero la intención estuvo y a ella me jugué de ahí en más.

Como si las cosas tuvieran que ponerse aun peores para Ina, por esa época la tía Sofía que había enviudado y estaba cobijada en lo de mis abuelos, tuvo una hemiplejía y quedó paralítica.

Sofía, que era maestra y que había sido muy compañera en la época de mis primeros juegos, no tenía hijos propios y aun casada vivía una situación económica difícil.

Al quedar inválida y muda, permaneció a merced de sus hermanos y de Ina que, forzuda y corpulenta, era la única que podía moverla y asearla.

Yo recuerdo que al llegar a lo de la abuela, iba a darle un beso a su cuarto. Recuerdo sus ojos fijos, el empeño por hablar. Todo eso junto con el inevitable olor a orina me producía horror.

Y a Ina también, por cierto, y ella era la que la cambiaba. Por suerte fue poco, tal vez un año, lo que duró aquel infierno. Sofía se murió y fue el primer muerto que vi de cerca y fue sin miedo, más bien con un sentimiento de liberación, pudiendo discernir claramente el recuerdo de Sofía jugando conmigo en el jardín de las hortensias, la vivacidad de su mirada y cierta luz en su entorno que nada tenía que ver con aquel cuerpo yacente, que no era más que una cáscara sin contenido.

Entretanto y con qué méritos, la figura de Ina iba creciendo ante mi abuela que, aun negándose a verla como otra hija, la valoraba y le daba atribuciones aunque siempre reservándose el papel directriz. Como una gran concesión abuela había acudido a su joyero con un rubí que era de Pepe y encargó un anillo para Ina. Esa era como la entrada oficial en el mundo de aquella familia en la que las alhajas eran un distintivo.

Al ir pasando el tiempo y aun teniendo yo mi grupo de amigas, seguía yendo al cine cada tanto con Ina.

Curiosamente un día, estando en el Cine Metro muy enfrascadas en el film, sentimos un estruendo como de guerra. Las dos estábamos ajenas y acababa de ganar Uruguay el Mundial en Maracaná!!

Desde hoy y aquí parece incomprensible pero, tal vez al no existir la televisión, nuestros cerebros estaban a salvo- demasiado a salvo- como los de dos estúpidas selenitas.

Entonces la historia de Ina y mía, la de las dos juntas casi recién estaba empezando y a las dos nos parecía que habían pasado siglos.

Cazando mariposas

Voy hacia mis seis años. En el entorno de la casa de la Av. Joaquín Suárez había muchas quintas, árboles de magnolia y muchos otros, flores, pájaros, mariposas. Al costado de mi casa se acababa de abrir una calle atravesando una enorme quinta y allí, en la franja de pasto recién removida,



entre benévolas florcitas silvestres, había siempre cientos de mariposas verdes, naranjas, blancas no demasiado grandes pero en multitud.

Desde la ventana de mi cuarto yo las veía revolotear incesantes, detenerse en las corolas, aletear de nuevo en una danza loca.

Y un día, el capricho consistió en apoderarme de aquella maravilla.

Muy pronto me fue proporcionado un caza mariposas de tul rosado y acompañada por María y Raquel y Graciela, dos niñas de la casa de al lado que fueron mis únicas compañeras de juegos en esa época feliz, munidas ellas también de caza mariposas, cruzamos hacia el terraplén.

Allí, mientras María conversaba con un policía gordo, viví momentos casi perfectos, esos en los que el sol, los perfumes, la brisa, el entorno todo parecería que se confabulan para darme la ilusión de la libertad. Y cacé muchísimas mariposas.

Escondida detrás de unas matas, las veía venir y caía sobre ellas con un golpe certero de la bolsa de tul. Eran tantas, que aún con mi torpeza, pude obtener un entusiasmante éxito. En cuanto el animalito era apresado lo sacaba, tembloroso y revoloteante y lo introducía en un balde de playa al que tapaba con un cernidor.

No sé cuanto habrá durando la faena, tal vez muy poco porque si mi madre nos hubiera visto allí no lo hubiera aprobado y menos con María distraída con su policía. Lo cierto es que, como en todo edén que se precie, llegó el final y volvimos a casa con el balde poblado de aleteos nerviosos.

Ya en mi cuarto, empecé a dudar. No sabía si hacerme coleccionista de insectos - siempre se mantendría mi vocación por la entomología- o exploradora en alguna selva o ambas cosas. Lo que no me gustaba era que para archivar algunos ejemplares debería traspasarlos con un pincho y fijarlos sobre un cartón.

Esos procedimientos me parecían atroces.

Mientras discurría llegó mi madre y casi sin interesarse por el botín que era mi orgullo, me vistió rápidamente y nos fuimos a lo de la abuela.

Cuando volvimos era el atardecer. Yo estaba extenuada y además traía un nuevo ejemplar del Billiken para leer.

Cuando ví el balde sobre mi pequeño escritorio rosado, mis veleidades de entomóloga se habían desvanecido y solo aspiraba a deshacerme de aquella molestia.

Entonces, abrí la ventana y destapando el frasco lo di vuelta sobre el alféizar. Lo que salió de allí fue un triste despojo polvoriento del que solo dos o tres mariposas pudieron volar e irse.

Las demás quedaron allí moviendo tristemente las alas y allí las encontré ya rígidas, a la mañana siguiente.

Por años, las mariposas me provocaron terror.

El hongo de Terra

En la cuadra de mi casa en Avda. Suárez, en la esquina del otro lado vivía el Presidente. Se llamaba Baldomir y era bigotudo. Alguien le había regalado una casa rodante que estaba estacionada a la vuelta y era objeto de mi interés. Nunca había soñado que existiera algo tan perfecto o, mejor dicho, tan ajustado a lo que yo soñaba para mi futuro.

El Presidente casi no estaba custodiado, solo dos uniformados muy poco profesionales y nada más. Hubiera sido lo mismo que allí viviera cualquier desconocido. Con mi monopatín verde o mi triciclo y mis dos amigas nos dejábamos ir por las veredas hasta la casa del Presi y los policías nos miraban con indiferente benignidad.

Cuando veía venir desde lejos caminando muy lentamente a Doña Pancha yo sabía que teníamos fiesta. Era la lavandera para las prendas difíciles o muy grandes, el resto lo lavaba María.

Pero el interés que despertaba Doña Pancha radicaba en otra de sus cualidades: era una hacedora de cuentos y de prodigios.

Mi madre la recibía con amabilidad, le servía algún refrigerio y ambas se sentaban alrededor de la mesa de la cocina.

Doña Pancha siempre traía flores. Toda ella era como un haz de dalias, lirios, pensamientos, caléndulas, fresias, todas ellas un poco aplastadas por el viaje en tranvía - ella vivía muy lejos - y por compartir el espacio con el atado de ropa limpia. Cuando esparcía las flores era como una fiesta que mi madre iba distribuyendo en los floreros adecuados dando luz a todos los rincones de la casa.

A través de aquellos ramos fue completando mi relación con las flores, mi respeto y conocimiento de cada una y esa admiración cariñosa, ese entendimiento fraterno que hemos mantenido toda la vida.

Pero volviendo a Doña Pancha, ella también hablaba de política. Con grandes risotadas hablaba del Presidente bigotudo y de su mujer, de los alemanes y la guerra, de los blancos y los colorados, de su marido al que no le salía la jubilación y de un tal Terra que según ella había venido en su momento a “revolver el avispero”.

Todo aquello me interesaba poco, pero lo que sí me interesaba era ella misma, su forma de contar, de manosear esas realidades y de reírse. Un día puso sobre la mesa algo fascinante.

Era lo que ella llamó “el hongo de Terra” que traía dentro de una lata con un fondo de agua.

En seguida mi madre le proporcionó una palangana profunda a medias llena de agua y allí fue volcando y se expandió a sus anchas. Aquello fue sólo el comienzo.

Luego supe que, por entonces, circulaba por Montevideo ese extraño engendro, me pregunto si era en realidad una talofita gigante- que crecía en el agua y expelía a su vez un líquido al que se atribuían propiedades curativas.

Mi madre, María y yo quedamos hechizadas por aquella presencia acuática que crecía día a día absorbiendo cantidades de agua para elaborar una especie de orina sanadora.

Mi padre en cambio, desaprobaba su presencia en la casa y se negaba siquiera a observarlo.

“Siempre creí tener una esposa inteligente pero, por lo que veo...” le decía a mi madre que tal vez, a escondidas, había probado el elixir del hongo, siempre temerosa por su salud endeble.

Centrado mi interés en el engendro, llegué a oír que, por esa época, Terra, del que yo suponía que la talofita se había desprendido, había querido ser Presidente y había hecho no sé qué destrozos con el país que lo llevaron a ser odiado por la mayoría.

En cualquier caso me parecía una bella forma de recordarlo haberle puesto su nombre a aquel ser tan singular.

Entretanto nuestro ejemplar crecía y crecía.

Mi madre debió proporcionarle una palangana aun más grande y cada vez requería más y más agua.

Un día nos olvidamos de proveerlo de su alimento líquido y vimos que quedó reducido a una masa parduzca que, al humedecerse de nuevo, produjo un sonido como de chapoteo que también tenía algo de quejido.

¿Qué fue de él? Hoy sé que en esta vida nada perdura. Un ominoso desinterés se fue generalizando en torno a él. Si hubo curaciones nadie las constató, en cambio las familias empezaron a reivindicar el espacio y el tiempo que él les requería y dejaron que el entusiasmo se fuera enturbiando hasta desaparecer.

No se hizo pública la forma en que, en los distintos hogares, se llevó a cabo su ejecución final.

Lo que sí sé es que en casa, mi madre y María después de dejarlo secar y reducirse unos días, lo lanzaron por el wáter donde cayó pesado y tal vez dolido, huyendo por las cañerías con un estrépito sorprendente como despedida.

Más tarde jugué con la idea de que Terra había sido un hongo radioactivo. Tal vez lo haya sido y solo yo me percaté.

“Villa Holganza”

Entre los mil regalos y contemplaciones que recibí en lo de mis abuelos, luego de morir mi madre, hubo pocos como éste.

Yo tendría entre doce y catorce años cuando me fue concedido el beneficio de disponer a mis anchas de aquel recinto singular.

Era un altillo que tenía dos ventanas, una sobre el patio final de la casa y otra que daba al jardín y en un ángulo, una escalera de madera que llevaba a la azotea. En la anterior casa de los abuelos supo haber otro altillo, aquel sí, lleno de objetos increíbles desde muñecas de porcelana que habían sido de mi madre hasta todo tipo de muebles pasando por mi cochecito de bebé: un monumento altísimo y con elásticos en que alguna vez pugué por introducirme y no lo logré.

Pero este otro altillo que quiero recordar aquí ya había pasado por el tamiz de la gran mudanza y conservaba por eso solo una mesa, unas pocas sillas y algún baúl. Era un lugar por el que nadie transitaba, solo Ina dos o tres veces por semana cuando subía trabajosamente una gran regadera llena para remojar las macetas de claveles que cultivaba en la azotea. No hubo reparos entonces, en concederme la llave de aquel recinto, el primero del que pasé a tomar posesión.

Lo primero fue ponerle nombre. Se vé que estaba en aquella temporada leyendo a los autores españoles y salió aquella extraña “Villa Holganza” que hasta fijé en un cartel.

Para mí, no solo era tener un sitio mío, sino que significaba poder aislarme de los cuidados y los seguimientos de los mayores, a veces tan extenuantes.

Allí llevé mis libros más queridos, mis enseres de escritura, mis acuarelas y también a Sancho que era un pequeño gato barcino que había adoptado.

No podría describir el deleite que fue decorar las paredes desnudas con todo lo que se me ocurriera, desde fotos, caricaturas, frases escritas a veces con saña. Recuerdo que hasta tenía una fotito de J. Paul Sartre y la frase paradigmática:” L’enfer est sur la terre, etre vivant, voila l’horreur, l’enfer sont les autres.” Hoy pienso en lo mal que se debía llevar con mi presunto cristianismo pero allí estaba y en un lugar de privilegio, en parte porque yo, de a ratos, también la hacía mía.

Pocas personas llegaron a conocer aquel recinto excepcional, una amiga, Mirta, lo recuerda con cierto pavor, supongo. A veces, tal vez presa de alguna lectura apasionante- o prohibida- pasaba casi días enteros allá arriba y en general no se me molestaba. El respeto por “aquel capricho de Marthita”, daba como para que se me hiciera llegar hasta allí el - poco- alimento que ingería. Para eso había instalado una cuerda con un canasto en el extremo al que hacía bajar para aprovisionarme. De aquellas comidas ingeridas en soledad, recuerdo las exquisitas zanahorias crudas que me llegaban impecablemente peladas y tiernas, listas para que mi diente dispusiera, sin horario y sin imposiciones.

Mi abuela, tan severa en general, jamás subió a aquel reino particular que no sé si en el fondo aprobaría. Mi padre, en cambio, no subía pero lo desaprobaba abiertamente tal vez porque era un atisbo de aquella región mía en la que ni él ni nadie tendrían cabida. Allí se forjó nada menos que el espacio magnífico y aterrorizante de mi libertad.

Arranquen las hortensias!!!

El fantasma de la soltería planeaba burlón y despiadado, sobre las mujeres de la familia

En la casa de mi padre, Pilar, Chita, Teté, Sarita y Raquel y yo dos constituíamos un conglomerado de hímenes intactos lo que suponía en buen romance, que, salvo milagro, íbamos a continuar viviendo bajo el ala de mi padre

Pero hay que creer en milagros, o en el maleficio anulado de aquellas hortensias que Teté mandó extirpar al jardinero por aquello de que “donde hay hortensias las chicas no se casan”.

Cuando menos se lo esperaba, Sarita presentó un novio al que la flia puso reparos graves pero igual se casó y se fue a vivir al interior.

Así Teté quedó sin su compañera de cuarto y sostén espiritual y muy afectada, dedicó todos sus esfuerzos a emular a su sobrina.

Por entonces Pilar ya andaba cerca de los 90 y desvariaba encerrada en una sordera total emitiendo un zumbido casi permanente que me producía horror cuando, de noche, se paraba junto a mi cama.

Chita, de 70 largos, se iba achicando en su mundo de radioteatros llena de temores y de premoniciones que, según ella se le iban cumpliendo.

El celo casamentero de Teté se fijaba entonces en Raquel y de rebote, en mí, que andaría por los 14 años. “Las niñas de la casa deben estar siempre como en un escaparate, decía, y acentuaba el SIEMPRE!”

De Raquel había obtenido una respuesta dócil casi diría que de conformidad total. Desde niña era la muñequita de grandes ojos azules, la Shirley Temple que la tía vestía, calzaba y peinaba a su antojo.

Yo, con una maldad que nadie percibió, la llamaba “Coppelia” por la muñeca autómatas del ballet de Delibes que, - chicas, qué lucimiento!!!- habíamos visto por el ballet ruso desde un palco que nos cedió no sé quién.

Conmigo la tía tenía más trabajo. Todo lo que ella proponía era rechazado por mí, así que optó por no meterse en asuntos de ropajes de la menor.

Yo, que era un manojito de inseguridades y timideces, iba decidiendo en lo concerniente a la ropa seguida por Ina que interpretaba mis bocetos y los plasmaba sobre aquellas telas espléndidas que venían del registro de mi padre. Aun conservo un pequeño block de tapas de madera en el que aparecen los dibujos de vestidos que realmente usé. Es posible que, guiada por mis caprichos, muchas veces haya parecido disfrazada pero me ayudaban mi flacura y mi inquebrantable actitud de no llamar la atención.



No obstante, recibía elogios y yo misma me veía bastante linda lo cual era agradable e inquietante a la vez.

“Si te dejaras arreglar el pelo!” decía Teté.

Todas las noches entraba a nuestro dormitorio con su larga robe de chambre azul y sus chinelas y la cara ya cubierta de crema.

Para ese momento, Raquel, que ya se había aplicado las cien cepilladas de rigor, se sometía al armado de las castañitas que eran pequeños mechones retorcidos en bucle y atados con una tira de tela.

Era fascinante ver, a la mañana siguiente, el resultado: una cabecita totalmente enrulada con ricitos que bailaban cuando caminaba.

Yo, a mi pelo totalmente lacio y castaño oscuro solía trenzarlo pero, por esa época, me asaltaron los primeros vestigios de coquetería y cuando apagábamos la luz, yo misma me hacía dos o tres castañitas que nunca fueron ni en cantidad ni en perfección como las de Raquel.

De ahí en adelante, el cuidado de la belleza física era como un espectro que me perseguía. Después de todo, es posible que la práctica de Teté haya prendido también en mí. A escondidas usaba un lápiz de labios natural y algo de colorete que Raquel me facilitó.

Me vichaba en los espejos y en las expresiones de la gente. Loca de miedo y fascinada fui tomando contacto con la versión que el espejo me iba transmitiendo, aun sabiendo que aquello no era más que una cáscara bastante engañosa, otra forma del despiste y la simulación. Pero si ese era el juego había que jugarlo hasta el fin y jugarlo bien.

El Colegio

Tenía cuatro años, vivía en la Av. Suárez y mis padres querían verme uniformada, no sé si para liberarse de mi presencia o para brindarme la posibilidad de estar con otros niños, mejor dicho con otras niñas.

Las hadas no me fueron propicias en el momento de la elección del colegio. Mi madre se inclinaba por el Sacré Coeur, creo que para mi fortuna, mi padre rechazó terminantemente y tal vez llevado por sus hábitos masones, propuso el Elbio Fernández. Y allí caí.

Jardinera de la Sección Femenina, calle Canelones y Ejido, Srta. Ma. Adela. Espantosa experiencia que acepté sin quejarme- no tenía otra opción-.

El lugar era lóbrego. Un patio enorme, descomunal, hacía que me sintiera aun más chica, y más indefensa. Allí me dejaron. No había sol, no había árboles y todas vestíamos de azul marino y gris. Nadie se conocía y nada se hacía para integrarnos. La maestra era más bien fea, pecosa y pechugona. En la clase había mesas largas con pequeñas sillas y allí me adjudicaron un lugar junto a un niño atroz que se llamaba Ferrer y que desde el primer día, hizo lo posible por hacerme volcar el café con leche que mi madre me obligaba a llevar para el recreo. Todavía recuerdo el asco infinito que me producía el olor del café empapando la servilleta de tela, la rabia y el rechazo de tener que lidiar con algo que detestaba y consideraba humillante.

Pero todo lo anterior era nada comparado al mal mayor.

La "licencia" que se le pedía a la maestra para ir al baño, era el momento en que se podía disponer de un espacio módico de libertad.

Como yo era tímida y obediente la maestra no tenía reparos en concedérmela sin sospechar que a veces, me demoraba más de la cuenta.

Mi salón de clase estaba en el primer piso y yo caminaba por un corredor en que había un balcón muy alto que permitía a los adultos mirar para el patio de abajo.

Aquel día la sensación de disgusto que solía sentir se había visto anulada por algo que parecía un milagro. Era música; piano y voces que cantaban allá abajo. Me detuve, y, haciendo un verdadero esfuerzo, me mantuve en la punta de los pies y pude ver parte de algo hermoso: una formación de niñas mayores, tal vez de quinto o sexto año, que cantaban

dirigidas por un señor de larga cabellera blanca y un pianista. Entonces no todo era feo en el colegio, pensé. Pero casi no tuve tiempo de pensarlo porque unas manos me ciñeron con fuerza desde atrás y me arrastraron a la pedestre realidad.

Más arriba de las manos, vi de cerca una cara de mujer morocha, varonil, con expresión lombrosiana y una verruga en la mejilla.

Nunca había visto a una bruja tan de cerca, que acercando su boca y gritando, me acusaba de no sé qué delito.

Pronto supe que estaba entre las garras de la Srta. Débora Vitale D'Amico, la famosa educacionista, mi directora, que, desde ese día y hasta no hace tanto, pasó a formar parte de mis pesadillas.

No tiene sentido aquí abrir una polémica sobre la enseñanza de la década del 40 ni sobre los méritos que se le adjudicaban a aquella maestra a la que todos, incluidas las maestras y docentes de secundaria, temían hasta el temblor.

Bajar los ojos, callarse, aceptar, era la única opción posible ante ella.

Desde entonces, la hora del almuerzo en casa, que se me adelantaba a las once porque a las 11.30 venía el ómnibus a buscarme, empezó a suponer la antesala del suplicio.

Nunca había tenido un apetito demasiado entusiasta pero aquellas comidas previas a los casi tres cuartos de hora de ómnibus escolar y más que nada, a la llegada al colegio donde la sabía pronta a atacar, empezaron a significar, también ellas, una tortura.

Mi estómago se rebelaba como yo no me atrevía a hacerlo. A veces vomitaba. Ahí estaba en germen lo que, ya muerta mi madre, los médicos llamarían “dispepsia nerviosa” y algún pionero “anorexia”. Por supuesto que no se trataba, ni a los cuatro ni a los doce años de una preocupación por la estética, era simplemente angustia, desolación y mucho miedo.

Todavía me pregunto cómo mi madre, que estuvo viva hasta mi tercer año escolar, no percibió aquel infierno.

Tal vez era porque la creencia generalizada decía que la Srta. Débora (para mí el nombre venía de devorar) era una educacionista de primer nivel y tal vez lo fuera en el área intelectual. Sus alumnas adquiriríamos una excelente formación y la mejor ortografía que aún conservo pero sobre qué base se asentaba todo aquello y qué precio pagábamos en terrores y humillaciones es algo indiscernible.

Mi desempeño en aquellos años fue parejamente anodino.

Raquel, en cambio, era la alumna que Débora preconizaba: laboriosa, cumplidora, más bien obsecuente y siempre dispuesta a destacarse y a recitar en los actos patrios.

Esta situación casi incambiada, con algún matiz de alivio logrado en base a determinada maestra o a la aparición de las primeras amigas, se mantuvo por toda la primaria. Con la muerte de mi madre, no recibí de la institución la menor muestra de simpatía. -“Ahora debes trabajar mucho más”- había dicho la Dire y eso fue todo.

En realidad se dio todo lo contrario porque caí en un pozo de indiferencia y con la mudanza a F. Vidal me convertí en una alumna más bien mediocre y lo que es peor, inicié una tierna amistad con Margot, alumna húngara que era la peor de la clase y comía chocolate con pan.

Teté, horrorizada, habló con la maestra y convinieron en que “Esa niña no es para ella”.

La maestra Hilda nos separó con malas artes y me sentó en el banco de Margarita, niña insufrible, la mejor de la clase. A duras penas aprobé ese año y llegué a séptimo, año previo al examen de ingreso a secundaria.

No sé si porque la maestra era más humana o porque yo empezaba a ponerme de pie pero decidí que les iba a mostrar lo que podía y llegué a obtener sobresaliente ese año.

Débora, entretanto nos había acarreado al nuevo colegio, el Nacional José Pedro Varela, escindido del Elbio nunca supe bien por qué.

Las características institucionales y la absurda modalidad directriz eran las mismas. Todo se manejaba desde el terror hacia aquel ser andrógino y avasallante.

Como despedida de aquella etapa tan fea una anécdota. Débora asumía personalmente la preparación para el examen de ingreso al liceo. Para ello nos ponía pruebas especiales y nos obligaba a ir al Colegio los sábados de mañana. Tuve entonces ocasión de constatar que todas mis compañeras sentían el mismo terror y que muchas veces lloraban o vomitaban angustiadas antes de salir de sus casas.

Eso, en parte me hizo sentir más fuerte y dispuesta a luchar. Confusamente empecé a reírme de la situación aun sin dejar de tener miedo.

Ya por esa época mi fuerte era la redacción. Lectora fanática y buena memorizadora, había obtenido un vocabulario que no era común para la edad y me encantaba escribir.

Un día ella - Débora- vino trayéndonos como mandato confeccionar una redacción sobre un tema que no era de los manidos de siempre (Llegó el otoño, Mis vacaciones, etc). Como era un trabajo para hacer en la casa yo, no solo lo hice muy bien, sino que lo disfruté. Cuando se lo entregué lo leyó rápidamente y me miró sobre los anteojos sin decir nada.

Al día siguiente mi trabajo tenía un cartel en rojo con aquella caligrafía perfecta: "se nota mucha ayuda de tu familia que ojalá sepas aprovechar para el futuro".

Yo ni siquiera me enfurecí. Uno se acostumbra a que no lo entiendan, pero mi abuela, que vió el cartel, se puso sus mejores galas y fue a enfrentarse con toda su furia al basilisco en un duelo, que por lo menos, fue de iguales.

La tarde siguiente fui llamada al despacho de Débora que se disculpó pero, acto seguido me pidió que hiciera allí otra redacción sobre otro tema atípico. La hice en minutos. Desde ese día sentí que me profesaba cierto respeto. "Nuestra literata", mascullaba. En lo que restó de los años pasados allí, aun en liceo, no tuve trato directo con ella, no dialogamos, no hubo colisiones ni motivos para sanciones. Tampoco me sentí querida ni le profesé cariño.

Doce años después de ingresar, el día que dejé el Varela, lo hice con alegría.

Esclavas

No puedo llamarlas de otra manera. Tampoco podía en la época en que las veía llegar, establecerse con sus pocas pertenencias en el pequeño apartamentito del fondo y servir durante 7 días sin horario ni posibilidades de protestar.

Eran las sirvientas. Yo también a mi manera, hacía uso de ellas y a veces hasta rezongaba cuando, tímidamente, la mucama me despertaba con la bandeja del desayuno en la mano, ya eran las 10 y yo quería seguir durmiendo.

La casa de Fco. Vidal era enorme, la familia numerosa, mi tía como ama de casa, implacable. Quiero pensar que la paga era buena y puntual y que el alimento no faltaba.

Había una cocinera, una mucama y una limpiadora con retiro todas ellas exigidas con rigor.

Yo, que recordaba el trato afable de mi madre con María, no dejaba de asombrarme por aquel régimen casi militar pero tampoco asumía ni un esbozo de defensa tal vez porque estaba demasiado sumida en mis propios problemas.

Se las veía llegar o irse en una continuidad sin estridencias. Hubo gallegas recién llegadas, muchas chicas del interior, alguna proveniente de la frontera mandada por Sarita como regalo a su tía.

Curiosamente Chita, que era otra esclava doblegada, las trataba con rudeza. Sentía una aversión incontenible hacia los negros “que le daban asco”. Ni se soñara con una mucama negra para servir la mesa. Una de las pocas veces que la vi sonreír era cuando me repetía el estribillo que de joven había aprendido: “A los blancos hizo Dios, a los mulatos San Pedro y a los negros hizo el diablo para tizón del infierno.”

Dentro de aquella galería recuerdo a Carmen, la de los mil novios que aun rescataba un atisbo de alegría y a Elena, narigona, delgadísima que escondió su embarazo hasta que un día: “¿Qué le pasa a Elena que no bajó?”

Teté subió a su cuarto y la encontró casi por parir a la hijita flaca con la que se fue pocos días después porque, faltaba más, un bebé en la casa!

También recuerdo a Leyla, mulatita de Rivera, casi una niña, con la que, sin que Teté lo viera, llegué a cambiar alguna palabra. Hacía brujerías, macumbas o algo así, y a veces quedaba como en trance. El día en que, descontrolada, quiso atacar a golpes a mi tía y vino la ambulancia de la Asistencia Pública a llevársela, dicen que me llamaba a gritos. Yo, ajena a todo, estaba en lo de mis abuelos y aun siento pena y bastante vergüenza por todo lo que no dije o hice al respecto.

Lo que me quedó de aquella sucesión de barbaridades fue un horror hacia aquella forma de explotación humana que tal vez explique algunas de mis actitudes de hoy teñidas por la culpa.

Mi abuelo

Si que fue un personaje inasible, ambivalente, seductor, diferente a todos cuantos traté antes o después, y sin duda el hombre más atractivo que conocí.

Italiano, nacido en Boghera, cerca de Milán, había embarcado de niño hacia América a fines del 1800 con sus hermanos, tal vez corrido por la guerra o por las carencias económicas, como tantos.

Nunca llegué a entender bien por qué él, que era el menor, decidió quedarse en Montevideo y no seguir con sus hermanos hasta el destino final que era Buenos Aires. Aquí fue acogido y guiado por gente amiga con la que debe haber puesto en funcionamiento sus dotes de encantador, las mismas que muy rápidamente le permitieron ubicarse y ascender.

De sus padres, José Gatti y Rebecca Comandi poco hablaba, sí me contó que ella había muerto poco antes de venirse él. De sus hermanos en Buenos Aires tampoco, nada supo después pese a sus viajes constantes por la región.

Cuando conoció a mi abuela en los primeros años del novecientos ya era proveedor de los barcos del Lloyd Brasileiro, viajaba constantemente y había adquirido los modales y la elegancia de un gentleman que lo caracterizarían hasta el fin.

Me lo imagino tostado por su vida en el mar, con una figura envidiable, una conversación divertida, muy simpático y bromista: ¿qué mujer no sucumbiría?

Pero a él solo lo supe suspirando por Greta Garbo de la que no se perdió jamás una película parlante o muda.

No usaba uniforme de marino pero le gustaba vestir de blanco, tal vez obligado por las temperaturas de las zonas en las que se movía.

Tenía unos ojos negros chispeantes que se reían a veces antes que él pero también brillaban con extrema seguridad al captar con rapidez lo que los otros no habían visto aun.

Me es difícil hablar de él con cierta ecuanimidad porque yo también sucumbí a su encanto.

Las primeras veces que lo vi fue durante sus arribos a lo de la abuela, venía con algunos peones del barco trayendo regalos por doquier: telas para Esperanza, Sélika y las mujeres de la casa, a veces finas alhajas, enseres domésticos de todo tipo pero también cachos enteros de banana que mi abuela odiaba porque decía que contenían arañas, golosinas, juguetes para mi, alguna vez hasta un mono tití y por supuesto, los vistosísimos papagayos que sacudían la casa con sus gritos y eran regalados prestamente por mi abuela.

De estos últimos recuerdo a Pedrito que todas las mañanas gritaba “La papa para Pedrito, Pedrito quiere la papa!”. Provocando la admiración del lechero que entraba hasta el patio del fondo de la casa para verlo. Fue el único que había logrado permanecer.

Para mi aquel animal era admirable y lo primero que buscaba al llegar. Pero un día Esperanza, que había discutido con su marido, no pudo soportar la presencia del ave que se lo recordaba demasiado y se lo regaló al lechero. Muchas veces íbamos a experimentar el poder omnívoro de Esperancita que cuando se ponía en marcha podía arremeter contra lo que fuera y ganar.

Y Enrique se reía, se reía y se iba de viaje y a veces demoraba meses largos sin aparecer. Una vez, como ella le reprochara la demora en sus cartas, él le hizo llegar una foto suya casi de tamaño natural, blandiendo aquel bastón

de mango de plata en forma de cabeza de galgo. Detrás de la foto decía: “Para que no te quejes de que no me ves”.

Y una vez más usó ese recurso escribiendo al dorso de otra foto que tengo ante mis ojos:

”Mia Cara Esperanza:

”Ahí va mi figura americanizada. Dime que tal la encontraste. Boas Festas 1918-1919”

No es difícil suponer el efecto que causaría este tipo de misivas en mi abuela. No obstante, no sé si por controlar a un esposo tan volátil o porque entendía que formaba parte de sus deberes de esposa, ella accedió varias veces a viajar con él a Santos y Corumbá donde estaban emplazados los hoteles que les pertenecían.

Porque sin dudas les pertenecían. El aventurero visionario que desperdiciaba el dinero había logrado un capital considerable. Solo el viaje en ambos casos debía serle un suplicio, porque Esperanza se mareaba y tenía que confinarse en su camarote.

Eran hoteles de porte. Con Eduardo conocimos el de Santos que estaba sobre la rambla a la altura de San Vicente y era del estilo de lo que fue aquí el Parque Hotel. Se llamaba Palace Hotel y era visitado por la aristocracia paulista en sus vacaciones.

Tenía casino, jardín con jaulones con araras y no sé cuánto personal que mi abuela dirigía con mano férrea. El de Corumbá se llamaba Hotel Galileo y sobre él solo tengo el recuerdo de algunas fotos del restaurante y el casino.

Gracias al recurso de la computadora he rastreado datos sobre el Galileo que aún se conserva como CAT (Centro de atención al turista.)

El hotel había sido construido en 1907 por el Arquitecto Fernando Mamoré en estilo ecléctico variando entre el clásico y el art nouveau y tenía una superficie de 1000 metros aproximadamente contando el anexo llamado Hotel Internacional.

Aun hoy el Prefecto Ruitter Cunha habla de él como “uno de los mayores símbolos de nuestra Historia”, visitado por Getulio Vargas y F. D. Roosevelt.

Se recuerda que desde una de sus ventanas el músico Mario Zun vio pasar y doblar en un recodo del río al barco en que se iba su amada y se inspiró para componer “Chalana” uno de los clásicos de la música del lugar.

Ver las fotos del Galileo, aun en pie y remozado, me produjo un sacudón, como si tuviera delante mi raíz.

Contaba mi madre que si bien muy controlada por mi abuela, sobre todo en Santos disfrutaba aquellos viajes, conoció gente, se hizo de buenas amistades, algún admirador y aprendió a hablar portugués. Ella, adorada por ambos, era el nexo más tangible entre aquellos esposos de vida tan especial. Con su padre recuerdo que tenía un trato afectuoso si bien no creo que ella fuera propensa a la permisividad. Es que Enrique, como marido, tiene que haber sido más bien catastrófico si bien como padre se mostraba como el más cariñoso y manirroto.

A su hija la cubría -literalmente- de las alhajas más preciosas, todo aquellos brillantes y perlas que luego yo recibiría y que ella usaba a diario según el estilo de la época y guardaba en un pequeño cofre fort de metal que la acompañaba en sus viajes, provenían de él.

Las alhajas de Sélika eran el asombro y tal vez la envidia de sus amigas y de mucha gente.

En su momento, mi padre mandó construir una caja fuerte empotrada en la pared y disimulada por la biblioteca solo para preservarlas. Allí estuvieron hasta que me las entregó.

Después de casada mi madre y más aun luego de mi nacimiento, abuela no volvió a viajar.

Simultáneamente, tal vez al influjo de descalabros económicos mundiales o a su propio desinterés por el dinero, la situación económica del abuelo empezó a resquebrajarse. El golpe de gracia fue su afición cada vez más acentuada por los juegos de azar. Sus propias ruletas y el turf contribuyeron a que se lanzara por ese camino del que difícilmente se retorna. El proceso fue largo pero no tanto.

Cuando murió mi madre Enrique ya había recalado definitivamente en Montevideo como un huésped más “de la casa de Esperanza” en la que nunca

yo había visto que compartieran el cuarto. Su única entrada era una pensión del Lloyd Brasileiro y su tesoro más preciado una foto autografiada de Getulio Vargas que lucía sobre la cómoda. También hasta el final conservaba sus trajes, impecables, su rancho de paja, sus gemelos, su bastón, un poncho paraguayo en el que se envolvía completamente en los inviernos, su afición por los baños turcos mensuales, por la ducha fría diaria y las idas al barbero a rasurarse la barba cada vez más rala, por lo menos una vez por semana.

Cada tanto era visitado por alguno de sus amigos de los viejos tiempos que también habían recalado en Montevideo pero todos poseedores de fortunas importantes. Ellos buscaban el genio y el ingenio de Enrique, aquel manirroto de fortunas, bromista eficaz, solidario con los que caían en la mala. Por un rato mi abuelo volvía a ser el que ellos habían guardado y la lumbre del recuerdo los abrigaba por igual.

Sin duda para aventar mi tristeza, solía llevarme al Parque Rodó, a andar a caballo, pero también y especialmente a visitar barcos a los que él podía acceder. Mi abuela decía que el ambiente del puerto no era para una niña pero él y yo nos entendíamos sin palabras y el mundo con él se hacía fascinante.

Acostumbrado al clima del Brasil, los inviernos se le volvían durísimos-
Clima para sobrevivientes, rezongaba.

Preparaba su tetera de metal llena de un te oscuro y aromático y en ella se calentaba las manos endurecidas y rojas por el frío. Al final usaba guantes de lana y gorra, concesiones del dandy al náufrago que ya era.

Los dos teníamos nuestro código secreto. Había palabras que nos pertenecían y a cuyo significado los demás no podían acceder.

“Ella es más inteligente que todas ustedes juntas”, les decía a las mujeres de la familia. Y si en la radio sonaba un tango, con una reverencia, me invitaba a bailar. Era una danza distinta. Más lenta y sentida que los tangos que yo iba a bailar en las fiestas de 15. A Ina le gustaba vernos pero mi abuela se hacía la distraída.

A veces me quedaba a oír sus cuentos. Uno que me fascinaba era el de la caída del hermano de un amigo en las aguas del Paraguay y su desaparición en segundos, devorado por las pirañas. Por él conocí muchos ríos, muchos

puertos, muchas ciudades. Era como si con él se hubiera hecho más grande el mundo y mucho mas cercano.

Recuerdo que, con su elegante traje blanco, ofreció el brazo a Esperanza y afrontó estoicamente el festejo de sus bodas de oro mientras me guiñaba un ojo.

No quisiera contar su final, solo podría consignar que Esperanza, atenta aunque no afectuosa, lo atendió y lo ayudó y que él mismo no se rindió al miedo o a la plegaria. Desde esta vejez mía le estoy devolviendo su guiñada que solo él y yo sabemos cabalmente todo lo que significa.

Radiotelefonía, varicela y conflicto mundial

En la casa de mi abuela había un aparato de radio con patas situado en el ante comedor. En cierto modo parecía una capilla. Tenía puertas corredizas y lo acompañaban algunas sillas forradas de cuero repujado formando platea. Solo la podía manipular el tío Pepe “que sabía”.

Al resto creo que le era indiferente, solo alguna noche en que trinaba Enrico Caruso o Beniamino Gigli los convocaba y se acercaban con interés casi místico. Allí sonaban “Tosca”, “Aida”, “La traviata”.

Más tarde, muerto Pepe y con la flia en otra casa, aquella reliquia fue a remate y mi abuela compró otra radio más moderna que era de mesa y tuvo un uso mucho más democrático del que participé, a veces pretendiendo exclusividades que debían resultar molestísimas para los demás que, sin embargo, jamás se quejaron.

Esa radio, que era voluminosa, a su manera linda de formas y que tenía un excelente sonido, quedó con los años como “la radio de Ina” y ya en época de mis hijos, un día expiró con una serie de explosiones desconcertantes, luego de una larguísima vida.

Pero ahora quiero ir a mi casa de Suárez y a mis cuatro años. Mis padres, con una radio que les pertenecía, solían oír noticias y hacer comentarios que, en general, me resbalaban.

Por lo que llegué a oír y por títulos del diario El Plata que llegaba a casa, fui descubriendo que había guerra en una parte del mundo y que la guerra era algo brutal, incomprensible y amenazante.

Todas las noches mi padre sintonizaba la BBC de Londres que se oía en general con grandes interferencias pero que me fue familiarizando con voces como “los aliados”, la Alemania nazi, Hitler, la línea Maginot, Churchill y muchas otras. Todas ellas se irían armando después, a medida que empecé a leer de corrido y sobre todo, cuando en las tardes de cine con Ina, debí tragar cientos de films de guerra. Tragué así sin chistar el estereotipo de un alemán cruel, históricamente ensañado y el de un inglés rubio, bonachón, valiente y desinteresado. Es más, la figura de Hitler en sus locas y payasescas alocuciones y sus atroces matanzas de judíos me producían un pavor sin límites y a veces me hacían sentir el presagio oscuro de que podía llegar a estas costas en cualquier momento y me preguntaba qué hacer entonces.

Pero la guerra, esa siniestra realidad, directamente solo me llegó a través de una escena que pude presenciar. Yo tenía una varicela muy leve que, sin embargo había contagiado a Ina y lo que en mi era nada, en ella cobró características de enfermedad grave tal vez por ser adulta e indefensa. Todavía la recuerdo con las facciones monstruosamente deformadas y cubiertas de pústulas y recuerdo la culpa que sentí siendo inocente.

Aquella tarde, con mis costras casi secas y habiéndose salvado lo que sería “mi cutis de porcelana” me encontraba en mi cuarto organizando a todas mis muñecas y sus muebles para participar en alguna escena que inventaba, cuando oí gritos en la calle.

Enseguida la voz de María que llegaba de la panadería: “Señora! Hay que subir a la azotea. Se van a matar y dicen que se ve todo desde acá!”.

Se me permitió subir, pude así presenciar el tramo final de lo que, pomposamente, se llamó luego “La Batalla del Río de la Plata”.

Como desde un palco situado de lado, vi con el marco de la bahía, muy calma la mar, unos barquitos como de juguete de los que salían luces y estrépitos dirigidos hacia otro un poco más grande.

Si la guerra era eso parecía muy poca cosa. Luego supe que aquello era el hundimiento del acorazado de bolsillo Graff Spee que luego iba a quedar, ladeado y sin gloria, a merced de mejillones, lisas y burriquetas como un hito en el paisaje de la bahía.

También llegó a mis oídos que los marineros del Tacoma, el acorazado alemán capturado esos días por la flotilla inglesa que quedó en aguas uruguayas, habían bajado a tierra en Montevideo donde algunos optaron por quedarse a vivir y lo que era aun más extraordinario, que eran seres humanos comunes y corrientes y no los engendros insuflados de maldad que yo esperaba.

Empecé a sospechar entonces que la realidad era bastante más variopinta y confusa y que no era tan fácil decidir de qué lado ibas a estar parado, ni siquiera de qué lado lo estabas en ese momento.

Pero aquella tarde no me debe haber resultado difícil retornar a mi cuarto y seguir imaginando mundos para mis muñecas sin problemas de conciencia a la vista.

¿Estás ahí?

Para mí la primera señal de misterio fueron las plantas en aquel edén que era el jardín de la casa de mis abuelos. Las plantas y sus flores, los perfumes, la estudiada simetría de las hojas y de los pétalos, el dulzor de las madreselvas que yo sorbía, escondida atrás de las hortensias azules.

Y más allá las rosas, las caléndulas, las zinnias, los alelíos, los lirios, los heliotropos. Creo que antes de aprender los nombres de las personas yo ya me sabía el de las flores, conocía sus caprichos, la modalidad de sus floraciones, esperaba durante la dormidera de los inviernos, me alegraban los chubascos del verano.

A cambio las flores me ofrecieron desde siempre una amistad secreta y continuada. Ambas hemos sido fieles, lo somos, ambas nos entendemos, nos comunicamos.

Junto a las flores se fueron presentando otros seres que traían mensajes explícitos sobre algo, alguien que era capaz de diseñar y hacer crecer esas maravillas. Fui gran observadora de los gusanos, aún de esos pobres llamados bichos peludos, de los caracoles con sus vidas húmedas y sensibles, de las lombrices, de las langostas verdes, los grillos, las mariquitas, las abejas y los guitarreros, los mamboretás. Siempre busqué saber más y más de cada uno, siempre quise entender el por qué de tanta perfección escondida en lo recóndito del jardín de mi abuela.

Y empecé a intuir vagamente la presencia de una mano buena, una especie de jardinero omnisciente que nos abarcaba y nos sonreía de la mejor manera aún cuando no lo pudiéramos ver.

Si esa llegaba a ser una idea sobre la existencia de Dios, no lo sé. En todo caso yo no lo llamaba así. Era solo una presencia que presentía.

Sobre ese panteísmo de jardín, los mayores fueron poniendo su impronta sin saber de su existencia.

Un día mi madre le dijo a mi abuela: “Esta nena está en edad de tomar la comunión, no te parece?”.

Yo tendría siete años y por supuesto, en el Elbio se profesaba un ateísmo envalentonado apoyado en aquella Sociedad de Amigos de la Educación que tuvo a Varela a la cabeza en la que los masones se permitían sentir que eran los sabedores y profetas.

Con mi madre ingresé por primera vez al Colegio de las Teresas en la calle Soriano, y quedé en manos de una monja, la madre Ma. Teresa, una española de cara sonrosada, muy simpática que fue mi catequista.

El lugar era enorme, era colegio, liceo e internado y mucho más espacioso que el mío pero esa no era la mayor diferencia. La monja me tomó de la mano y me llevó a recorrer los patios, el jardín, la capilla, los salones de clase, hasta vi los dormitorios de las pupilas. Por todos lados me llamó la atención que había gente contenta que nos saludaba cariñosamente.

Mi guía tenía en su poder un enorme llavero y fui conociendo lugares como los laboratorios de cuya existencia no tenía noticias. En suma: un mundo cerrado pero fascinante.

Ya el primer día fui conducida a un salón de clase y allí Ma. Teresa me entregó un librito de tapas grises y muchas ilustraciones. -Es para que lo vayas leyendo, dijo.

Y allí mismo, sentada cerca del escritorio de la monja, empecé a hojear y luego a leer muy divertida, enterándome de un trago de toda la Historia de la Salvación. Estaba escrito en forma de preguntas y respuestas y era sencillísimo. Recuerdo aún unas ilustraciones, en particular una de Adán y Eva en el paraíso,

ella con una enortijada cabellera que le cubría casi todo el cuerpo y él de medio perfil, casi saliéndose de la lámina en la que la figura central era una serpiente muy simpática y un árbol del que pendía la manzana.

Era tan divertida la lectura o la monja se demoró tanto corrigiendo cuadernos de sus alumnos de primaria que cuando me dijo: "ese libro vas a tener que estudiarlo", yo le contesté, "ya lo sé todo".

Y así era,

Entre risas me tomó la lección y me felicitó.

Yo en las Teresas me sentí feliz desde el primer día, me sentí rodeada del afecto cálido de mi catequista que sonreía constantemente y parecía también feliz de estar allí.

Eran, tanto ella como la institución, la antítesis de mi colegio, frío y acartonado, donde toda efusión era censurable y pasible de ser sancionada.

Yo estaba fascinada con aquellos patios y corredores lustrosos, con los macetones rebosantes de verde, con las oleografías de temas religiosos que colgaban por doquier, con los crucifijos desde los que Jesús presuntamente moribundo abría los brazos como alas y ya te perdonaba.

Un día llegué a ver una procesión de alumnas con varas de azucena en sus manos que iban cantando a María y las dejaban al pie de la imagen de ésta formando un enorme ramillete muy fragante.

Todavía siento el olor de las azucenas y del incienso mezclado con el vago olor a tortas fritas en grasa que estaba siempre en el aire allí.

El lugar me hechizaba, parecía que allí se estaba a cubierto de todos los peligros.

Le tocabas el pie a la estatua de María o se lo besabas y luego te persignabas y ya estaba casi subido tu peldaño de ese día hacia el cielo.

Pero no era tan fácil. Unos meses antes de la fecha señalada para la Primera Comuni3n, un 20 de noviembre, día de la Virgen Niña- la madre Ma. Teresa se puso seria. Y con toda la seriedad que pudo lograr me habló del

pecado que mandaba nuestra vida y a la que era necesario limpiar de ese nefasto baldón.

Fue preciso darse cuenta de que muchas de mis actitudes y aun muchos de mis gustos y aficiones eran reprobables y probablemente provenían del propio Lucifer.

Para solucionar eso se me presentó lo que era la confesión, instancia aterradorante que acepté helada de miedo pero segura de que me estaba salvando.

El capuchino que recibió mis arrepenimientos no fue duro pero creo que no logró borrar el terror y la sospecha de que aquello no era sino el principio de una retahíla interminable de pecados y reconciliaciones que iba a seguir toda la vida.

Antes de la Comunión, y para acentuar mi perfil de alma contrita, la monja me entregó una pequeña libreta negra. Era la libreta de los sacrificios en la que debería anotar diariamente los que le ofrecía al Señor. Recuerdo que yo ni siquiera lograba ver con claridad qué podía significar un sacrificio para mí y creo que por única vez, no sabía qué escribir. Recuerdo vagamente que aludía a la comida: Ej.: "hoy no comí el pastel" o "Dejé el dulce en el plato" pero sabiendo en el fondo que para mí, inapetente crónica, aquello era una farsa.

Mi inclinación a la fantasía y a la molicie, sumada a aquellos sacrificios inventados me fueron convenciendo de que al recibir a Jesús en la comunión lo iba a lanzar a un lodazal porque eso y solo eso era mi almita culpable.

Las semanas previas al día señalado fueron sombrías y las expectativas de mi madre y mi abuela me abrumaban. Hubo, por supuesto, un vestido blanco largo y un manto y una fiestita en lo de mis abuelos. Ina hizo una torta de pisos con rosario y confites.

De la misa recuerdo un malestar de estómago que me torturaba, ganas de salir a vomitar, miedo, mucho miedo de fallarle a Jesús, a María y a la Madre Teresa. Para colmos era la primera de la fila y no podía escapar. Ya comulgada, salí y una monja me ofreció un té de manzanilla.

Del encuentro gozoso con el Señor nada quedó en aquel momento. Sí mucha culpa

En las estampas que repartí decía:

“Jesús que dijiste con tierno cariño

Dejad que los niños vengan a mí,

Hoy llego a tus plantas, consérvame pura,

Ser buena te juro, vivir para ti.”

Dios! Cuántos compromisos para aplastarme más todavía.

Monja

Después de la muerte de mi madre y hasta los 14 o 16 años, más o menos, transité por una etapa de misticismo extremo.”Quiero ser monja”, le dije a mi padre a lo que él me respondió.” Prefiero verte muerta”.

Contribuyeron a aquella eclosión, además de la soledad y del dolor, la búsqueda del claustro como espacio cerrado y protector, el útero materno ya perdido y añorado, del que había obtenido un anticipo entre las monjas Teresas y por el lazo afectuoso que conservé con la Madre M. Teresa en especial, hasta que se fue del país.

También se me había hecho una costumbre ir a misa con mi abuela y en especial, recuerdo nuestras idas algunos viernes a la Cripta del Señor de la Paciencia anexo a la Parroquia de San Francisco en la calle Cerrito. Aquello era como una catacumba oscura con paredes que chorreaban agua. Cada viernes convocaba a centenas de devotos, muchos mendigos, lisiados, seguramente muchos desesperados, algunos de los cuales avanzaban desde la entrada andando sobre sus rodillas con los brazos en cruz.

La imagen convocante se encontraba protegida por una lámina de cristal curvo. Era el Jesús coronado de espinas, lapidado, azotado, escupido, injuriado y abandonado por todos.

Tanto fue lo que me sedujo que empecé a tener mi modesto delirio místico a partir de él muy bien acompañada por Fray Tomás de Kempis cuya obra La imitación de Cristo me fuera especialmente recomendada por mi confesor. Todas las noches antes de dormir repasaba mi Kempis, meditaba y rezaba hasta dormirme. Hasta había colgado junto a mi cama un cuadro del Ecce Homo. También encontraba refugio en los salmos.

Todavía recuerdo aquel:

"Como anhela la cierva,

Estar junto al arroyo,

Así mi alma desea,

Señor estar contigo."

La furia de mi padre, ex monaguillo convertido en agnóstico rabioso, se volcaba sobre mi abuela.

Llegó a decirme que me iba a prohibir ir a su casa, crueldad que nunca concretó.

Ajeno a sus embates, aquel pico de misticismo se fue diluyendo. Otras lecturas fueron invadiendo mi campo visual. La biblioteca de mi padre, ampliada incesantemente (en esa época compró la totalidad de la Colección Austral) fue despertando intereses y curiosidades mundanas que me fueron llevando, no solo fuera del claustro, sino hacia una postura muy libre y contestataria que, sin renegar del cristianismo, reivindicaba el derecho a la alegría y a la libertad del ser humano: Aleluya!!

No puedo dejar de recordar que antes o en medio de aquel alud de lecturas heterogéneas, cayeron en mis manos las Florecillas de San Francisco. Con ese libro, no solo quedé enamorada para siempre del Poverello de Asis, sino que pude acceder a otro enfoque en mi conocimiento de Jesús y dar muchos pasos hacia lo que sería descubrir el verdadero sentido que quería para mi vida.

Pero hoy veo que nada de lo anterior había sido en vano. Todo había quedado en mí haciendo el sustento de lo que vendría después.

La abundancia

Por los años 50 mi padre llegó a lo que fue la cumbre de su poderío económico. Sin duda ayudado por coyunturas mundiales, su capital se había ampliado y confiado en aquella bonanza, inició una onda expansiva que parecía no terminar.

Si bien era tímido y solo se permitía la broma en ambientes reducidos, su porte elegante y su atildamiento le abrirían cualquier puerta. Como tipo culto, muy leído y viajado tenía una charla amena que podía versar sobre cualquier tema. Lo seguía además, una merecida aureola de honestidad.

No hay duda de que todo ello lo llevaría a conocer a mucha gente y a ser recibido indefectiblemente con estima y respeto.

Lo recuerdo ya algo canoso, sobre su pelirrojo original, narigón y fumando alguna de sus pipas que le daban un aire de lord. No obstante su excesiva timidez me hacía sentir insegura a su lado aun cuando los demás no lo notaran.

Al frecuentar ambientes diversos se fue contactando con empresarios y gente de poderío económico que, como él en aquel momento, buscaba invertir.

Así el registro de telas se convirtió en López Quintela S.A dando paso a un mayor capital y a un directorio pluripersonal.

Pero no todo quedó ahí. En poco tiempo surgieron otros emprendimientos como la Aceitera San Carlos, la bodega LIVISA, una fábrica de bombones y tal vez otros que no recuerdo. El más voluminoso fue sin duda una cadena de almacenes que se nutría de un gran almacén mayorista. Se llamaba O.D.A (Organización de Almacenes) y llegó a tener más de treinta sucursales en los barrios de Montevideo.

Muchas veces las familias de los nuevos socios de mi padre lo invitaban conmigo a cenas, reuniones, al teatro, etc. En esas ocasiones Teté se fastidiaba por ser ignorada como pariente principal de su hermano y tenerme que ceder el lugar.

No sin forzar mi carácter poco sociable, yo trataba de no desentonar y en general lograba moverme con éxito. Recuerdo que para mis 15 años recibí de aquel grupo regalos, exagerados, que exacerbaron aun más el fastidio de mi tía. Logré amigas, algunas algo pesadas, luego, llegada la debacle, fueron desapareciendo paulatinamente.

Porque sobre el 54, aproximadamente, la situación empezó a resquebrajarse. Mi padre buscó hasta último momento ir salvando todo lo que podía sintiéndose responsable, no sólo por tener que mantener un familión -

ahora ya habían muerto Chita y Pilar- pero se había anexado Martínez, sino porque había incluido en sus emprendimientos el capital que era de mi abuela y el pequeño de Ina convencido de que era una buena inversión segura y muy rentable.

Hasta el 56 la situación se fue estirando y, a mí me costaba creer que fuera tan grave como él decía.

Entretanto yo, acostumbrada a vivir en la holgura, me daba el gusto de cambiar de carrera- después del bachillerato de abogacía pasé a iniciar el de arquitectura, hice cursos de Historia del Arte en Humanidades, de Sociología Rural, de Italiano y mi mayor locura: me inscribí en inicié cursos en la Escuela de Bibliotecología carrera que estaba en las antípodas de lo que yo podía hacer, por mi modalidad anárquica y desorganizada.

En poco tiempo iba a saber que la época de la abundancia se había ido para siempre.

Quince años

Los cumplí en la época de la holgura. Yo destruí las fotos y lo bien que hice. Allí se veía un grupo grande de adultos, otro grupo de amigos de Raquel y un grupúsculo de amistades mías. En medio de todo eso yo, como una momia con un peinado recogido con bucles, un vestido blanco muy feo e implantadas como en un arbolito de navidad, algunas de las alhajas de mi madre que habían sido cedidas para la ocasión por esa noche, "porque esas fechas son para usar las alhajas tradicionales".

A quién se le ocurrió aquel festejo no lo sé, a alguien con una gran crueldad o con un desconocimiento total del cuasi aislamiento en que yo vivía: liceo de niñas, amigas, todas niñas y prohibiciones de mi padre de acercarme a menos de tres metros de cualquier muchacho.

¿Quiénes iban a ser los invitados? ¿Con quién iba a bailar si no era con mi papá o mi abuelito?

Sé que en la mitad de aquel infierno me deslicé por las escaleras de servicio, seguí subiendo casi hasta la torre y allí me quedé jugando con el perro. Fue el mejor momento de la noche, y Mirtha puede dar fe de ello.

Pero en el verano siguiente, mi padre, socio fundador de la A.C.J, nos depositó súbitamente a Raquel y a mí en el Campamento en la falda del Cerro del Toro, en Piriápolis.

Allí se fueron aventando mis timideces y empezó la azarosa aventura de relacionarme con chicos y chicas de mi edad.

Aún hoy me cuesta creer que mi padre haya hecho esa concesión que duró prácticamente todo el verano y se repitió por varias temporadas. Creo que en la base de todo estaba el temor de que nosotras, Raquel en especial que siempre fue muy enamoradiza, sucumbiéramos durante el verano cayendo en aventuras amorosas que empañaran el cristal de nuestra inocencia.

Era la vieja idea de que las adolescentes éramos como bombas de tiempo con una carga de peligro e imprevisibilidad que podía estallar cuando menos se lo esperara trayendo múltiples desastres. Y en aquel campamento “están vigiladas”.

Pero sea por lo que fuera el milagro se dio y allá quedamos con Raquel en aquel lugar que era maravillosamente hermoso.

Nos instalamos en carpas de cuatro camas sin más mobiliario que nuestros bolsos si bien el campamento tenía un gran comedor, servicios higiénicos, un salón comunal, una biblioteca y canchas de uso común.

Raquel y yo nos separamos. Los años que me llevaba y su propia personalidad hacían que nuestros intereses fueran diferentes.

La dinámica del lugar era exigente: toques de campana para levantarse, para las comidas y el reposo, programas diarios de actividades animadas por los líderes de la ACJ.

Todas las mañanas playa y paseos, ascensiones al cerro, cabalgatas, conciertos nocturnos: variado y agotador.

En medio de todo aquello yo buscaba momentos de soledad para cerciorarme tal vez de que era la misma persona, pero era difícil hallarlos porque se presentía el rasero que buscaba una ramplona uniformidad.

Ahí estaba la chica tipo medio y a ese metro teníamos que ajustarnos. Dentro de esos parámetros, los libros que había llevado y pretendía leer tenían mucho de provocación y me exponían a la curiosidad y a las bromas.

Pero, bendita fue la vida en el campamento. Allí mi pretendida anorexia se aventó, conocí gente, obtuve amistades duraderas, Marta Pastore entre otras y me divertí muchísimo.

Además y como si fuera poco, descubrí y traté de cerca a aquellos seres del otro sexo de los que tan poco sabía y tanto sospechaba.

Fue un alivio saber que eran también seres humanos que podían ser esquivos, indiferentes, amigables o desagradablemente melosos pero que, en el fondo de los fondos, eran tan parecidos a nosotras.

Aquellos veranos me dejaron mucho, más tal vez de lo que yo reconozco. Hoy llegan como en flashes mi propia torpeza superada bailando el pericón y la media caña, o haciendo milanesas, o aquel disfraz de sirena, los atardeceres desde algún risco en la ladera del cerro, los conciertos nocturnos en los que conocí la Sinfonía del Nuevo Mundo de Dvorak, las charlas del Dr. Tállice, la aruera, la recuperación de mi medalla perdida que el mar me devolvió, las cartas de Gustavo y los ojos celestes de Sergio, aquel tenista porteño tan atractivo que, inesperadamente me tomó de la mano, se puso serio y me asustó.

El Colegio era una fiesta: la liberación de París

La Segunda Guerra Mundial era una sombra que se cernía sobre el mundo, un estigma que mostraba los extremos de demencia y horror hasta los que puede llegar el hombre.

Pero además, en una sociedad eminentemente francófila como la nuestra, París simbolizaba la civilización, la cultura, todo lo más alto que podía alcanzar el intelecto humano a la luz de los tres faros: igualdad, libertad y fraternidad.

Yo adoraba la cultura francesa. Había heredado de mi madre aquella afición incondicional junto con muchos libros en francés que hoy conservo. Y por supuesto, con profesor dos veces por semana más mi facilidad para los

idiomas, pude leer tempranamente a Pierre Loti, Verlaine, Dumas, etc. etc. y hacerme de aquella lengua como de la propia.

Con estos antecedentes, el gozo, el entusiasmo, la sensación de renacer que eclosionó con la liberación de París me tuvieron en primera fila.

El liceo, con su sede en la calle Colonia, estaba ubicado en plena zona de festejos porque toda la ciudad había salido a 18 de Julio con gritos, banderas y cánticos.

Pero dentro del liceo de la Srta. Débora, que también era directora de secundaria, imponía sus propias reglas si bien su ominoso poder no era tan absoluto en parte porque estaba más vieja y en parte porque un selecto cuerpo de docentes oficiaba como muralla de protección entre ella y los alumnos. Aquel día los diques se rompieron. Fue en vano que la Srta. Moderación, nombre con el que yo había bautizado a la bedel, nos llamara a la misma, diciendo que, a lo mejor la Directora nos iba a permitir salir hasta la puerta a saludar a las columnas de gente.

Muchas, yo entre ellas, salimos a la calle y pronto dejamos de ser alumnas de la Srta. Débora para formar parte de algo mucho más grande y no contenible bajo órdenes ni amenazas de sanciones.

Creo que fue la primera vez que sentí el éxtasis de saberme muchos otros, una gota en la ola incontenible de la multitud.

El I.A.V.A

Dejar el liceo después de cursar cuarto año no me costó nada. Me llevaba una muy buena base de conocimientos y algunos recuerdos sobre todo vinculados a mis amigas, que hasta hoy conservo.

El resto del grupo se había mantenido aislado y poco solidario. Nunca se nos proporcionaron ocasiones para la comunicación, más bien teníamos que rescatarlas o robarlas en los resquicios de una disciplina deshumanizante. Pero entre los intersticios de esa disciplina, yo empecé en aquellos años a poner en práctica la que sería una de mis armas defensivas más eficaces: el sentido del humor.



Cuando descubrí que todo era pasible de ser puesto en aquella clave, me liberé. Mis burlas, que empezaron siendo livianas, fueron adquiriendo un filo más mordaz. Las compañeras se asustaban pero en general festejaban mis chistes, mis chascarrillos y mis imitaciones que les

acercaba con un creciente histrionismo. Esa veta de malignidad, que no creo que sea para nada asimilable a la maldad, es hoy una de mis características.

Pero volviendo al liceo, de él me fui con el certificado de estudios y mi pase al Instituto Vázquez Acevedo. Esa feliz circunstancia se dio porque el Varela carecía de preparatorios (cuarto y quinto año de secundaria) y yo insistí en parte para ir al IAVA tironeada por Marta Pastore cuyo padre logró que nos pusieran en el mismo grupo.

Al principio me impresionó: dos patios enormes abiertos al cielo, alrededor del edificio que ocupaba toda una manzana, dos pisos por los que se podía circular libremente y una multitud variopinta de estudiantes, varones y mujeres, juntos!! que provenían de todos los estratos sociales.

El Vázquez era como el mundo y pronto fue mi mundo.

No deja de ser necesario consignar que por ese mundo circulaban también los mejores docentes de la época: Angel Rama, J. P. Díaz, los Pittaluga, Real de Azúa, Parpagnoli, García Esteban, Petit Muñoz son nombre que hoy elijo al azar entre cientos.

Tampoco he olvidado algunos nombres “olvidables”, los repetidores de fórmulas, lectores de apuntes, los anquilosados, dormidos que lograban

rápidamente que no entráramos a sus clases porque el control de faltas era casi nulo, pero eran los menos.

En el IAVA no había apelaciones constantes a la disciplina, llegué a conocer de vista al Director y muy poco a algún adscripto, sin embargo, tal vez porque ya estaba asumido el hecho de que ya éramos grandes, no se constataban problemas de conducta.

Y, bendición de las bendiciones!: no había uniforme. La masa juvenil era colorida y variada. Algunos íbamos tal vez vestidos “demasiado”, otros repitiendo la única pilcha que tenían en su ropero.

Nunca percibí que se discriminara por eso a nadie, ni creo haberlo hecho.

Por afinidad o por azar iban surgiendo las amistades: Martha Abella y Raymundo Artecona, Diego surgió de allí, Julio Castells y Teresa, Alma, Menchi Sábato que me enamoró con su genio, Sonia Benvenuto que decidió dejarnos demasiado pronto, las hermanas Soba, Nené Romero y mil más que pasaban, permanecían o no. Nunca fue demasiado buena para recordar caras y nombres.

Entretanto fui transitando sin tropiezos los dos años de abogacía y luego de probar fehacientemente que el Derecho no era lo mío y habiendo quedado hechizada por las clases de Historia del Arte de Parpagnoli y por él en particular, me inscribí en Arquitectura. Al unísono emprendía cursos y cursillos, asistía a casi todos los ciclos de Cine Universitario, veía teatro y exposiciones de pintura, leía como nunca y perdía el tiempo de la manera más productiva.

La amistad con Martha Pastore estaba en su apogeo. Las dos éramos hipersensibles, bastante desequilibradas y nos retroalimentábamos en un sobrevolar la realidad. Martha era muy bonita, la clásica rubia ojiazul, sus padres eran muy ricos y permisivos y ella flotaba en un marasmo de angustias, miedos y compras descabelladas de ropa. Siempre tenía un trasfondo de pretendientes que la agobiaba y que no sabía manejar, Yo a veces, no siempre, le servía de cable a tierra pero en lo concerniente a una posible relación de pareja con el otro sexo, difícilmente fuera la mejor consejera.

Yo misma, que tenía mi aureolita de chica inteligente y segura de sí, había ido sobrellevando del despertar del sexo y la aproximación a los varones de una forma más bien elíptica y no muy gloriosa. Mi escudo era proclamarse defensora del amor libre. No obstante me relacionaba bien con los muchachos, en tanto “de igual a igual”, pero en cuanto notaba en ellos ese “otro” interés, congelaba el ambiente y me las tomaba.

Es cierto que tuve muchos pretendientes pesados, no necesariamente vinculados al IAVA. Ina, que tenía la función de correrlos diciendo que yo no estaba o como fuera, se divirtió mucho en esa etapa. Yo no, porque en el fondo, hubiera querido encontrar algo parecido a una pareja a la vez que me horrorizaba la perspectiva de verme coartada en mi libertad. Era un juego de ambivalencias con el que debo haber lastimado a muchos.

En las vacaciones ya no íbamos al campamento. Yo las pasaba entre La Paloma en casa de una amiga y sobre todo en Punta del Este donde los Pastore solían alquilar una casa. Puedo decir que me divertía, salía de noche, me había practicado un corte de pelo casi a cero y era perseguida por un peluquero llamado Omar quien quería que fuera su modelo. Recibía halagos, me daba baños de mar pero, en el fondo se repetía con variantes aquella dinámica de encuentros y desencuentros conmigo misma y me acompañaba el mismo trasfondo de soledad. A la vez presentía que todo eso iba a cambiar.

Mudanzas

Los primeros años de la década del 50 fueron duros. Tuve que pasar por la muerte de mi tía Elvira y al poco tiempo la de mi abuelo. Aquel caserón se quedó vacío, solo Ina y mi abuela perdidas entre tantas piezas y muebles.

Mi abuela por primera vez se veía con pocas fuerzas y mucho más dispuesta a aceptar que yo fuera tomando el timón del barco. En esa época ya había mudado mis últimas cosas y a la casa de mi padre iba de visita en tanto que él sí venía puntual siempre los mismos días y en dosis muy breves pero que bastaban para marcar presencia. ¿Bastaban?

No fue difícil convencer a la abuela de que aquel apartamento en Roque Graseras esquina Zudáñez podía ser lo que necesitábamos. Era luminoso, a estrenar, el lugar era precioso y lo conocíamos porque vivieron los Pesce

Castro cuando aún era una vieja casona. Curiosamente supe después que en la planta baja, también en tiempos de su infancia, había vivido Eduardo.

Fue una tarea difícil deshacer la casa de los abuelos, más bien desmembrarla, tomar decisiones sobre lo que iba a quedar y lo que, indefectiblemente se tenía que llevar el rematador.

En aquel proceso que, en circunstancias diferentes, hube de volver a vivir, se fueron objetos que eran pedazos de mi vida.

Aún después de mudadas fue preciso seguir descartando parte de aquel mobiliario enorme que nada tenía que ver con las dimensiones de un apartamento pero al fin quedamos instaladas y yo, por primera vez, tenía un cuarto propio que llené de libros, de caracoles, de caricaturas que Menchi me había regalado.

Pronto fui presa de ese estilo caótico-fermental que es el que lo hacía mío y accesible.

Allí pude empezar a recibir a mis amigos. Recuerdo especialmente las visitas casi diarias de Diego Pérez Pintos, que, por momentos, era el hermano que me faltó. Torpes los dos, atolondrados, inseguros, alardeábamos a la vez de algunas claridades súbitas.

Solíamos conversar horas tomando incontables tazas de té y comentando sobre libros, muchas veces sobre los poemas que escribía él.

En algunos momentos benditos nos hicimos mucho bien.

Casamiento y mortaja del cielo bajan (Yo agregaría que lo malo es cuando bajan a la vez)

El casamiento de Olga, mi amiga del liceo, fue el primero entre la sucesión que vendría luego. Por eso y por el cariño que me une a ella, había en torno de aquel hecho una gran expectativa.

Para rubricar el acontecimiento que iba a ser con toda pompa oficiado por el cardenal Barbieri y seguido por una fiesta muy grande. Ina me había hecho un vestido rosa alilado que se completaba con un casquito de flores en ese tono, una maravilla.

Eso sí, una maravilla efímera.

Cuando, ya vestida, estaba por irme a la iglesia de los Capuchinos, una llamada de mi padre paralizó a Ina. Era la orden terminante de irme a F. Vidal porque acababa de morir la centenaria tía Pilar. El decreto era de duelo riguroso para la familia, incluida yo, y era ilevante.

Por primera vez, ostensiblemente decidí no acatar.

Con paso firme entré a la iglesia, le lancé a la novia mi maullido característico y luego fui a la fiesta.

Mi padre entretanto acosaba a Ina indagando porque no me había detenido.

Al volver, mi taxi chocó y quedé caminando por la calle Constituyente con mi vestido rosa y mi recién estrenada adultez.

Al velorio ingresé de madrugada cuando todos los pájaros se lanzan a piar. Nadie se atrevió a preguntar en qué había estado y cuando mi padre me pidió que le diera un beso a la muerta, me negué.

El velorio se hacía en la casa y esa madrugada, recorriendo aquellos ambientes donde había transcurrido la parte más triste de mi adolescencia, pude ver claramente muchas cosas.

Con Raquel, que por entonces seguía un noviazgo eterno con su novio oficial, esperaba sin apuro a atesorar todos los electrodomésticos con los que soñaba para casarse, aquella noche llegamos a charlar bastante. Ella ya había dejado de teñirse de rubia desconsolando a Teté pero en lo que a mí respecta éramos casi extrañas.

Recordamos aquel día nefasto en que había violado mi diario creyendo que allí iba a decir algo sobre su novio del día y se encontró con una andanada de señales de muerte. Yo pedía morir sí, y ella, al lado mío, ni se lo barruntaba. Yo pedía morir y tenía apenas 12 años.

Pero ella jamás lo entendió, era tan superficial que sus sentimientos, por lo menos en lo que a mí respecta, eran los de una muñeca Marilú.

En aquella noche sin dormir repasé muchas cosas pero más que nada, ví con otra luz lo que iba a vivir en el futuro, lo que quería y lo que no iba a dejar entrar nunca más a mi vida.

Aquellas cartas

Al llegar a esta parte de mi vida se me hace difícil continuar. A veces me pregunto si lo que sigue fue todo creación mía, si fue un sueño o el fruto de una enajenación pasajera.

No quiero dejarme dominar por subjetividades y a la vez, sé que solo desde lo subjetivo se puede llegar, en parte, a captar mi historia. Me cuesta mucho emprender esto.

Un día de setiembre, en una de mis escuetas visitas a lo de mi padre, me entregaron un sobre. Cuesta imaginar hoy, en los días del celular y la computadora, que entonces se usaban las cartas manuscritas y el servicio del correo.

Yo misma solía recibir cartas de Arlinda mi amiga de Brasil, de una amiga de Buenos Aires y otras que no recuerdo. La de aquel día provenía de Montevideo, el sobre era amarillo crema y la letra desconocida. El sello tenía una pasionaria.

Su contenido era desconcertante. Alguien, que firmaba Eduardo, me contaba que había tenido un sueño en el que, desorientado, había tropezado conmigo y había recibido ayuda. Al despertar se le había ocurrido narrármelo, no sabía bien por qué. Agregaba dos o tres frases crípticas y se despedía.

Como no tenía ningún Eduardo en mis archivos, fui por la guía a la dirección del remitente y enseguida lo ubiqué.

Eduardo Brito del Pino era una cara furtiva, casi imperceptible para mi memoria, que había visto entre las innumerables caras que circulaban por el IAVA, una cara totalmente anodina.

Preguntando a amigos comunes, Ada García y el propio Diego, supe que se trataba de un tipo especial. Los primeros adjetivos que me llegaron fueron inteligente, impredecible, desdeñoso, brutalmente sincero. No era un retrato simpático por cierto. Entonces yo, llevada por la curiosidad y previendo que el asunto de la carta podía tratarse de una broma, lo asumí casi como un reto, tomé mi lapicera y decidí contraatacar.



Contrariamente a lo esperado, él contestó con un poco más de apertura y mostrándose mucho más humano de lo que yo suponía.

Se empezó así un cruce de cartas semanal- yo le pedí que escribiera a lo de mi abuela porque Teté se retorció de curiosidad-. Eran cartas

raras, tal vez las de dos tímidos que querían acercarse sin exponerse demasiado.

Confieso que, en principio, el juego me entusiasmó. Las cartas, tuyas y mías, con toques personales cada vez más explícitos, fueron trazando un camino que solo podía llevar a un encuentro personal.

Pero el encuentro se demoró. Ese verano, mientras yo estaba en Punta del Este, él intentaba una ruptura con su novia de turno porque, claro que era un tipo enamorado y claro que, a la distancia, también se había enamorado de Marta Pastore, a su tiempo, y me había visto a mí como aquella que la acompañaba. Cuánto bromeamos con esto mucho después!

Porque el encuentro se dio, se dieron muchos encuentros y no me costó mucho darme cuenta de que, indiscutiblemente, eso era un enamoramiento y me dejé ir hacia él sin miedos, sin cálculos y sin guardarme nada para mí.

Nunca había vivido algo así y me resisto a intentar describirlo solo transcribo dos o tres notas que encontré sobre aquellos días del verano de 1956.

“Febrero 5:

Y anoche salimos bajo la lluvia. Eduardo leía mi Kempis con cara de joven cura rural. Y los pastos y los charcos estaban llenos de ramas frescas, color verde claro con pinturas negras.

De las palmeras caían chorros de agua ¿Te gustan las palmeras? ¿ las ranas?

Tomo la noche enteramente y te la doy con mi montón de piedras de colores. En mi bolsillo siempre hay algo para ti. Siempre tengo conmigo lo que tú esperabas.

Una mujer cantaba tonadas rusas y bailaba. Nosotros mirábamos desde la lluvia, bajo mi capucha, cantábamos, nos descubríamos en el pasado ajeno, en el presente nuestro, íntimo, regocijado hasta el borde de nuestro vaso.

Me miro en el brillo de tus ojos, mi talle se achica a tu lado. Respiro hasta lo más profundo la fragancia de la vida y la estrecho junto a mi corazón que, tendido de alegría y de angustia, la recibe enamorado.”

“Febrero 27:

Disfraces, enloquecimiento, pieles y caretas: éramos hombres primitivos y nos fuimos a la calle: un corso barrial.

Había mi Eduardo que era otro, con una peluca roja, una careta horrible, que corría y saltaba y gesticulaba asustando a la gente.

Había ruido y calor y mi careta se corría y no me dejaba ver.

La gente me asustaba. Yo dentro de aquella alegría pesada, torpe, incoherente, no tenía lugar.

Gritos, agua, papelitos. Eduardo saltando lejos, lejos, lejos.

Había malignidad en todo, dedos, ojos, pies, cabezudos. Y un hombre que me quería arrancar la careta.

Fue un alivio después quitarse todo aquello y volver a nuestras preciosas caras de todos los días, a la oscuridad, al silencio.

Pero algo de mí quedó allá, abrazado a un perro negro en una esquina y no quería volver.”

“Preguntas:

A veces me pregunto si esto fuese tan solo jugar al escondite. ¿No estarás viendo allá lejos, mirándome dar vueltos con los ojos vendados?

¿Serás solo un niño con poder, un niño mimado y bueno como todos los niños?”

“Marzo 11:

La alegría se estira, crece. Había una playa con luces a lo lejos y teníamos una armónica un conto nuestro, pequeño, regocijado, sin final.

El tiempo se detenía al borde de nuestra playa y había un viento enredado en mi pelo, en las notas de la canción, en los ojos de Eduardo, un viento cálido que peinábamos suavemente al respirar.”

“Marzo 19:

Marzo es el mes más lindo.

Hoy fuimos caminando por la costa, bordeando la punta de Trouville que estaba casi en seco por la bajante.

Yo quería llegar hasta unos pájaros negros, inmóviles, de alas expectantes. Pero las piedras pinchaban y el sol y los cangrejos enormes se salían de sus burbujas para mirarnos y esconderse. Y caí pero no dolió mucho.

Después nos bañamos. Eduardo estaba recién aprobado en Obligaciones. Y aun después seguimos caminando.

Marzo es, sin duda, el mes más lindo.”

Todo lo que me llegó después de esa relación fue una secuela de bendiciones y no sé cómo agradecer a la vida, a Dios, a las glicinas y a las hortensias, a mis antepasados, al sol, a la creación toda por haberle dado cabida a ese amor.

Adiós abuela

Hacía tiempo que había pasado los 90 y sin embargo yo, todas las noches antes que se durmiera, seguía sentándome al costado de su cama con mis cuentos y mis cariños. Es que al final, disminuida por la arterioesclerosis, era tan chiquita y tan indefensa como un bebé.

Creo que no llegó a entender, pese a que intenté contárselo, que tenía un novio y que era tan feliz.

Eso le hubiera permitido, descartada la imagen que tenía de mí como de una alocada y rara, irse con alivio, pero no pudo ser.

Una fractura de fémur, inoperable en aquella época, la inmovilizó en su cama y allí, con muchos dolores, se fue muriendo. Su médico, el Dr. Vignoli, la visitó hasta el fin tratando de hacerle menos penoso el tránsito, pero fue, no me engaño, una agonía lacerante.

Una monja de las Siervas de María, de la orden que también cuidó a mi madre, nos ayudó a Ina y a mí en aquellas horas amargas. Mi padre, desde la sombra, no sabía qué hacer.

Rescato lo que escribí en aquellas horas

“La despedida. Abril 9 o 11 de 1956.

Este lento desgarrar se vuelve intolerable. Preferiría que me arrancasen de un tirón todas las cosas queridas. Es horrible despedirse a cada minuto y decirme cada mañana: “es la última”.

Lloro por mi abuela que ya se fue hacia un país de sueños y de quejidos y camino sonámbulamente por la casa acariciando los viejos muebles, los tachos de la cocina, los relojes parados.

Me gustaría dormirme yo también antes de que todo se acabe.”

“Abril 21:

Aquí termina mi pequeña historia feliz. Estoy tan cansa. Ya no tengo cruces ni rosarios y me van a llevar a una casa llena de gente que no comprendo.

Pero lo que más me angustia es que abuela tenía los ojos llenos de lagrimas cuando se murió.”

Después de la muerte de abuela, Eduardo empezó a hacerse más visible para todos. Ina, Eugenio mismo tuvo que admitir la realidad de que, después de todo, yo era un ser sexuado y muy nervioso, le estrechó la mano, al que, según creo, miraba en el fondo como al benefactor que lo iba a librar de aquel peso inanimado que era yo.

Prestamente, Eugenio me habló de su inquietante situación financiera y de la imperiosa necesidad de dejar el apartamento y mudarnos, Ina y yo a Fco. Vidal. Del capital de mi abuela nada quedaba aunque ella nunca lo supo.

Ina tenía pavor de caer bajo el yugo de Teté que, muerta Chita unos meses antes, había quedado sin esclava disponible.

Fue en ese momento que yo, con toda la furia reivindicativa acumulada, le dije a mi padre que JAMÁS iba a permitir que Ina fuera utilizada como doméstica. Ella llegaría a aquella casa conmigo y nadie podría perturbarla ni exigirle nada.

Una vecina amiga vinculada a la embajada americana nos acercó a Dixon, un americano de paso por Montevideo, que subarrendó el apartamento y evitó que me deshiciera por completo de los muebles.

Ina y yo nos instalamos en el escritorio de la casa de mi padre que estaba en la planta baja y tenía salida a la calle. Usábamos el baño social.

Allí vivimos unos meses en tanto se daba la situación absurda de que mi tía, Martínez y Raquel ocuparan junto a mi padre los dormitorios de la casa.

Pero, aun en aquel estado de tensión, me sentía feliz y abrigada por la vida porque Eduardo estaba allí, bien cerca mío, cada vez más.

Había sido dulzonamente recibido por Teté que lo adulaba ostensiblemente y Martínez, en su osadía de bienaventurado, llegó a regalarle un perfume que fabricaba su peluquero al por mayor y que parecía ser un combinado de alcanfor con orina de gato. Yo me reía mucho pero creo que la felicidad me había vuelto mucho más buena.

La Kantuta

Aquel invierno llegó la Kantuta. El nombre se lo puso Eduardo, Kantuta es una flor hermosa, con aspecto de tropical, que crece sin embargo en las alturas de los Andes.

Fue un regalo de Ada García. Era una perra pointer de talla pequeña, negra y blanca, moteada, con unas orejas larguísimas y esa expresión tan triste en los ojos que tienen los de su raza. Pero, ante todo, era nuestra perra y era adorada y adorable. Pasó por la infancia de nuestros hijos mayores y por varias



mudanzas, sufrió el alejamiento del mar que ella idolatraba, nunca mordió, siempre fue paciente y comprensiva y supo morir en silencio, sin quejarse.

Era una gloria verla correr por la playa desde Trouville hasta Miguel Barreiro, correr y correr hasta convertirse en un puntito lejano y volver y volver a irse.

Cuando se sentía convocada por las gaviotas, se internaba en el mar y las

seguía en la dirección que volaran, incansable, haciendo asomar su cabezota solamente y sin escuchar otro llamado que el de la presa. Solo una vez logró cazar una gaviota, la trajo a la playa y me la puso a los pies como un trofeo que me produjo horror. Es que humanos y perros no siempre nos entendemos.

Nunca tuvo cachorros, Ina era la guardiana de su virginidad y por resguardarla, un día tuvo una de sus frecuentes caídas y se fracturó un tobillo pero logró su objetivo inhibitor.

A veces creo que, en un cielo inventado, se nos debería dar la oportunidad de reencontrar a nuestros perros. Cómo me gustaría poner mi mano sobre su cabeza, acariciar su lomo brillante y verla sacudir sus orejotas como cuando salía del mar.

Más de aquel invierno del 56

Aquel invierno en lo de mi padre no me significó para nada una vuelta atrás traumática. Como nunca, me sentía fuerte, libre, feliz.

La relación con Eduardo se afianzaba, surgían, día a día, coincidencias y motivos para celebrar. Tal vez a todas las parejas les pase pero nos parecía que lo nuestro era único y absolutamente inclasificable, para mí más poderoso que todas las vivencias de muerte que habían jalonado mi vida hasta el momento.



Salíamos bastante, a veces simplemente a caminar y recalábamos en el Polo Bar, en Benito Blanco a tomar grapa con limón y a veces íbamos al cine o a casas de amigos. La Plaza Gomensoro y el Parque Villa Biarritz, la rambla, fueron algunos de los epicentros de nuestros encuentros.

Para mí fue un plus el descubrir que Eduardo, además de ser “él”, era inteligente y hasta buen lector. Más tarde en nuestras bibliotecas se encontraron los libros de mi madre en francés y mis propios libros con los que él habría ido comprando. Me acuerdo que tenía una valiosísima colección de Aguilar en papel biblia que aun está aquí.

Aquel invierno fue fermental, tan corto y tan largo. Yo, con una vista privilegiada, en un arranque decidí copiar animales raros de un libro que trajo Eduardo ¡y bordarlos en un mantel! Recuerdo que el olm, una especie de víbora sin ojos que vive en los abismos, pasó a ser como nuestro animal emblemático y lo reproduje varias veces en amarillo y gris.

Los amigos estaban bastante asombrados de aquella pareja que había surgido de la nada. Yo, hasta el momento, había sido infranqueable. Eduardo había tenido muchas novias para no durar con ninguna. Pero los que nos conocían bien vieron que el fuego iba a ser duradero.

Y lo fue. Por agosto decidimos alquilar algo. Por setiembre apareció un sub-suelo en Plaza Gomensoro que nos gustó, alquilamos, nos mudamos y les dijimos a todos que el 20 de noviembre nos íbamos a casar.

Los ineludibles pasos previos

En cuanto contamos con la llave Ina y yo nos fuimos a Plaza Gomensoro. El apto tenía solo lo necesario pero para mí era un palacio: un pequeño living,

un dormitorio grande con placares y otro ambiente más grande aun que, subdividido con una cortina, oficiaba de comedor y de dormitorio de Ina, una cocina bien chica y baño. Nos costó nada dejarlo habitable con algunos muebles de lo de mi abuela, unas bibliotecas y unas cortinas rojas de casa.

Ina con Kantuta paseaban por la plaza, la rambla estaba a un paso, un paraíso completo, y nuestro. Pero aun los paraísos no pueden evadir la existencia de ciertas normas. Aunque nada en nuestra relación tenía que ver con lo convencional, una tardecita debimos vestimos formalmente e ir hacia lo de mi padre. Recuerdo que Teté, muy empolvada y nerviosa, había puesto varios floreros con calas y mantenía a la doméstica de turno enfundada en su uniforme. Para mi tía aquello era un lauro, una culminación: iba a officiar de mamá dueña de casa junto con Eugenio porque venían los padres de Eduardo. -No podemos, realmente, dejar que llegemos al casamiento sin conocernos, era la consigna.

Yo ya había conocido extraoficialmente a mis cuñadas mayores en lo de Cristina Fernández y todo había sido agradablemente informal. A los padres también los conocía y por eso me reía de antemano de solo imaginar el encuentro con Eugenio y Teté.

Entre Colito y ellos la colisión era inevitable. Aun así él estuvo medido y sólo se permitió escandalizar a mi tía diciendo que a sus hijas las dejó fumar desde los 12 años con lo que quedó paralizada con una especie de sonrisa helada bailándole bajo el rouge.

Cuando el clima no daba para más, Teté hizo descorchar una botella de champagne que, según ella, era imprescindible para la ocasión, hubo un brindis y el enojoso paso quedó cumplido.

Mucho más fáciles fueron después las despedidas con los amigos aunque hubo una cena del Gordo Guillermo en lo de su abuela Celina Lussich que solo se salvó por la simpatía del Gordo y sus carcajadas.

Es que todo lo formal transcurría en un plano y en el otro estábamos nosotros, Eduardo y yo, conociéndonos, descubriéndonos, cada día más asombrados de lo felices que nos sentíamos juntos. Enamorarse, después de todo, no equivalía a volverse idiotas.

Nuestra casa, casa de muchos

Fuimos, dentro del núcleo de amigos, la primera pareja que se independizó. Nuestro techo fue así, desde el comienzo, refugio para mucha gente y si bien por momentos queríamos estar solos, sentíamos que era bueno que fuera así.

Creo sin dudar que el nuestro era un amor que buscaba expandirse. Yo al menos lo vivía con una plenitud que tenía que prolongarse en los amigos, en mucha gente y por supuesto, en los hijos, en ellos en primer lugar.

Al abrazar a Eduardo siempre supe que abrazaba, no solo al amante, sino al padre de mis hijos, al único, al elegido para serlo. Había tanta vida en el entorno.

No sé qué hubiera sido de mí si nos hubiera tocado ser una pareja estéril. Recuerdo que Teté, con su lengua de áspid, me decía-Tan delgadita, no vas a poder tener hijos nunca. Demostré cabalmente que no era así y bendigo a Dios por eso.

Entretanto, aquellos meses previos al casamiento nos permitieron hacer los últimos retoques a la casa y ensayar reiteradamente nuestro rol de pareja.

Hoy puede resultar muy gracioso pero éramos casi inexpertos. Yo, con una ignorancia total. Eduardo casi en la misma en lo que tiene que ver con una relación sexual plena, y si bien es cierto que el amor es el mejor guía, tal vez en ese plano todo pudo haber sido más logrado y satisfactorio, por lo menos para mí.

Lo que si tenía bien claro era que las bendiciones del cura y las arengas en el Registro Civil poco o nada tenían que ver con nuestra relación y que solo serían un aditivo más, un adorno. Martha López o Martha Brito como me llamarían por años, era yo, la misma, y estaba segura de que de ahí en más, mis pasos, todos mis pasos, iban a ser al lado de los de él.

El casamiento

Curiosamente había sido mi padre el agnóstico el que insistió en un casamiento religioso que a nosotros ni nos iba ni nos venía. Yo, en ese momento conservaba mi fascinación por las bienaventuranzas y por quien las



dictó y seguía adorando a San Francisco pero de la institución Iglesia ñanga ñanga.

Aun así aceptamos ir a la Parroquia de Punta Carretas y anotarnos. El casamiento iba a ser en la casa de mi padre y sin vestigios de pompa. Pero, de un lado y de otro de las familias se pretendía darle cierto brillo. Eduardo, en su onda contestataria se compró para ese día un traje verde

petróleo que, minutos antes de la ceremonia, le cambió a Jaime por uno azul marino más tradicional, y todos contentos.

Ina se dio el gusto de coser mi vestido blanco que era de encaje, corto a media pierna. Ni me sentí cómoda ni particularmente bien con él, pero nunca se lo dije. Y hasta tuve un ramito de agapantos!

A último momento, los adultos de la flia se percataron de que no se había pensado en un adminículo necesario: se trataba de un pequeño altar simulado para que el cura y la ceremonia tuviera su escenografía. Un ratito antes de la hora Graciela trajo un cuadro de su casa que era la cara de Jesús en



la versión de la Verónica, lo colgaron en la chimenea de la estufa a leña y ella mismo lo rodeó de jazmines de estrella. Era el Ecce Homo otra vez.

Vino mucha gente pese a que habíamos tratado de reducir el número. Cuando llegaban los recibíamos los dos. Yo no quería entrar como las novias tradicionales, como bajando de una nube.

Un dejo de distracción hizo que, cuando todos languidecían alguien recordó que había que ir a buscar al cura. Subsanado éste incidente el insoportable Ildefonso Ma. De Santa Fe que luego fuera obispo de la misma, llegó y al fin, luego de una interminable homilía, nos casó.

El comentario era- parecen dos chicos de Primera Comunión!-. Y tal vez era así pero ya éramos cabalmente adultos capaces de tomar distancia y decidir.

En un descuido de la muchedumbre que no creo que haya salido demasiado bien alimentada, nos escapamos sin arroz ni exteriorizaciones. Y comimos perdices, en realidad comimos de una caja de la confitería que nos había destinado, en Plaza Gomensoro.

Ina, pudorosa, se había ido a dormir a lo de Aída, así que pasamos nuestra primera noche de casados con Kantuta que estaba con diarrea.

La Tuna

Nuestras magras posibilidades económicas, Eduardo acababa de enrolarse en el Estatuto del Funcionario como Oficial 5o., y contábamos con el alquiler del apartamento, no nos permitían la gran luna de miel y tampoco nos importó.

Mi amiga Susana Villademoros, ex compañera del liceo, nos ofreció la casa de su flia en La Tuna, pequeña playa de Canelones. Todo era súper modesto: el balneario, la escasa gente y la casa, pero resultó hermosísimo y no solo porque era nuestro primer viaje. La casita estaba ubicada en una lengua de tierra entre el arroyo y la playa, no tenía agua corriente pero sí un jardín precioso que bajaba al arroyo y para ir a la playa teníamos una pequeña balsa.

Era un sitio encantado, nuestra situación también lo era.

De allí guardé especialmente el recuerdo de verdaderas islas de retamas en flor, de la tía Maruja que nos vichaba, del hotel Los Titanes donde comíamos y de aquel arroz que yo pretendí hacer sin agua, por pura ignorancia.

Todavía circulan fotos de aquellos días. Todavía cada vez que paso por La Tuna, se me ensancha un poco el corazón.

Conviviendo en pareja

Dicen que la convivencia es difícil al principio. No creo que para nosotros lo haya sido.

Desde el arranque logramos ese grado de confianza y de armonía que nos permitió no sentir el cambio o más bien festejarlo.

Tal vez y sin tal vez, la presencia de Ina complicaba pero a la vez era una ayuda porque ella, haciendo malabares con la economía, nos cocinaba cosas exquisitas.

Y Eduardo pasó de las milanesas de siempre de su casa a consumir todo tipo de verduras y frutas y eso fue bueno.

Elías Bluth, un amigo suyo, nos había regalado unos discos en un álbum precioso, entre ellos el Oratorio de Navidad. También teníamos un Scarlatti, unos de Schumann, Amores de Poeta, algunos Brahms y La Trucha de Schubert que también pasó a ser emblemática, que venía de mí haber.

No sé si a Eduardo antes le gustaba la música pero en aquella época solíamos disfrutar de aquel tocadiscos que habíamos recibido como parte del regalo colectivo. A veces se sumaban amigos y había ruedas de café, grapa con limón y charlas hasta tarde.

Entretanto nuestro casamiento había surtido un efecto aleccionante: Raquel y su novio anunciaron que se casaban en marzo y Teté y Martínez empezaron a hablar de su próxima mudanza tal vez porque Eugenio les había dicho que pensaba poner la casa en venta.

Embarazo

No habíamos previsto oponer ninguna barrera a la fecundidad, pero aún así mis primeros malestares nos sorprendieron. Con la confirmación del Coco Aguerre que sería mi médico en esos trances, vino una alegría enorme.

Ese hijo/a, era la prolongación tangible de una relación a la que habíamos apostado todo cuanto éramos en aquel momento. Para mí en especial, era como la revancha de la vida.

Pero la alegría también tenía su precio: los primeros meses de mi vida de casada los pasé con un frecuente estado nauseoso que, sin ir a mayores, me perturbaba.

Eduardo fue en todo momento el apoyo que necesitaba, Eduardo y el Euprenex, un comprimido que el ginecólogo me recetaba, más placebo que otra cosa.

Pero los malestares pasaron y pronto empecé a gozar de aquel estado de gracia que me proporcionaría cada maternidad. Nunca como en aquellos momentos me sentí tan feliz, tan valiente ni tan bien plantada frente a la vida.

El libro del Dr. Grantly Dick Read, pionero sobre el parto sin dolor lo trajo Eduardo y nos abocamos a estudiarlo. Era una novedad en la materia y nos fue de gran utilidad en especial para conocer el proceso de la gestación y del parto y para afrontar éste sin miedo.

Los ejercicios de relax y los respiratorios quedaron en mi haber para todos los partos por venir.

Entretanto, Eduardo estudiaba y daba exámenes y además los aprobaba. Siempre le admiré su fuerza de voluntad para caminar hacia una meta.

Cada vez ambos nos íbamos fundiendo y haciendo algo único con nuestras propias historias y vivencias. De él yo recibía muchísimo: las historias de vida de su familia, tan envidiablemente numerosa, las casas donde había vivido, la Escuela Brasil y también menudencias como el albayalde, el berbiquí, el casín, la tripleta, Yatasto y Eglantine, aquella época y gracias a él, amplí considerablemente mis conocimientos.

Por supuesto que él, a su vez, recibía de mí y todo se lo aportaba en dosis exageradas, como era-es mi modalidad.

Pero hubo hallazgos, por ejemplo la lectura completa de Thomas Mann que yo había emprendido a partir de La Montaña Mágica, La Trucha y en especial aquel corrido mexicano que a él parecía fascinarle: Rosita Elvirez.

Aquí lo transcribo porque es lindo y porque me da placer:

“El año mil novecientos muy presente tengo yo,

En un barrio de Saltillo Rosita Elvírez murió, (bis)

Su mamá se lo decía: hija esta noche no sales!

Mamá, no tengo la culpa si a mí me gustan los bailes (bis)

Hipólito llegó al baile y a Rosa se dirigió

Como era la más bonita Rosita lo desairó (bis)

Rosita no me desprecies, la gente lo va a notar!

Que me importa a mí la gente, contigo no he de bailar (bis)

Eché mano a la cintura y una pistola sacó,

Y a la pobre de Rosita nomás tres tiros le dio, (bis)

La noche que la mataron Rosita estaba de suerte,

De tres tiros que le dieron, nomás uno era de muerte, (bis)

Rosita ya está en el cielo dándole cuentas a Dios

Hipólito está en la cárcel prestando declaración (bis)

Todavía nos veo, mucho más tarde, cantándolo para Martha y Raymundo en un paseo nocturno por La Pedrera.

Eduardo siempre desentonó y le daba una gracia especial.

Pero no todo fue fácil

En abril yo tenía una pancita visible, con ella fui al casamiento de Raquel, el último en la saga de F. Vidal. Pero había aparecido una sombra en el

horizonte: Ina, que había terminado el vestido de Raquel casi al tacto, fue perdiendo progresivamente la vista hasta quedar ciega de ambos ojos.

Su desesperación y la nuestra fueron grandes. Me acuerdo que en aquel momento cociné como nunca y como podía, la atendía y le insuflaba valor a Ina. Su queja recurrente era: "no voy a conocer al bebé". "No solo lo vas a conocer sino que vas a ser su madrina", le decía yo para animarla. Al final, un oculista providencial dio en el clavo: era una neuritis óptica ocasionada al parecer por el consumo exagerado de Aspirinas y calmantes que ella tomaba para el reuma.

El proceso inverso fue largo, yo creo que solo para agosto, con el nacimiento de Paula, ella recuperó la vista.

De aquel otoño existe una foto histórica: Adela, Cora, Graciela y yo con nuestras panzas y engalanadas fuimos tomadas en el casamiento de Cristina Fernández. Era lindo saber que nuestros hijos no se iban a criar solos, porque primos y primas ya estaban rondando.

En el correr del mismo año nacieron Pancho de Adela, Margarita de Cora y Mónica de Graciela y realmente fueron muy cercanos a Paula y hoy conservan ese afecto real.

Llegando el invierno presencié desde lejos la mudanza de Teté y Martínez que fue, como todo lo de ella, de un patetismo exacerbado.

Según decía ella, no podía alejarse del mar, cuando en realidad, ninfa blanquecina, jamás fue a la playa ni a la rambla. Su marido había alquilado un apartamento en 8 de octubre por la Curva de Maroñas y anexaba a sus dos hijas adoptivas de su viudez. Para compensarla de su pérdida, el bienaventurado le había obsequiado una gran oleografía que representaba una marina llena de azules. Espantosa, pero a su modo, conmovedora. Yo reía, yo era mala, pero con todo lo que había sufrido, un poquito de derecho tenía, tal vez para reír y reír y hasta ser un poco mala.

LIBRO 2

Dudas

Al llegar a esta etapa me cuesta mucho seguir escribiendo.

Es que a la felicidad o como se le llame a ese estado peculiar, de total armonía con todo, a esa certeza de formar parte de un plan infinitamente bueno y sabio, es difícil apresarla en palabras y mis medios son exiguos.

Quisiera, y sé que es difícil, despojarme de todos los adjetivos que conlleva mi propia vanidad y mi tendencia loca a los superlativos. Quisiera quedarme solo con las palabras suficientes para registrar, lo que fue para mí la siguiente etapa de la vida, a partir del nacimiento de Paula. Sé que no lo voy a lograr.

Nuestra hija

El parto fue de los dos porque Eduardo estuvo aquellas horas interminables siempre conmigo. No voy a negar que, finalizando la dilatación, las contracciones fueron dolorosísimas: casi maldije a Grantly Dick Read y su “Parto sin dolor”, a la enfermera rubia, al médico y a Ina que pretendía rezar el rosario sentada en mi pieza. Creo que lo más terrible era la sensación de no poder volver atrás, aceptar que la única salida era la profundización del dolor. Pero con la ayuda de Eduardo y de la naturaleza las cosas se encauzaron. La última etapa fue mucho mejor y por fin llegó aquel bichito color rosa que era nuestra hija.

No voy a entrar a hablar de su belleza, de que pesó más de cuatro kilos, de que pasó su primera noche de ojos abiertos como si nos mirara, de que Eduardo cedió a la gripe y al cansancio y debió irse a la cama, de que Ina contestaba a los balbuceos de la bebé como una tonta, de que debí aprender a cambiarla con terror por el ombligo, de que aparecieron miles de visitas.

Sobre todo esto podría escribir varios tomos y no lo voy a hacer.

Sobre el nombre Paula, que en aquel momento era tan original, fue elección de Eduardo que siempre dijo preferir una niña. A sus padrinos Ina y Guillermo González no les gustaba y pidieron hasta la pila bautismal que lo cambiáramos. Recuerdo que el Gordo pedía ponerle Renata u Hortensia y no lo escuchamos. Fue bautizada en el mismo sanatorio del Círculo Católico.

Mi santa hija tuvo que cargar con una madre inexpiente y torpe que jamás lograba una combinación aceptable de ombliguero, pañal, mantilla y faja



y que algunas veces dejaba la tapa de la crema adherida a las nalgas de la bebé en su afán de ser rápida y eficiente.

Eduardo, tío de muchos sobrinos, era como un pilar de sabiduría en puericultura a la que sumaba su natural habilidad manual de la que yo carecía.

La niña tenía un catrecito rojo y blanco a rayas y dormía en nuestro dormitorio donde también estaba su cambiador. Pero no fue fácil la primera etapa tal vez porque yo no era una amamantadora eficaz o porque

ella no era demasiado apetente. Lo cierto es que lloraba de noche y no nos dejaba dormir, Su noctambulismo fue la única característica molesta de aquel prodigio de hija y no hubo complemento ni gotitas para los gases ni arrullos ni cantos que la condujeran hacia un descanso razonable.

Hoy creo que mis praxis terroríficas, aquel miedo de que se me rompiera que me llevaba a bañarla con terror,- de hecho es cierto que su primer baño se lo dio Mirta- tienen que haber incidido en el problema.

Por lo demás, todo fue perfecto con ella, fue una niña sana y aventajada para la edad, habló y caminó antes que todos sus primos. Y nos salió con los incisivos separados para gran satisfacción de los Brito.

Por esa época mi padre, que vivía solo a la espera de que se vendiera la casa de F. Vidal, venía casi todos los días a comer a casa. No es que se haya aficionado a los niños, pero su nieta le gustaba y accedía a veces a quedarse a charlar con nosotros siempre dentro de su estilo correcto y protocolar.

Recuerdo que su ex compañera, Carmen, le mandó a Paula desde Perú un vestidito verde agua que era hermosísimo. En la tarjeta había puesto: "Veo que lo hicieron abuelo, felicidades". Pero aquella relación estaba abortada y ya no prosperaría porque los planes de mi padre eran otros.

Cuando vino el buen tiempo, habíamos comprado un cochecito rojo de lona, nuestro noble coche que contuvo niños y hasta parte de nuestras

mudanzas y con gran orgullo, salíamos a pasear a la niña. Todos los amigos que venían por casa se incluían en una especie de culto a la bebé que reía como un sol.

Entretanto Eduardo seguía preparando exámenes y Diego, para ayudarlo a concentrarse le propuso acompañarlo a lo de sus suegros Vázquez en Jaureguiberry. De esa separación que fue efímera, quedó una carta que me escribió Eduardo y que todavía conservo con la zaga espléndida de cartas de los dos en la etapa de Rivera mucho más tarde.

También nos quedó la convicción de que no nos separaríamos más.

Volviendo a aquel verano del 56-57, recuerdo que empezamos a comprar discos diferentes, conocimos a los Chalchaleros. Por Mary Vázquez la esposa de Diego, solíamos tener entradas para el teatro y vimos excelentes obras, era la plenitud del teatro independiente que asomaba.

La niña se desarrollaba y crecía en manos del S26 (leche en lata) y algunas comidas que supo rechazar de plano al principio. Ya por febrero me preocupé de que adquiriera tonito dorado que su pediatra aplaudía. Yo estaba convencida de que era la más linda del mundo.

Y terminado el verano, hubo dos acontecimientos que nos conmocionaron: la constatación de mi segundo embarazo y la noticia que nos dió mi padre sobre su próximo casamiento.

Viene el segundo

Aunque no fue explícitamente llamado, él se nos apersonó y fue una fiesta. Sabiendo de qué se trataba y en qué culminaría, este segundo embarazo fue restallantemente feliz. Se repetía aquella sensación de ser tocada por la gracia como sin duda lo estaba siendo. Eso se reflejaba en mi salud, en mi cara, tengo que haber sido más linda de lo que fui nunca durante aquellos embarazos festivos.

Claro, era una inconsciente también, porque justo en ese momento había empezado a buscar empleo y el Maíto se venía a cruzar en el medio.

Ahí empezó el proceso de venta de algunas de mis alhajas, las que fueron de mi abuela y de mi madre, que mi padre me entregara.

Ena conservaba un Pateck Philippe de bolsillo de oro que había sido de mi padrino. Con gran emoción ella se lo regaló a Eduardo pero puedo consignar que con ninguna emoción lo vendimos para seguir adelante. Todo lo que se invirtiera en nuestro proyecto de familia estaba bien gastado.

Llegó diciembre, y cuando yo me consumía de envidia frente a Cora que había parido, en forma rápida y ajustada a los buenos usos a su bebé, se anunció la llegada inminente del mío.

Allá nos fuimos Eduardo y yo solos al Círculo y al rato me vi en medio de otro parto que, siendo tal, fue tan diferente al anterior, que ni yo podía creerlo.

Tal vez porque ya sabía todo, pude controlar la respiración y los ratos de relax como nunca pensé.

Recuerdo que fijaba la vista en un punto fijo e iba repitiendo una frase como estribillo con cada acometida de mi útero. Eduardo estuvo todo el tiempo a mi lado apoyando.

Era un trabajo agotador pero estaba dentro de lo que podía manejar: una maravilla.

Así llegamos cerca de las tres de la mañana a la sala de partos y al momento, luego de dos esfuerzos, mi hijo estaba entre nosotros.

Ni intento decir lo que significó aquello para mí. Pregúntenle a papá Freud o a quien sea, pero tener un hijo varón me hacía lagrimear de pura dicha, fue uno de los mejores momentos de mi vida.

El niño era otro bebé rojo, gordito pero no tanto, tres quilos ochocientos, y parecido al Papa Juan XXIII. Es cierto que carecía de la belleza de Paula en sus primeras horas pero tenía un porte y una dignidad inigualables y se prendía de mi pecho con un entusiasmo prometedor.

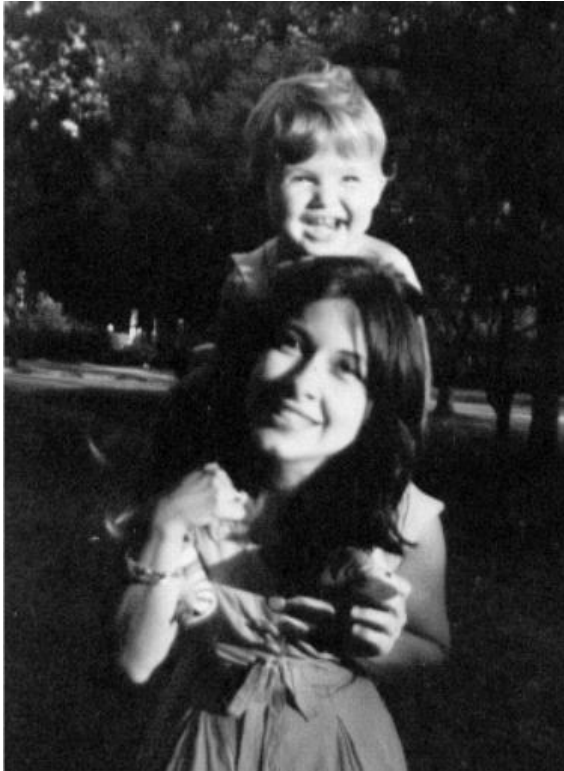
Habíamos acordado seguir la ruta de los Eduardos pero yo insistí en acompañarlo de Rafael que me sonaba auspicioso y muy lindo.

“Ahora que tienen el casal me imagino que se quedarán tranquilos”, dijo Ana Silvia, llegando con un ramo de jazmines.

Lo del casal siempre me hizo acordar a los animales de corral, era estúpido y peyorativo. Ni hablar de casal ante mis dos maravillas.

Apartándonos de su charla mareadora, logramos un momento de paz entre las visitas y bautizamos al bebé en la Capilla del Círculo. Sus padrinos fueron Mirta Acevedo y Julio Castells.

Me propuse no abusar de los superlativos pero no sé como describir por un lado, el grado de beatitud del niño y por otro su grado de comunicación conmigo, con su padre, creo que con la vida misma.



Al día siguiente trajeron a Paulita, Eduardo la alzó hasta el borde de la cuna pero ella giró la cabeza y centró su atención en un frasco verde de colonia que estaba sobre la mesa de luz.

“Es el hermano, es el hermanito!!” le repetíamos todos, pero ella solo dijo: “poompo, pomomo” como solía llamar al perfume y luego de que yo le mojara la cabeza, pidió para irse.

En poco tiempo, el niño había crecido considerablemente con el pecho cambiando aquellas facciones del Papa Juan por las del bebé más bonito entre todos los que conocí.

Creo que lo que llamaba más la atención en él era su placidez, su eterna sonrisa y aquel aire como de querer decir: “vean que lindo es estar vivo. Vean como lo celebro”.

Disquisiciones mientras amamanto a mi hijo (esto esta copiado textual de un cuaderno mío de aquella época):

“El dibujito no salió. Dispongo de un lápiz de punta filosa que se desliza con deliciosa facilidad. Y es una alegría, una alegría chiquitita pero completa, como una gota.

Además hay silencio, los niños se durmieron luego de despejarme el sueño. Y estoy sola.

El camalote está enfrente. Me encantaría ser una planta acuática de raíz liviana y dejarme ir por un arroyo fresco con muchas ranas.

Siempre me interesaron las corrientes de agua. Aun las canillas y los pequeños resumideros. Pero mas que ninguna los arroyos, los arroyos con orillas cubiertas de limo y peces espesos, oscuros, amargos. Y las víboras acuáticas rojas, verdes que se paran de pronto haciendo emerger la cabeza afuera del agua.

¡Cuánta perfección no gustada!, casi ni adivinada!

Y en una pequeña ensenada vista alguna vez desde el ferrocarril, un pequeño bote rojo, esperando.

Eduardo, Eduardito, que cosa pequeña y enorme es el amor! Suponte tú la maravilla de un arroyo, aun el más pequeño y pon junto a ella mi pequeña escena de celos de hace un rato. ¡Qué horror de tiempo perdido! Y es imposible `aller á la recherche´, meterse por el verde fresco de los tallos del camalote y tragar el agua vieja que quedó allí detenida.

Una tarde en el Santa Lucía metí los pies en el barro de la orilla y me rezongaron mucho. Raquel estaba intachable con sus zoquetes blancos y mi madre furiosa conmigo.

A ti tampoco te gusta ensuciarte y sin embargo, ¡qué cosa bella el barro puro de las orillas! ¡Qué placer completo es hundir la mano allí donde nada se rechaza, donde ceden todas las formas!

Me parezco a Félix Krull ¿verdad?

Hermoso barro caliente y vivo, cunda de las lombrices, alimento de los nenúfares.

Quería decirte que no me pasa anda, nada de nada. Que le estoy dando pecho al niño -ahora- y casi ni se me altera la letra.

Y que si quieres desembarazarte no tienes más que llevarme a la orilla de un arroyo y dejar allí, con una sandía en una mano y un poquito de barro en la otra. Entonces tú no serias más que un arroyo más entre todos los arroyos del mundo, un afluente conocido y transitado en días muy lindos, ya muy lejanos, con plantas diferentes y peces extraños (todo lo anterior al son de “La trucha” que te parece?).

El niño se moja vertiginosamente atravesando la mantilla celeste que se vuelve de un tono mas intenso.

Es también una hermosa corriente de agua que una vida nuestra, poderosísima.

¡Qué maravilla es esto de los hijos! Y que se mojen y lloren y respiren. Me gusta verlos pasar. Es como si llegáramos a salpicar la otra orilla con nuestra pequeña ramita.

Esposo mío, de la mano por la orilla soy tan feliz! (aquí trozos del cantar de los cantares).

Pero con las palabras siento que el amor se mancha, se arruga, se lastima y desaparece. Y solo podría decir ¡el niño hizo un provecho blanco y lo recogí en un pañal.

El niño quiere más leche, se come los dedos. Sonríe.

Espero a Eduardo que va a venir de parque. Ojalá llegue pronto.”

Ana Silvia

Mi padre, como la mayoría de los hombres, no estaba programado para vivir solo. Ellos necesitan a alguien que implícita o explícitamente les permita reflejarse como el amo, el protector, el macho en definitiva poseedor de un poderío que, generalmente, no es tal.

El pobre Eugenio había vivido los últimos años entre los sofocos, los vértigos y los desvanecimientos de Teté y borrada ésta, es decir, aliviado el yugo, solo atinó a repetir la situación con variantes que la agravaron más aún.

Nuevamente fue el club de los Solos el que proveyó su espécimen. En este caso con el aditivo de que se trataba de una mujer mucho más joven que él, otro aditamento clásico, dicharachera y poseedora de una excelente figura, elegancia y cierto atractivo (físico).

Es comprensible que, por lo menos al principio, mi padre se sintiera halagado, fascinado y dispuesto al sí incondicional.

La candidata era divorciada y tenía dos hijos adultos, uno de ellos médico y casado. Tenía un nieto de la edad de Paula. Con ellos establecí una relación cordial.

Es que yo intenté recibirla con la mejor de las disposiciones esperando que fuera la compañía y el apoyo de Eugenio en su última etapa. Desde la independencia que me daba el hecho de estar casada y vivir aparte, tener una madrastra no cambiaba en nada mi situación.

Pero mi padre, tal vez por la edad, andaba por los setenta años, no demostró ser un gran estratega en asuntos amorosos, eso quedó rápidamente demostrado.

El casamiento religioso lo ofició el Pastor Castro porque la novia decía ser metodista.

Recuerdo que mi padre estaba muy nervioso y cuando, terminando el rito, el pastor de dijo Biblia en mano “Ahora bésela y será suya“, él , siempre ceremonioso , estiró el cuello...y besó a la Biblia!

Castro sonriente le dijo que ahora estaba obligado a regalársela y se la dió.

Pero con ella venía su nueva esposa.

A partir de ahí empezó una azarosa vida de casados, con sede en un apartamento en el centro.

No fue fácil. Todo el que conoció a Silvia lo puede imaginar.

Viajaron mucho, entre otros fueron dos veces a Europa. Para entonces mi padre ya había vendido la casa y alivianado sus deudas y nos pasó a nosotros el costo de nuestro alquiler hasta que Eduardo se recibió.

Si bien no me tocó convivir con mi madrastra me pesó por años ver la cara de mi padre y su resignada aceptación del envergúmeno que, además, siempre lo destrató, como destrató a sus domésticas, a su hijo menor, a los 24 fetos que abortó, a su propia vida de mujer crecida a medias.

No quiero dejar que prevalezca la maldad, quiero creer que era el fruto de una vida difícil, de la ignorancia tapada con barniz, de los destratos de su primer marido alcohólico. Nada se da porque sí, aunque a veces el producto final se vuelve más que agobiante para los demás.

Nueva mudanza: 21 de Setiembre 1960

El pequeño sub-suelo de Plaza Gomensoro con la perspectiva de otro hijo nos iba a quedar chico.

Entonces aparecieron un día de visita Julio Castells y Teresa Barthaburu que recién se habían casado.

Me gustaría evocar a Julio con las palabras apropiadas y sé que no voy a saber hacerlo. Con él éramos amigos desde la adolescencia, nos habíamos conocido en una reunión en lo de Carve y en seguida sentimos que podíamos ser hermanos o algo mejor: camaradas. Habíamos tenido y aun sufríamos los últimos tramos de una niñez triste con ambas madres muertas jóvenes y abundantes vivencias de abandono. Fue fácil, inevitable, que nos comprendiéramos y ambos vimos que no debíamos perdernos de vista.

Todavía recuerdo que, ciertos días a determinadas horas, ambos bajábamos a las rocas de Trouville con nuestros perros, el suyo se llamaba Perdigón y el mío era un pequeño foxter llamado Bamby muy hepático y malhumorado. Aquellos ratos eran una maravilla y tal vez lo más raro es que entre Julio y yo nunca hubo atisbos de enamoramiento, sí un cariño profundo que no se alteró cuando conoció a Teresa y yo a Eduardo.

El gran vivero que fue el IAVA nos reencontró. Aunque no compartíamos grupo, sí conocí a Teresa y nos hicimos excelentes amigas. Ambas parejas seguíamos viéndonos frecuentemente. Aquel día en que aparecieron por nuestra casa Julio nos propuso con los ojos brillantes de alegría, que nuestra solución locativa podía ser la casa que su padre iba a dejar en 21 de Setiembre y Tomás Diago.

El alquiler era bajo, y las dueñas, dos ancianas que vivían en la planta baja, locas de alegría de sacarse de encima a aquel tipo que era un bohemio alocado, iban a aceptar sin chistar que una flia normal se hiciera cargo del contrato.

Y así fue que, prestamente, corrimos a recibir aquella bendición inesperada y se abrió una de las etapas más felices de nuestra vida.

En realidad, la casa, que era de altos tenía living-comedor, dos dormitorios, dormitorio de servicio, cocina muy espaciosa y un enorme balcón. Estaba en pésimas condiciones de conservación pero allí la habilidad de Eduardo entró en acción y gastando nada, quedó habitable.

Tenía tanto sol, lo que más recuerdo es el enorme ventanal del living del que siempre las cortinas estaban corridas. Todo era precioso hasta Kantuta desde ese balcón atisbando hacia la calle era la cara misma de la dicha. No ser feliz allí hubiera sido una empresa imposible.

Y en medio de tanta luz y tanta alegría, mi segundo bebé me seguía creciendo en la panza.

Otra subasta

Poco antes de vender la casa de F. Vidal, mi padre decidió luego de apartar cierto mobiliario para él, rematar todo lo que contenía la misma.

Nos dimos cuenta en ese momento de la cantidad de objetos que había, pese a que Teté y Raquel habían llevado buena parte.

El rematador opinó que, dado el porte de la casa y el barrio, era mejor subastar en el lugar con algún día previo de exposición. Antes de ello, mi padre me pidió que separara lo que yo quisiera para mí.

Recuerdo aquella última recorrida por la casa viendo muchos objetos de mi infancia con su correspondiente etiqueta y número de lote. En verdad sentí un impulso de salvarlos a todos y no por su valor en dinero, pero me contuvo pensar en mi padre, que esperaba una suma importante que creo que al final no obtuvo.

Aún así rescaté en aquel momento algunos de los más queridos, seguramente no los más valiosos, que habían jalonado mi infancia y eran casi todos regalos de casamiento de mis padres o cristalería de mis abuelos maternos.

Ellos, junto con el comedor de mis padres que ya estaba en nuestra casa de 21, fueron a encontrar un lugar entre nosotros donde aún hoy están.

Creo que la subasta fue un éxito. Casi todo el vecindario fue a curiosear y a encontrar pichinchas.

Yo no lo presencié. Algunos objetos que se fueron aún los tengo pegados en el recuerdo.

Pero también recuerdo que en aquel momento, la despedida no se sintió con dolor.

Yo empezaba una vida nueva y mis tesoros estaban a cubierto.

Con esa certeza fue que algo más adelante, emprendía la venta progresiva de las alhajas de mi madre.

Parientes inesperados

Mi familia paterna estaba llena de vericuetos, de verdades no dichas, de sobreentendidos.

Uno de ellos era que el tío Ricardo Quintela, hermano de mi abuela había tenido la brillante idea de engendrar a una estrella de cine.

Bien miradas, Teté y Libertad Lamarque, cantante de tangos y actriz, se parecían.

Yo siempre lo destacaba para enfurecer a Teté.

Porque la historia no era clara, no era de esas que las Srtas de López Quintela podían comentar con sus amigas.

El tío Ricardo, que siempre vivió en Buenos Aires, tuvo un amorío “culpable” con una porteña que se embarazó y tuvo a Libertad, un nombre por cierto bien sugerente. Pero el Quintela, tal vez tironeado por su flia, se ennovió con una chica española recién llegada y virgen garantida y se casó abandonando a la que era su amante y a la niña.

Este acto cruel fue reparado por un Sr. llamado Lamarque que, no solo se caso con la despechada, sino que reconoció a la niña como propia y le dió su apellido.

Libertad Lamarque, enemistada con Evita y con Perón, tuvo que exiliarse en México donde vivió todo el resto de su vida. Parece que allá era venerada, tal vez porque su estilo sensiblero se adaptaba a la idiosincrasia local. Creo que no cantaba mal. Teté siempre silenció esta historia.

El caso del tío Ramiro, ese sí hermano de mi padre, era diferente. Muy joven se fue a trabajar a Buenos Aires y allí se casó con Victoria, y tuvo una sola hija: Elena que, por un azar inesperado se casó con un millonario.

Ya viudo, Ramiro decidió venir a Montevideo por unos días pero, flia López Quintela mediante, nadie le quería dar alojamiento en su casa siendo

que la casa del tío Ramiro siempre estuvo abierta antes para los que íbamos a Buenos Aires.

Como eso me indignó y yo tenía una afectuosa relación postal con él, le ofrecí venir a casa en la que había buena voluntad pero solo el sofá del living.

Apareció encantado, en realidad era un ser atípico en aquella familia: siempre estaba contento.

Y desde mi casa, inició sus correrías por una Montevideo que conocía muy bien.

Todo iba sobre ruedas, los chicos y Eduardo lo miraban con simpatía y hasta Ina, que se sonrojaba con alguno de sus chistes, lo aceptaba.

Pero después empezaron sus salidas de horas y horas sin explicación lógica. Una noche se hizo la madrugada y no venía. Cuando ya íbamos a llamar a la policía apareció riéndose como siempre.

“Muchachos, vengo del casino. Esta vez se me dió: el 20 tres veces, tenía que aprovechar la racha!!”

Lo que al principio resultó gracioso se fue haciendo una costumbre diaria, o mejor, una dependencia más bien patológica.

Varias veces fuimos con Eduardo a buscarlo al Casino del Parque Hotel y lo veíamos apostar transfigurado hasta perder la última ficha.

Cuando agotó todo lo que había traído, tuve que prestarle dinero para el pasaje de vuelta.

El resto de los López Quintela jamás se enteraron.

Por muchas temporadas se produjo la vuelta del tío Ramiro con su ludopatía a cuestas, siempre alojado en casa ante la indiferencia de sus hermanos. Siempre haciendo chistes, siempre riéndose mientras se jugaba hasta el último peso y se le iba la vida.

Los objetos

Si bien era cierto que con tantas mudanzas y cambios nos habíamos aligerado de muchas cosas y lo haríamos más en el futuro, las cosas, los objetos, proliferaban. Eran casi todas pertenencias de mi familia, restos de diferentes naufragios.

Eduardo solo había traído su ropa, el juego de dormitorio de sus padres, los pinchos para choclos, más tarde el ropero El Plata y poco más. Eduardo era mucho más desapegado y libre que yo.

Porque yo, que me autoproclamaba seguidora de Francisco de Asís, me aferraba a las cosas, les otorgaba una vida que no tenían, escuchaba los recuerdos que contenían en su interior, me dejaba atar, sujetar, esclavizar.

El desapego fue un proceso lento que sigue hasta hoy en que vivo con lo mínimo y todavía me sobra tanto!!

Pero hay un recuerdo referido a esto que nunca podré borrar.

Vivíamos ya en 21 y yo estaba habitada por Mao con una gran panza. Mi padre nos había entregado las alhajas de Sélika adentro de una gran caja de habanos con sus cajitas individuales.

Ese día, en uno de los escasísimos ratos libres, se me ocurrió abrirla y probarme un solitario espléndido, diáfano, engarzado en platino.

Cuando lo tenía en mi dedo, tocaron timbre.

Yo bajé y era un mendigo que me pedía una ayuda en dinero. Repasé mentalmente nuestros caudales y recordé que en casa no había ni un peso. Así se lo dije apesadumbrada de verdad por no poder ayudarlo.

Todavía recuerdo su carcajada y lo que me dijo: "Me vas a decir que no tenés nada con ese anillo de obispo que llevás en el dedo!"

Y se fue con cara de asco. Yo me miré las manos.

Las tenía rojas de lavar pañales y el anillo se veía como un extraño en mi dedo.

Mi tiempo de usar brillantes había pasado de largo. En cierto modo era un alivio.

Los pañales

Horas de lavar pañales, días de lavar pañales, meses, años de lavar pañales. Un día, cuando mis hijos ya habían crecido, hice el cálculo y sí, habían sido años. Ahora no recuerdo cuántos, junto a la pileta, jabón en mano.

Cuando las edades se juntaban y había casi mellizos como Paula y Mao o Inés y Lucía, la tarea era doble. El balde desbordaba, la cuerda desbordaba y si llovía, ¡gran desastre!!! Había que recurrir a la plancha o dejarles la cola al aire.

Yo no lavaba bien, desconocía el ritual de las jabonadas enérgicas y de los diez enjuagues.

Pero si no los enjuagás bien las colas se les escaldan y es peor, decían.

A veces de noche tenía sueño y lavaba, quería leer el diario y lavaba, quería abrazar a Eduardo y lavaba. Pero no me salía bien, nunca logré la blancura total, la tersura, el perfume a limpio.

Y a veces soñaba con sofisticadas máquinas de lavar como la que tenía mi prima Raquel en su casa de Carrasco.

Martha: ¡Qué vergüenza!

Redes

En una superficie de dos o tres manzanas vivían las tres hermanas casadas de Eduardo y nosotros. Eso nos daba y luego les dió a los hijos un sentido de pertenencia, de seguridad y de amparo.

Con los límites que ponían las características personales aquellas casas estaban abiertas y disponibles. Pienso en especial en Graciela y más aun en Adela que era la bondad y la simpatía en persona.

Aquello para mí era una novedad fascinante que tenía algo de irreal.

Mis cuñadas, luego de soportar una época más bien hosca de Eduardo me recibieron con un afecto que conmovía.

Recuerdo que iba a lo de Adela, veía cómo cambiaba a Pancho tan hábilmente, cómo tejía y cocinaba y me encantaba.

Graciela también era habilísima, a Eduardo le había tejido un buzo verde oscuro que era perfecto y vivía en aquella época enamorada de Mona su hija mujer.

Sentadas en aquel banco en la vereda de su casa, ella y Adela lograron de mi torpeza extrema que aprendiera a tejer batitas con manga ranglan, método que aún hoy domino y usé hasta para mis bisnietos.

Entre las tres hermanas y nosotros había un trasiego permanente de las índoles más diversas.

Todavía tengo en la mente la imagen de Cora con panza tocando el timbre en casa un tres de noviembre porque se le venía el parto de Pelayo y la agarró sin el ajuar completo.

Ella trabajaba fuera del hogar y aquel que venía era su quinto hijo lo que hacía más explicable la imprevisión. El bebé pasó así a usar parte de la ropa que estaba pronta para mi segundo hijo. Tal vez esa sea una de las misteriosas causas de que hasta hoy haya entre ellos un afecto sincero.

Pienso en aquella época y vuelvo a sentir aquella calidez que me llegaba sin apremio, que estaba allí, cerca y disponible.

Tal vez Eduardo con su larga experiencia de vida dentro de una familia grande no la valorara tanto y tendiera a ver sobre todo las diferencias que lo singularizaban, pero yo, sumergida en las cotidianidades, estaba más que contenta.

“Dulce es la vida”

Este poema lo escribió Diego Pérez Pintos y me lo regaló porque surgió de un momento de gran cercanía. Aún lo tengo conmigo.

*“Dulce es la vida si se sabe amarla
Con sus dones más claros y más altos
La paz es río de seguras márgenes
Que vamos mesurando con los pasos
Si sabemos vivir, rectos y puros
En leal compañía con el ángel.
Amar, ser justos, darle a la Belleza,
Hora tras hora interminable diezmo.
Belleza es la mano que se da al enfermo
Y lo mismo
Es un verso singular
Que una oración o un pensamiento tierno
Siempre es belleza lo que es noble y puro
Aunque parezca pálido y pequeño”.*

Por supuesto que también y en un primer plano más que especial, estaban nuestros amigos.

Siempre entendí que la casa, refugio y amparo para la noche, tenía que tener las puertas abiertas. Tal vez por haber vivido los encierros de mis casas anteriores, esa era como la primera consigna para mí, y lo fue toda la vida. El calor del techo, de la lumbre, se acrecentaba y se mantenía si se lo compartía.

Creo que Eduardo lo sentía así también en aquel momento.

Lo cierto es que un núcleo de amigos entraba y salía de nuestra casa, compartía lo que tuviéramos para ofrecerle, una grappa con limón, un café, una pascualina o simplemente el diálogo, el afecto y muchas veces un rato para escuchar música juntos.

Hoy recuerdo a Guillermo González, tan enorme y gordo, tendido en aquella especie de sofá bajo el ventanal y al gato Sancho, que él no había visto, que saltó desde la ventana en un acceso de arcadas muy gritadas y le produjo tal susto que se dejó caer al piso en un solo giro. ¡¡Cómo se reía!!, como nos reíamos!!

En medio de aquel desfile de gente, Marta Pastore era como la vestal codiciada mitad mujer bonita mitad ser de otras galaxias. Dotada de visos de irrealidad y de su manera de hablar siempre vaga y elíptica, sus ojos azules de

mirada esquiva, hasta los horarios en que solía aparecer y luego apagarse dejando solo el rastro de sus múltiples colillas de cigarrillos, todo la hacía merecedora de la curiosidad, el encantamiento y la ensoñación.

Yo, que la conocía bien, creo que podía descifrar alguna de las claves de todo aquel misterio a las que los demás no accedían.

Allá en el fondo había un ser muy asustado y neurótico, lastimado duramente en la niñez por hechos que eran imponderables y que ni ella conocía bien.

Pese a innumerables intentos no hubo siquiatria que la lograra rescatar.

Cuando me casé con Eduardo, ella lo debe haber vivido como una traición: yo era su única amiga, íntima, su paño de lágrimas y su cable a tierra pese a que también tenía mis desequilibrios. Y a Eduardo: ella le decía “la Pantera”.

El nacimiento de Paula, que en principio la fascinó, no hizo más que sellar su retraimiento.

Pronto empezaron sus temporadas en Europa, Viena, donde estudió pintura y dicen que tuvo un romance abortado.

Tengo un recuerdo de un barco que se alejaba en el puerto y un pañuelo azul que nos saludaba alejándose. Aún con mi segundo hijo palpitándome en las entrañas, también recuerdo la vivencia de algo que se marchitaba sin remedio y de una profunda melancolía.

Y siempre los libros

Siempre estuvieron en el trasfondo de todo, los de Eduardo, los míos , los que íbamos incorporando, los que nos llegaban en préstamo.

Siguiendo con la zaga de Thomas Mann, Eduardo trajo los dos tomos de José y sus hermanos, extensa novela de tema bíblico que nos encantó por igual. Con ella conocimos e intimamos con personajes del Antiguo Testamento que el novelista nos traía con tal realismo que nos parecían salir del hoy: Jacob, Labán, Raquel y Lía, las esclavas concubinas,

El mismo José, con sus hermanos al acecho, la cercanía del faraón. La recuerdo nítidamente pero no la volví a leer, hoy no sé si podría emprender esa labor.

Pero también leíamos a Tagore, un libro sobre Lao Tse que era de mis libros rectores, ensayos y novelas y empezamos a adentrarnos en las de Dickens. Recuerdo que Eduardo me regaló un tomito casi de bolsillo, precioso, que contenía la historia de Oliver Twist. Ahora pienso que si hoy pretendiera

que alguno de nuestros nietos, aún los más lectores, deglutiera alguna de esas obras, el resultado sería una repulsa histórica.

Paralelamente, semana a semana, nos llegaba *Marcha* que ayudaba en buena medida a que la cabeza se nos fuera abriendo y aun con algunas discrepancias que nos planteaba, a descubrir que no estábamos solos, que en el mundo había mucho por corregir y que, por todos lados reinaban los claroscuros, y la injusticia más cruel.

Creciendo

Acompañar en su crecimiento a los dos niños fue fácil. Crecieron fuertes y rozagantes.

Paula fue una pionera para el habla. A nosotros nos llamaba: Inina, Pampito o Evarito y Mataquita o Mantitona pero su mayor éxito lingüístico consistió en rebautizar a su hermano: empezó por “manito”, pasó a “manone” y llegó a “maoma” donde paró.

En poco tiempo todos lo llamábamos así y lo escribíamos con la “h” correspondiente. Un hallazgo.

Mao, que había empezado a sonreír antes del mes, gorgeara solo como un pajarito. Era plácido y comilón.

Por esa época, hablo de 1959, Eduardo se recibió de Procurador.-Procurador malo- le decía Paula por jugar. Era casi milagroso que encontrara tiempo para estudiar pero lo seguía haciendo frente al pequeño escritorio que había sido de mamá, y tenía un poder de concentración envidiable.

Yo trataba, en tanto era posible de distraer a los chicos. La cercanía del Parque Villa Biarritz fue invaluable en esa época. También la casa de Adela que siempre estaba pronta para invitar a Paulita a jugar y a festejar sus adelantos. Un día vino diciendo de un tirón: -”Adela se hizo pipí en la vereda”-. Adela fue la primera en festejarla.

Arlinda

Fue una herencia que me dejó mi madre. Provenía de aquella época del hotel de mi abuelo en Santos cuando “Donha Sélíka” se había hecho muy amiga de la madre de ella, un de las pocas personas que mi abuela autorizó a acercarse a su pimpollo. Parece que la madre de Arlinda, mayor que mi madre, provenía de una familia de la aristocracia de San Pablo que tenía la base de su poder en los cafetales. Su padre estaba vinculado a algún noble portugués y como era costumbre en la época, en un momento dio el traspie y perdió la fortuna de la esposa.

Esa expresión “perdió la fortuna”, o “rehízo la fortuna” parecería que eran comunes en la época. Creo que en parte estaban ligadas a aquellos casinos llenos de adornos art nouveau que tenía mi abuelo en su hotel y que, cercana a mis 14 años, también se lo tragarían a él.

Arlinda llegó un día a lo de mi abuela preguntando por mi madre que ya se había muerto.

Cuando aclaró su identidad, mi abuela, muy emocionada, me llamó a mí y me la encargó sin más ni más. Quiso la fatal casualidad que lo único que se me ocurrió fue llevarla a recorrer el centro y que fuese el día que volvían los campeones de Maracaná.

Arlinda era nerviosa y parlanchina y las masas, al notar su acento redoblaban aquellos cánticos salvajes:”con la punta, con el taco, se la dimos a los macacos.”

Por suerte, entre que su castellano era primitivo y la ayudaba su buen humor, la violencia se diluyó entre las risas.

Antes de que volviera al barco, se había entablado entre nosotros un sentimiento amistoso que se iría afianzando en una correspondencia abundante y fluída y sobre todo en sus visitas intermitentes por muchos años.

La modalidad era la visita inesperada: paraba un taxi y la veíamos bajar. Muchas veces no teníamos un peso para agasajarla y ella, acostumbrada a una vida holgada, ni imaginaba nuestros aprietos.

Se quedaba a dormir, durante la escala de su barco en Montevideo y nos hacía regalos desatinados que nunca iban hacia lo que realmente necesitábamos.

Pero en cierto modo, la llegada de Arlinda era sinónimo de fiesta, de guitarreadas y de cuentos de viajes.

De ella recibí un cariño incondicional que no merecía , que parecía dirigido a otra persona.

Es que la Dra. Arlinda Varella Alcover fue, a su manera, única.

En aquel lapso se verificarían varias de sus visitas inesperadas y fue trabando una excelente relación con mis hijos. Para ella, soltera definitiva, eran un enigma y a la vez un reto pero nunca se paró a comprenderlos demasiado. Sin embargo fue ella quien un 25 de julio del 59, mientras lo hamacábamos en Villa Biarritz, descubriera el primer diente en la encía de Mao. Y lo que me jorobó con eso!!

Eduardo carpintero

Un día se hizo evidente que nos faltaba un ropero.

Los niños en su cuarto habían incorporado el juego de dormitorio que yo usara en mi niñez y que, providencialmente había guardado una prima que tuvo una niña y lo devolvió a su tiempo.

Como todo mueble de buena madera estaba intacto. Pero en la casa se iban acumulando objetos, no solo ropa, sino frazadas, toallas, manteles, mil cosas más y era necesario que algo los contuviera.

Eduardo, al que tal vez le gustaran los retos, decidió que él podía fabricar el placard que necesitábamos. Aparecieron entonces las sierras y los serruchos, los clavos y los enormes listones de madera.

Fue un trabajo ciclópeo pero yo esperaba el final con fe. El placard abarcaría toda una pared de nuestro dormitorio e iría del piso al techo.

La construcción fue todo un proceso que estuvo amenizado por la opinión de las visitas y los juegos de los chiquitos. Paulita había improvisado una casita allí adentro y hasta Kantuta se acercaba a oler.

Lentamente, lo que parecía iba a quedar en una estructura no tan segura, fue adquiriendo firmeza y al poco tiempo, ajustados algunos detalles, teníamos un placard que su autor pintó de blanco.

Tan bien hecho estuvo que el mismo nos acompañaría por las tres mudanzas siguientes, todo un lapso en la vida. Me costó un dolor cuando tuve que dejarlo.

Hoy, que tengo dos placares excelentes salidos de mano de carpintero profesional, aun lo recuerdo con cariño tal como lo dejé, hasta con el cartelito interno que le había pintado Lucía con tiza: "AMO A MIS PAPIS".

Lo cierto es que el famoso placard le otorgó a Eduardo en la flia y aledaños una fama merecida sin duda de habilidoso en extremo que le supuso ser requerido para tareas que a veces, lo abrumaban y por supuesto, en calidad de favores.

Todo eso, unido a su próximo título de abogado y a su condición de esposo y padre modelo lo ponía por encima de los simples mortales.

Entretanto yo, desde la certidumbre de mi torpeza y sin duda, de una tendencia al ocio y a la ensoñación, me sumaba a aquel alud de admiraciones. Ya lo venía viendo como a un San Francisco revivido al que entonces se le habían agregado algunas dotes del San José Carpintero. ¿Qué más cabía esperar??

Roles

Nuestra vida de familia, porque ya lo éramos sin duda, se iba organizando.

Yo trataba de que siempre diera siempre lugar a lo imprevisto, a lo creativo, pero no era tan fácil.

Ina era una ayuda importante pero era difícil sacarla de sus esquemas. Cocinaba platos riquísimos haciendo juegos malabares con nuestra economía. En la cocina se sentía dueña y señora y no permitía que nadie, sobre todo yo, intentara inmiscuirse en su reino. Es cierto que la consigna se respetaba a rajatabla, en parte por comodidad, en parte porque yo detestaba cocinar.

Se perdió así el secreto de muchos platos deliciosos, algunos de la cocina brasilera llegados vía Santos.

El otro rol de Ina era la confección de la ropa de los chiquitos y mía. También en él se destacaba, cosía a la perfección, no había más que elegir un modelo y ella lo plasmaba en la tela que le dieran.

También cosía para otras personas extra familia que venían a casa y se probaban delante de mi espejo. Recuerdo la relación amor-odio de Ina con “la de Figari”, asidua, exigente y pesada.

La máquina de coser de Ina, una Singer que había pertenecido a mi abuela, era la fascinación de los chicos que adoraban dar pedal y hacer mover la rueda.

Por último, Ina era también, a su manera, la que custodiaba la soltería de Kantuta. En “esos días” salía con un palo y la perra atada. Fue así que, a poco de nacer Mao cayó y se fracturó el tobillo quedando por un tiempo varada en el living. Recuerdo la escena dantesca cuando vino del Círculo Católico con su bota de yeso y fue preciso la fuerza de cinco personas - entre ellos Colito- para subirla sentada en una silla del comedor.

¿Qué hacía yo entretanto? Bueno, en principio me divertía. Festejaba y festejaba buscándole el lado cómico a las situaciones, me hacía la loca, cantaba y recitaba de memoria, contaba cuentos para los chiquitos, los paseaba, los aseaba, los vestía pero más que nada me divertía mucho.

A veces iba a la feria de hortalizas de Villa Biarritz. Eso me gustaba, pero iba en un alerta continuado para evitar los puestos de aves en los que se ahorcaban las gallinas a la vista.

Lavaba y lavaba, no solo los pañales, sino toda la ropa de nosotros. Aunque Eduardo se solía lavar lo suyo y por último intentaba siempre en vano,

mantener la casa limpia. El orden era caótico. Recuerdo que al anochecer barría el piso sembrado de juguetes.

Después, indefectiblemente hacía dormir a mis hijos con un cuento o a veces con varios porque ellos se aprovechaban de que eso a mí no me costaba.

Recuerdo que hasta inventé canciones, aun me suena la famosa:

"van por el bosque ... que pasó a otra generación.

Y después venía lo mejor: la hora de los grandes. Si no había visitas y era verano Eduardo y yo solíamos sentarnos en el balcón sobre unos almohadones rojos para seguimos descubriendo.

Era tanto lo que había para comunicarse y tanto el afán por recibir todo lo que venía del otro.

A veces Eduardo tocaba la guitarra un poquito y cantaba, todo muy bajito para que los chicos no se despertaran. Eran nuestros momentos y la magia estaba allí.

El tiempo vuela

Y en un segundo Mao estaba cumpliendo un año y recibió regalos y caricias como un pequeño príncipe condescendiente pero algo aburrido. Recién cuando se fue la gente le entró la euforia y empezó a correr de juguete en juguete, sentado y apoyándose en una y otra mano, según su modalidad.

Su hermana estuvo pérfida durante ese día y lo que rebasó la medida de sus celos fraternos fue el hecho de que Julio, su padrino, le regalara a Mao un triciclo de guardabarros relucientes que venía a competir con el que, poco antes, le habíamos comprado a ella.

Ese día Ina presentó una de sus tortas con un pollito saliendo del huevo. La velita fue apagada entre Paula y Mona mientras el festejado miraba con cierto asombro.

Me parecía hasta raro tener un hijo tan rubio y tan hermoso que por un momento adquiría la seriedad de un almirante inglés al estilo de Nelson pero lo más fantástico era la paz y la alegría que irradiaba.

Vacaciones de los cuatro

Ese verano nos fuimos a La Tuna. Fue el primer viaje en ómnibus con los niños, que seguramente se marearon.

Susana nos prestó aquella casa preciosa y allí estuvimos unos diez días. Los niños treparon a las dunas, conocieron el mar, anduvieron en bote por el arroyo y aprendieron a reconocer el grito de los renacuajos y el canto del

chingolo que después nosotros imitábamos y que se volvió como una especie de señal entre los dos, hasta muchos años después.

Novedades del 60

La primera fue que el 26 de marzo, Mao, magnífico y tambaleante, empezó a caminar dejando de lado su anterior forma de desplazarse, tan particular, sobre los glúteos.

En abril Paula empezó con alegría el "colequio" en la guardería La Ronda sobre Ellauri.

"Sí, andate", me dijo y allá marché un poco desconcertada.

Pero poco tiempo después quiso el azar que, asomada a un ventanal, me viera pasar con Mao en el coche hacia el Disco.

Ese día dijo: "no voy más a la escuela". Y adiós Ronda y adiós descanso para mí.

La maligna reía entre dientes y me decía-"lindita", para congraciarse.

En las tardes de lluvia yo jugaba con ellos y me veo haciendo de caballo con Paula triunfante encima de mí, recorriendo la casa. Una gran ayuda era los discos con canciones infantiles. A veces cuando no se podía salir por el frío, inventábamos juegos, yo hacía imitaciones y cantábamos y hasta recitaba para ellos exagerando los tonos. Aquellas tardes entre los tres nos comíamos un tiempo en que yo hubiera podido hacer otras cosas, tal vez salvar al mundo, tomábamos los días y los masticábamos como golosinas hasta que el sol caía.

Entretanto, los ecos de lo que iba pasando afuera nos llegaban como asordados.

Las lecturas y sobre todo las rondas de amigos con los que nos reuníamos de noche, eran el momento de ponernos al día.

El tema político no era excluyente pero se iba perfilando claramente como el trasfondo insoslayable. Me parece ver a Eduardo discutiendo con Olga Cohn, que era bastante extremista. El siempre tuvo la característica de decir todo lo que pensaba y a veces esa modalidad me producía una mezcla de admiración y de horror. Muchas veces me llevó a mí a hacerme la simpática para compensar. En parte ahí surgió tal vez aquella necesidad de sanar, de gratificar, de proteger que me iba a perseguir de por vida.

Siempre fueron impredecibles- hasta hoy- los efectos de esa característica que se puede confundir con el amor y es solo una ilusión óptica, un espejismo.

El hecho fue que aquel año decidí anotarme en el Registro Cívico Nacional, dejando aquella postura de anarquista que tanto me había servido para espantar a cierta gente.

Mi credencial cívica aún está en uso, toda magullada y maltrecha, llena de timbres y fechas pero en uso. Y no la pienso renovar.

Por último, en aquel año tuve dos experiencias imborrables. Buscando un empleo que alivianara el presupuesto familiar, accedía a una serie de entrevistas en una empresa importadora por la calle Colonia.

En la última, la definitiva, el gerente, cuando yo esperaba que me hablara de mi sueldo, puso unos ojos melosos, me acercó la nariz y me preguntó: ¿quien le enseñó a sonreír tan bien?, con un hilo de baba que le caía de la boca.

La otra tentativa tuvo que ver con el arte. Por Ada García fue llevada a Ulive que dirigía una obra en el Teatro Victoria con el grupo de Teatro Universitario. La propuesta era un papelito lindo, de adolescentes para el que mi talla mínima era ideal.

Llegué a ir un tiempo pero el sueño me venció porque los ensayos eran de noche hasta la madrugada y las fuerzas no me sustentaron. Igualmente era claro que mi vocación no iba por ese lado y el escenario perdió mi aporte.

Rifas, velitas y globos reventados. Paula festejó sus tres años y cuando le cantamos el que los cumplas lloró y se escondió.

En verano, la playa vivida a pleno era un oasis. A diario bajábamos con Olga, Pablo y Claudio. Llevar a los chicos en la sillita roja era muy fácil y el peso no se sentía. En realidad tampoco se sintió más adelante, cuando llevaba cuatro y cinco y a algún colado.

Pobre Malthus

La contracepción no había de ser nuestro fuerte y para ello no pesaban ni los razonamientos, ni los ciclos menstruales ni las encíclicas papales. Éramos nosotros y aquella manera de querernos que traía en sí a los hijos. La fiesta de los hijos era parte del rito del amor, su culminación.

¡Y cómo no celebrarla!

Desde mi punto de vista, además del amor por mi compañero, estaban todos los ingredientes de la admiración, la devoción, el respeto y por supuesto la atracción física; para mí Eduardo era perfecto y concebir un hijo suyo era como prestar mi cuerpo para que esa perfección perdurase.

A la vez, cada nacimiento implicaba compensar la lista de muertes que la vida me había impuesto hasta aquel momento, yo lo sentía así.

Después de este preámbulo que pretendía ser explicativo, paso a contar que concebimos a nuestro tercer hijo. El Uge se puso en camino y llegaría casi con la primavera.

Yo, que tengo características de urraca, encontré una libreta donde en aquella época anotaba lo que quería sobre los hijos y allí obtuve algo insólito: las facturas del Círculo Católico por mis intervenciones en Maternidad. Por ejemplo por el parto de Mao nos cobraron \$ 80 (una bicoca, diría mi abuela). Y no era cosa de desaprovecharla.

Lo cierto es que ni nosotros ni nuestros amigos vivíamos en la abundancia pero sí con una dignidad y dentro de una especie de red solidaria en la que, en los momentos álgidos nos prestábamos unos pesos.

Recuerdo las libras esterlinas que Olga guardaba en un frasquito que vació y volvió a llenar varias veces, recuerdo la delicadeza insólita de Eduardo cuando le mandó a Guillermo una ramita de nomeolvides para recordarle la deuda pendiente.

En realidad, pese a vivir con lo justo, nada nos faltaba. Pero yo recuerdo que, dado que en casa, los caprichos por determinada comida estaban abolidos, en el embarazo de Uge había sido presa de una necesidad acuciante de comer dulce de leche.

Quiso el azar que apareciera Colito, como un rey mago y pusiera sobre la mesa un frasco de un kilo de ese elixir.

Antes de que pudiera precipitarme sobre él, aún antes de que el abuelo se fuera, Mao, tal vez fascinado por el envase, estiró su manita, lo impulsó y lo hizo caer al piso. Con él concluyeron mis antojos de esa temporada, entre vidrios rotos.

Pero los pequeños gustos frustrados no opacaban para nada la luminosidad de aquellos días.

Como en todos los otros, yo controlaba mi embarazo, iba al médico y soportaba los análisis de sangre, era una rutina que ya conocía en la que se descartaban los resultados positivos. Porque nunca tuve la menor duda respecto a que aquello, todo, iba a llegar a buen fin.

Hermanos

“Yo no me caio, tabés Ina?” gritó Mao desde su triciclo con aire de triunfo. Había ganado una estabilidad que le costó conseguir y pretendía no bajarse nunca.

Con Paula, por esos días, habíamos ido al teatro por primera vez a ver “Pluft, el fantasmita”.

La fascinación de los dos fue enorme, los ví mudos y temblorosos.

Con cierto resquemor los llevé a ambos a la escuelita de Mrs. Arlington, aquella inglesa recalada en el país que también había sido en su momento profesora mía de inglés.

Paula, que ya conocía el lugar, intentó cubrir a su hermano con un manto protector pero éste decidió incursionar solo por los caminos de la sociabilidad. Cuando los fui a buscar ninguno quería volver a casa.

En esos días, Paula hizo una acotación que anoté por lo sorprendente: “¿Qué ojos tan reales tenés Mao!”. Es que su hermano la preocupaba. Su hermano ganando terreno, siempre lesionando su exclusividad.

Mao en tanto, indiferente al conflicto, avanzaba alegremente por la vida sin abandonar su sonrisa.

Desde afuera yo los observaba interactuar con asombro y fascinación al observar cómo se iban perfilando las personalidades de cada uno.

A Paula le había entregado a Nicolón, un bebé de tamaño natural que había sido mío y por supuesto era rompible. Sobre él, al que ella vestía con las ropas de su hermano, iba experimentando los rituales de la maternidad.

Mao, por su parte jugaba a poner en movimiento sus camiones y autos pero ya entonces manifestaba lo que sería su gran predilección por las colecciones de indios, cowboys y soldaditos en miniatura, los compañeros permanentes de su infancia.

Y yo por fin, jugaba a mi manera tejiendo alguna bata para el bebé. No sé quien me había vinculado a una boutique para niños que se llamaba “Caperucita Roja” y entré en el juego de bordar toallones infantiles.

Los motivos que elegía, enanos, animales, campos en flor, eran preciosos y difícilísimos.

Recuerdo que los bordaba sobre papel dibujado que luego arrancaba. Como toda actividad propia la tomaba con seriedad. Era un divertimento que se tornó muy exigente y poco redituable y quedó por el camino.

Eduardo abogado

Los últimos exámenes habían sido devastadores. Recuerdo que toda la flia sentía el esfuerzo, la tensión. Recuerdo el pavor que me producía a mí misma la palabra Obligaciones. Yo iba siguiendo el cronograma, la formación de las mesas y fue una de mis prioridades salvaguardar de los niños aquellos resúmenes de letra chiquita, perfectos en su diagramación y trazado, prolijísimos.

El pequeño escritorio del living recibía todo aquello en horas inverosímiles, en los veranos y con fríos espantosos, venciendo al sueño y al cansancio.

Siempre me pareció que era más tesón y voluntad que verdadera vocación por el derecho, aquella disciplina que también había capturado a los anteriores exponentes de la zaga de los Eduardos. Y él no iba a ser menos.

El último examen tuvo su dosis suplementaria de nervios y no porque fuera el más difícil.

Y lo logró, fue el 31 de mayo de 1961.

Ahí vinieron multitudes a felicitarlo y a augurarle lo que se suele augurar en esos casos: la imprecisa felicidad del éxito y los laureles, por muchos años.

Con los chiquitos, Beba y Colito, mi padre y Silvia fuimos a la Corte, ese edificio tan ostentoso y sin alma. Allí presenciamos el juramento, todos convencidos de que algo muy importante estaba por comenzar. Recuerdo que muchos venían a felicitarme también a mí como corresponsable del éxito. Nunca logré entender del todo porque lo hacían.

Ecos

Los ecos que desató el título de Eduardo duraron varios meses. Colito, gracias a sus vinculaciones y a su simpatía natural, había logrado que en el diario publicaran un suelto (no sé si fue solo uno) en el que, bajo el título de Novel Profesional, se resaltaban las dotes del recibido pero, además, su tesón y su esfuerzo al haber alcanzado ese logro siendo esposo y padre de familia, es decir, con aquel hándicap que pesaba sobre sus hombros.

Yo, parte mayoritaria del hándicap, debí exponerme en los meses subsiguientes a los halagos, los plácemes y las efusiones de las que Eduardo solía zafar con elegancia.

Los Brito, no la familia cercana sino los otros, los esperpénticos descendientes del Virrey, querían expresar su alegría porque uno de los últimos brotes de la rama se encaminaba a seguir los pasos del ancestro.

Aparecieron entonces por casa una serie de señoras viejas. Recuerdo a Amandita Brito del Pino, a la Nena que era masculina y muy fea, a Pepita, a Papopa, a la Tia Tina esposa del tío Petete, en fin, y hubo más, muchos más, que nos expresaban un afecto sorprendente, pienso que tal vez por la huella de simpatía que en su momento, imprimió Colito.

Hubo un gesto que me resultó inolvidable: una de ellas, poniendo levemente la mano sobre mi panza me lanzó un “Qué bien! Éste ya nace hijo de abogado!”.

“Vendedor Ambulante de Abalorios”

Un día apareció Julio Castells por casa y nos mostró con cierto orgullo su licencia que lo acreditaba como vendedor ambulante de abalorios.

Nos reímos mucho pero era cierto. La firma donde trabajaba cerró y estaba sin trabajo así que entretanto, no sé por quien, había conseguido una considerable cantidad de collares finos y se proponía venderlos. Como siempre fue muy legalista tramitó su licencia, por las dudas.

Revolvíamos entre los collares más diversos y era difícil elegir el más lindo hasta que Eduardo en un gesto inusual, retiró uno de cuentas color caramelo y me lo regaló, sin duda para motivar al novel vendedor y amigo.

Pero recuerdo que yo me quedé charlando con Julio y de pronto me dijo, señalando mi barriga: “Estoy deseando que te liberes de eso...”

Era cierto que la panza “esa” había crecido, después de todo iba a ser el bebé más grande de los míos, pero me conmovió la preocupación de tinte fraternal que me separaba a mí “de eso” y me dejó pensando.

Mientras tanto, en la puerta de casa habían colocado una chapa que decía: “Eduardo Brito del Pino, Abogado”. Era una chapa con historia que ya habían usado alguno de sus antecesores.

Lolita y Maruja, las dos ancianas que vivían en la casa debajo de la nuestra y eran dueñas de todo el edificio, celebraban con alborozo, tal vez soñando con que, el novel abogado accediera a subirse el alquiler.

“Abenámar, Abenámar ...”

Aquel invierno no se quería acabar. Con los chicos hacíamos concursos de recitado y yo les hacía degustar desde el romancero hasta Herrera y Reissig.

El Romance de Abenámar era siempre un éxito porque me divertía decirlo con entonación exagerada tipo Margarita Xirgú.

*“Abenámar, Abenámar,
Moro de la morería,
El día en que tú naciste
Grandes señales había.
Estaba la mar en calma,
La luna estaba crecida,
Moro que en tal signo nace,
No debe decir mentiras”*

Los niños me contestaban con otras canciones o pequeños versos y hasta un día Paula se dio el gusto de crear uno que yo registré:

*“Será el campo bonito,
Con flores.
Si hubiera ramitas
Las juntaría.
Había una ramita lastimada
Entre las flores.
Me la llevé a mi casa
Y le dí un bañito
Y la envolví”..*

Aquel invierno había venido Ramiro y pese a que él trataba de ayudar, yo estaba cansada y me agotaban sus sesiones de ruleta sin horario.

Los sábados, religiosamente venían a almorzar mi padre y Silvia constituyéndose en un factor más bien distorsionante de la dinámica familiar.

Silvia hablaba incesantemente, mi padre ya la empezaba a mirar con cara de víctima pero acatando como siempre, Ina desenfundaba un mal humor ostensible y Eduardo miraba al vacío a veces silbando una cancioncita. En el medio quedaba yo sola porque los chicos se iban a su cuarto a jugar. Bien mirada, podría ser una situación risible pero por entonces no me daba para reír.

Un sábado, ya previendo el panorama, iba a transportar el florero azul de cristal lleno de agua y flores pensando en que ya estaban por llegar cuando sentí una lluvia imprevista por las piernas.

Nunca antes me había empezado así un parto pero era clarísimo que el tercero estaba por llegar.

Y llega el tercero: 9 de setiembre de 1961- hora 17.10

Con todo lo fácil que había sido el parto de Mao, cabía esperar algo similar, pero no fue así. Las contracciones no aparecían o no tomaban su ritmo debido y me pusieron un suero. Con eso aumentó la desazón y la incomodidad.

Con el brazo inmóvil me era difícil concentrarme. Eduardo estaba al lado mío y creo que hacía más que yo por todo eso.

La oxitocina o lo que me estaban pasando me fue provocando unas contracciones de una intensidad implacable, el médico que me había prometido volver pronto no venía, los minutos se hacían horas y las horas años. Cuando por fin me llevaron a la sala de partos, la expulsión del bebé se hizo sola con un ímpetu feo que yo no podía dominar.

Pero llegó y llegó bien: pesaba 4.410 y era precioso como un ángel.

Otra vez entraba la primavera a nuestra casa.

Dentro de aquella cuna del sanatorio que tenía a mi lado yo me divertía observándolo, me extasiaba. Hubo menos visitas que con los anteriores- aquella era una reiteración algo molesta- y eso fue mejor para los dos. Era enorme y perfecto, calvo y exigente: le costaba entender que no podía mamar todo el tiempo. Cuando lo ponía al pecho, adoptaban sus ojos una expresión de cervatillo salvaje y - no es que cantara la Internacional, no- pero levantaba el puño hacia arriba tal vez en señal de victoria. El chupete no le apetecía y lo rechazaba con fastidio.

Claro que fui yo la responsable de sus dos nombres: Eugenio Francisco, el primero por razones obvias, creía que le debía esa alegría a mi padre desde que nací nena y el segundo porque Francisco de Asís era-es para mí un segundo padre.



Como gran excepción -aquel fue el único caso- Eduardo apareció con un regalo. Eran dos vestidos de las Tiendas Montevideo, uno a cuadros rosa y gris y el otro naranja-pardo. Aquel premio post-

parto no se volvió a repetir.

Cuando volvíamos del sanatorio ví muchos árboles florecidos. En casa estaban Paula y Mao que lo iban a escolatar a ambos lados del coche obsesivamente preocupados por su seguridad y contentos de recuperarme.

Fue muy fácil criar a aquel niño sol que mamaba bien y lloraba poco.

Con un mes de diferencia, Adela había tenido a Bernardo, un niño muy Iroz que hasta hoy sería amigo-enemigo de Eugenio.

Al mes fuimos a la Parroquia Punta Carretas y el bebé fue bautizado. Los padrinos eran Diego Pérez Pintos y Teresa Barthaburu. Aún hay fotos, preciosas- de un niño muy lúcido y sereno, un Mao refugiado en los brazos del padre y algunos colados: Paula, Mecha Castells y un niño, José Artigas que también fue bautizado pero era pobre y muy feo y sería compañero de Uge en la Escuela Grecia.

Vida de familia

Rápidamente se reencauzó nuestra vida familiar, aquel tesoro que sabíamos tan valioso y disfrutable.

Entre la casa y los tres niños, para mí los días corrían atestados de pequeños acontecimientos felices. Pero el mayor era siempre la llegada de Eduardo, cumplido el horario de oficina, volvía contento y lleno de cuentos para compartir.

Creo que yo conocía sin haberlos visto a los personajes del Estatuto del Funcionario, aquella oficina medio fantasma que pugnaba por mantenerse en un régimen de duermevela.

Era, sin duda el lugar más lúgubre y menos motivante de la administración pública y Eduardo, título en mano, empezó a gestionar un transbordo.

Cuando éste llegó, no fue todo lo prometedor que podía haber sido. Lo pasaron a la Asesoría Letrada de la Jefatura de Policía. Allí, aun sin el cargo de abogado, estaba más cerca de lo que era la actividad para la que estaba preparado.

Muchas veces me pregunté o nos preguntamos, si aquella carrera elegida era realmente la que iba a llevarlo a una verdadera realización vocacional.

Es difícil saberlo, más en su caso porque desplegaba una serie de aficiones y destrezas muy amplia que le hubiera permitido seguir derroteros muy diferentes al elegido.

Pero si había una destreza que le faltaba era el manejo de las relaciones sociales. En ese campo, en la esfera familiar, yo pasaba al frente porque siempre me fue fácil acercarme y establecer una comunicación con los demás.

Eduardo, Brutus, como decíamos en broma, era de piedra en esa área.

En sus primeros menesteres como abogado el abordar la baranda de los juzgados le suponía un esfuerzo. Toda la plasticidad y simpatía que, según decían, desplegaba Colito en sus buenos tiempos, a él le faltaba.

Aún así, desde el escritorio que compartió con Alabán en el estudio de Capurro, empezó a atender a sus primeros clientes.

Entre éstos, que eran escasos y en general de posición modesta, recuerdo a un carpintero, lo recuerdo sin su nombre.

Como no podía pagar por un divorcio y tenencia de sus hijos, creo, ofreció pagar en especies y un día apareció con una biblioteca enorme, hermosísima que instalamos en el living y aun hoy tengo, noble y fiel, en un lugar principal de mi casa. Todavía me vuelve a la nariz el olor a madera fresca que nos invadió cuando la vimos llegar para quedarse con nosotros para siempre como signo del hogar.

No!!

No te subas

No toques

No rompas

No peleen

No se mojen...

La relación de Ina con los chicos siempre fue más que pintoresca. Ella, señorita que solo me había conocido a mí como niña (y yo era una niña sui generis) vivía entre el arrobo y el espanto con la llegada de los tres, mucho más arrobo que espanto, claro.

Siempre sintió una predilección por Paula, su ahijada y tal vez más tarde por Uge pero aun siendo incondicional con todos, a veces pretendía defender su patrimonio que estaba, más que nada, alrededor de la máquina de coser y de la cocina, especialmente de la heladera.

Entonces esgrimía sus “Nooo”!!

Nos costó mucho convencerla de que iniciar todas sus frases con una prohibición era contraproducente y que era cien veces mejor sugerirles a los chicos otras alternativas antes que el no.

Recuerdo o creo recordar la tarde de verano descansando nosotros de la ida a la playa.

En esa época, Mao de dos o tres años, exploraba sus genitales con sus manitos, cuando se escuchó la voz de Ina que le decía muy nerviosa: “¿Por qué hacés eso querido? tenés tantos juguetes!!”.

Vacaciones

Las asocio en aquella época a la playa y a la playa Pocitos, a unas seis cuadras de casa.

No había rubro ni interés para pretender más que eso que ya era, en sí, una maravilla.

A medida que nacían los hijos se iban incorporando a aquella rutina que a todos nos gustaba.

Y no sentía el peso de la sillita de ruedas más el de la sombrilla azul, más los baldes y palas, moldes y otros enseres. “Ah! ¿Y los gorros? NO se olviden de los gorros!!”

Un niño iba sentado, el otro en el travesaño y el otro prendido a mí de lo que podía.

Pero en la arena estaba la libertad, había espacio, olas, amigos.

Me acostumbré a no perder a ninguno de vista y eso que muchas veces se nos incorporaban vecinitos del barrio.

Solo una vez Mao me jugó una mala pasada metiéndose en un pozo profundo que dejaba ver de lejos solo la punta de su sombrerito rojo. Creí morir del susto porque, aun en Pocitos, en esa época solía haber grandes olas y era fácil fantasear con lo peor.

Después fue un festejo.

Cuando llegaban los fines de semana y Eduardo nos acompañaba era todo mejor aún.

Es difícil describir la felicidad pero allí estaba. Toda la familia jugueteando entre las olas era sin duda la felicidad aunque, a veces, Eduardo se encargaba de paralizarme el corazón.

Mi mayor habilidad náutica era flotar, siempre hice la plancha con facilidad propia de un corcho y ese tenderme ingrávida en el agua me produce un placer incomparable aún hoy.

Pero una vez, la primera vez....cuando volví a la verticalidad, Eduardo, que se acababa de zambullir al lado mío, había desaparecido.

No sé si fueron minutos, segundos, horas para mí, y apareció como veinte metros más lejos emergiendo de abajo del agua como un biguá. Aquella modalidad de nado submarino siempre me producirá una zozobra momentánea pero real que a él creo que le divertía.

-Y..., me picó un aguaviva!

¡Pablito me sacó la pala roja!

¿Me ayudás con el castillo de arena?

¿O mejor si le hacemos un puente?

¡A mi molde de elefante se lo llevó la ola!

¿Ya nos tenemos que ir?

Eran también las voces de la felicidad. Solo que tal vez, estábamos demasiado felices para discernirlas del resto.

Diálogos y cumpleaños (de aquel cuaderno verde en el que yo anotaba las genialidades)

Paula-¿Tú te llamás Turutú o Lagarté?

Mao- Pero Paula: ¿no ves que son dos apellidos?

Al mes Eugenio sonreía como un ángel, sobre todo a su padre. Estaba tan grande que parecía de seis meses (escrito en noviembre). Eduardo le prestaba una atención inusual en él con los bebés de esa edad.

Un día pesqué a Paula con el niño en brazos.

El cumple de tres años de Mao fue con fiebre, justo el único día en el año en que se enfermó. Tal vez de la emoción. Pero vió el cine, abrió regalos y apagó las velas de su torta de frutillas.

Como Paula estaba muy sensible, le hicimos un simulacro de cumpleaños con torta y regalos.

El más lindo fue un bebé de Brasil que le encargamos a Cora vía Pluna para sustituir a Nicolón que estaba en las últimas.

A Mao le regalamos un carro de bomberos y lo encontré muy serio diciéndole a Paula: Ahora no me llamo Culca ni Cacul sino Podoto o Podotito.

Poco después del cumple, un día Eduardo se lo llevó misteriosamente, con su incomparable cabellera rubia de príncipe y volvió con un extraño niño casi calvo, orejudo y con cara de galleta.

Había convertido a la maravilla en un niño común, fresco, aseado, enteramente funcional.

Yo recuerdo que reí y lloré pero el resto, aún el propio interesado, estaban muy contentos.

Mao había entrado por entonces en el mito. Inventaba cuentos largos, fantásticos y se los hacía creer a los otros niños. Hablaba de un pirata que de noche cantaba entre los juguetes y de pronto preguntó: - ¿Y los dibujados no duermen??

En marzo del 62, Uge, que ya comía con entusiasmo pero aun sin dientes, fue a la playa por primera vez. Yo lo tenía en brazos y Paula y Mao le mojaban los piecitos con cariño.

En abril ya decía “papá”- antes que mamá, sotreta- y el salió el primer diente incisivo superior derecho.

En mi cuaderno anoté esta escena: Paula y Mao se pelean por prodigarle solicitudes a veces peligrosísimas a su hermano. Están hermosos los tres: Paula con sus castañas de enterito y buzo marrón. Mao de buzo azul piedra, pantalón corto y medias a la rodilla, ya con el pelo crecido por suerte. Y agrego: Me agotan. Se escapan a la calle, entrar a cualquier casa a hablar con todos. Hasta los encontré hablando con un ebrio que les mostraba su dentadura postiza. Todo lo prueban, lo tocan, lo desmoronan, pero son ellos y basta, todo va hacia adelante y con alegría.

Uge empezó a fijar su atención en Kantuta y a decir mamá, por fin!!

Un día Mao nos despertó diciéndonos: Cuando sea grande y ustedes estén en el cielo, le voy a pedir a Dios que los deje bajar para llevarlos en mi trolley”.

Y de Marta Pastore decía: ” yo ya la conocía, ¿no ves que tenemos el pelo del mismo color?”

Y a Eduardo: “¿Querés que te diga mi secreto?: Cuando sea tu cumpleaños te voy a regalar una corbata y un prendedor que sea un caballo rojo”.

El día de mi cumpleaños yo estaba engripada y alicaída y me lanzó esto: ”yo no soy un niño, sabés?”. “Soy una música que tira papelitos de colores”.

En agosto del 62 anoté:

Paula cumplió sus cinco años, inteligentísima, cerquilluda y todavía sin nariz. Es como si me viera a mí misma a esa edad a pesar de que ella es mucho más independiente y sobre todo (mérito nuestro) más feliz.

Tuvo una fiesta con más de treinta niños, algunos de Mrs. Arlington. Eugenio, de celeste, lloró bastante por el ruido. Mao radiante.

Ina presentó una torta de chocolate con enanos y varios animalitos.

Con Marta Pastore confeccionamos collares con fideos pintados para las niñas y hubo cine para todos.

Paula recibió miles de regalos y la vi feliz como nunca.

El 12 de noviembre del mismo año Uge empezó a caminar muy seguro y sin ayuda.

En el pequeño cuaderno verde hay pocas anotaciones más supongo que era, no solo por la falta de espacio sino porque yo carecía de tiempo para registrar lo que pasaba.

Las plantas carnívoras

Nuestras vecinas de la planta baja eran más bien peculiares. Vivían, como todas las ancianas, bastante encerradas y casi a oscuras al resguardo de un gran óleo del “tío Domingo”, Domingo Aramburú, el antepasado ilustre. Pero eran además, las dueñas de nuestra casa a la que habíamos accedido con un alquiler presuntamente muy bajo.

Entonces, entre melosidades varias y qué preciosos los nenes, ni se sienten! (mentira piadosa), deslizaban su aspiración a que subiéramos el alquiler que estaba congelado por ley.

En aquella época mi padre ya no nos ayudaba con el pago y nuestras finanzas estaban más que magras así que aquellas aspiraciones chocaban contra una realidad pétrea.

Por otra parte, la casa nuestra, que era de altos, tenía una azotea amplia que nunca llegamos a usar porque Ina y sus bártulos obturaban la subida.

Pero un día se nos dio por explorar y subimos. El techo estaba en buenas condiciones pero el polvo y las hojas habían generado por zonas una capa de tierra sobre la que habían crecido dos o tres plantitas. Yo, siempre fanática de la historia natural, ya las conocía: eran la llamada flor de cohete, bastante común en grietas y balcones. El tallo era carnoso y veteado y la flor amarilla.

Cuando bajamos, para darle color al hallazgo, urdí una historia sobre las plantas carnívoras y la posibilidad de que tuviéramos algunas en la azotea.

Esa historia, que debió ser hermosa, llegó sin que supiéramos cómo a oídos de las temerosas ancianas que decidieron ponerse a cubierto del peligro.

Un día, con sorpresa, atendí a un señor que venía con dos más y dijo ser inspector municipal.

Pedían ve las plantas carnívoras porque había una denuncia sobre vegetales de cierta peligrosidad en nuestra azotea.

Quedaron perplejos. Juro que habría querido plantar algo más en el techo para que su frustración hubiera sido menor.

“Esta Martha!!!”, decía Ina.

Y las ancianas, más tranquilas, siguieron esperando el aumento del alquiler.

No aprendí de aquella vez, porque en muchas otras a lo largo del tiempo, las bestialidades de mi imaginación provocaron desastres.

María Falco

Era una anciana huesuda, narigona y de ojos hundidos que, de tiempo en tiempo, aparecía por casa. Había sido la niñera de mi madre a la que había adorado y a mí me seguía con asombro en los ojos. Porque no se podía creer que ésta fuera la hija de Sélíka y sus nietos!!

Ina se ponía radiante y entre las dos enseguida se abocaban a destrenzar recuerdos comunes.

María era fascinante, además , porque hacía cuentos de unos sobrinos suyos que tenían una panadería por el puerto en la que hacían todos los menesteres y atendían a la clientela siendo todos ciegos de nacimiento, tal vez por un descalabro genético.

De esa panadería nos traía unos palitos azucarados de los que era imposible parar de comer pero además, María traía flores.

Su casa, que yo visité una vez, estaba cerca del Jardín Botánico y a través de un vecino suyo que era jardinero y trabajaba allí obtenía como regalo los bulbos (tal vez hurtados) de las dalias más fantasiosamente hermosas que jamás vi.

Había una variedad enorme de formas y colores y además venían junto con unos lirios que habían sido en principio extraídos del jardín de mis abuelos.

Aquel tesoro era invaluable. Toda ella era un regalo llena de historias sencillas que aludían al Prado, a su perro Caruso y a un sobrino que era tenor, al Miguelete, al dueño de la calesita que se movía a pulso que se llamaba Reidelise Bássani y a algunos fantasmas que recorrían las grutas del lago.

A través de ella, mi madre, desde el fondo del tiempo, se me volvía a acercar.

Hoy, contemplando mi historia en perspectiva, percibo como una constante ese ir y venir de los hechos, las gentes, las diferentes

manifestaciones de la vida que se abre camino y que aun pareciendo muchas, es una sola, el mismo río que fluye sin parar.

La Escuela

Desde la mañana del aquel 15 de marzo del 62, Paula fingió malestares diversos. Era el día de su estreno como escolar. Con la túnica y la moña azul se veía de golpe mucho más chiquita.

La Escuela Grecia, la escuela del barrio, desde el principio nos impresionó muy bien y ese día se empezó a forjar una relación entre ella y nuestra flia que iba a durar muchos años.

El local era excelente, tal como lo es hoy pero mucho más nuevo y la maestra nos hizo desde el arranque una muy buena impresión.

Fuimos Eduardo, Mao y yo y siguiendo el rito, condujimos a la niñita hasta su salón y allí quedó ubicada en una sillita baja alrededor de una mesa donde también estaban Pancho, Claudia, su amiga del barrio, y Lucía, la hija de Olga Carnelli que era la que más lloraba diciéndome:” por favor, avisale a mi madre que venga!!”

Pancho se mantenía feliz y despreocupado pero vimos con inquietud que tanto a Claudia como a Paula les caían ríos de lágrimas.

Aquella despedida alargada- los padres pegados a los vidrios que daban sobre el patio- era un suplicio similar al destete de los terneros.

Confieso que sufrí un martirio, mientras Eduardo ensayaba bromas para no impresionar a Mao.

La maestra se llamaba Trude Slowak (Gertrudis en alemán). Resultó excelente y le iba a poner una tónica especial a la educación musical utilizando el método Orff.

A través de ella incorporaríamos canciones preciosas que traía Paula como: “quien quiere venir a mi chacra que es hermosa” y “Juan Andrés que baila”.

Pero el llanto siguió cayendo varios días más hasta que cesó de pronto y dio paso a una conformidad reconfortante.

Pocos días después, el 18 de marzo, Mao volvió solo a lo de Mrs. Arlington, feliz y decidido, fue el primer niño que entró por la puerta verde y se sumergió sin siquiera saludarnos.

Anegada de melancolía, sintiendo que los hijos se nos empezaban air, volví al encuentro de Eugenio. Con él, y hasta la llegada de María Inés se abría

el paréntesis más largo entre hijos que me permitió disfrutarlo y otorgarle algunas concesiones que no pude darles a los otros.

El mareo

Fue uno de los grandes flagelos en la infancia de nuestros hijos.

No lo sabíamos, pero estaba allí, agazapado quien sabe en qué resquicio remoto de nuestros genes hasta que un día empezó a manifestarse.

Recuerdo que yo iba con Paula en un ómnibus, ella primorosa con uno de sus primeros vestidos. Creo que nos dirigíamos a un cumpleaños, yo también de tacos y empilchada y de golpe, sin el menor asomo de aviso, la niñita empezó a vomitar incontenible y catastróficamente.

Ese fue el inicio de una secuela de pequeños desastres viales porque Mao y luego Lucía también presentarían aquella odiosa anomalía.

Nunca supe si para combatirla era mejor hablar a fondo del tema y hacer bromas o no darle importancia o si era cuestión de resignarse y viajar con bolsitas o utilizar comprimidos. El síntoma volvía y volvía y nos iba circunscribiendo cada vez más al entorno barrial porque, además, carecíamos de locomoción propia.

En los ómnibus yo iba atisbando sus caras. Si se ponían pálidos y con la mirada errante era el vómito que se venía y había que bajarse.

En general, en la línea 116 que iba por 21 de Setiembre, llegábamos con ellos como máximo al Sporting.

Un día recuerdo que, por caer en la temeridad de seguir hasta el Lago del Parque Rodó, con Uge en brazos, tuve que arrastrar a una Paulita verdosa mientras que Mao vomitaba sobre los pantalones de un señor.

A pesar de todo, creo que no éramos odiados lo suficiente por nuestras víctimas. Siempre recuerdo la serena reacción de los guardas que, escobilla en mano iban borrando los rastros del aquel azote

Mis escapadas con Uge

Aquel niño, además de presentar algunos rasgos míos- Mao siendo divino era totalmente Brito y Paula una síntesis de ambos padres- tenía la feliz característica de no marearse jamás.

Eso, sumado al horario escolar de los hermanos, nos dio ratos de gran disfrute y complicidad.

Solía llevarlo conmigo a todas las salidas por el centro y su belleza era tal que era imposible no sentir el peso de la admiración de la gente.

Siempre aquellas escapadas en las que iba descubriendo cosas nuevas, terminaban con un helado o un sándwich en la cantina de la cooperativa de hacienda, donde Eduardo una cuenta que nos permitía algunos módicos placeres a cambio, eso sí, de precios disparatados.

Indefectiblemente aquellas salidas comprendían pasar por La Casa de los Chascos u otra juguetería donde buscábamos algún regalo chiquito para los hermanos, en el caso de Mao siempre era algún soldadito o indio para su colección y para Paula implementos para las muñecas.

Dentro del panorama educativo intrafamiliar creo que en lo que no fallamos fue en el imperativo de compartirlo todo. En ese campo, aquella hija única que venía de ser yo, pudo aprender mucho junto a sus hijos. Así íbamos creciendo juntos.

Recuerdo que Mao era naturalmente desprendido, Paula en cambio, se aferraba a sus pertenencias. Recuerdo lo que sufrió un día en que Eduardo, en una de sus generosidades súbitas, regaló a una niña que nos visitaba, una carterita que él mismo poco antes le había regalado. Aquel gesto inconsulto le produjo a ella una angustia tal que el regalador debió gestionar la recuperación del obsequio para reparar el dolor causado.

Compañeros de juegos

Y un día abrí los ojos y me encontré, parada junto a mi cama, a una niñita de cara redonda que me miraba con una sonrisita curiosa. Mi primera reacción fue de sorpresa, diría que de indignación, pero enseguida entró Paula y se aclaró que la invasora era Claudia, una niña que vivía por Tomás Diago, a la vuelta, con la que había trabado amistad, y venía a jugar.

Desde ese día, aquella niñita tímida, pero a la vez osada, aparecía desde la mañana y permanecía estacionada en casa casi todo el día. Conocimos a sus padres a los que encontramos buena gente y de los que luego, por imperativo de las circunstancias, nos fuimos haciendo amigos.

Además Paulita trajo a Verónica Van Wassenhove, una niña belga con cara de bruja con la que se auto incentivaban en una trayectoria de malignidades. Y Claudia con Verónica no hacían liga así que la primera solía quedarse en casa conmigo mientras que las dos brujitas se borraban.

Para completar el panorama social de mi chiquita, estaba Margarita su prima con la que concretaban las travesuras más imaginativas la menor de las cuales fue instalar un puesto de venta en Villa Biarritz y vender diversos

objetos de los propios hogares, entre ellos una pulsera valiosa de Madelón, hermana mayor de los Jiménez por un precio irrisorio.

Mao por su parte era un desborde de simpatía y sociabilidad, si bien su amigo del alma fue por mucho tiempo Pancho Castellanos, solía abarcar en plan de amigo a casi todo el espectro barrial.

En la misma cuadra vivían los Herrera pero había muchos más. En especial recuerdo a los Ornstein que también se anexaban a casa y de ellos al menor, Marcelo que tenía un formidable poder de destrucción que él mismo desconocía.

En general, los juegos tenían lugar en la playa o en el parque que quedaba a la vuelta y era un lugar de privilegio, aun cuando entonces se empezó a construir el Club Biguá.

Pero en invierno, los juegos se trasladaban al interior de las casas y allí el ingenio y la imaginación debían ponerse de manifiesto porque TV no había aún.

Recuerdo que nuestra casa, que solía ser la más visitada, ostentó por mucho tiempo un atractivo particular: el futbol de botones, creado por Eduardo, para que él mismo había fabricado una pista especial, lujo y envidia de muchos.

Cuando venía la noche y la ola infantil se retiraba, yo, muchas veces auxiliada por Eduardo, reunía los juegos y recomponía un orden que nunca era demasiado estricto sino más bien laxo y permisivo.

Entonces venía la hora de los adultos, la casa permanecía abierta para nuestros amigos y los juegos eran otros.

Conociendo a mi madrastra

Ni él era el rey, ni ella la bruja ni yo la indefensa princesita. Dejemos de lado los clichés.

Pero, aun considerando que todos somos hijos de nuestra circunstancia, que no existen personas malas en sí mismas sino , tal vez, personas heridas y deformadas por la vida, tengo que decirlo con todas las letras: su circunstancia debe haber sido la peor.

Uno sabe que el ser humano es frágil, que a veces cae en la indefensión de una hoja al viento, pero, lo que más te enerva, es que reitere situaciones y someta por segunda vez su cuello al dogal cuando aún las marcas están frescas. Me refiero al caso de mi padre con Teté y Ana Silvia.

Ellas podían haber sido hermanas, solo que Silvia carecía de los dobleces y artilugios de su cuñada. En lugar del cutis de marfil tenía una epidermis oscura, en lugar de ciertas adiposidades localizadas tenía una excelente figura, en lugar del quietismo romántico ella hacía yoga y circulaba hablando sin tregua.

Jamás tocó el piano ni creo que se haya detenido a escuchar música alguna. Ni música ni voz porque cargaba con la cruz de un ego tan hipertrofiado que nunca la ví salir de la primera persona del singular. Una vez que hubo obtenido el título de señora por segunda vez se dedicó a mi padre, es decir, a someterlo.

Siempre tuvo una salud a toda prueba pero se valía de fingir diversas molestias. “Pobre Silvia”, era el sonsonete de mi padre mientras ella semanalmente se hacía un cronograma de los “doctores” que iba a visitar. Recorría de cabo a rabo la consulta de todos los especialistas y los paramédicos y después volvía a empezar. Así lograba recetas para los medicamentos más variados que se administraba con ligereza alentada por su ignorancia.

El yoga, que la mantuvo ágil y elástica, le resbalaba olímpicamente en cuanto a filosofía de vida. Para mí, visitar aquel apartamento en que vivían no era fácil.

Allí, en medio de un abigarramiento imposible de describir, convivían aún muchos objetos que habían sido de mi madre con las glicinas de plástico, los frascos con líquidos de colores teñidos o los elefantes con billetes en la trompa. No, no era fácil.

Allí, los libros de mi padre, los que él aun hojeaba cuando ella se lo permitía, eran sometidos al cepillito y al alcohol cuando venía la ola de la limpieza frenética.

Allí mis hijos no podían moverse y jamás encontraron algo para jugar o una foto donde se identificaran.

Su voz era inolvidable y me parece escucharla: “Alba! (era su gran esclava de raza negra) a ver si pone las manos en el horno y me da un masaje!!”

Por suerte ellos viajaban muy seguido. Entonces a mí me concernía la tarea de ir como apoderada a la Caja de Jubilaciones a cumplir el ritual de los cobros porque: “en aquel club colorado me habían atendido tan bien”...había obtenido una jubilación de modista sin haber trabajado jamás.

Pero no quiero seguir con esta retahíla tan patética porque hoy, ya sin rabia, siento una gran melancolía y a veces, hasta me cuesta reír de todo esto.

LIBRO 3

Viaje a Brasil

No me es difícil imaginar qué reacciones despertaría en Jaime, como el hermano menor tan cercano a Eduardo, verlo casado, con tres hijos y abogado. Pero es obvio que había un trasfondo de celos y de fastidio, es obvio que cualquier hermano lo sentiría y también lo es que, aun sin aquellos aditivos, ser el hermano de Eduardo no debía ser fácil en ninguna circunstancia.

Para completar las complejidades, en aquellos años estalló un problema familiar serio y Beba, Jaime y Rosina estaban viviendo en lo de Adela mientras se intensificaba la problemática de Colito.

Pero aún con todo lo anterior, Jaime, que se había vuelto un tipo parco y de escasas palabras, tuvo dos gestos conmovedores: se apersonó a Marta Pastore y hasta llegó a salir con ella y a través de PLUNA, nos ofreció dos pasajes gratis a Brasil.

Sobre lo primero poco se supo, tal vez porque los dos implicados eran personas con un grado casi nulo de comunicación. Una explicación que manejó Jaime para el fracaso de aquel acercamiento fue que Marta lo hacía esperar horas para acicalarse- y eso puedo dar fe de que era así- y que él, cansado, un día la había dejado plantada.

De lo segundo, aquellos famosos pasajes que PLUNA ofrecía a sus funcionarios, derivó nuestro primer viaje y luego el segundo a Brasil. Considerando que fueron los únicos que hicimos juntos el asunto no deja de tener su relevancia.

Arlinda tironeaba desde Santos para que fuéramos y fue su entusiasmo los que nos decidieron.

No me fue fácil dejar a los chiquitos unos pocos días, pero recuerdo que Beba se vino a dormir a casa y eso ayudó.

Del viaje en sí tengo recuerdos vagos: que la Via Anchieta entre San Pablo y Santos era pintoresca, que Santos era preciosa, su playa, su puerto,

hasta el Palace Hotel de mi abuelo sobre S. Vicente con sus jaulas de guacamayos.

Arlinda y sus amigos nos trataban con cariñosa curiosidad: "como eles cantan", decían las amigas por nuestro acento.

Y la empleada negra, Clementina, me fascinó. Lo que más me interesó tal vez, fue la vista de las favelas y la macumba de la que ellos hablaban con un respetuoso acercamiento. Trajimos varios discos de macumbas, uno de un famoso Joasinho da Gomeia, sacerdote que era, además, musicalmente hermosísimo.

Todo eso y el olho de cabra la "liga", el Saci Pereré, los despachos, el hijito de Clementina que ella decía que era un "filho do carnaval", los paseos de los dos por la costa, las milanesas de carne de ballena, en fin, aquel derroche de colores que se intensificó en un rápido pasaje por Río y luego la vuelta en el avión. Hoy lo veo como en otra galaxia y casi me pregunto si realmente existió.

El segundo viaje fue solo a Río pero tuvo para mí el aditivo odiosos de que tuve que dejar a los tres hijos con varicela y la preocupación viajó conmigo.

El Corcovado nos volvió a fascinar pero constaté que el trencito aéreo al Pan de Azúcar me producía un terror paralizante.

Al ir a marcar pasajes para el retorno, PLUNA no tenía reservas porque todas se habían utilizado para un congreso. Justos de plata, tuvimos que emprender el regreso por tierra.

Cuando llegamos a la aduana de Río Branco-Yaguarón Eduardo escondió adentro de sus pantalones un tesoro que nos había costado encontrar: una campana ding-dong para auto que un compañero de trabajo taximetrista le había pedido. Todavía lo recuerdo avanzando con extrema lentitud, con las piernas arqueadas y una expresión de culpa que tiene que haber conmovido a los aduaneros que hicieron la vista gorda.

Como recompensa, en los meses siguientes, cuando el taxi pasaba por casa, hacía sonar un río de campanas que era casi como todas las de San Marcos juntas con las de Campanile Romano. Hombre agradecido aquel.

Jubilación

Fue aproximadamente por aquella época que Ina, habiendo cumplido sobradamente los años de trabajo requeridos, Ina decidió iniciar el trámite jubilatorio.

Aparentemente todo iba a ser fácil: tenía sus testigos y hasta tenía, no solo el título de modista expedido por UTU, sino hasta las carpetas con los trabajos realizados para recibirse.

Entonces tomó la posta Adoraida Cortiñas, una de las que fueran amigas de Teté distanciada con la llegada de Martínez. Era una solterona bajita, rubia, de boca ínfima y con impertinentes que sostenía en la amplia nariz. Su fidelidad hacia mi abuela y por ende hacia nosotros provenía de que Esperancita, siguiendo las pautas de la época, le había entregado su tarjeta, dirigida a Herrera recomendándola para un cargo y de inmediato Adoraida había engrosado la plantilla de la Caja de Jubilaciones (BPS).

Tomando a Ina bajo su protección, Adoraida fue siguiendo la pista del expediente que subía y bajaba en una danza errática por las diferentes oficinas. A veces asomaba, a veces desaparecía y era inubicable por meses haciéndose en torno a él un ominoso silencio.

Ese proceso duró años. Cada tanto, la propia Ina insistía en trasladarse hacia la Caja. Yo la acompañaba en un taxi del que se bajaba ya mareada y luego hacíamos como una danza a ciegas a la búsqueda del extraviado.

Era como un juego cruel del que era imposible salir, como un parto que no terminaba pero que me permitió conocer en toda su intensidad aquella grisura y a sus protagonistas: funcionarios con cara de autómatas, siempre mirando sin ver y una masa de viejos pugnando por acercarse a ellos sin entender nada.

Las caras, las expresiones de muchos de aquellos seres se me grabaron en el alma para siempre.

La jubilación de Ina llegó, muchísimos, incontables años después, cuando ella había perdido casi del todo los parámetros sobre el valor del dinero y pudo convencerse, increíblemente, de que recibía un dineral.

La máquina de tejer

Ver tejer a Adela, a Graciela y a Cora me producía como una fascinación, Sin esfuerzo visible, ellas producían prendas perfectas y proporcionadas que sus hijos lucían tal vez sin valorarlas.

Todavía recuerdo un vestidito verde claro que pasó a ser de Paula, tenía el talle largo y una pequeña pollerita tableada y tanto a Cecilia, su primera dueña, como a Pau, les caía admirablemente.

Toda aquella fascinación mía por la habilidad manual de mis cuñadas llegó a su clímax cuando ellas incorporaron sus máquinas de tejer.

Con ellas, no solo producían prendas perfectas, sino que lo hacían en tiempos brevísimos como una tarde: un buzo y otros similares.

Entonces fue legítimo que pensara: ¿y por qué no yo?

Tal vez en aquella máquina encontrara la llave para desatar una habilidad manual que había permanecido aletargada.

Eduardo que, debo decirlo, siempre había sido más bien magnánimo frente a mis aberraciones, estuvo de acuerdo en comprar nuestra propia máquina de tejer, tal vez interesado en conocer la máquina en sí y explorar él mismo sus posibilidades.

Y llegó a casa, REGNIS y enseguida compré lana y comencé un camino que me restó horas de sueño y supuso pruebas extenuantes a mi paciencia.

Como luego me ocurrió con otras, aquel engendro no me obedecía: yo colocaba la lana y la enhebraba tal como decía el prospecto pero, al pasar el carro, los puntos iniciaban una rebelión hacia afuera y se salían de cauce. Algo había en mi pulso, tal vez le faltaba energía o regularidad en el toque, no sé, pero creo recordar que el mismo Eduardo, famoso por su buena relación con las máquinas, probando con aquella, también tropezaba con su modalidad adversa.

Llegué a realizar, con todo, dos o tres buzos más bien deformes. Hoy veo claramente a Mao con uno gris claro cuyo escote en V se ladeaba hacia el hombro izquierdo, claro que él no perdía ni un ápice de su alegría, y eso era lo principal.

Y por fin ella se fue. No recuerdo claramente cuando, pero sé que se fue después de pasar un período largo en su caja original. Y se fue habiéndome vencido ampliamente. Tal vez una dueña posterior le haya dado su merecida.

“Me avanzó!”

Ramiro, mi tío, era hermano mayor de Eugenio pero, a la vez, era su opuesto: vivaz, dicharachero, amigo de los chistes verdes y del vino tinto, siempre contento.

Por entonces, viudo y con una única hija casada, comunicó su deseo de venir por unos días a Montevideo a visitar a la familia. Años antes, él con su mujer habían tenido su casa abierta a todos los que quisimos ir a Buenos Aires pero... los López Quintela eran así: ninguno estaba dispuesto a hospedarlo. Yo, no es que fuera especialmente generosa, es que me sentía tan feliz que lo mismo le hubiera abierto los brazos a Jack el destripador. Y lo albergamos en el sofá del living, nuestra única cama disponible.

El se sentía feliz y nosotros también, creo que hasta a Eduardo le caía bien. Entretanto se dieron sus visitas compulsivas al casino que ya conté.

Pero hoy me interesa recordar otro aspecto.

En su modalidad histriónica y bromista, Ramiro muchas veces elogiaba a Ina exageradamente. Un día hasta llegó a invitarla a tomar un café a uno de los bares de Ellauri y 21.

Al volver, las ancianas de abajo le dijeron: “felicitaciones, ya vemos que tiene novio!”.

Pero aquello era solo un error de perspectiva fruto de la malevolencia de las Aramburú.

Entretanto, las visitas de Ramiro se extendían a veces hasta por demás dependiendo de su suerte en el azar. En casa, durante el día estaba poco porque hacía largas visitas y luego se confinaba en el casino hasta altas horas.

Al terminar el día, Eduardo y yo solíamos salir para lograr algunos ratos de intimidad, sin Ina y con los niños ya dormidos. Aquellas salidas eran lo mejor del día, donde se podía conversar como adultos y ver a los amigos.

Pero una noche, al llegar a casa, vimos que Ramiro había llegado inusualmente temprano y estaba serio mirando la tele.

Ina entretanto estaba encerrada en su cuarto. Cuando la fui a ver me dijo roja y perturbada: "Me avanzó".

No sé exactamente en qué había consistido el avance pero, según ella, era "algo sensual".

Conteniendo mi propia risa, la tranquilicé como pude prometiendo detener los avances de aquel sátiro."Porque si no le hablás yo no estoy dispuesta a quedarme más sola de noche".

Ante el pavor de perder nuestros ratos de libertad y eligiendo las palabras, intenté ubicar al anciano que, aun así, nunca dejó de hacer bromas al respecto.

Ramiro siguió viniendo por varios años más y cuando no venía, me mandaba cartas y poemas que iba guardando en un cuaderno.

Hasta que un día se murió. Curiosamente, mi padre, muy preocupado quiso viajar hasta Mar del Plata a poner flores en su tumba y allá marchó con Silvia, "a cumplir" en nombre de la familia.

U.P. 4190

"La Unión Popular se viene

Por la cuchilla oriental

Desde la historia la nombra

La montonera inmortal.

Flamea en el horizonte

Un grito de libertad,

El pueblo al poder avanza

Nadie lo podrá parar"

Todavía me suena en el oído aquella canción y aun con la perspectiva de tanto camino recorrido, la recibo con cierta emoción. Es que, es difícil decirlo

hoy, pero me veo, nos veo, con simpatía, como si aquellos que nos entusiasmamos y creímos que el cambio estaba ahí, que la justicia social estaba ahí, y que todo era relativamente fácil, fuéramos y a la vez no fuéramos estos que somos hoy.

Eduardo y yo empezamos a ir a reuniones en la casa del edil Prato, sí, el mismo de la calle, en Juan María Pérez casi Francisco Vidal.

Allí se organizó el comité Trouville en un pequeño garaje donde nos encontramos con gente parecida a nosotros. Recuerdo que allí conocí a Laura Miglierina, abogada y socialista y una buena amiga para siempre.

Pronto nos fue tomando el entusiasmo, para eso no hay como reunirse y compartir. Conocimos la técnica más sencilla de la cartelería, y al poco tiempo en el balcón de casa lucía un gran cartel de fondo amarillo que decía: VOTE UNION POPULAR 4190, y abajo, algo más chico, Partido Socialista.

En aquella época y en aquel entorno, ese cartel tiene que haber tenido el efecto de una bomba nuclear.

Pero nosotros seguíamos. Pasamos al Centro EL Sol, en la calle Muñoz y allí fuimos conociendo los vericuetos de la militancia y también a mucha gente de la que, después, iba a tener relevancia por diferentes causas.

Mucho más tarde salieron parlamentarios y también tupamaros famosos de ese grupo. Hace poco recordé la cara de Mary Luppi que hoy sigue en las pancartas de los grupos de desaparecidos.

Para mi no era fácil encontrar tiempo disponible, Había que dejar a los chicos en la escuela o dormidos porque Ina no podía contenerlos más que de a ratos muy breves y Eduardo tenía sus horarios de trabajo y la exigencia del trabajo en casa.

En esos ratos de cierta libertad, recuerdo que yo solía salir con Olga Cohn a repartir volantes casa por casa.

Nos trazábamos un itinerario y llegábamos a cubrir zonas extensísimas. Recuerdo haber llegado a Soca y el Parque Batlle como final del recorrido. En aquellos periplos enfrentábamos desde vecinos indignados a vecinos indiferentes y también a muchos perros agresivos.

Pero teníamos el convencimiento de lograr un eco indefectible y más bien rápido. Olga, entusiasta y perseverante, era mucho más estricta que yo en el cumplimiento de las metas trazadas y era incansable. A veces me arrastraba.

Un hito importante fue el GRAN ACTO GRAN que iba a tener lugar en Agraciada y San Martín.

En el estrado iban a estar representantes del socialismo, colorados y blancos disidentes, católicos del FAR (Frente de Avanzada Renovadora) e independientes. Es que la nueva fuerza convocaba a gente tan variopinta como Vivian Trías, Carlos Real de Azúa, Williman y tantos más.

Presentíamos que éramos miles y miles.

Antes de empezar el acto se me entregó la responsabilidad de uno de los extremos de un pasacalle que decía “Comité Trouville presente” o algo así y estaba sostenido por dos palos largos en cada extremo. Antes de empezar a ponerme nerviosa por la escasísima concurrencia, vi que el otro extremo era sostenido por Jorge Tálice, Yoyó, que conocía desde el campamento de la ACJ.

”A no aflojar, compañeros” decían algunos.” Miren que por San Martín viene llegando la columna de Erro y son miles.”

Y Erro llegó, si, aclaro que él provenía del Partido Nacional y era una figura conocida. Erro llegó, pero de la columna ni noticias.

No recuerdo nada de la oratoria que debe haber sido encendida, si recuerdo que antes de que terminara, me dio por mirar al otro extremo de mi pasacalle y constaté con horror que Yoyó lo había arrollado apoyándolo contra un árbol y se había ido. Con mi mitad, había quedado patéticamente sola.

Creo que aquella escena y lo que sentí en el momento me marcaron para toda la vida en la que situaciones como esa se me habrían de repetir. Pero no aprendí, sigo aferrada a mi mitad de pasacalle. Y presiento que mas bien sola.

Aclaro, para los que no lo sepan, que el resultado de la Unión Popular en las urnas fue catastrófico aunque hoy creo que no todo aquel empeño haya sido inútil.

El desgarró

No recuerdo la fecha ni el mes del año pero inevitablemente lo asocio al invierno.

Habíamos mudado a los hijos a la pieza del frente buscando darles lugar para los juegos, luego volveríamos a rotar buscando mejorar la situación. Pero en la ventana del dormitorio del fondo se veía un gris parejo y hacía frío allí si no estábamos bien juntos.

Los amigos eran una fuente de energía. Nos veíamos seguido con un grupo de los más íntimos, que estaban en situaciones parecidas, casi todos en pareja y con algún hijo. Olga ya tenía a Pablo y Claudio y estaba divorciada, Julio y Teresa a Mereces y Julito, muy chico, Martha y Raimundo a Inés y Raquel. Hasta Diego y Mary habían tenido a Eduardito.

Cuando venían o íbamos a lo de Artecona, que vivían en Leyenda Patria, Eduardo y ellos derivaban indefectiblemente hacia el tema jurídico, yo me divertía escuchándolos y para mis adentros me volvía a felicitar de no haber transitado ese camino.

Pero los que más aparecían por casa en esa época eran Teresa y Julio, porque, además de la amistad, Julio le había encomendado a Eduardo la sucesión de su padre y siempre le surgían preguntas al respecto.

Mao observaría con un poco de arrobo a aquel padrino que le había regalado un precioso barco a vela que él bautizó Alférez Cámpora y con el que recorríamos parques y plazas a la búsqueda del estanque adecuado.

Un día recibí una llamada de Julio que me hizo reír: -“Martha, creerás que Julito me contagió el sarampión?”.

Pero al día siguiente llegó otra llamada de Teresa alarmada: “Julio está mal, con mucha tos y fiebre y el médico dice que hay que internarlo”.

Aquella nohecita lo fuimos a ver. No lo dejaban hablar y nos escribía papelitos.

Es una complicación pulmonar grave, nos había dicho el médico.

Y nos despedimos.”Gracias por venir”, puso en su último mensaje.

Y esa noche, tal vez en las primeras horas del día siguiente, alguien llamó a casa a decir que se había muerto.

No puedo borrar aquella Impasa a la medianoche, las explicaciones, tal vez culpables del médico- hemotisis fulminante- y el cuerpo de Julio, muy sereno en su cama. Nunca me perdonaré que se haya muerto solo.

Teresa llegó como a la hora y pusimos el resto de las fuerzas en contenerla.

Pero el horror no terminaba allí, Desde ese día, quiero creer que por un exceso de dolor, Teresa cambió. Adoptó el aspecto de una mujer fatal y empezó a fumar, se tiñó el pelo, compró ropa cara y diferente y pronto supimos que estaba en un romance con un pariente de su cuñado. Todo esto se dio al mes escaso, tal vez a los quince días de muerto Julio. ¿Serían entonces tan endebles los lazos que nos unían?

Llevada hacia atrás en el tiempo, empecé a rechazar la comida y creí morir pero Eduardo y los chicos me fueron dando empujones y juntos logramos salir a flote.

El recuerdo de Julio quedó guardado en mi corazón. Allí está vivo.

Cada día era una fiesta

En los otros planos nuestra vida de familia continuaba deslizándose en una calma feliz.

Paula, ya en primer año, no solo escribía y leía sino que se iba afianzando en su vida social pese a que era tímida y más bien retraída.

Surgieron por entonces los nombres de muchas de las que serían sus amigas, muchas la invitaban a jugar a sus casas y a sus cumpleaños, recuerdo a Cristina Darré, Susi Musitelli, Laura Motta y también varones siempre, con Pancho su primo en primer lugar.

Pancho era un niño querible en grado extremo: feo, delgadísimo, tartamudo y más bien despistado pero con una simpatía y una inteligencia especiales. Siempre me encantó.

Aquel año Mao había ingresado a su vez a la Escuela Grecia, en jardinera y, sociable y comunicativo en extremo, además de los amigos del barrio que

encontró, reunió amistades nuevas que a veces traía en sus cuentos y yo no conocía como aquellos mellizos Keikos, protagonistas de muchas aventuras, a los que yo jamás ví ni sé si existían realmente.

Eugenio, en lo que se le permitía, intentaba seguir a su hermano mayor y ya ostentaba aquel maravilloso color dorado en sus ojos que sería luego objeto de bromas y envidia de los mayores porque a mí me encantaba.

Cada día era una fiesta, cada día había motivos para celebrar.

Por esa época, Eduardo estaba estudiando inglés en la ACJ, era un curso intensivo y más bien breve pero exigente. En casa seguía el trasiego de libros con los amigos.

Recuerdo haber descubierto gracias a Diego a “Los hermanos Karamasov” de Dostoievsky en el que me dejé ir fascinada.

Pero también y como aporte importante, Eduardo empezó a traer unos fascículos de la Biblia que, no solo aportaban el texto completo bien traducido sino que agregaban ilustraciones tomadas de obras de arte universales. Increíblemente los dos nos abocamos al conocimiento del Antiguo Testamento, lectura literal por supuesto, a veces muy ardua y desconcertante. Era como leer mil libros en uno. Aquello se cortó antes de llegar al Nuevo Testamento tal vez por agotamiento económico o intelectual, no recuerdo.

El sonámbulo

No recuerdo bien cuando empezó, pero aquel niño tan plácido, por la medianoche, adquiriría una vida diferente; se levantaba, caminaba sin rumbo, a veces atinaba a emitir frases sin sentido rascándose la cabeza o buscaba torpemente ir al baño. Era bastante impresionante pero nos acostumbramos a encararlo lo mejor posible ya que el pediatra no le daba importancia.

Recuerdo que uno de nosotros se levantaba, le hablaba suavemente, le daba de beber, lo llevaba a orinar, todo con gran cuidado y serenidad. A veces lo podíamos convencer sobre volver a su cama y seguir su sueño pero algunas, cuando de lo veía demasiado agitado, llegábamos a acostarlo por un rato con nosotros.

Una noche, pese a que, aun sonámbulo tenía una cierta orientación para evitar los obstáculos, nos despertó un estruendo de vidrios rotos.

La puerta del cuarto de los niños era de vidrio entera y siempre estaba abierta. Aquella noche no, y el sonámbulo había intentado traspasarla con una pierna.

Lo que encontramos fue un mar de vidrios rotos y en el medio a Mao llorando a gritos. De su pierna salían mares de sangre.

Paula se retrajo en su cama muy asustada y el pequeño Uge dijo indiferente “Qué es este ruido tan grande?” y siguió durmiendo.

Todo fue espantoso, los intentos por parar la sangre, el terror del niño, la corrida de Eduardo en busca de un taxi. Con el chiquito envuelto en el poncho que había sido de mi abuelo ingresamos al auto con muchas toallas cubriendo la pierna. El taximetrista, muy impresionado decía: no tengas miedo nene, ahora el doctor te pone una pomadita y ya está.

Nosotros tratábamos de mantener una calma que no sentíamos para nada. Yo recuerdo aquello con un espanto indecible.

Acudimos a la emergencia del Pereyra Rossell y allí lo suturaron dejándonos a nosotros esperando en el pasillo. Jamás pude olvidar aquellos minutos que pesaban como horas.

Pero aquel niño estupendo que era Mao, a poco de ser suturado ya estaba conversando con el médico, desplegando aquel lenguaje y aquella simpatía que atrapaban.

La emergencia del Pereyra, por esa temporada, poco después, nos vió dos veces más con Uge que se abrió la pera al caer y luego se la reabrió con una patada de Marcelo Ornstein. Pero ya el susto habría de ser considerablemente menor, éramos casi locatarios. Aun así, el hecho de haber tenido que borrar a los chiquitos de sus mutualistas, era un dato inquietante sobre nuestra economía.

Si bien nunca les faltó la consulta del pediatra porque a Pacheco le pagábamos como pacientes particulares, carecíamos de un respaldo para casos más graves que, afortunadamente no se dieron en esa época. Pero, de todas maneras, el clima general de la familia era tan saludable en todos los aspectos que nada hacía pensar en hecatombes. Comíamos bien y variado, tomábamos aire y sol y básicamente nos sabíamos abrigados al calor del amor. De la

mezcla de todos esos componentes y tal vez, de nuestra juventud y alguna otra característica que nos venía en los genes, debía derivar aquella fertilidad que, al menor descuido, nos aseguraba un hijo más.

Y otro más!

Yo lo anuncié jubilosamente ante el espanto de Ana Silvia que, por lo bajo, me hablaba de sus abortos tan bien logrados e indoloros. Lo anuncié radiante, triunfal, tal vez un poco loca.

Con lo de los hijos siempre supe adonde quería ir y este, que venía a completar aquel manojito de bellezas, tenía, desde siempre, un lugar reservado.

Los otros chicos recibieron la noticia con indiferencia, solo Paula se puso contenta y quiso extender la ropita de bebé que teníamos y ponerse a soñar que tenía una hermanita.

Pero en aquellos días la atención de todos ellos estaba acaparada por un intruso que había llegado para quedarse: el televisor.

Con él entraron Telecataplum y miles de dibujitos animados que veíamos circundados de niebla pero que ejercían en los chiquitos el inevitable efecto hipnótico. Pero también en el 5 se podía ver a Viglietti o los conciertos del SODRE y eso abría una perspectiva algo más prometedora.

De todas maneras, con el televisor, los chicos dejaron de ser la visita diaria en la casa de los amigos a la búsqueda de los dibujos. Los Prats, que se habían ido acercando mucho a nosotros, les abrían las puertas sin retaceos, pero lo de Mao y Uge ya era abusivo.

La carrera judicial

En la decisión de Eduardo de tomar aquella senda deben haber pesado varios factores. El primero, tal vez, el más obvio, era el de lograr un sueldo fijo algo mayor del que recibía.

El segundo, y tal vez el decisivo, la evaluación en su desempeño en el ejercicio de la profesión. Los otros, que no sé si serían claros para él, eran elementos de su propia personalidad, entre otros, una timidez orgullosa que lo inducía a mantenerse al margen de los conflictos pero siempre aspirando a intervenir en forma decisiva en los mismos.

Entonces, por la brecha que le abriera Colito que era conocido de algunos ministros, inició el besamanos en la Corte y habiendo logrado la aprobación unánime, fue nombrado Juez de Paz de Rivera y partió el 28 de octubre.

Para los dos fue una separación muy dura. A él le tocaba vivir solo y ponerse al día en una tarea que lo obligaba a pasearse por áreas del derecho que tal vez nunca transitará, hasta tenía que ajustarse la banda azul y blanca y



casar a parejas de fronterizos, todo con una temperatura tórrida y sin dinero para instalarse en forma. Recuerdo que logró un módico catre y lo ubicó en una de las piezas del fondo del propio juzgado, un caserón viejo y más bien destartado.

Por esa época, mi prima Sarita y Carlos, su marido, estaban instalados en Livramento donde ella tenía una peluquería y él hacía negocios con ganado. Aun siendo ella bastante harpía le abrió su casa- un juez siempre te da lustre- y él recurrió a ella a veces solo para charlar un rato. Era feo terminar de trabajar y verse solo, era un cambio muy brusco.

Yo en tanto, quedé en casa con los tres engendritos más Ina, más Ramiro que se enfermó y quedó en cama, pero también, con el que llamaba bichito fungiforme en la panza. No sé porque siempre asocié a los fetos con hongos, los llamaba “Funguis”. Por entonces yo estaba segura de que iba a tener un varón y se iba a llamar Nicolás, no es que deseara un varón, pero estaba segura de que eso era lo que venía.

Sobre aquella temporada que fue del 28 de octubre a febrero contamos con abundante documentación. Los dos tontos éramos locos epistolares de vieja data y ONDA de por medio, nos comunicábamos casi a diario. Como soy descuidada y me cuesta tirar papeles, decidí que valía la pena encarpetarlos y aquí los tengo. Por supuesto que no voy a transcribirlos aquí pero al que los quiera consultar sepa que están.

La parte de Eduardo tiene descripciones interesantes sobre la vida y los personajes que transitaban por allá, son en general muy meticulosas y pintorescas.

Yo, por mi parte, hablo del micro mundo de la familia, de los amigos, y por supuesto del espantoso vacío que había quedado en mi cama.

Pero releyéndolas hoy, descubro también algunas vetas que son muy queribles: es Martha que se defiende y pugna por protestar ante una realización personal reiteradamente pospuesta para ella. Ese ángulo que creo que nadie veía, empezó a hacerse visible por primera vez.

Es que Eduardito juez era la vedette de la flia y aledaños. Todavía recuerdo que sus hermanas venían para que les leyera las cartas. Recuerdo los ojos brillantes de Graciela y el llanto de Beba, que estallaba de orgullo. Hasta Jaime estaba sensibilizado y programó e hizo una excursión con su madre vía PLUNA hasta Rivera.

Los Brito en general y los amigos tendían una especie de manto protector sobre los chicos y yo, Colito nos traía masitas, Cora y Enrique me invitaban a tomar gin fizz, hasta Tuto estaba sensibilizado y pasaba a ver si se necesitaba algo.

Pero yo, por primera vez al frente de la casa, me desempeñaba muy bien y cada día descubría nuevas capacidades y fortalezas que me pertenecían sin que yo misma supiera que estaban allí.

Correspondencia: Aquellas cartas...

Como dije no las voy a transcribir pero no puedo negarme al placer de copiar solo unos pocos párrafos sueltos de algunas de mis cartas.

Fastidio:

“Siento que me está viniendo el fastidio. Ignacia grita y grita y tú te estarás encontrando contigo, pero lo que es yo, lo único que llego a avizorar es mi propio aniquilamiento.

Tendría que comprar lana para el funguis. No sé cuando voy a empezar a preparar su equipaje. Me fastidia la falta de dinero y el escaso entusiasmo general ante su advenimiento. ¡Infeliz criatura!

Hasta su madre le tiene pereza. Otra cola de varón para limpiar y entalcar es tan monótono, y sobre su sexo no me cabe la más mínima duda.

Tus próximos hijos podrás tenerlos de quien te plazca, yo no estoy disponible para estos menesteres. Y defenderé a Martha López a mordiscones si fuera preciso.”

Graciela Brito:

Graciela está mejor visiblemente. Estuvimos hablando mucho y se animó a hablar de cosas que le va a hacer bien sacar a luz. Yo le tengo mucho cariño y me gustaría poder ayudarla con mi propia experiencia para lograr que no se sienta tan sola y abominable en una familia de personas tan normales (no te incluyo)

Eugenio:

Eugenio está hecho un basilisco. Otra vez se fue descalzo a la vereda. No sabés lo que ha cambiado desde que te fuiste. Le dan pataletas y se pone como fiero con un orgullo feroz. Ahora Presa les dio cinco revólveres de madera pintada. Cuando le preguntamos que le va a traer su papá de Rivera dice:” Dot chanchitot bdatiledots”

Un paquete de Fulgor

Talquera llena de talco bebé

Un balde de agua jabonosa

Un frasco de violeta de genciana

No te asustes, no fue mi cena de anoche. Es la receta que ideó y realizó Uge en la bañera y luego volcó en parte sobre una toalla. Y de esta atrocidad pasó a otra y a otra sin descanso. Hasta sus hermanos están asombrados y si se

lo castiga sonrío como un demonio y redobla el azote. Y si vieras las patadas que le da a su hermano en mi panza, seguidas de una ternura hipócrita.

Paula:

Paula salta a la cuerda (aprendió por fin) casi todo el día. Y como con los paros de Magisterio nunca hay clase (hasta eso me tocó), come bastante mejor. Hoy insistía en que quería irse a Rivera.

Mao:

Mao está muy independiente pero mucho más bueno que los primeros días después de tu partida, De noche me acaricia y tiende a venir a mi cama en un tono más bien edípico pero yo guardo celosamente tu lugar y seguimos muy equilibrados en nuestros roles respectivos.

Aviso:

Atención: en la última decena de marzo dijo ayer el Cocotero (Dr Aguerre) que vendrá el hijo (mío y de la casualidad). Si no viene, el perverso viejito del hacha lo hará surgir violentamente, así que podrías prepararte una licencia o algo así desde ya.

Acto:

Ayer desde la explanada de la Universidad ví parte de un acto de "Adhesión con los perseguidos políticos del Brasil" y mucha gente, delegaciones de la Argentina y Chile y algún venezolano del Frente de Liberación.

Me gustó porque, según parecía, no eran solo de la UP y el FIDEL de siempre. Entre los chilenos por ej. vino el propio Salvador Allende que habló, pero también representantes de los democristianos tan entusiastas como él por la revolución de la "América morena" como dijo uno.

Los concursos:

"Mañana en el parque los invitamos a SeSilia y a Bitín. La entrada es lleBar algo de tomar o comer (firma) Paula"

Retomaron la onda de los concursos. Hoy en el parque representarían a Caperucita con trajes y todo (un niño lee el cuento y otros hacen la mímica).

Paula es la madre de Caperucita y Mao es el cazador que caza al lobo, Uge será un hongo del bosque.

En este momento llegan ya maquillados. Uge es un perrito, Verónica la abuela. Mao hace de lobo porque Pelayo desertó. Se vistió con un buzo oscuro de manga larga. Alsacia supervisa y presta los trajes, Mara (Del Campo) dirige, Yo me voy al centro.

La leche:

“Nicolás o Valentina ya tienen asegurado el lactcinio, hoy sentí un leve escozor y surgieron las primeras gotas, noble ubre anónima y laboriosa que, a la vez, eran los pechos que te querían y buscaban que tú los acaricies. Qué fastidio! Qué mescolanza! Y no te me acerques demasiado esposo mío! Dolce fratellino nell amore de Dío, tú y yo éramos eso pero también mucho más.

Malos momentos:

“Como ves no puedo dejar de preguntarme para que te fuiste (desde mi punto de vista, claro) si el cisma económico sigue incambiado. Quiero morir o conseguir un empleo y desalojarme pronto.

De las deudas no pagaré el gas, sí pagaré la luz, los bancos, los 364 de Tuto y no sé qué más. A Frutos, si acepta, le daré algo a cuenta, ves que es imposible pagar todo.

Detesto esto y quiero dormirme, para siempre si es posible.

Lamento mucho que estemos dentro de todo este maldito engranaje.

Esta mañana vino Alsacia a pedirme prestados a los niños porque viene Pilán (Freda) de Pibelandia para fotografiarse con niños. Para ellos fue como un sueño. Uge fue la estrella: el más dado y fotografiado. Le compraron un helado en Fuentes y lo fotografiaron relamiéndolo.

Mao pregunta demasiado por ti y cuanto falta para que vengas. Quise indagar por qué lo hacía y me dijo brutal: “porque quiero que venga él y te vayas tú”. Ya ves que éxito maternal. Está celoso y descentrado pese a que tiene tantos amigos. Probablemente es Uge tan lindo, mi embarazo y tu ausencia los que lo trastornan. Hoy exigió que le contara de a uno los días que faltan para que tú vengas”.

Voy a la playa con calor asfixiante y aun disfruto algo sentada en el lecho del río, con el agua al cuello, como una víbora de agua.”

Yo te estoy esperando con todo el amor pero también un poco distinta de lo que era (no solo en cuanto a la medida del talle). Tres meses sola también creo que me sirvieron para algo, ojalá que el cambio se lleve bien contigo y si no, Dios dirá, que lo peor era que no nos pasara nada. La inmovilidad era la muerte, no solo se parecía a ella”.

“Le estuve preguntando, no cree en Dios ni en Jesús” dice Mao refiriéndose a Uge.

Paula sigue en el “to be or not to be”, que si son los padres, pero a la vez quisiera que fueran los Reyes. Con la ambigüedad de lo que le decís en tu carta la mareaste más aún.”

Carta de Paula (6 de enero)

“Querido papá: los ReLLes me trajeron una muñeca y una sillita alta un libro de la bella durmiente un bloc y una lapicera y un mapa redondo de alcanSía una goma de perro. Besos para ti.”

De las cartas de Eduardo

“Releo y siento un tonito banal que no me gusta, quisiera escribir algo sólido y serio. Varias veces me he puesto a escribir sin conseguirlo. En cambio logré una letra para la música que me zumbaba:

“Quisiera mirarme en tus ojos

Me muero por ver el mar

Las gaviotas en la playa

Y tu verde caminar,”

“Le escribí sí, a Marta Pastore, una carta que bueno, bueno, yo que tú empezaba a preocuparme en serio”.

“Con todas las bellezas, te digo que el campo me pudre y creí que después de ocho días explotaba de falta de comunicación (después de ir al campo de Fajardo)”.

“Te considero y no te envidio, pero es necesario tener paciencia y cuando no se tiene pedírsela a Dios. Hay que ver aquí los milagros que hace la gente para comer, simplemente para comer.”

“Querida Zoa: Tengo mucho que contarte y estoy muy contento de recibir la tuya junto con la de Paula, pero veo que escribe todo con V corta, es raro porque en general la falta es al revés.

Son las cinco y ya casé a los dos que había. Hay cartas que alegran y ésta tuya me dejó tan contento al saber que los niños salieron, pasearon, que cobraste algo y que por suerte no compraste la banda. A ese precio soy capaz de hacerme una tejida (en serio) con lavar y planchar bien una que estoy usando (aunque tiene un solo pendón y casi sin dorado) me voy a arreglar.”

“No temas, no cambié mucho, soy más yo, tan funcionario, Juez como Oficial IV”.

“Ahora me voy, quisiera saludarte como José a su dueño árabe, que leyeras esto en la noche y con el cielo abierto y sintiendo que te quiero mucho, que tenías que cuidarte mucho de mí porque, después de Nicolás, todavía podría haber otros mucho más lindos”.

“Por mi alimento no te preocupes, tomo mucha leche, pero en realidad no tengo demasiado apetito. Quiero que llegue el 31 de una vez.”

“Nunca me he sentido tan funcionario como ahora y espero que eso no me deshumanice”.

“Amanecí temprano hoy, apenas cinco y diez y ya innumerables pájaros piaban. Sentí que era un milagro cada noche y que cada día era un milagro renovado. Y esta noche será otra Nochebuena otra vuelta de madeja que el tiempo devana interminable con nosotros adentro sin apenas darnos cuenta. Deberíamos soplarnos esa pompa de jabón de las narices y mirarnos cada uno, cara a cara y cantar juntos.”

Un verano difícil de olvidar

Aquel verano fue inolvidable y está tan bien registrado en nuestras cartas que casi es tarea inútil intentar describirlo.

Muy a grosso modo recuerdo en primer lugar del desgarrón de la separación que en ambos se expresaba diferente.

Yo no era celosa pero además, era tal la confianza que sentía en Eduardo y tal la calidad de los lazos que me unían a él que, aún cuando Sarita me dijera con los ojos vidriosos- tenés que venirte para acá porque no sabés lo que son aquí las mujeres-o que el propio Eduardo dijera en una carta que le había escrito a Marta Pastore una carta que “bueno, bueno”, sentía que había algo incommovible que nos hacía uno.

El otro leit motiv era la administración del dinero. Hay estados de cuenta que son conmovedores y habría que publicarlos para que, nuestros nietos que viven en la abundancia, percibieran la magia de aquellas filigranas que nos permitían subsistir. Y aún con felicidad, aun a veces con unos superávits inexplicables. En realidad, el ingreso al poder judicial no era redituable, no lo fue por muchísimos años, no sé si lo fue algún día.

Volviendo a aquel verano, me conmueve el apoyo que yo recibía. Había amigos que estaban siempre como Marta y Raimundo, Mirta, José Luis y Beatriz, Diego y Mary y muchos otros. El mundo se hacía tanto más llevadero con ellos!

Pero también estaba la familia y me refiero a los Brito porque mi padre se limitaba a sus módicas visitas. Supongo que ya estarían viviendo en Ibicuy, pero Colito casi nos abrumaba con golosinas y recuerdo su idea fija de conseguir una banda nueva para los casamientos que oficiara el novel magistrado.

Como dato al margen en alguna de las cartas cuento que fui con Eugenio al Círculo Católico donde Rosina acababa de tener a su primer hijo, según la suegra, igualito a Polo.

Y en algún momento de aquel verano, luego de mil amagues, logré subir con mi panza de siete meses a un vagón de AFE rumbo a Rivera. El viaje era fascinante pero eterno, como doce horas, pero la dicha de llegar tal vez no la

podría describir. Todo me pareció familiar y querible: las calles, el juzgado tan chiquito y pobre, el jardín en el que Eduardo regaba todas las nocecitas unas hortensias, Sarita, que se mostró encantadora, la gente en general, la cama de una plaza que compartimos con el bebé, hasta el calor que era tal como lo pintaba Eduardo, feroz, todo fue una fiesta y yo aun con el embarazo, me sentía plena y feliz y hasta bonita.

Pero debía volver, siempre hay que volver. Como contrapartida, en el tren nocturno viajé en el mismo compartimento con cuquetas con un grupito de bagayeras fronterizas que iban tirando bolsas con sus mercancías a los compinches apostados en ciertos puntos a lo largo de las vías. El trato, los breves diálogos con ellas me hechizaron.

Todo me inclinaba entonces a iniciar la mudanza hacia Rivera, aun cuando los inconvenientes eran muchos. No era menor el hecho de que los ecos de la Corte, aun el inspector Vázquez, indicaban que pronto habría “movimientos”. Estos movimientos, que suponían la remoción y el traslado de los jueces, siempre habrían de resultar arbitrarios e inconsultos pero a ellos habíamos quedado supeditados sin remedio. Continué entonces transitando con el pequeño rebaño por la playa Pocitos, ya con la sombrilla instalada cada mañana por el carpero y así seguí hasta marzo. La playa continuaba, mi panza era muy grande y un día, en el agua, fui tomada desde atrás por unos brazos forzudos y sumergida a la fuerza. Cuando creí morir junto con el bebé y lo que es peor, morir estúpidamente, pude desasirme y me encontré con la risotada de Pablito Alvarez que festejaba otra de sus hazañas.

Febrero se hizo más breve que nunca porque Eduardo se vino a Montevideo por su licencia. Su trabajo en el Norte había sido evaluado como excelente y le valió el respeto, tal vez el asombro, de los ministros de la Corte.

Con marzo vinieron nuevas sorprendentes: Eduardo había sido nombrado Juez Letrado de Lavalleja y la mudanza era a Minas.

Y era niña!

A principios del mes de marzo Eduardo tomó posesión del juzgado de Minas y nos invadió un aire serrano muy motivador. La idea era irnos a vivir a Minas en cuanto naciera el bebé con lo cual cundían los nervios y las decisiones. En principio, los niños no iniciarían las clases acá ¿o sí? Todo era



un tanto inestable. Ina se negaba a la movilización hasta que vió que era irreversible y cedió.

Aquellos primeros tiempos fueron difíciles para Eduardo que viajaba a diario en el Expreso Minuano en un ir y venir agotador, todo ello más lo que significaría ponerse al día con una realidad totalmente nueva y con gente diferente, todo muy duro.

Yo extendía las idas a la playa hasta que el carpero me pidió que no fuera más porque - Sra., la voy a tener que

atender yo!-.

Hasta que el 18, la única noche que Eduardo decidió quedarse a dormir en Minas por la despedida del juez anterior, empezó el parto.

En esas circunstancias Ina perdía el control, sentía ella las “contorsiones”, temblaba y se ponía tambaleante y aterrada. Por suerte pudo ir a llamar a Graciela como estaba convenido y con ésta me fui al sanatorio. En tanto la red de los Britos se ocupaba de llamar por teléfono a la policía en Minas para que ubicara a Eduardo.

Pero mi útero tenía un dudoso sentido del humor. A poco de instalada en el sanatorio, las contracciones se hicieron más espaciadas y por fin, desaparecieron.

Entretanto Eduardo, la pieza indispensable para que yo pudiera parir tranquila, venía en un taxi hacia Montevideo, Cuando llegó yo caminaba con Graciela por el pasillo de la maternidad.

Pero el Coco Aguerre vino con su oxitoxina, esta vez bajo la forma de un inhalador que debía oler cada media hora y el útero se despertó y se dispuso a trabajar.

El único momento difícil fue ya en la expulsión porque la criatura de Dios quedó como levemente trancada y hube de esforzarme y sufrir algo más que en otras oportunidades.

Por un error Adela, que creía que ya había parido, vino con Pancho y éste parece que oyó mis gritos finales y casi se desmaya.

Pero nació, nació y era una nena. La alegría era tan intensa, tan perfecta como todas las flores del mundo. Y la niña también lo era: había logrado una conjunción tan armónica de genes que parecía tener luz propia.

Y si bien yo había imaginado otros nombres, Josefina, Serrana, Valentina, enseguida vimos que no podía ser otra que María Inés.

¡María Inés! ¡Brito Juez! Repetí Uge en una danza frenética alrededor de la cuna. Como era de suponer Paula e Ina eran las más contentas pero los pujos de la mudanza a Minas opacaban el resto.

Gran mudanza gran

Hubo muchas manos que se tendieron para hacer posible la proeza de poner en movimiento a todos con todo lo que comprendíamos y además con Eduardo viajando y yo de post parto y amamantando.

A medida que intentábamos establecer prioridades entre lo que viajaba con nosotros y lo que no, iban surgiendo los objetos más diversos, muchos guardados desde la casa de mis abuelos y sucuchados en forma secreta por Ina. Y claro, a cada uno que surgía, seguían los recuerdos y los comentarios que obstaculizaban el desapego. Nunca olvidaré la ayuda en esa instancia de Marta Abella que, entre fascinada y espantada, ofrecía su tiempo y sus aportes de mujer equilibrada.

Ella fue la que, en la última instancia, hubo de llevar hasta el rematador aquel mar de objetos diversos en medio del que se fue, por olvido tal vez voluntario, el retrato al óleo de mi mamá.

En medio de aquel caos se destacaba la alegría loca de las ancianas propietarias de la casa porque se libraban del vecino cargoso y a la vez podían soñar con un nuevo contrato mucho más redituable. Fue así que salieron a la puerta a despedirnos con una ilusión inocultable en sus ojos y hasta palmoteando. Y llegó el día, un camión cargó los bultos y el resto se fue comprimiendo en un auto que había traído Alabán: el Tatraplan, que era como un gran huevo blanco de origen checoslovaco. La Kantuta, por supuesto, viajaba con nosotros muy bien dispuesta pero el gato Sancho, mi gato de la niñez que ya debía tener como 18 años, gritaba desgarradoramente en su canasto con tapa hasta que alguien descubrió que le habían aprisionado la cola.

No recuerdo si, además, vomitaron los vomitadores. Sé que hicimos alguna parada en pleno campo y que la Kantuta corría y sé que a Ina le hice creer que Solís de Mataojo era Minas y que lo aceptó con un suspiro agónico.

Pero llegamos al fin y todo fue una maravilla. Mientras nuestros vecinos los presos nos ayudaban a descargar, los chicos y yo atisbábamos el entorno. La casa estaba en el callejón de la Iglesia que va desde la plaza a la Catedral en una sola cuadra. Junto a la Catedral estaba el Colegio de la Sagrada Familia, en la plaza, había chorros de agua, mucho sol y por todos lados ómnibus de excursiones.

Minas en otoño es algo hermosísima, única.

Por fin habíamos logrado una casa del tamaño que requeríamos. En realidad era un caserón antiguo con zaguán y dos piezas al frente, escritorio y sala, un patio grande con estufa a leña, comedor y tres dormitorios además de cocina y baño.

Los chicos jugaban a la escondida y Uge la recorría en triciclo ¡Hasta dentro del baño podía andar en triciclo!

Enseguida sentí que en aquel lugar y con aquel entorno iba a ser fácil criar a los hijos y nos vi asentados allí muy felizmente por varios años.

Minas en abril

Si no hay una canción o un poema con este título, alguien debería componerlo. Es tan lindo Minas en otoño, con los árboles amarillentos, los

cerros esfumándose y el cielo tan nítidamente azul. Todos quedamos fascinados.

Hasta Ina, siempre quejosa, admitía que aunque a su reuma no le favorecía la humedad, los merengues de aquella confitería junto a la plaza la compensaban sobradamente. Además, el hecho de que el carnicero le seleccionara los cortes porque “eran para lo del juez” también le daba un gran placer.

Los chicos incursionaban por la ciudad con nosotros. Paula de inmediato intimó con una niña que vivía enfrente cuyo apellido era Dartayette, y había largas sesiones de juegos.

Lo primero que hicimos al llegar fue anotarlos para que siguieran las clases. Paula en 2º año iba a un colegio de monjas a unas dos cuadras de casa y Uge quedó anotado en un grupo de preescolares en el mismo.

Mao, que llegó con un ansia terrible de leer, tuvo ocasión de aprender a coordinar letras y sonidos allí, en el colegio de los curas de la Sagrada Familia, en la esquina de casa. Había un maestro hermano (cura) que estaba usando un método nuevo, creo que alemán, que combinaba el canto con los sonidos de las letras y éstas eran trazadas con dibujos que seguían sus formas.

-Va la pipa, va la pipa

Miren bien.

-La vaca está parada

La nena está sentada

Miren bien.

Esa era una, no sé si exactamente así pero lo que sí sé es que se lanzó a leer en un santiamén. De ahí hasta Sandokan, el pirata de la Malasia no paró de leer y leer. Era un niño genial y adquirió un lenguaje sorprendente para su edad. Los curas estaban impresionados.

Eduardo, por su parte, ¡iba caminando al juzgado! Tenía un actuario excelente: Vernengo, una persona agradable y con una familia parecida a la nuestra. Sé que después fue perseguido y preso durante la dictadura.

A veces salíamos a caminar, recuerdo que íbamos con la Kantuta hasta los márgenes del arroyo San Francisco, un lugar con mucha vegetación, muy pintoresco. Todo estaba por descubrirse, todo era nuevo y promisorio.

Yo iba con Eugenio a una feria de frutas y verduras en un local antiquísimo. El niño llamaba la atención y mucha gente me preguntaba quién era.

La única nube en aquella temporada era la bebé María Inés o más bien su escaso interés por el alimento: el caso era parecido al de Paula pero más agudo. Eduardo insistía en que mi leche no la dejaba satisfecha y recurrimos al S26 al que ya conocíamos. Pero no, tampoco así lograba que tomara más de 10 o 20 gramos por mamada y eso cuando condescendía a abrir la boca. Aun cuando me consideraba una madre experiente, yo me desesperaba. Y el panorama se complicó cuando la niña se resfrió y empezó a toser. Por suerte Vernengo nos puso en contacto con un médico, viejo, comunista excelente persona, que era venerado en Minas. Fue una tranquilidad contar con él que venía a casa, tomaba a la niña y se la ponía al oído para escuchar su respiración. Le indicó antibiótico, no recuerdo cual, y al final, mejoró pero por años siguió rechazando la ingesta de la manera más odiosa (en todo lo demás era perfecta).

Aquel caserón nuestro que nos contenía y aun tenía lugar de sobra, nos permitía pensar en instalar un cuarto de huéspedes para las visitas que quisieran ir a vernos.

Mientras, la niña María Inés tenía su cuarto en lo que era el escritorio con balcón a la calle. Allí yo había armado un sofá cama para estar cerca. El otro cuarto a la calle con dos balcones, se lo cedimos a Ina que lo invadió con sus costuras.

Después nosotros y los chicos, todos expandiéndonos como jamás lo habíamos soñado.

“El indio Tabadé se está quemando” decía Uge que acababa de incendiar un cuaderno de sus hermanos pero era difícil enojarse con él, tan gracioso y bien humorado.

Un día pensamos que había que poner cortinas en las ventanas y en la puerta cancel. El 19 de abril, día de la Virgen del Verdún, muchos ómnibus después de la ascensión, llegaban a Minas y paraban en la cuadra de casa. Los peregrinos pedían ir al baño y metían su nariz insistentemente.

Ina cosió las cortinas y cuando estuvieron prontas, me subí a la escalera para colocarlas. En ese momento llegó el actuario con la noticia: nos teníamos que mudar nuevamente. Eduardo acababa de ser trasladado.

La contra mudanza

No era una medida disciplinaria no se esgrimían razones de mejor servicio: fue pura y exclusivamente porque Menganito, que era sobrino de Zultanito, al producirse movimientos tenía que ir a Pando y él no quería: “Porque en Pando era mucho el trabajo. En cambio, Minas sí, Minas le gustaría”. Y los hombres de la Corte accedieron: “A ese muchacho Brito, tan trabajador, lo mandamos a Pando y todo bien”, los imagino diciendo.

Con la ligereza propia de un sátrapa, no se tuvo en cuenta ni que acabábamos de mudarnos ni que teníamos tres hijos más uno recién nacido ni que con los míseros sueldos que se pagaba a los jueces se nos imponían dos mudanzas con instalación de casas en menos de tres meses y por supuesto, sin vestigios de viático.

Como “bajar” hacia el sur significaba, en jerga judicial, un ascenso aunque, por supuesto, aquella era una mera utilización, no era dable negarse.

Con rabia, con una gran frustración, emprendimos la contra mudanza.

En Montevideo, por esa época, los alquileres eran prohibitivos pero medió una circunstancia salvadora: por dos o tres veces había amagado entregar la llave de la casa de 21 de Setiembre, a sus dueños y éstos alegando que se debía un pico de alquiler, no la aceptaban.

La perspectiva de volver a la misma casa era agridulce. Por un lado nos alegraba volver a aquel lugar que queríamos, a la familia y los amigos, por otro no era demasiado estimulante abandonar todos los proyectos que habíamos forjado en Minas, irnos prácticamente sin haber empezado a degustar el plato. Pero así hubo de ser.

No hay que lanzar a volar la imaginación para suponer que nuestras finanzas debían estar casi colapsadas, y el costo de una mudanza era altísimo. Apareció entonces un camionero dueño de una empresa, tal vez de un solo camión, que se llamaba El Tiburón y aceptó hacer el viaje por un precio razonable.

Vernengo, por su parte, se ofreció para llevar a la familia con Kantuta en su auto.

La víspera marchó Paula en el ómnibus con un adulto que había venido. Esa noche se quedó a dormir en lo de Cora y lloró copiosamente por extrañar. Cora, heroica, terminó acostándola en su cama y la incordiosa insomne no la dejó dormir en toda la noche.

El retorno del resto fue digno de ser narrado por Ulises. En el auto de Vernengo veníamos Eduardo adelante con Uge y el conductor y atrás, en el medio yo con la bebé en una cunita portátil, y a mis lados Mao e Ina, ambos verdes, totalmente mareados, y a nuestros pies la Kantuta que solía dormirse en los autos. Aquel viaje para mí duró décadas. Cuando llegamos Ina caía y Mao, además, estaba con fiebre: Minas le había regalado el sarampión que, enseguida, pasaría a todos sus hermanos menos María Inés.

Al rato llegó El Tiburón, descargó y partió hacia otro destino. Pero esa noche lo vimos aparecer nuevamente: involuntariamente se había llevado a nuestro gato hasta Maldonado. El pobre Sancho estaba vivo pero, a partir de esa aventura, se internó en el fondo del carro de feria y salía solo lo indispensable.

La casa nos parecía diminuta aunque intentábamos ganar espacio de todas maneras. Dentro de esa campaña, vendimos nuestro juego de dormitorio que había sido de los padres de Eduardo y en el dormitorio del frente, donde Eduardo rearmó el placard, pusimos una cucheta y una mesa multiuso que podía servir de escritorio para Eduardo o para hacer los deberes los chicos. Paula muy seria me decía: “Padres en cucheta nunca ví...”

Por esa época ella, ya en segundo año y con una maestra más bien necia, era perfeccionista, prolija y poco afecta a las matemáticas. Si Eduardo decidía revisarle los deberes o explicarle una cuenta, se ponía tan nerviosa que llegaba

a las lágrimas porque él pretendía respuestas inmediatas y certeras que a ella se le iban escapando por miedo.

Mao en tanto, en primer año, habiendo adquirido en Minas su calidad de lector, se deslizaba sin esfuerzo y con una ventaja notoria sobre sus compañeros. Nunca lo ví preocupado por sus tareas, las hacía displicentemente y con rapidez aunque sus útiles siempre estaban en un orden caótico.

Uge iba a lo de Mrs. Arlington. Un día me dijo: “Sabés, me hice amigo de Bernardo (su primo), ahora podemos jugar porque habla!”

Y la bebé María Inés si bien seguía con su modalidad inapetente pese a que yo me ocupaba de que tomara aire y sol, iba creciendo, siempre en el límite de peso, pero nunca en déficit. Pacheco, el pediatra, suponía que lo poco que comía lo asimilaba totalmente pero ese poco a mí me llevaba horas lograr que lo tragara: no había cantos ni cuentos ni avioncito cargado deeee...que la complacieran.

Era una niña tan bonita y tan rubia y me tiraba los brazos en forma tan conmovedora que uno se olvidaba del trabajo que daba (se olvidaba hasta la siguiente comida).

El sarampión pasó entre los tres mayores sin dejar mayores rastros. De aquella contra mudanza lo más maravilloso fue ver la cara de asombro y desesperación con que nos recibieron las dueñas de la casa que no habían querido recibir la llave.

Intrusos en el dormitorio

Eduardo viajaba en ómnibus todos los días hasta Pando y fue tomando contacto con un juzgado excepcionalmente difícil. Solo de pensar que comprendía toda la zona de Joaquín Suárez, el Santoral y la que es hoy Costa de Oro desde el Solís Grande al Parque Roosevelt, da como para imaginarlo.

Se le hizo necesario para estar en comunicación con aquella realidad, instalar un teléfono y así fue que vino ANTEL y lo conectó en nuestro dormitorio.

De esa manera entraron en nuestras noches las voces de innumerables policías que, incapaces de discernir sobre oportunidad y trascendencia de los

hechos sobre los que iban a dar cuenta maquinalmente acudían al número de la casa del juez.

Cuando sonaba el aparatito tanto podía ser que dos caballos sueltos habían sido vistos en la carretera de entrada a San Jacinto como un degollado del que no se hallaba la cabeza como un ciclista que arrolló a un zorrillo o un posible incendio doloso: todo le tenía que llegar al juez y en el acto, faltaba más.

Eduardo contestaba con voz pastosa, semidormido pero conservando la dignidad y nunca oí que perdiera la calma: “Mañana me los conduce a mi despacho”- era uno de los clichés con que los despedía.

Pero después de varias llamadas de ese tenor, era difícil volverse a dormir hasta que se nos fue haciendo una rutina y salvo los casos realmente graves ante los que Eduardo debía levantarse y acudir, fuimos incorporando aquellas voces haciéndoles un lugar en nuestras noches.

Yo, que nunca iba a conocerlos personalmente, hasta les asignaba caras y señas particulares a cada uno de los que, por varios años, iban a seguir entrando a nuestro dormitorio.

El barrio otra vez

Si bien es cierto que Minas era hermosa, no lo era menos el lugar donde vivíamos. Y volvíamos a tener el plus de la flia y los amigos.

Como nuestras finanzas habían quedado más bien quebrantadas, abrimos una libreta en el almacén de Frutos, en la esquina. Aquella libreta, en la que no figuraba más que lo necesario para comer, mes a mes se iba a llevar buena parte del sueldo pero tratábamos de estar siempre al día y lo lográbamos.

A pocos metros de casa, por Tomás Diago, estaba la fábrica de juguetes COLOSO que fue durante toda la niñez de los chicos, como un paraíso particular. Los juguetes que producía eran básicamente de madera, aun no se había dado aquella irrupción avasallante del plástico si bien se la veía venir. El trabajo con la madera hacía de cada juguete una pieza artesanal y en partidas limitadas.

En aquel lugar había un gerente, el Sr. Presa, que era la bonhomía en persona. Todos los chicos del barrio tenían acceso a la fábrica- Mao era asiduo cliente- y podían hacer uso de un arsenal de maderas de formas diversas que serían el sobrante de los trabajos realizados. Con ellos y un poco de imaginación, los niños salían con espadas, barcos y aviones que tenían el valor de ser hechos por ellos mismos o por lo menos, la alegría de haber participado en las batallas de aserrín que siempre renovadas, crecían y crecían.

Jamás supe que Presa perdiera la paciencia, era dueño de la bendición de una sonrisa inalterable y todos lo querían.

El rancho de La Floresta

Era indudable que Polo, el primer esposo de Rosina, tenía un olfato finísimo para los negocios, los iba encontrando incesantemente, tal vez hasta sin buscarlos.

Un día le contó a Eduardo que tenía en vista una cabaña de troncos y techo de quincha en La Floresta, atrás del gran predio de los curas jesuitas, hacia Las Vegas, una zona boscosa hermosísima. El dueño era un artesano que, inexplicablemente para él, había trabajado las maderas durante años hasta lograr en todo un acabado perfecto y en aquel momento necesitaba venderla.

La propuesta era comprarla a medias. Cuando la vimos, no dudamos de que, aun con los más grandes sacrificios, valía la pena comprarla. Era un ambiente grande dividido por la pieza baño y tenía cocina, estufa a leña y varias camas.

No sé como obtuvimos algo de dinero en préstamo y la compramos con ellos, En seguida pasamos a mejorarla aún más, recuerdo que le pusimos unas cortinas de arpillera cruda con vivos a cuadros verdes y blancos. Para los chicos era precioso aunque COPSA nos dejaba bastante lejos y teníamos que llevar a pulso todos los enseres. Pancho Castellanos y Verónica Van Wassenhove estuvieron con nosotros algunos días y los Prats con sus hijos tenían una casa a pocas cuadras.

Creo que todo duró del otoño a la primavera, una única vez fuimos Eduardo y yo solos y nos parecía estar viviendo algún tramo de aquella luna de miel en La Tuna pero mucho mejor aún.

Me parece recordar que la pinza de la falta de plata nos apresó y le vendimos nuestra parte a Polo que, poco después la vendió a su vez por una suma mucho mayor a Fablet el de los televisores. Los negocios y los negociantes son así.

Aquella última vez que fuimos yo ya estaba embarazada del quinto hijo, imperceptiblemente embarazada pero ya, sin dudas, embarcada en otro de aquellos viajes que conocía tan bien.

La IFA

Eduardo tenía, tal vez desde la cuna, el sueño del auto, o más bien el de armar y desarmar el auto en todas sus piezas, en todos sus recovecos, en todas sus fallas y caprichos. Era, tal vez, un mecánico nato y no lo sabía.

Las posibilidades de concretar aquel sueño eran remotas, casi impensables, pero surgió una circunstancia que, indirectamente, lo iba a favorecer.

Un hermano de José Luis Prats tenía una camioneta IFA y con ella tuvo un accidente y murió.

La familia, entonces, quería deshacerse de aquel artefacto mortífero, quería venderla regalarla o dejarla tirada en un baldío para no verlo más.

Ahí apareció Eduardo y recogió, por una suma más simbólica que real, el móvil siniestrado.

Y llegó la IFA, la primera y la mayor en una serie interminable.

Era amarilla y sus puertas se abrían al revés, era más bien fea, pero todos la veíamos hermosísima.

Por supuesto que Eduardo, puesto al volante, se lanzó a manejarla sin haber manejado nunca. Yo recuerdo que él se tiró por 21 de setiembre hacia la Rambla con el auto emitiendo unos estampidos feroces y yo corriendo por la vereda siguiéndolos como un perro de estancia, ya lloraba mi viudez, la multa o el siniestro que parecía inevitable.

Pero no hubo siniestro de entidad y los chicos se peleaban por subirse a aquello que tenía algo de nave espacial y que al encenderse emitía unos sonidos ensordecedores tal vez por su motor a dos tiempos. Cuando íbamos



por las calles, los otros conductores nos hacían señas desesperadas indicando las ruedas que bailoteaban. “Es un problemita del eje, no es nada”, explicaba Eduardo- muy didáctico mientras procedía a buscar la pieza afectada porque “- es un motor sencillísimo”- decía.

Nuestras incursiones con aquel aparato siempre se limitaban a lo barrial: Eduardo nunca pensó, por suerte en ir a su trabajo con ella o en emprender distancias mayores hasta que Marta y Raimundo nos invitaron unos días con los chicos a La Pedrera.

¿Por qué no? Ella estaba allí y se ofrecía generosa a acompañarnos. Subimos todos, hasta la bebé M. Inés. En casa quedaron Ina y Kantuta mirando nuestra partida más bien aprensivas.

La lucecita roja centelleante en el tablero debe haber empezado a la altura de Solís.

-“Motor recalentado- explicó Eduardo, le falta agua. Y allí empezó una serie interminable de paradas en cada arroyo o cañada. “Estén atentos” había dicho el conductor: si sale humo tenemos que bajara rápido. Yo recuerdo que viajé con la mano agarrotada sobre el pestillo de la puerta y con un pie casi hacia afuera esperando evacuar a los chicos de un tirón y saltar yo misma a la cuneta. Cuando llegamos era de noche y las piernas no nos respondían. Al día siguiente la IFA quedó en manos de un mecánico de la zona con su motor fundido si no recuerdo mal, pero habíamos vivido una experiencia imborrable. Los días subsiguientes, luego de vencidos los mosquitos, fueron tan felices que implícitamente nos pusimos de acuerdo para no enojarnos con la IFA.

A la IFA siguió bastante después una TEMPO de dos tiempos, y luego una larga sucesión que me sería imposible recordar.

El quinto

Fue más bien sorprendente y un poco avieso.

Cuando se estaba logrando una cierta estabilidad familiar con aquella niña angelical e inapetente como broche de oro, el broche se rompió porque otra vida llamaba a la puerta con impertinencia.

Yo no estaba preparada, aspiraba a trabajar y a otras reivindicaciones como escribir que cada vez iban alejándose más. No sé si fue por eso, pero el otoño previo al nacimiento volví a tener malestares. Me recuerdo sentada en el sillón de tijera en el balcón de la casa de 21, nauseosa y más bien fastidiada.

Todos los planes que tenía de mimar a la más chiquita, se me iban al diablo porque prestamente la más chiquita no sería tal y tendría que luchar con uñas y dientes ante el engendrito que se gestaba.

Recuerdo que Inés, adivinando mi flojera, me dominaba y yo la dejaba hacer. Para comer su churrasco lo sumergía en el vaso con agua y luego comía aquella esponja blanquecina. Y yo la dejaba hacer. También me hizo desembarazar de un gato negro, Mandinga, que había traído en el lugar de Sancho ya fallecido. Ella fingía un temor que no sé si era cierto y yo, tonta y floja accedí a abandonarlo en la casa de los gatos.

En medio de aquel desánimo, yo solo atinaba a llevar una plegaria a Dios: no me importa que sea nena o varón pero, ¡por favor! ¡Que coma!

Y Dios escucha a veces con creces como lo pudimos comprobar.

Adiós Graciela

En otro plano, una sombra muy densa y amenazante se nos venía acercando. Graciela, a la que se trataba por malestares presuntamente psicológicos, tuvo un infarto demostrando así que todos sus males anteriores no eran mera sugestión. Todo su aparato circulatorio estaba dañado.

Siempre la ví como más sensible e inteligente que su entorno y tal vez por eso también más sola.

Me cuesta aún hoy recordar la internación en el Italiano y la despedida. Creo que lo que sentíamos todos es que había un error, que no podía ser ella, que no podía ser así.

Recuerdo una mano que se me posó en el hombro y alguien que me decía: “No llores así que le va a hacer mal al nene”.

Pero ni el nene ni ningún nene me importaban: en aquel momento todo era oscuridad y dolor.

Para nuestros hijos mayores, en especial para Paula que estaba muy unida a Mona, aquel fue el primer enfrentamiento con la muerte. Seguramente nos interrogaron porque querían una respuesta. Nosotros también la hubiéramos querido.

La diaria

La diaria seguía siendo apacible y feliz. La vida en la casa era así, una sucesión de momentos alegres, a veces netamente jocosa, nunca melodramática. Los hijos crecían allí adentro y crecían bien, creo que ubicándose desde chicos sobre lo que realmente era valioso y lo que era nada más que hojarasca.

Pocas palabras al respecto, pero creo que Eduardo y yo, nuestra forma de vivir, nuestras opciones que pretendían ser claras y lo más honestas posible, nuestra propia forma de relacionarnos entre nosotros y con el entorno, era suficientemente explícitas.

Hoy creo que el hecho de tener tantos hijos y los magros sueldos del Poder Judicial con el corolario de una situación de cierta precariedad en lo económico fueron coadyuvantes para obtener, tal vez sin planificarlo, el mejor entorno formativo para nuestros hijos.

“Mirá mamá, el señor nos está regalando de todo: cuchillos, cucharones, tenedores,” decía Uge después de hacer la cola correspondiente en la Caja Nacional de Préstamos Pignoratícios, donde yo retiraba el juego de cubiertos de plata de mis abuelos que había empeñado meses antes.

También estaba el azar, el golpe de suerte inesperado que siempre jalonó mi existencia. Un día yendo hacia la escuela, encontré tirado un reloj de oro, era una alhaja de valor muy grande y la tomé sin saber qué hacer. A los pocos días vimos un aviso en el diario pidiendo a quien lo hubiere hallado que lo devolviera. Me comuniqué por teléfono y tuve aun que insistir porque la dueña estaba en la peluquería pero luego vino a casa y se llevó la joya dejando

un sobre con dinero suficiente para equipar con zapatos nuevos a los tres mayores, aquellos Incalflex que tanto resistían y que Paula empezaba a odiar en sus veleidades de niña grande.

Yo desconocía lo que era la peluquería, por entonces se usaban unos peinados con batidos como tortas que jamás obtuve, por suerte, salvo en los embarazos, aun podía usar muchos de mis vestidos de soltera. Eduardo, que era prolijísimo para su ropa, lograba también resultados excelentes en cuanto a durabilidad y conservación pero además, sumaba a todo eso una displicencia cada vez mayor en cuanto a colores, calidades y estilos en boga.

Por aquella época solíamos ir a “los americanos”, un local en el que, las familias vinculadas a la embajada de EEUU y a la iglesia anglicana vendieran enseres en desuso. Por entonces estaban en la calle Caracé y la Rambla.

Era más que divertido, era apasionante todo lo que se podía encontrar allí: desde una canoa, a ropa, en general de mal gusto pero de excelente calidad, implementos de cocina, todo tipo de objetos. Esa imprevisibilidad sobre lo que se podía obtener era su mayor encanto. El segundo y no menor, eran sus precios bajísimos. Los niños también se fascinaban con aquello. Recuerdo que de allí provenía una salchicha de tela hermosísimo que nos acompañó por mucho tiempo y que competía con Canelones, un perro orejudo rojo y blanco que Inés y Raquel Artecona le cedieron a María Inés.

Nosotros, Eduardo y yo seguíamos defendiendo nuestras escapadas nocturnas donde podíamos hablar en adultos y contarnos, él las fascinantes historias de la gente de Pando y yo los mil incidentes del día con los hijos y el entorno. Recuerdo que habíamos descubierto “La Higuerita”, una parrillada frente al Parque Villa Biarritz. Allí yo, olvidando la norma de oro de que en casa todo se dividía y se repartía equitativamente, comía con cierta gula panqueques de manzana o Chajá.

Mirada en perspectiva luminosa, aquella vida era tan transparente que, sin misas ni bulas papales, sin ornamentos y sin iglesia, era eso sí profundamente cristiana y feliz, el Ecce Homo de mi adolescencia le había dejado lugar al Jesús de las bodas de Caná.

Pero nada de aquello me preocupaba entonces, tal vez porque todo en nuestra vida y en nuestra casa había adquirido un valor sacramental como



fiesta de la vida y como lugar de encuentro con aquello que pudiera trascenderla.

Lucía

Era un nombre que antes no habíamos manejado pero

surgió ahí y era precioso: azul, alegre y - obviamente- lleno de luz, no quedaba lugar para la duda.

Cómo olvidar aquellas últimas semanas del embarazo. Eduardo me acompañaba y caminábamos distancias agobiantes para acelerar la llegada. Yo la imaginaba para la primavera, por el 20 o 21 de setiembre, pero pasó esa fecha y pasaban los días y el peso adentro mío aumentaba y aumentaba.

La criatura se movía sin cesar como si tuviera más extremidades que las esperables. Todos se divertían en casa adivinando que era lo que emergía: mirá un codo, mirá la rodilla o el pie, yo no era afecta a aquellos juegos y soñaba con partir para el Círculo Católico y expulsarla.

El médico por fin fue categórico: si el 1º no nació, se interna. Y así fue. Hasta el final la criatura jugaba a amagar y luego retirarse para seguir sus culposas ensoñaciones intrauterinas.

El 1º de mañana nos fuimos con Eduardo. Todavía recuerdo a los otros tres hijos mayores sentados en la puerta de casa despidiéndonos muy expectantes.

En el sanatorio el ritual preparatorio era duro, creo que hoy se ha logrado obviarlo, luego de él me acosté y me inyectaron no sé qué droga para despertar úteros haraganes.

El parto fue largo, diría que eterno, llegó la noche y la liberación no se producía pero la criatura seguía pateándome. Alrededor de las diez, el médico estaba casi tan harto como yo y se fue a cenar.

Al ratito empezó una onda expulsiva que me retorció. Las enfermeras se asustaron y me decían: “respire cortadito, no vaya a hacer fuerza!”. El pavor era que Aguerre no llegara al parto.

Ya en la sala, llegó creo que sin ponerse la túnica para recibir al golem: era una niña ciclópea, de más de cuatro kilos, roja, con cabellera oscura y potentes pulmones, en todo diferente a sus hermanos.

“Esta ya nació de tacos altos!”, dijo una de las enfermeras. Cuando me la pusieron en brazos fue imposible evitar que hurgara en mi camión buscando, implacable, el pecho que la estaba esperando y sabía suyo.

Hay fotos. Hay fotos porque entonces el sanatorio se iba haciendo más sofisticado y un fotógrafo hacía su trabajo. Ella estaba en su cunita junto a mi cama, una cunita que casi no la abarcaba, con los ojos abiertos y los cachetes muy bien delineados. La enfermera la había peinado con un abominable jopo y Paulita, parada junto a la cuna con su vestido escocés y su cerquillo, sonreía un poco desconcertada. Aquella, sin duda, no era la bebé indefensa y delicada que había sido Inés, aquella venía pisando fuerte, dispuesta a imponer un estilo propio y a delimitar su territorio.

Pero ¡comía! Comía maravillosamente bien prendida a mi pecho con un empeño y una concentración que de inmediato me conquistaron. Y cuánta fascinación, cuánto embeleso iban a venir después!

Creciendo

La niña crecía a ritmo acelerado, pronto rebasó cochecito y cuna y debimos otorgarle la camita de barrotes con lo que María Inés pasó a una cama marinera en el dormitorio de sus hermanos.

Era extraordinario ver cómo aquella bebé se explayaba reclamando superficies que no le estaban destinadas y reivindicando juguetes y mamaderas con una autoridad que no sé de dónde le venía.

Por su peso y tamaño a los pocos meses me era imposible cargarla. Fue entonces que, por un catarro, su pediatra le indicó nebulizaciones. En aquella

época el bebé que nacía en el Círculo quedaba socio automáticamente por seis meses o algo así. Entonces mi misión consistía en trasladarla diariamente por diez días hasta allí.

Si llegar a la parada de Roque Graseras era extenuante, subir al ómnibus era casi para cíclopes. Pero siempre aparecía un guarda o algún pasajero que se compadecía de lo que iba debajo de la niña y me impulsaba para subir. Una vez arriba, ignoro si sería porque ya empezaba el estigma del mareo o tal vez por las flemas, la niña comenzaba a emitir unos ronquidos desgarradores que atraían la atención del pasaje.

Y siempre surgía un alma comedida que me interrogaba: ¿qué tiempo tiene? Cuando yo, semi ahogada por el peso, lograba decir: "tres meses" la incredulidad y el horror trazaban un círculo a nuestro alrededor. Era mirada con una mezcla de curiosidad y espanto y los comentarios siempre se hacían con voces susurrantes y miradas de soslayo.

Pero la niña seguía creciendo y creciendo y al poco tiempo, en base a una enorme expresividad, la comunicación con nosotros y los hermanos le aseguraba un sitio en la familia.

Renée Olivera

Cuando empezaban las clases en la escuela siempre se improvisaba un breve acto de recibimiento a alumnos y padres.

Aquel año nos sorprendió que el lugar de Brenda Fabregat, que era rubia y atildada, lo ocupaba una mujer de túnica que se presentó como Renée Olivera, la nueva directora. Era muy fea y cuando intentaba sonreír la boca se le plegaba como si le sobrara sonrisa y los ojos permanecían duros bajo el ceño fruncido.

Después confirmamos que aquella mujer no debía haber reído nunca ya que nunca se la vió reír en los años que estuvo en la Grecia. Por supuesto que era solterona, despótica y violenta, sin un atisbo de paciencia ni un gramo de buen humor ni de humildad.

Me horrorizó pensar en dejar a mis hijos en sus manos, pero ya aclimatados entre sus amigos y sintiéndose seguros porque eran muchos entre hermanos y primos, pudieron sortear la pesadilla.

Por supuesto Paula fue la que más la sufrió por tímida y recelosa. Mao ya se manejaba con su aire de triunfo dominando las tablas hasta la del 9 pero sin atarse los cordones de los zapatos, con aquella despreocupación que lo llevaría a presentarse en una fiesta patria como abanderado con la túnica desprendida, la moña ladeada y sin peinarse. Me imagino que aquella modalidad que fascinó a su maestra de segundo año, Michila, a Renée debía resultarle exasperante pero las quejas no llegaban porque era sobresaliente y el serlo suponía pasar a una especie de categoría especial. Yo, que iba todas las tardes a la salida de la escuela- ya tenía mi lugar junto a una columna verde para evitar los tumultos- pensaba muchas veces observando a Renée en aquella estudiante del Instituto Normal que debía haber sido con sus sueños y su corazoncito como todas, tan deslucida y poco atractiva, eso sí, pero quizás con una vocación sincera, tal vez con cierto amor por los niños.

Realmente intentaba verla con ojos misericordiosos pero me costaba mucho, sobre todo porque su poder de asustarlos era muy grande y sin querer, se lo habíamos conferido todos.

En aquella época nada nos llevaba a suponer que, años después, una travesura de Lucía iba a conducir indirectamente, a la remoción del monstruo escoltado por policías.

Tarariras y repuestos

Entre Eduardo y el Juez de Joaquín Suárez, Zolezzi, se había establecido una buena amistad y fue así que un día Zolezzi, que era hombre de campo, lo invitó a pescar dos días a la Laguna del Sauce. Y ambos confiaron en la IFA.

Estábamos en la playa los cuatro mayores y yo cuando apareció Ina con las mejillas arrebatadas y un gran sofoco:-Eduardo tuvo un percance, me gritó. Yo me asusté mucho y con los niños a medio vestir volví a casa. Ina entre sollozos, lograba decirme:-No, él no, fue el auto. Dice que le mandes por ONDA al almacén del Cholo una cosa grande y una chiquita que están en el placard.

“Una cosa grande y una chiquita”, yo hurgaba en el sector del placard de la cocina en que Eduardo había ido amontonando restos de la carcasa de la IFA pero no atinaba con aquello. Desde que ella había ingresado a nuestras vidas había incorporado ciertos conocimientos mecánicos y un vocabulario ad hoc:

por ej. carburador, burro de arranque y el más hermoso: árbol de leva, que me llevaba a imaginar como un frondoso ombú dentro del motor.

Por fin logré interpretar lo que se nos pedía y bien embalado, lo mandé por ONDA.

No recuerdo cuánto duró el periplo ni si volvieron en la IFA, pero sí recuerdo que Eduardo bajaba decenas de tarariras embolsadas y se las entregaba a Ina para que las preparase. Eran unos animalitos dientudos con una expresión feroz en la mirada. Y eran enormes.

Ina, siempre recelosa ante lo nuevo, dijo: “Mmm...pescado de río...” pero tomó dos y las asó. No sé si las asó de más pero quedaron horribles.

Por suerte Maruja Pi, una de las ancianas de abajo, se manifestó como oriunda de Paysandú, fanática de la tararira y allá se las mandamos con gran alivio de todos. Había sido una pesca excepcional.

Los domingos

El Cine Casablanca era como una sucursal de la escuela. Ofrecía unas matinées para niños que eran el recurso de oro para los padres, porque, aun los chiquitos, podían ir en grupo y sin adultos.

“Sammy la foca loca” y “Tonka el caballo salvaje” eran dos películas de relleno que no faltaban ningún fin de semana. Pero los niños no se hartaban de verlas, después algún western y algún musical y ya estaba el programa completo.

A veces, en la platea, el clima era tan familiar que los chicos mayores se excedían y volaban maníes y cajas vacías de chocolate y si la proyección presentaba alguna falla, las rechiflas y pateaduras eran una diversión más.

Tal vez porque la TV aun no se había extendido y ofrecía unas pocas seriales “Viaje a las estrellas” era la que les gustaba más con “La isla de la fantasía”. Los niños se sometían gustosos a aquellas tardes de cine continuado que los inmovilizaban cuatro o cinco horas seguidas.

Entretanto, en casa, si las más chiquitas lo permitían, dormíamos la siesta o jugábamos al ajedrez.

Eduardo había trazado un tablero sobre la superficie de una mesita alta que era de mis abuelos y esa era nuestra base de operaciones para extender las piezas sin que los niños las alcanzaran.

Por supuesto Eduardo, más analítico y calculador, ganaba siempre. Yo solo podía recurrir a alguna salida imaginativa que lo desconcertaba por dos o tres jugadas hasta que me daba mate.

Siempre fui mala perdedora pero enseguida quería volver a jugar porque aquello me encantaba. Tal vez más me encantaba jugar a la ruleta, las escasísimas veces que íbamos, algunas para tratar de rescatar a Ramiro, yo sentía una atracción tan fuerte que una vez jugué un dinerito que guardaba para comprarle una muñeca a Paula. Y perdí. Ese día me sentí el ser más desdichado e indigno del mundo pero hoy creo que, de haberseme dado la ocasión, yo hubiera sido propensa a la ludopatía.

Por cierto que Eduardo tenía también su perfil de ludópata: lo suyo eran las carreras. Conocía la genealogía de todos los caballos, sus modalidades y pelajes y hasta la casaquilla de los jockeys. A veces alguna tripleta acertada nos sacó de un aprieto, pero en general, “la inquietud heroica del turf”, como decía un locutor, conducía a la ruina y lo sabíamos.

Cuando la tripleta había sido exitosa o era principio de mes, la familia entera salía a comer a La Higuera o a tomar helados a Cantegril o a Fuentes y nos sentíamos millonarios.

El anormal

Me asombra hasta expresarlo, pero en aquella época de la niñez de mis hijos los delincuentes eran rarísimos. De hecho nuestra casa jamás se cerraba con llave y subía el que quería. Pero claro, anormales debería haber, me refiero a exhibicionistas, mirones, pederastas, manoseadores y toda esa laya que nunca debe haber faltado en ninguna sociedad ni en ninguna época, si no, miren los cuadros de Goya.

Yo me sentía muy segura, aun con Eduardo en Rivera o luego con Eduardo en Pando, sentía que me sobraba para proteger a los chicos y a Ina más los -pocos- bienes que podíamos tener.

Pero una noche en que estaba sola con ellos y los sentía jugar en el zaguán Paulita subió corriendo llorando ahogada. Le costó mucho decirme que un señor, que les había preguntado no sé qué cosa, la tomó del brazo y se la quiso llevar al terreno baldío de al lado mostrándole su pene.

Tuve que utilizar todos mis recursos de madre y psicóloga honoris causa para calmarla y calmarme.

Recuerdo que les expliqué a los tres que el señor era un enfermo que debería estar en un sanatorio de donde se había escapado, que había que tenerle lástima pero jamás acercarse a él: “Y en cuanto lo vean me avisan en seguida”.

Cuándo Paula subía, llegaban Marta y Raymundo y todos bajamos a hacer una recorrida pero el hombre había desaparecido.

Parece que es normal en la conducta de esos enfermos volver al lugar donde actúan. Fue así que a los pocos días Paula, mirando por el ventanal del Living lo vió pasar y me llamó.

Era una cara imposible de confundir: completamente calvo, de piel cetrina, mirada extraviada y lo más característico, la boca semiabierta mostrando unos dientes carcomidos y amarillos. No había duda de que ese hombre era anormal.

Ese día me limité a llamar por teléfono a la seccional de policía y nada ocurrió, pero a la semana siguiente el mismo hombre capturó a Margarita, la prima de Paula, e intentó llevársela a un corredor oscuro de la cuadra. La niña se zafó y corrió a contarlo a los padres aterrada..

Enrique Jiménez era un personaje: machista, celoso, violento en sus expresiones, capaz de llegar al extremo de la ira si se lo provocaba. Enseguida intentó capturar al delincuente pero, otra vez, éste se había esfumado.

Unos días después, estaba almorzando cuando le pidió a Margarita que fuera hasta el almacén. Al instante la niña volvió a subir diciendo: está el hombre de nuevo, en esta cuadra, tiene una campera verde.

Ciego de ira, Enrique bajó y lo vió. Si bien el otro era más alto, él era más fornido, de piernas cortas y brazos de boxeador. Como un toro enloquecido, se

lanzó sobre su presa a la que tomó por asalto y empezó a pegarle sin parar profiriendo los insultos más intensos que tiene la lengua castellana. Varias personas que estaban en el bar de la esquina intentaron detenerlo pero todo fue en vano.

Como Margarita había corrido a casa a contarnos lo que pasaba, yo fui para ver el lance y si era preciso, apoyar...

Cuando llegué, vi con horror que el caído estaba sentado contra la pared repitiendo sin cesar el mismo sonsonete: "No era yo, le juro que soy Benvenuto y trabajo en el Palacio Legislativo... Yo también tengo hijas, pero le juro que no era yo!!". Como varios parroquianos del bar lo apoyaban en sus dichos, Enrique hubo de parar aquella escena de castigo implacable. Y el pequeño tumulto se fue disolviendo.

Yo me quedé mirando al infeliz que intentaba recomponerse y juro que, salvo la dentadura, era idéntico al anormal.

La última visión del perturbado la tuvimos una tarde con Eduardo en casa cuando lo vía pasar por la vereda. Eduardo bajó y empezó a correrlo y si bien corría mucho, el tipo corrió más consciente de que era perseguido, saltó en Leyenda Patria y se subió a una 121 desapareciendo. Es posible que, al saberse identificado, cambiara de barrio porque no lo vimos más.

Cuantas cosas pasaban afuera...

La anciana Maruja Pi tenía largas ojeras y un peinado redondo y gris. Un día asomó su cabeza por la puerta del zaguán y aflautó la voz:- Martha, acaban de asesinar al Presidente Kennedy!

Ella amaba el phatos y con aquella primicia en su seno, paró a esperar una catarata de lamentos que a mí no me brotaba. "Fijate que ella, la pobre viuda, regia, lo sostuvo y los chiquitos ahora..."

Seguía forzando un plañir que no me salía hasta que, para ayudarla, me sentí decir: Es horrible.

Es que en el mundo de afuera pasaban tantas cosas y no es que no estuviéramos al tanto, no, las conocíamos y las sopesábamos, pero siempre desde aquella realidad que no iba a tono con el mundo, iba más bien al revés y nosotros con ella.

Con los amigos estábamos deslumbrados con la Revolución Cubana, todos la mirábamos cruzar el firmamento como un globo zonda, todos teníamos miedo de que se esfumara. Muchos estaban dispuestos a irse para allá, muchos ya se habían ido.

Pero, si poníamos el oído aquí nomás, se sentían palpitaciones extrañas, ruidos agoreros que te llamaban a reunir a las crías y apretarlas contra ti y a empezar a mirar de reojo por encima del hombro.

Vade retro Satanás, como decían las viejas. Y un día, habiéndose anunciado para una conversación privada con el juez, se sentó en nuestro living, atildado y con modales inéditos para un policía, el propio comisario Otero, el jefe de los caza-tupamaros. Creo que se trataba de una redada sorpresa por la Costa de Oro. La guerra estaba declarada y nadie tenía idea de hasta dónde iba a llegar.

El otro

En distintas épocas del año y a distintas horas, pero sobre todo de noche, salíamos a caminar con Eduardo. Así creo que, difícilmente haya una esquina, un rincón, una casa que no conozca en aquella zona aún con los cambios que la fueron polucionando.

A mí siempre me gustó y me gusta mirar los interiores de las casas, no con ánimo malintencionado, simplemente por saber cómo viven, cuales son los gustos, los colores, como disponen sus muebles. Es como conocer muchas vidas juntas y diferentes y todas fascinantes por algún motivo.

Después de un aguacero, la calle queda limpia y llena de perfumes; aquella noche estaba así y decidimos salir. Creo que me sentía particularmente serena, apacible, feliz. Realmente, con olor a lluvia, el mundo es más hermoso aún y Eduardo al lado mío era todo lo que quería.

La casa estaba cerca de la esquina y empecé a caminar con paso cortito pero decidido, pero, antes, en un impulso, hice algo que no solía hacer desde las lejanas épocas de nuestro noviazgo: tomé de la mano a Eduardo. Aquel contacto, entre cálido y familiar, complementaba la placidez de la noche recién llovida.

Cruzamos la calle y tomamos la cuadra siguiente. No había nada, ni en la sombra ni él en paso que me lo anunciara: cuando giré la cabeza constaté que el hombre que llevaba de la mano era un desconocido. Todavía recuerdo mi propio grito de terror y la cara de un hombre de boina y ojos claros que me sonreía con cierta malicia.

Atrás, bastante atrás, Eduardo que se había detenido en el portón de casa para enfundarse su impermeable, reía estrepitosamente.

Después, también yo me uní a la risa, pero ni aquella noche ni creo que nunca más intenté caminar de su mano.

Los bomberos

Como era la norma que nuestra economía estuviera siempre en un tembladeral, todo aporte extra era bienvenido.

Ornstein, que trabajaba en publicidad, me propuso usar nuestra imagen para una campaña muy grande que iba a lanzar para propiciar un apoyo al cuartel de Bomberos.

Yo no entendía bien de qué se trataba pero aquella mañana nos vestimos los cinco y yo con galas razonables y nos fuimos al Parque Villa Biarritz. Recuerdo que María era un elixir con sus cuatro pelitos rubios al viento prendida de la mano de los mayores porque yo, oprimida bajo el peso de Lucía que ya era una bebé desmesurada, no tenía extremidades disponibles.



El fotógrafo era simpático y como tantos decía:”- No lo puedo creer, señora, ¿realmente son todos suyos? Pero para los fines de la campaña, él necesitaba a la madre tipo con la familia ídem y la nuestra sobrepasaba el número. No fue fácil elegir, al final creo que fue al azar y quedaron conmigo Lucía, Inés y Mao.

Nunca supuse que la campaña fuera tan abarcativa, pero el mes siguiente y más aun, estuvimos en diarios, revistas, cines y paradas de ómnibus. Adelante avanzaba un bombero con todo su equipo y un poco más atrás nosotros que éramos la indefensa familia a ser preservada de los peligros ígneos. La leyenda decía:” Este hombre es su amigo y lo defiende con su vida”.

De aquella curiosa circunstancia, además de la paga, nos quedó un recuerdo mucho más lindo: una foto en la que están los cinco entreverados con un árbol, su tronco y sus ramas como formando un todo.

Ibicuy 1235

Colito y Beba en determinado momento habían decidido volver a reunirse y habían alquilado con Jaime y Rosina hasta que se casó, un apartamento en la calle Ibicuy.

Era un apartamento -casa en un primer piso por escalera, amplio, con un living comedor que lucía una ampulosa estufa a leña de mármol que nunca se prendió y donde habían instalado aquella araña de cristal de Murano rosa y verde, signo de la distinción y la opulencia de otrora. En realidad el living y el comedor eran dos ambientes separados por una arcada, pero anchos y muy espaciosos y con pequeñas ventanas a la calle. Seguía luego un largo corredor,



en que convergían dos dormitorios, el baño y la cocina con el cuarto de servicio. Todos eran oscurísimos.

Para mi suegra tiene que haber sido una satisfacción recuperar su casa, sus muebles y adornos, ofrecerles un lugar a los hijos, si bien todo era, en el

fondo, bastante endeble.

Colito iba declinando en un deterioro permanente. Recuerdo que las últimas veces que lo ví llegó a preguntarme por “la divina” como le llamaba a María Inés, pero de Lucía no llegó a saber ni la conoció porque la enfermedad lo debilitaba indefectiblemente hacia el fin que pronto llegó.

Beba fue muy rodeada por sus hijas que en poco tiempo se la llevaron a Pocitos. Para Tuto con su viudez y los hijos chicos, ella fue un apoyo casi providencial. Jaime, en tanto pasó a lo de Adela y aquel apartamento de Ibicuy, con un alquiler muy bajo, quedaba disponible.

La disyuntiva

Era real que después del nacimiento de Lucía se hacía casi imposible seguir viviendo en dos dormitorios, era real que Eduardo recién trasladado al Juzgado de Aduana en Montevideo iba a trabajar en el centro y era real que Lolita Aramburu y sus herederos nos hostigaban para que dejáramos la casa.

Empezamos así a pensar en mudarnos al apto. de Ibicuy. Se perdía el barrio, los amigos, la escuela todos puntos de referencia importantísimos, ganábamos en tanto un dormitorio para cada sexo considerando que el llamado comedor se iba a separar del living con una mampara. Ganábamos... hoy, a la distancia creo que solo perdíamos. Pero se hizo. Iniciamos otra de aquellas mudanzas trabajosas, singulares, tironeados siempre por la falta de efectivo. Recuerdo esta escena: Eduardo y yo subiendo la cocina a gas, un artefacto sin agarraderas, en extremo pesado. Por la mitad de la escalera yo sentí que las fuerzas no me alcanzaban y...empecé a reír, reía tanto que casi llegué a las lágrimas y me tuve que sentar en un escalón. Eduardo estaba furioso y en un arranque, no sé cómo cargó solo aquella mole y alcanzó la meta. Le costó volverme a hablar.

Desde el primer día constatamos que en aquella casa no entraba ni una gota de sol y los niños languidecían suspirando por sus amigos y por el barrio pese a que rápidamente Mao se hizo un amigo que vivía en frente y que nos adoptó como familia sustituta.

En lo que fuera el living quedó por mucho tiempo la araña de Murano y junto a aquella estufa con columnas de mármol torneado, se peleaban con



nuestros modestos muebles gastados. Dentro de todo aquel infausto movimiento, me alegraba que Marta y Raymundo hubieran podido quedar con la casa de 21 en la que iban a poder instalarse con las niñas a sus

anchas.

No sé qué circunstancias mediaban pero aquel primer invierno en Ibicuy fue de privaciones. Recuerdo que lo único barato que quedaba en la feria era la acelga y que yo, ante el horror de Ina, me dediqué a hacer raviolos según una receta de Olga Cohn. A veces se pegaban pero a veces no...

Los niños, que seguían yendo a la Escuela Grecia, viajaban en ómnibus y yo los iba a esperar a la parada de 18 y Paraguay. Uge estaba en primer año y sus hermanos lo cuidaban rigurosamente. Todas las tardes, cuando cruzábamos la Plaza Libertad, él besaba la parte delantera del motor de un ómnibus de ONDA.

Por entonces era fanático de los motores y cuanto más grandes más lo atraían. De su “maquinadora volcadora grande” de color amarillo, pasó a pedir un auto rojo de carrera al que llamó “el sotazo” porque se lo dimos como premio por sus primeras notas.

Aceptaciones

Claro que también hubo cosas buenas en aquellos días si las busco bien.

Paulita, tal vez era la que más extrañaba a sus primas y amigas, tenía que compartir el cuarto con sus dos hermanas chiquitas en la cucheta triple ubicada en la pieza del frente. Ya empezaba a sentirse grande y las hermanas no eran la compañía que la colmaba. Estaba linda, espigada y con el pelo a la cintura. Con todo eso había hechizado a un niño rubio, muy feo, que vivía y trabajaba en una cartonería a la vuelta. “Paula y Miltito” se dedicó a escribir por las paredes el despechado y por mucho tiempo, aún después de que nos mudáramos, quedó indeleble aquel testimonio de amor.

Eduardo había comprado una camioneta TEMPO similar a la de Jorge Iroz. Era lentísima y de poca fuerza, con motor de dos tiempos, pero tenía una capacidad perfecta para nosotros. Con ella, ingresó en la fábrica de pastas Marzotto en Soriano y Paraguay y estaba a la orden los domingos para distribuir los pedidos por todo Montevideo.

Mao y Paula lo acompañaban bajando hasta las casas a entregar los paquetes pero generalmente Mao se mareaba - casualmente cuando andaban por Pocitos- y debía recalar en lo de Pancho Castellanos donde permanecía. El

pago era en especies y comíamos así enormes ravioladas, excelentes, que no se podían comparar con las que yo elaboraba entre semana.

Por aquellos tiempos yo reciclaba mi inglés con Mari Vázquez y Mingo Carlevaro pero mis minutos disponibles eran escasísimos y aquello era prácticamente inviable. Con todo, me tranquilizaba constatar que tenía en la memoria el inglés que un día había estudiado.

Las dos menores estaban en el auge del juego y el desacato, ésta última parte siempre liderada por Lucía. Inés lloraba mucho deteniéndose en el sonido U, Buuuuuuuuuu Pero no debía llorar sin razón porque su hermana era de una malignidad militante y continua.

A poco de caminar, jugando a aquel diabólico “Al que le pego le pego” que habían inventado y consistía en girar descontroladamente hasta caer, Lucía había roto una enorme damajuana que Eduardo había comprado en un remate y que a mí me parecía un adorno precioso. Por suerte, el desastre fue incruento pero yo me enojé mucho. La niña era tan caradura que cuando se le preguntaba sobre el hecho decía: “Jamie: no ne rompas la madajuana” acusando cínicamente al tío Jaime que nada tenía que ver.

A pesar de todo yo la admiraba, tal vez por su creatividad para el mal, por su simpatía y su desenfado.

Los varones, después de hacer los deberes, improvisaban partidos de pelota con Paula en el corredor. Era tan patético que terminamos haciéndolos socios de Juventus. En el verano Mao pasaba largas temporadas en Punta del Este en la casa de los Castellanos en Chiverta.

Eduardo contrajo una bursitis que quedó con un brazo inmovilizado y sin mutualista. Me parece verlo sentado en el sillón con su brazo en cabestrillo y aquella expresión de “me estoy muriendo” que, con su flacura, combinaba de perlas. A mí me angustiaba mucho, recuerdo que lo atendió el tío de Marta Abella y lo llevaba al Victoria Plaza a hacerse aplicaciones.

A esa altura también yo terminé borrándome del Círculo Católico por no poder pagar. Recuerdo que el cobrador estaba inconsolable e insistía en darme otra oportunidad hasta que terminamos llorando ambos.

Y la Kantuta se murió. Sí, se debe haber muerto de tristeza tan buena y silenciosa como había vivido aunque ya tenía como doce años.

Para culminar, una anécdota ilustrativa. Ina se había ido a lo de Aída la prima de mi madre y a mí, con los últimos pesos, se me ocurrió ir al mercado de la Abundancia a comprar pescado. Hasta allí arrastré a las dos menores, tal vez en su sillita. Como me vieron la cara, en el mercado me vendieron un pez que, por su olor nauseabundo, debía ser de otra era.

Cuando volvimos abrí la puerta, puse la llave en la cerradura por el lado de adentro pero volví a bajar para subir la sillita. En ese momento Lucía ingresó y pasó llave quedando encerrada dentro de la casa.

Inés lloraba, yo no sabía ni dónde poner el pescado ni como hablarle a la que además, parecía haber enmudecido. Llamé a vecinos y supliqué temerosa de que la niña fuera a subir a una ventana pero el apartamento era inexpugnable desde afuera.

Al final, como estaba en zapatillas y con el pez hediondo en mi poder, dejé a Inés en casa de un vecino y fui al Juzgado de Aduana. Allí si alguien tenía alguna expectativa en torno a la figura de la mujer del Juez, la debe haber visto volatilizarse, pero logré la llave de Eduardo y llegué corriendo a casa.

Al entrar, otro susto, Lucía no aparecía, pero después la descubrí debajo de la máquina de coser de Ina escondiendo la cara entre las manos. Además se acababa de hacer caca.

Y más y más presagios

En medio de aquel aquelarre, aun nos llegaban ecos del mundo exterior, el mayo francés, la imaginación al poder y todo aquello.

Y entre nosotros, un gobierno de Pacheco que abusaba hasta el límite de las medidas de seguridad mientras parecía redoblar el descontento y la furia de la gente.

Y estábamos en Ibicuy cuando mataron a Liber Arce. Arlinda acababa de llegar a pasar unos días y no podía entender que yo fuera a la Universidad y después, caminando en aquella enorme columna hasta el cementerio. Me miraba con temor pero tal vez, muy en el fondo, con una pizca de respeto. Como todo el mundo, yo estaba conmovida y me sacudían los presagios más

funestos. Arlinda tocaba la guitarra y no entendía nada y había que seguirle el tren porque era nuestra huésped y nos quería tanto! Su filosofía era: vamos a pasarla bien y hay que acercarse al que está arriba y no cabía discutir.

Los vecinos

Vale la pena recordarlos. Abajo vivían los dentistas, una pareja con dos hijos grandes y tenían el consultorio ahí.

Pero en el mismo piso de nosotros, en el apto del fondo, vivía una Sra. sola, viuda, que nos saludaba con cordialidad. Sabíamos por mi suegra que era una judía muy religiosa, observadora del sabbath y de todos los ritos de su religión. A mí me hubiera gustado conversar y adentrarme en un campo que desconocía, pero ella era más bien esquiva dentro de su cortesía y además su castellano era endeble.

Dentro de lo poco que podíamos saber sobre su vida, lo único que nos constaba era que recibía pocas visitas pero en general, en días prefijados.

Una tarde venía con los chicos y nos topamos con dos de aquellos judíos ortodoxos, vestidos de negro, con largos sobretodos y barba, sombrero de fieltro y, lo más fascinante: unos rulos largos que salían de sus sienes y les caían casi hasta el hombro. Uge me decía: “son Papa Noeles negros, verdad?”.

Las dos figuras fueron hasta el apto de nuestra vecina y allí se sumergieron.

Era viernes, seguramente, aquellos días desde la caída del sol hasta el ocaso del sábado eran dedicados a la oración y el descanso.

Mis conocimientos del Antiguo Testamento salían a relucir. “Acuérdate del día sábado para santificarlo” ordenaba el Exodo y desde la época de Moisés saltar el descanso del sábado equivalía a la pena de muerte. Pero estábamos en el siglo XX, claro.

Desde el apto del fondo durante el sabbath había penumbra y cánticos plañideros, supongo que los gritos de nuestros hijos a veces serían un sobresalto en medio de las lecturas y la oración. Aquellas visitas barbadas de nuestra vecina nos saludaban con una inclinación de cabeza a lo sumo, tal vez porque al estar nuestra puerta abierta y ser tantos, era imposible no topar con nosotros. Pero un día, dos de ellos nos llamaron con un pedido insólito:

querían que tocáramos timbre en lo de su amiga porque ella no oía sus golpes en la puerta.

Aquello, que al principio nos divirtió bastante, se fue haciendo una costumbre pesada. La Sra. era sorda y a ellos les estaba prohibido el sábado hasta poner en funcionamiento el mecanismo del timbre, entonces, se colocaban a un lado y nos dejaban hacer a nosotros que presuntamente, éramos los impuros y ya sumergidos en la impiedad, nada iba a perjudicar más nuestra situación ante Yavé.

Un día, sin embargo, Eduardo iba a ponerle fin a aquellas peticiones reiteradas. Estábamos almorzando y ellos, tal vez guiados por alguno de nuestros hijos menores, entraron hasta el comedor y como era su costumbre, sin saludar, reiteraron su pedido. Entonces Eduardo les dijo que no, que no íbamos a ayudarlos más. Lo miraron con un gran desconcierto y él les reiteró lo que había dicho: no más. Se fueron con un gran temblor en sus rulitos y a puntapiés, golpearon la puerta de la Sra. hasta que les abrieron.

Aquella negativa tan fría y tajante de Eduardo me dejó confusa. Por un lado me pareció valiente, casi admirable, por el otro la ví soberbia desproporcionada. Pero no volvieron más.

Un descanso: fines de semana en Solymar

El alquiler durante el otoño-invierno de aquella casa en Solymar fue una bendición para todos.

Entonces Solymar no era el de hoy, había grandes superficies de bosques y pocas casas. El Sr. Tretiak, que nos alquiló la casa suya, era un tendero de la Av. Rivera, modesto y trabajador que, tal vez con sus ahorros había ido construyendo su casita para las vacaciones. Y se veía que la había hecho con esfuerzo, por etapas y con muy poco dinero.

La casa, tres piezas bajo techo plano, piso de escayola y puertas desaparejas tenía lo mínimo para pasar los fines de semana pero era muy fría y su estufa a leña era casi de juguete. Para nosotros, salidos del sombrío apto, era un paraíso.

Yo me lanzaba a caminar por el monte, totalmente a ciegas, totalmente fascinada. Había actualizado mis conocimientos sobre hongos y nominalmente

iba juntando las especies comestibles que sí las había y por momentos, en abundancia, pero, en realidad, lo que me embriagaba era aquel lugar y aquella sensación de libertad, aquellos rumores de ramas y aquellos perfumes. El paraíso debía parecerse a aquellos bosques y a aquel andar a ciegas.

De mañana, cuando se levantaba la niebla, salíamos y habían aparecido aquellas enormes amanitas muscarias, los hongos de pie blanco y sombrero naranja moteado que eran más grandes que los taburetes de los chicos. Yo los detenía diciéndoles que eran venenosos pero eran tan bellos que todo se les podía perdonar y solo mirarlos, era placentero.

Fue allí en Solymar que tanto Mao, por torpeza y falta de oportunidades, como yo, por efectos de aquella agobiante sobreprotección, no nos habíamos lanzado a andar en bicicleta, lo logramos. Diría que no sentí vergüenza, sino una especie de embriaguez tardía que me llevaba a no querer detenerme jamás.

En el fondo de la casa había un pequeño techado de troncos y un parrillero. Allí Inés y Lucía descubrieron lo que llamaban el “menomená” o mangangá, unos enormes pompílicos rojizos que cazaban arañas, las inmovilizaban con su aguijón y los llevaban a su agujero para comida de las crías. Para todos, aquellos fines de semana eran benditos pero Paula permanecía seria: ya empezaba a sentir la necesidad de las amigas o primas de su edad junto a las que pugnarían por desprenderse de “las chiquitas” y de los varones que solo sabían jugar a la pelota.

Yo aún hoy he vuelto a soñar con aquel bosque.

Las copas y la sorpresa

Después de aquellas vacaciones de fin de semana, el apto se nos hacía más sombrío aun si bien allí nos esperaba Ina con sus confituras y la panadería Novaresa y Reytú donde un gatito gris, recién nacido, nos mandaba mensajes.

Un día noté con horror que, dentro del cristalero y sin haberlas movido, varias de nuestras preciosas copas de Murano de diferentes colores, se habían degollado solas, seccionándoseles como un aro de cristal bien parejo. Nunca supimos si fue alguna vibración extraña o la intensa sombra del ambiente la que causaba la curiosa mutilación que vino a rubricar mi rechazo hacia el

lugar. Y cuando ya había ido a la Escuela República Argentina pensando anotar a María Inés para el año siguiente, cuando, como podíamos, habíamos aceptado la idea de que aquel iba a ser nuestro hogar por varios años, llegó una sorpresa increíble: había salido una ley que otorgaba un préstamo de vivienda para los magistrados que llegaban del interior y se les daba prioridad a los que tenían mayor número de hijos. Increíblemente, le debíamos al gobierno de Pacheco aquella bendición.

Cuando salimos a buscar casa el clamor de los chicos fue unánime: querían volver al barrio de sus amores, así que rumbeamos para la zona de Trouville-Punta Carretas casi llegando al Parque Rodó y empezó la búsqueda.

Nuestra casa

En realidad no vimos tantas casas, muchas iban quedando descartadas enseguida, otras quedaban en lista de espera con más o menos posibilidades. Recuerdo que vimos en Sarmiento casi 21 una que, en su garaje tenía, una fuente surgente de agua, eso era fascinante pero la casa era fea.

Al final casi estábamos decididos por un caserón en Ellauri y Joaquín Núñez cuando, cruzando por ésta para subir al auto, la vimos y la reconocimos.

Era, sin ninguna duda, nuestra casa y tenía cartel de venta. Cruzamos,



entramos a verla y quedó confirmado: allí íbamos a vivir. Fue un amor arrasador y a primera vista. En la planta baja tenía escritorio, living, comedor, cuarto de servicio o despensa, baño, cocina, garaje y arriba había otro baño con tres dormitorios, además de uno en el rellano de la escalera



que daba a una terraza.

Yo por supuesto, quedé hipnotizada con el jardín atravesado por una larga parra, en cuyo fondo había un pequeño cuarto para herramientas.

La casa estaba pintada de colores un tanto chocantes para el estilo de la época, rosa el living, verde el comedor, los cuartos turquesa y gris, pero nada de eso logró que no la captáramos como la número uno, la que siempre quisimos y que al parecer también nos reconocía a nosotros.

El dueño, Mognoni, quedó impresionado de la rapidez de nuestra decisión y todo se allanó para que él se fuera y pudiéramos entrar nosotros a la brevedad.

Habíamos encontrado la casa de nuestra vida, el lugar que estaba hecho a nuestra medida. Hoy puedo afirmar que no estábamos equivocados, allí vivimos tantas cosas, buenas y terribles, que sí, sin duda fue la casa de nuestra vida. Y aún hoy, a veces, la recorro entre sueños y voy repasando aquel vitral de colores en el comedor, el mosaico que era brevemente diferente de los demás, el crujido de la escalera, el perfume de los jazmines de diciembre, el sabor de los nísperos, el resplandor del lucernario, la claridad del cuarto de los niños, los afiches de Ouro Preto que estaban en la pared de nuestro cuarto, las gaviotas en fila sobre el techo de la iglesia, los dos sofás verdes que Eduardo había armado en el living, la lámpara amarilla sobre la mesa del comedor y nosotros, claro, todos nosotros transitando por allí, no sé si conscientes o no de la maravilla.

Ya en Punta Carretas

Luego de algunos papeleos, la mudanza por fin se produjo. Y nos distribuimos así: en el cuarto grande del frente quedaron las tres niñas, al lado

en el cuarto del balcón los varones, Ina en el del rellano de la escalera y nosotros en el cuarto que daba hacia el fondo.

Eduardo instaló su escritorio en el sitio original, es decir, a la entrada, junto al ventanal. Allí también estaba el teléfono .Y había un pequeño taller en el garaje.

Como familia grande, rápidamente empezamos a tender redes en el barrio. Por distintas causas y en diferentes ambientes, fuimos conociendo a mucha gente y empezamos a querer a Punta Carretas como si siempre hubiéramos vivido allí.



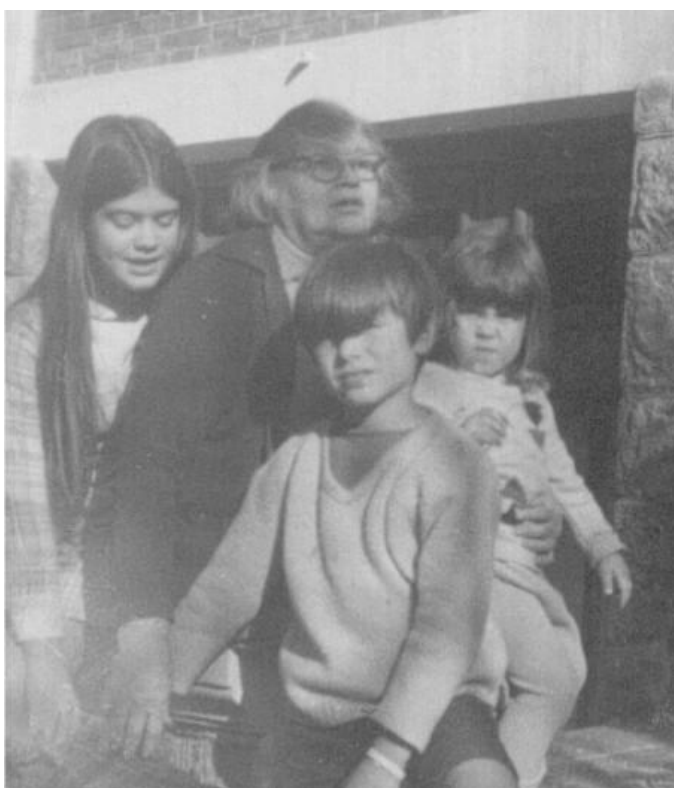
Mao en primer lugar, con sus amigos del futbol y la escuela, yo con la parroquia y después Inés y Lucía teníamos una amplia red por casi todo el barrio. Punta Carretas en aquella época era tranquila y casi sin ómnibus, sin semáforos por supuesto, con algunas callecitas estrechas trazadas mucho antes, algunas aún empedradas. Con Eduardo la recorríamos caminando maravillados: Tabaré, Miñones, Riachuelo, Lagunilla...

En general era el tipo de barrio de clase media baja con la excepción de algunas mansiones. Una clase media que, a principios de siglo, se había hecho su chalet, no ostentoso pero suficiente. Por todos lados, en nuestra propia casa, estaba la mano de Bello y Reboratti.

La gente que en general pertenecía a la segunda generación en el barrio, era tranquila, vivía más que nada dentro del hogar y amaba su barrio, es especial el trozo de la costa tan característico que estaba ahí, todavía casi incontaminado para ser disfrutado por todos. Nosotros no teníamos más que bajar tres cuadras y llegábamos a la entrada de La Estacada a la que seguía un

muelle que terminaba en una punta rocosa desde la que era posible la zambullida en un mar que parecía oceánico.

Y en medio de aquella sinfonía de tonos alegres y apacibles, estaba la mole gris del penal. Todavía no había adquirido las entonaciones de dramatismo que las circunstancias le irían dando. Veíamos entrar las colas de visitantes y hasta había funcionando un puesto de Subsistencias tras el primer portón. Yo nunca quise ir a comprar allí. Cuando pasábamos por los fondos de la manzana de casa, es decir por Solano García, veíamos los celdarios que estaban ahí nomás. A veces los presos nos saludaban y nosotros siempre les



contestábamos el saludo, otras veces, desde las canchas del penal nos caía una pelota y para reponerla, yo, que siempre fui torpe y sin puntería, debía hacer esfuerzos descomunales hasta lograrlo.

La Escuela Grecia era uno de los centros del barrio pero también estaban los Maristas en 21 y Williman y el Sacre Coeur en Ellauri y Montero, colegios “bien” o por lo menos tenidos por menos populares. Ambos aún no

eran mixtos y luego se fundirían en uno.

Y después de esta instantánea tan insuficiente no sé por dónde seguir. En aquellos años, fin de los 60 y principios de los 70, nos iba a caer encima una avalancha de acontecimientos decisivos que trataríamos de asumir y procesar como pudimos.

Esta no es una crónica histórica pero a veces muy claramente la historia se metía en nuestras vidas y hasta lo que parecía más inocuo y cotidiano podía adquirir perfiles casi de epopeya.

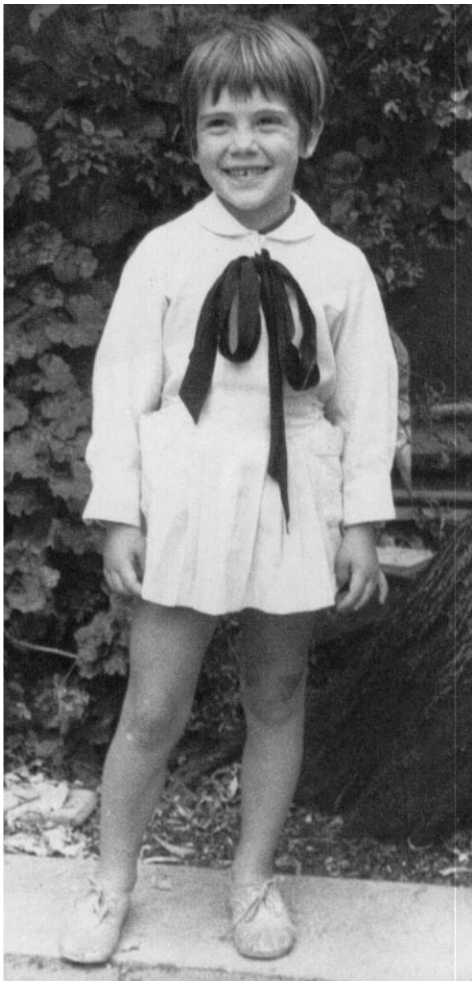
Sé que todo esto que escribo debe estar plagado de errores y subjetividades. Aunque he intentado tener frenada mi imaginación, es posible que la memoria, esa bruja traicionera, me haya llevado a borrar o a enfatizar determinados perfiles, creo que también eso es inevitable pero seguiré tratando de tenerla a raya.

Y pienso que, ya no se trata de escribir un libro de historia, lo mejor para facilitar mi tarea y hacerla más amable al que la lea, es ir desgranando acontecimientos, no sé si en estricto orden cronológico, e intentar apresarlos in situ. Tal vez después de una lectura general surja un atisbo, una chispa de lo que fue aquella hoguera generalizada de los 70 y de la situación de nuestra familia allí inmersa.

LIBRO 4

María Inés va a la escuela...y Paula al liceo

Todos instalados en la casa de J. Núñez, se nos vino el año lectivo 1970. La gran novelería era que Inés acompañada de los dos hermanos varones, iba a empezar su jardinera en la Grecia.



Ella estaba feliz, despegándose por fin de Lucía que languidecía de celos.

Nos fuimos todos a la escuela y en el consabido acto de iniciación de cursos, otra vez Renée me dejaba llena de aprensiones, pero pronto éstas se esfumaron: María tenía una maestra nueva, hermosa, con carita de Blancanieves y una sonrisa celestial. Su presencia me tranquilizó totalmente y con ella quedó M. Inés, tan chiquita, saludando desde la fila.

Yo solía escuchar atentamente los comentarios de los chicos al salir de la escuela. Inesita venía radiante pero hacía comentarios raros: por ej: “a un niño que se portó mal lo mandaron al cuartito de las arañas” o “por desobedecer a manganito lo llevaron arriba donde un doctor le pincha los oídos a los niños”.

Ella iba tranquila y feliz, en gran parte por la cercanía de sus hermanos, pero pronto hubo niños que no quisieron seguir concurriendo.

Pasado un tiempo, a pedido de los padres, se citó a una reunión y empezaron a surgir voces coincidentes: había niños aterrorizados por los supuestos métodos pedagógicos de la maestra. Jamás hubiera sospechado esa

patología. Una inmediata gestión ante Primaria hizo que Blancanieves desapareciera y fuera sustituida por una maestra mucho más deslucida pero normal.

Inesita, entretanto, se mostraba tan feliz con una como con otra, era inteligente y querida por todos y fue afianzando sus primeras amistades sin ningún problema.

Paula por su parte, iniciaba su primer año de liceo en Las Teresas, no por capricho, sino porque al creer que íbamos a vivir en Ibicuy, ese liceo quedaba cerca y allí la anotamos. Confieso que, además, pesó en mí el excelente recuerdo de aquel lugar.

Pero desde el primer día ella odió el uniforme marrón a cuadritos que, no obstante le quedaba precioso, hay fotos que no me dejan mentir. A la vez, extrañaba a Cristina Darré, su amiga del alma y al resto de los compañeros que habían pasado en masa al Suárez y se sentía incómoda con el ambiente catolicón del liceo.

Cada mañana yo me levantaba con ella y la acompañaba hasta la parada, cada mañana el rechazo se repetía y yo me volvía a casa esperando que todo aquello no fueran más que problemas de adaptación, pero al día siguiente, el panorama era el mismo y me sentía culpable por un error que era mío. Así fue cursando el año a tropezones hasta que, en agosto, una circunstancia especialísima la vino a liberar.

Los liceos populares

En el 70 en todos los sectores se vivía en crisis pero en ninguno como en la enseñanza. La Universidad oficiaba como termómetro de una situación que pugnaba por estallar, fuese por donde fuese y luchaba denodadamente por su autonomía.

Pero también en la enseñanza media los paros y las ocupaciones de locales, seguidos de la represión correspondiente, eran moneda corriente. La ebullición llegó a tal límite que se tomó una medida extrema: suspender las clases por el resto del año. Corría el mes de agosto, solo la gravedad de la



situación podía hacer que se adoptara aquella medida que ocasionaba perjuicios en todos los órdenes.

Pero, vox populi vox dei, la respuesta fue admirable, originalísima, inesperada: en instituciones deportivas, gremiales, en parroquias y en los locales más diversos fueron surgiendo los llamados “liceos populares”. En ellos, sin medios pero con entusiasmo, algunos docentes y padres tomaban la posta y seguían impartiendo clases en forma totalmente autónoma.

La reacción contra ellos fue inmediata pero aquella expresión, que tal vez haya sido el primer atisbo de otras que seguirían, aun durante la dictadura, sirvió para demostrar que la creatividad se exagera cuando se intenta que las voces de la gente sean acalladas.

Mi experiencia se vivió en la Parroquia Punta Carretas. Allí me presenté espontáneamente a ofrecer mis servicios y se acordó que ocupara las horas de francés ya ni sé en qué año. Ya había dado clases particulares y me sobraba en la materia. La parroquia nos había reservado toda un ala de su edificio y el liceo contaba con cuatro o cinco salones con sillas y pizarrón. Los alumnos llegaban con la mayor disposición y los docentes éramos entusiastas. Aquella experiencia no formal fue interesantísima. Todavía recuerdo a Pirruca, que luego sería una amiga tan querida, oficiando de secretaria general de aquel intento. Pero no estaba sola, muchos padres y docentes estaban allí apoyándola.

Y también los curas, Recuerdo que varias veces cayó la Policía exigiendo las listas de docentes y de alumnos. Entonces el párroco, un cura viejo y gordo

que usaba el hábito de los capuchinos, extendía su mano y se guardaba en el bolsillo la libreta con nombres y teléfonos de todos nosotros. A través de él, a quien no conocía, se recompuso en gran parte mi confianza en la misión de una iglesia menos ritualista y más cercana a la gente. Era un hombre de pocas palabras, se llamaba Fernando Acosta.

En el liceo popular Paula se reencontró con muchos de sus compañeros que estaban cursando en el Suárez y quedó sellado su reingreso a aquella institución. También Inés y Lucía asistían informalmente desde el escritorio de Pirruca que se mostraba fascinada con ellas y desde él fueron tomando posesión de toda la casa parroquial donde descubrían insospechadas posibilidades de diversión. Aunque el tiempo de los liceos populares pasó dando lugar a otros más y más cargados de presagios agoreros, a todos los que estuvimos allí nos quedó, junto con la novelería de haber participado en algo nuevo y fermental, la certeza de que había otra gente como nosotros que estaba ahí nomás, más cerca de lo que creíamos y era capaz de latir al unísono. No era pequeño ese descubrimiento.

Nuestros vecinos

Los vecinos, en especial los más cercanos, de alguna forma siempre tienen incidencia en nuestra vida. A ese respecto, en la nueva casa pronto supimos que la cosecha era variada,

De uno de los lados vivían los Quiñones, matrimonio más un hijo de la edad de Uge. Siempre mantuvimos con ellos una relación muy cordial que en el caso de Selva y mío fue por momentos muy cercana. Del otro lado, en otra de las casas del grupo Bello y Reboratti, cuando nos mudamos vivía un médico con una hija que hizo amistad con Paula pero pronto se mudaron y allí hicieron irrupción los Genta que se constituirían en una de las pocas plagas que presentaría el barrio.

Era un matrimonio cincuentón, unido en segundas nupcias, con esa relación entre parental y descolocada que suelen tener las parejas sin hijos. Eran avasallantes, claramente pro yanquis, tenían un perro al que trataban como a un hijo y lo peor de todo: cantaban o pretendían cantar en una esfera pseudo profesional que siempre quedó en el pseudo. Su terreno era más el de



la zarzuela que el de la ópera pero todo venía bien para su empeño por desentonar a pulmón batiente. Sus ejercicios, que llegaban hasta el alarido, nos perseguían a toda hora y no había ventanas cerradas que nos protegieran.

Pero, además, aquel jardín suyo que recibieron con árboles y plantas hermosas, pronto sirvió de campo para que el dueño nuevo se

enseñoreara con tijeras y hacha para lograr una especie de campo pelado para el juego de su perro. A mí cada golpe del hacha me pegaba en el alma.

Las paredes linderas con nuestro jardín eran una gloriosa espesura de madre selvas y jazmines. Yo recuerdo que, embobada, me sentaba solo a contemplar aquella fragante espesura verde que me tonificaba el espíritu.

Pero pronto el vecino habría de decir- Señora: esto puede ser un nido de grillos, voy a tener que sacar todo. Mi modesto- Yo adoro a los grillos- no fue escuchado y procedió a la masacre para levantar un muro infame.

Por muchas señales veíamos que aquella gente, además de obtusa, podía ser peligrosa y cuando los vimos en la lista final de colaboradores en el libro sobre las actividades de la CIA en el país, no nos sorprendimos. Su presencia fue una constante molestia y por momentos una amenaza.

La Parroquia

Aquella iglesia del Post-Concilio con la impronta del Papa Juan XXIII se había tornado otra. Se diría que, no solo fue abrir la ventana para que entrara el aire fresco, sino más bien, para que el evangelio pudiera mostrarse como algo vivo y operante, y eso en todos los órdenes que abarcó la temática conciliar.



A mí aquella iglesia me cautivó. Retomé los lazos que desde siempre me unían a ella pero en una forma más consciente y libre, a sabiendas de que había allí un manantial de vida que había que seguir liberando.

Me acerqué entonces a mi parroquia y desde allí, empecé a dar los escasos lapsos de tiempo que me permitían mis responsabilidades en casa.

Los curas capuchinos, campechanos y abiertos, todos en sintonía post-conciliar, me ofrecieron su amistosa bienvenida.

Pronto se me abrieron las puertas de la Biblioteca parroquial que era muy grande y variadísima. Se había formado con años de donaciones de diferentes orígenes y en su caudal había desde antiguos tratados de teología hasta lo último sobre la novedad del Vaticano II. La idea era darle un orden lógico a todo aquello e intentar, luego de una necesaria limpieza, que la biblioteca se abriera al barrio. Recuerdo que le incorporamos hasta un servicio



de préstamo de textos liceales que tuvo gran éxito. Claro que yo, entre libros, no me limitaba solo a clasificar y ordenar sino que leía con avidez.

Por esa época, Tona Viña, desde entonces amiga tan querida, se incorporó a trabajar conmigo. Y mis hijas chicas obtenían el cariño de todos hasta

del lacónico Francisco, el sacristán, que cuando fabricaba las hostias con un aparato especial, les regalaba los bordes sobrantes que ellas comían como golosinas.

Como párroco había llegado Santiago Vítola, joven, alegre, vital, adorado por todos, que recorría con su Vespa el barrio y llevaba tras de sí el cariño y la adhesión generales. Él fue un amigo inolvidable por el que jamás dejaré de estar agradecida.

Pero aquel adentrarme en el post concilio tuvo además, un complemento sin el cual mi comprensión de la iglesia no hubiera sido igual.

Me refiero a los cursos de Teología de Juan Luis Segundo, hombre santo y genial, uno de los fundadores de la Teología de la Liberación.

Él fue uno de esos genios que el Uruguay saca a luz cada tanto pero luego relega a la sombra. Redescubrir el mensaje de Jesús de su mano fue uno de los regalos más grandes de mi vida.

Por varios años, con un gran grupo de gente lo seguimos. También seguimos su polémica con un tal Cardenal Ratzinger, que era por entonces el encargado de la Congregación para la Doctrina de la Fe, equivalente a la inquisición de otras épocas. Jamás dudé de que Segundo tenía razón. Tampoco de la misericordia divina que impidió que estuviera vivo para ver a su contrincante sentado en el trono de Pedro como Benedicto XVI.

Nicolás

Intentaré ser descarnadamente sincera. Nicolás no vino fruto de la impericia o del azar, fui yo quien quiso que viniera. Muchas veces me pregunté por qué sí y por qué en aquel momento. Tal vez fuera porque quería cerrar allí, en aquel lugar tan querido, el ciclo de mis gloriosas maternidades, me gustaba soñar con un bebé gateando entre las flores, tal vez fuera porque, al ver a nuestros hijos en su conjunto, quise reiterar la maravilla o tal vez, porque buscaba retardar mi propia salida al mundo y afrontar la vida a la intemperie. Creo que hubo algo de todo eso y que casi todos eran motivos egoístas y eso me duele.



Pero lo que nunca pensé es que iba a desatar tal cúmulo de vivencias intensísimas que nos involucrarían, no solo

a Eduardo y a mí, sino a los otros hijos y a más gente aun, además, por supuesto, del propio ser que se estaba gestando.

Porque yo soñaba con un hijo vivo, sano y feliz y me llegó un niño Down, con una incipiente hidrocefalia y un corazón que le imposibilitaría la supervivencia.

Ya el tercio final del embarazo fue difícil, distinto a todos. Había una placenta anterior, un bebé mal colocado y pérdidas que me obligaron a una semi quietud.



Recuerdo que, desde la cama, recibía los cuentos sobre los comités del Frente Amplio que florecían por toda la ciudad. Eduardo, inhibido por ser juez, se abstenía de toda participación, pero nuestros hijos mayores y sus amigos sí circulaban muy cerca y el aire era de festejos.

El día del 4º cumpleaños de Lucía, mientras lo festejaban en la parroquia y yo los veía por la ventana de mi cuarto, empezó el parto. Fuimos en el auto de Quiñones. Y todo fue



relativamente más fácil que lo esperado para un parto de nalgas. Pero desde que nació quedé envuelta en la torpeza conmiscerativa del los médicos que me hablaban a medias dejándome asustada y temblorosa pero sin saber la verdad completa.

Todos aquellos momentos en el sanatorio, todos, los conservo indefectiblemente grabados en la memoria, en especial una pesadilla en la que yo no cesaba de escapar apelando a todos los recursos.

Más tarde, con Eduardo, que fue el mejor compañero y el mejor padre para Nicolás, nos abocamos primero a enterarnos de qué se trataba la anomalía y luego a buscar todas las formas de paliarla.

Pediatra, neuróloga, genetista, pero también los maestros y técnicos de la Escuela Pública de 19 de Abril, donde se nos enseñaban ejercicios de estimulación temprana, nos vieran desfilar buscando los medios para salvar lo que fuera salvable, aun los propios restos de nuestra esperanza.

El niño, dulcísimo y más querible que ninguno, recibía todos los mimos y los cuidados que le podíamos brindar pero constantemente enfermaba por carecer de defensas. Yo intentaba resguardarlo pero no lo conseguía y cada tres o cuatro meses se sucedían las internaciones en el Hospital Español donde todo era cerrado y gris y donde parecía que toda esperanza se iba acabando. Varias noches creí morir pero el niño me necesitaba y estaba allí. Me necesitó por poco menos de dos años y entonces se liberó.

No quiero, no puedo escribir sobre esto. Yo quería que viviera y fuera feliz. El, tal vez en aquel lapso tan corto, completó su camino y lo que yo hubiera querido ya para nada cuenta.

Y después...

Y después, claro, la vida sigue, inflexible y hasta cruel. Todas las madres que pierden a un hijo chico conocen de esto y yo no era más que una de ellas juntando fuerzas para deshacer su cuarto, regalar su ropa, sus juguetes, lo más rápido posible porque si no tal vez fallemos en el intento.

En aquel momento pensaba que podía lanzarme hacia cualquier camino: mendiga itinerante, guerrillera, exploradora en la selva, pero no podía. A mi lado las cinco caritas de los hijos pedían presencia y solicitud. Había que escucharlos, intentar contestar sus preguntas, darles todo el amor del mundo para reparar la herida.

Aparentemente, las más afectadas eran Paula y Lucía pero los otros también porque allá en lo profundo, donde solo Dios ve, no sé qué desgarros habían quedado.

Mucha gente nos ayudó, por cierto que mucha gente, a veces demasiada.

En la parroquia había un núcleo que se iba diferenciando, de ahí salía un cálido efluvio de afecto que parecía reconfortar.

Pero la ayuda tenía que salir de nosotros mismos y tal vez aquel fue el momento en que se gestaron decisiones que iban a pesar por el resto de la vida.

El golpe

Era junio del 73 y poco tiempo después de morir Nicolás, una sucesión de bandas militares y comunicados nos fueron allanando el camino hacia la noche del 27 en que las fuerzas armadas entraron al Parlamento y el golpe de estado se efectivizó. Recuerdo la lámpara amarilla del comedor, la tele encendida, nosotros esperando porque no era posible, no en el Uruguay, pero sí, sí lo era. El endeble hilo del que pendía una democracia ya muy endeble se cortó.

Los rumores empezaron a circular, mucha gente caía en redadas e iba a parar a los cuarteles o simplemente desaparecía. En aquellos comunicados de

las fuerzas conjuntas se daba cuenta de las bajas y las detenciones de los presuntos subversivos. Muchas veces vimos traspasados de dolor, caras de amigos que sabíamos inocentes y nada se podía hacer por ellos.

Una convocatoria empezó a correr boca a boca:” el 9 a las cinco de la tarde”; se parafraseaba el poema de Lorca para poder mencionar la hora sin caer en el delito de la subversión.

Fue la primera salida de Eduardo y mía después de morir Nicolás. Fuimos al centro, pasamos a saludar a mi padre y minutos antes de las cinco llegamos a 18. Enseguida fuimos rodeados por una muchedumbre enorme que iba de pared a pared. Si había cánticos y consignas no lo recuerdo, sí recuerdo un aterrador silencio y cuando acabábamos de pasar por 18 y Río Negro, empecé a sentir un pánico que me heló las venas y le pedí a Eduardo para irnos. Tal vez lo que me espantó fue el sonido de las primeras balas, no sé, pero cuando intentábamos cruzar la galería que iba transversalmente hacia Río Negro, ya una ola humana nos seguía y una columna de soldados armados a guerra estaba atacando.

Es difícil rescatar del olvido ciertas imágenes pero no la de aquella corrida hasta San José. En medio del espanto ví que Eduardo corría más y mejor que yo y llegaba a parapetarse contra un árbol. Allí llegué yo también y sentíamos las balas pasar a nuestro lado. Era evidente que en ese lugar no nos podíamos quedar entonces, apelando a mi gesticulación, me acerqué a la puerta cerrada de una joyería y supliqué que nos abrieran. No los veía demasiado dispuestos pero, al fin accedieron y pudimos entrar los dos. Desde la vidriera veíamos cómo los soldados derribaban a la gente y una vez en el suelo, se ensañaban golpeándola.

No sé cuanto duró aquella eternidad de gritos y corridas, de gente que intentaba entrar donde fuera para huir. No sé si fue media hora o una, no sé. Sé que muchos grupos se disolvían y se volvían a armar y que todo siguió hasta medianoche.

Recuerdo que nos fuimos a pie, y por Ejido y Canelones encontramos un bar para hablar por teléfono. En casa todo estaba bien Mao y Paula, escapados, habían intentado infructuosamente venir hacia el centro y no lo habían

logrado. Después supimos que aquella tarde había caído preso el Gral Seregni y muchos más.

La oca

En casa intentábamos preservar cierta rutina placida y luminosa. Lucía siempre manifestó un marcado interés por los animales. Entonces, para motivarla, decidimos ir de paseo a Tristán Narvaja y allí inducirla a seleccionar algunos. Pero por aquella vez, no hubo vacilaciones. Los patitos, como una gran escuadra amarilla, eran el gran atractivo y no le costó elegir uno y tomarlo para sí.

Todos estábamos conmovidos por su belleza y fragilidad y por lo manso e inteligente que era. Hasta el perro Piolín -hijo de Buti, salchicha de los Viñar y de un desconocido- decidió respetarle la vida.

Entretanto el animal devoraba varios platos de polenta por día con un tesón increíble. Y crecía. Y crecía más aún. Nadie sabía hasta donde iba a llegar. Al tiempo, su plumaje fue variando, la suave pelusa amarilla mudó a fuertes plumas blancas que en la cola y el borde de las alas eran casi agresivas. Las patas se habían explayado, eran naranjas y con una fuerte pezuña en los extremos.

Pero lo más hermoso era la cara con aquellos ojos negros, vivaces, relucientes y el pico que, grande y fuerte, conservaba el naranja primigenio.

Nunca habíamos intimado con las ocas pero sin duda aquella era una formidable oca blanca que comía a raudales y ponía en juego una inteligencia casi humana. El perro le temía y ella, juguetona, se escondía entre las plantas y lo asaltaba de golpe con las alas abiertas en un juego que no terminaba.

Su único defecto provenía tal vez de todo lo que comía: cada dos pasos defecaba y como la puerta que daba del jardín a la cocina quedaba abierta, se acostumbró a entrar a la casa donde seguía con aquella modalidad.

Un día, Ina se quejaba y Lucía había perdido el interés, le propuse a Martín Achard a quien conocía de la parroquia, que era agrónomo y tenía chacra, que se la llevara para aliviarnos y también para que ella tuviera un hábitat mas adecuado.

Fue una trampa porque al poco tiempo le pregunté por el ave y me dijo: "vos sabés que se tragó una bellota y se ahogó?". Sentí un gran dolor por el engaño que presentía y por aquel ser único que había convivido con nosotros y al que no supimos preservar.

La resistencia

Sin duda por su ubicación cercana a la cárcel, nuestra casa era objeto de continuas batidas del ejército o la policía. Entraban esgrimiendo sus metralletas o sus sables y vagaban sin rumbo tocando y hurgando irreverentemente lo que se les antojaba.

Yo los ví entrar al cuarto de Nicolás estando él enfermo y sentí un odio intenso que me ahogaba y no podía descargar.

Pero, si a nosotros nos molestaban, a la parroquia iban muchísimo más aunque nunca encontraron nada. Cuando el golpe se oficializó, alguien propuso la confección de volantes por lo del 9 de julio, pero poner en marcha un mimeógrafo en la parroquia hubiera sido suicida. Entonces surgió la idea de trasladar la máquina por unos días a casa para completar la tirada. Y así se hizo, por la noche y con gran cuidado. Salieron los volantes y se distribuyeron,



pero vimos que la cercanía de Genta- era un mimeógrafo viejo y ruidoso- hacía demasiado peligrosa su estadía y lo volvimos a su lugar de origen en otro riesgoso

viaje a pie por la noche.

Entre razias y madrigueras, la gente siguió resistiendo como pudo, y esa historia, que tuvo sus mártires y sus verdugos, continuó hasta el 85.

Lo que yo recuerdo como una presencia asfixiante era el miedo que se había instalado entre nosotros. Cualquiera podía ser un delator encubierto: desde el taximetrista que te daba charla hasta el almacenero o aquel que parecía tu amigo. Aún así siempre había huecos en el muro, huecos que había que defender y utilizar. La parroquia era sin duda, un centro de resistencia, uno de los pocos ámbitos en los que se podía hablar y comunicarse. Recuerdo que los grupos de reflexión que yo defendí a muerte desde el equipo de pastoral, era un imperativo en la diócesis con el obispo Partelli a la cabeza, pero su: "ver, juzgar y actuar" suponía una consigna de perspectiva liberadora inadmisibile para el gobierno.

Y aunque se prohibieron las reuniones, en las casas se hacían igual, llevando a veces por las dudas, un refresco, algún bizcochuelo para simular un cumpleaños en caso de allanamiento. Muchos tenían miedo y era un miedo legítimo. Y recuerdo a no sé cuantas familias de la parroquia con hijos o maridos presos: los Lezama, los Osimani, los Cayota y muchos muchísimos más. Y recuerdo también a los infiltrados que mandaban a espiar pero que se hacían notorios enseguida y a los ultimátums de la policía para que les entregáramos nombres y direcciones. Recuerdo haber ido con Fernando Aguirre a hablar con Partelli ante un avance de aquellos que nos puso la soga al cuello y al obispo diciendo: "- no se preocupen, digan que me vengan a pedir a mí esos nombres-" Y por supuesto, a tanto no llegaban. Pero el hostigamiento seguía al punto que se grabaron las homilias en las misas. Los liceos en los que más tarde trabajé, Maristas y San Juan, preservaban también sus ámbitos de libertad aunque siempre muy controlados desde afuera. Eran semilleros de gente valiosa que los buscaba para resarcirse del aire viciado que había invadido la enseñanza pública de entonces.

Las clases de educación cívica que se rebautizaron como Educación Moral y Cívica eran un blanco por excelencia para la lupa del censor. Para mí, hacerme cargo de aquellos grupos fue casi un placer, era como una filigrana en la que tenía que inventar cómo insertaba mensajes subliminales liberadores.

Los Maristas me daban carta blanca pero constantemente tenía la visita de la Inspección. Para esos casos siempre tenía en el bolsillo una actividad “B”, inocua, que me permitía zafar aún del olfato del propio Craviotto jefe de inspectores que me visitó varias veces. Siempre lamentaré haber quemado el que llamábamos “craviotexto”, un libraco enorme en que él resumía con citas de autores de su elección lo medular de su propio pensamiento.

Pero la creatividad se abría caminos y recuerdo que en el San Juan, llegué a tener en sexto unos sub-grupos sobre Derechos Humanos que partían de notas de Pérez Aguirre y para el que había elegido un núcleo de dinámicas que intentaban vivenciar la temática con chiquilines. En aquel período fueron muchas y variadas las formas de resistir. Recuerdo con pavor a Mao que desde sus 13 años metía su nariz en la facultad de arquitectura, centro de resistencia, volanteaba y se reunía con la gente de la JDC (Juventud Demócrata Cristiana). Nosotros no se lo prohibíamos, a lo sumo yo, tímidamente, le ponía una barra de chocolate en el bolsillo. Ayer recordábamos que su amigo Pablo, a sus 13 años, estuvo detenido 20 días en el mismo lapso en que su padre Víctor permanecía preso, como revivir la angustia de su madre, también amiga e integrante de los grupos de mi parroquia. Aún hoy se busca la forma de resarcir a los torturados, a los familiares de los muertos y los desaparecidos. Hay heridas que no se han cerrado y clamores que no se acallan. También es difícil entender aquella militancia casi suicida que nos obligaba a todos.

Los autos

Ellos siempre estuvieron por allí, jalonando nuestra vida bajo diferentes formas: como presencia, es decir, enteros y vigilados por la mano de su dueño, desarmados, es decir, en pleno proceso de vivisección o como entelequia, cuando Eduardo leía y señalaba avisos en la página de El Día del domingo o del Gallito.

A veces no dejo de reírme cuando, aun hoy, constato que sigue pegada a mí la costumbre de llevar, al salir de viaje en auto, una mínima porción de víveres, una bolsa de galletitas, un chocolate, rezago de aquellas paradas forzosas en la ruta con los chiquilines demandantes.

“Y?? ya llegamos abuelo????”. Era la voz de Andrés preguntando cuando íbamos hacia Kiyú y estábamos detenidos en los accesos.

En alguna tarde de lluvia hemos intentado con los hijos hacer una lista de los autos que acompañaron nuestra vida pero siempre llegamos a concluir en que es una empresa imposible.

Porque, a partir de los ojos brillantes de Eduardo y de sus frases: “está andando, es un rifle, está como nuevo, los dueños son dos viejitos que no lo sacaban del garaje....” quedábamos embarcados en nuevas y casi siempre riesgosas aventuras automotrices.

Si bien sería imposible recordarlas a todas, hubo algunas particularmente memorables como el caso de Piedras. De la flia Delbene nos había llegado un auto Stándard Vanguard que compramos muy barato pero que no andaba y de no sé qué colección de gualichos, surgió la conexión con Piedras, un mecánico que tenía su taller en un subsuelo de Albo casi 8 de Octubre pero que presentaba además, ciertas singularidades sorprendentes: además de minucioso y perfeccionista, era de pocas palabras, trabajaba solo por la noche por lo cual había llegado a tener una epidermis verdosa y el combustible que lo motivaba era el dulce de leche.

Eduardo lo iba a visitar con una paciencia de novio y nos traía las escasas buenas nuevas que Piedras le dejaba saber. El tiempo pasaba y por más dulce de leche que se le administrase, Piedras no hacía andar la unidad.

Aquel caso se extendió cerca de un año o más. “No se lo puede apurar” decía Eduardo, pero al final se exasperó. No recuerdo cómo se dio la ruptura y la extracción del Vanguard de aquel antro hacia otro taller. Fue una lucha agónica, toda una epopeya.

Otro caso que también guardo en la memoria es el del Hannomag, aquel extraño auto deportivo de la década del 40 que fue adquirido a un vendedor de diarios con un perro adentro que lo usaba como dormitorio pero que, luego de desinfectado, puesto a nuevo y pintado de amarillo era una pieza única, digna de un coleccionista.

Y todavía recuerdo a Eduardo tratando de convencer a Teddy Quiñones de que le vendiera el Citroën 11 Ligero que guardaba en su garaje desde la muerte de su padre. Con él habíamos de hacer aquel viaje al campamento de Santa Teresa con Martha y Raimundo, sus hijas e Inés. El campamento fue precioso pero la vuelta, por la ruta con lluvia y sin frenos.

“Cualquier cosa pongan la cabeza entre las piernas y agárrense del asiento” le decía Eduardo. Cuenta la tradición que en los peajes frenábamos poniendo un pie sobre la banquina, pero accidentes graves no tuvimos.

Autos hubo muchísimos más, incontables. Recuerdo especialmente y no sé porque, un día en que fuimos con Eduardo a la calle Gral. Prim para cerrar un negocio automotriz que también a mí me había convencido y vimos al objeto del deseo deslizarse hacia el horizonte en manos de otro incauto que lo acababa de pagar. Y era el negocio del año... Hasta a mí me pegó la frustración.

Gracias a los autos adquirimos muchos conocimientos: marcas, modelos, diferentes carrocerías y piezas mecánicas. También parajes distintos desde los costados de las rutas donde quedábamos detenidos.

Yo nunca manejé, tal vez por mi impericia y atolondramiento, pero a veces sospecho que aquella gama de rodantes no debió ser demasiado motivadora para mis escasas dotes de piloto.

Así sobreviví.

Sonidos aromas y sabores

Ayer me regalaron unos racimos de uva, uva brasilera o chinche, de esa que no se vende en las ferias. Cuando la probé, al instante, me sentí en la época de Punta Carretas, subida a una escalera y cortando aquellos enormes racimos olorosos que a veces venían con la hoja y alguna arañita de regalo. Desde la altura del parral, la perspectiva era la del paraíso. El paraíso era estar allí sumergida en aquel mar verdivioleta que el viento abanicaba, era ver el cielo entre las hojas acorazonadas, ver el jardín allá abajo, escuchar a los niños.

Aun antes de lavarlas, solía comerme unas uvas que no eran demasiado dulces como las otras, eran...así, tal como yo las quería y traían perfume a abeja y a miel, a polvo de lluvia y a campanadas. Hubiera querido multiplicar hasta el infinito aquellos momentos.

Tendría que decir que Proust no se equivocó, y no sería novedosa pero al mirar esto que estoy escribiendo veo que queda chueco y manco al registrar solo los hechos y dejar de lado ese mundo de sensaciones, aromas, sabores, sonidos, tersuras escondidas.

Ahora estoy en nuestra primera noche en aquella casa. Eduardo y yo cansados, aún sin la cama grande que íbamos a comprar, nos tiramos unos colchones en el suelo de nuestro cuarto y quedamos así, tendidos frente a la ventana abierta de par en par.

La vida se nos regalaba por aquella ventana. Tal vez porque veníamos de las luces del centro el descomunal estrellerío nos asombraba. Y bajo la luna, el recorte del edificio de la iglesia y más allá las luces en sordina del penal y tal vez después el mar que sabíamos cercano.

Si poníamos atención podíamos escuchar a los grillos que cantaban, tal vez el vuelo de algún pájaro nocturno, a veces las voces de los presos que se comunicaban de celda a celda.

Yo no sé si hubo noches más perfectas, seguramente sí, pero la que me viene hoy a la memoria es aquella precisamente como si hubiera sido la primera de todos los tiempos.

En la cocina de casa Ina reinaba indiscutiblemente y nos mantenía a raya a todos, grandes y chicos y a los animales domésticos. Porque había determinados platos que nos motivaban al asalto, determinados buñuelos de arroz, panqueques, papas fritas y toda una gama de galletitas y bizcochuelos indeciblemente ricos.

Cuando una mano aleve pretendía incursionar en una de aquellas enormes fuentes, ella salía furiosa, cucharón en mano a defender su obra.

Y todo era partido y repartido con la más estricta equidad. Ina solamente cedía en su disciplinamiento cuando, a escondidas, reservaba para Uge algún trozo especial porque él solía llegar tarde y no estar presente para las comidas por lo que nosotros lo rezongábamos bastante.

Pero nuestro almuerzo o cena tipo, no era por cierto ninguno de los sofisticados platos que Ina había aprendido de la tía Elvira, era lo más simple y adaptable a la multitud: arroz con panceta y huevos fritos. Mirándolo con ojos actuales, por cierto que nada recomendable para el colesterol. Pero eso, tal vez compensado con muchas ensaladas y frutas, tiene que haber perdido su carácter nocivo porque todos éramos sanos.

A veces en los cumpleaños o días especiales, aparecían postres exquisitos como el flan, la ambrosía, el flan de coco o las naranjas rellenas con crema. Y también aparecían las tortas, el famoso ranchito con techo de chocolate y otras más que perfumaban el ambiente azucarándolo.

Más allá de la cocina, el jardín todo era una fiesta de perfumes: madre selvas, jazmín de estrella y del cabo, rosa mosqueta, violetas a granel y también yerbabuenas y romero y esporádicamente alguna plantita de albahaca para la cocina. Hasta las hojas del níspero, agrisadas y levemente velludas, exhibían un aura verdosa y fresca que, resumida en una tisana, curaba la tos.

Al empezar el verano, el níspero tenía sus visitantes devotos: eran amigos nuestros buscadores del sabor único de aquel fruto. Trepaban en forma inconsulta buscando el botín y disputándolo a las bandadas de cotorras verdes que lo defendían a gritos y volvían a sus casas con bolsas llenas que eran su trofeo.

La carne del níspero, la textura amarronada de su carozo, aquel rito de subirse entre las ramas y bajar con la canasta colmada y probar los más amarillos dejando el carozo en la boca, era parte de la ceremonia del verano y de la fiesta de nuestros sentidos, la fiesta de la vida.

La gran fuga

Aquella noche todos dormían e Ina miraba una serial en la tele cuando Eduardo y yo nos fuimos a tomar un café hasta uno de los bares de 21 y Ellaury.

Insensiblemente, el tiempo se fue pasando y ya eran más de las doce cuando decidimos volver. Cuando cruzamos Montero ya se oía una música atronadora. Era evidentemente un baile en uno de los salones de la parroquia que daban a Solano García. Era usual que esos salones se prestaran cobrando una suma mínima por limpieza y demás gastos, y mucha gente acudía incluso a festejar quince años, bodas de plata y hasta casamientos.

Pero en general, los decibeles de la música eran soportables para los vecinos. Esa noche en cambio, ya desde dos cuadras de distancia, el sonido era inaguantable.

Descartando que iba a ser imposible dormir, seguimos avanzando hacia casa cuando en la parada del ómnibus de la esquina vimos a quince o veinte muchachos en actitud de esperar. “Pobres si creen que a esta hora va a pasar el 76”, dije.

Cuando llegamos el sonido era más fuerte aún. Los chicos dormían gozando de aquellos sueños suyos invulnerables, pero Ina, sorda incipiente, se quejaba de que hasta le habían ahogado el sonido de la tele. “Estos curas inconscientes”, rezongaba.

El escándalo siguió como hasta las tres o cuatro de la mañana en que emprendimos un sueño apurado e insatisfactorio. Al día siguiente yo tenía que ir a un laboratorio a sacarme sangre, estaba en pleno embarazo de Nicolás, y en esos casos, prefería madrugar.

Alrededor de las siete salí y quedé impresionada. Frente a casa y todo a lo largo de la cuadra, cuadrillas de soldados y policías corrían en formación, sin rumbo fijo, apuntando con sus armas a enemigos invisibles.

En la esquina estaban las cámaras de TV de todos los canales, más alguna otra cadena internacional. El barrio entero estaba en conmoción.

Decidí volverme y salimos todos al balcón. Nadie sabía bien que había ocurrido, pero lo que fuera se vinculaba con la cárcel.

Por fin, con la ayuda de la radio, fuimos cayendo en cuenta: los tupamaros, como 100 de ellos o más, se habían escapado del penal a través de un túnel que desembocaba en living de una casa modesta de Solano García, casi a los fondos de la nuestra, y luego, saltando jardines, habían llegado a lo del Esc. Curi y flia, sobre J. Núñez en nuestra cuadra, también a pocos pasos de casa.

Curi y flia habían sido invitados a recluirse en su dormitorio mientras se distribuían paquetes con ropa y documentos para los fugados que luego se fueron evacuando en camiones perdiéndose en la ciudad.

Según dijeron, solo con la mañana, la guardia del penal se había percatado de la huída que parecía irreal. Siempre nos preguntamos si aquella música de la noche anterior había sido para tapar posibles ruidos o voces. En el libro de la parroquia, donde se anotaban las reservas y sus responsables decía escuetamente: baile de un grupo de estudiantes de ingeniería, Pagaron.

El hecho de la fuga generó curiosidad y hasta cierta admiración en la gente que por mucho tiempo siguió acudiendo a saciar su intriga in situ.

Nosotros sentimos haber estado a un tris de pasar a la historia pero, en definitiva, aquella vez la historia siguió de largo.

Ariel y Calibán

Los celos entre hermanos parecen ser inevitables pero hay variantes en su intensidad y en su forma de expresarse.



Dentro de la familia era evidente que Paula, desde que había intentado tirarle un ladrillazo a Mao cuando dormía en la cuna, no tenía o no había tenido las mejores intenciones respecto a su hermano siguiente. Pero, ya en la adolescencia y salvo

algún encontronazo puntual, la relación fluía normalmente. Ella tenía su grupo de amigas, en esa época hasta Claudia Brescia, la amiga de la niñez, vivía a una cuadra de casa y además de ella se incorporaron muchas otras.

Mao por su parte era el rey de la sociabilidad. Tenía varios grupos de pertenencia: el liceo, el fútbol, los amigos del barrio, los del MIYA, la JDC y seguro que olvido algunos. En todos se movía como pez en el agua: era un tipo contento, afectuoso, entusiasta y jamás manifestó celos ni de Paula ni de Eugenio su hermano siguiente.

En cambio la situación entre Inés y Lucía sí que era conflictiva y se daba en sentido contrario: era la menor la que celaba a la mayor.

Inés era preciosa, delicada, obtenía notas sobresalientes, era naturalmente buena. Lucía, en tanto, era maligna, muy graciosa e imaginativa pero jamás logró aprender las tablas y como insignia, blandía un fastidio visceral hacia su hermana.

Yo las llamaba Ariel y Calibán porque, como en el mito, Inés era el equilibrio, la medida, la armonía y Lucía, Calibán, era el desborde, la anarquía, el reino de todas las pulsiones atávicas.

En un principio ella se unía a Inés, la seguía y la imitaba. Eso a su hermana le pesaba y llegó al punto de decir el famoso "si tú vas, yo no voy".

Pero pronto Lucía ocupó su propio lugar, inventó la fábula de que había nacido en un barco chino y formó lo que llamaba su caravana con ella e Inés

Gatti a la cabeza y con una Tute Audi que rivalizaba en las empresas más insensatas. Ya en primaria, logró lo que era la aspiración de todos sus compañeros: incidir en el despido de la Directora.

Recuerdo que, como todos los días, aquella tarde yo acompañé a las dos menores a la escuela pero generalmente las dejaba en la esquina de Montero y Ellauri y desde allí seguían solas. Esa costumbre generó varios problemas. El primero fue que Lucía, junto con Liliana Darré pero a instancias de la primera, se hiciera una rabona que se cumplía en el Parque de Villa Biarritz cuando la propia madre de Liliana las descubrió. El segundo fue más grave. Ese día Lucía iba con su paso lento de siempre cuando vió que, en una casa junto a la escuela por medio de un botón se accionaba la puerta del garaje. El mecanismo le gustó y allí colocó su dedito haciéndola cerrar en el momento en que el dueño salía con su auto. Detrás de ella venían otros niños, Daniel Figares entre ellos, con su fama de inconductas a cuestas. Ante la reacción furiosa del dueño del auto, Lucía asustada, huyó hacia la escuela y allí hacia el baño de niñas y quedó agazapada mientras el señor, señalando a Figares, entraba a hablar con la Directora.

Enseguida cundió una ola de pavor y Renée en persona fue a la clase y sacó al inocente al corredor, donde, ante su negativa, lo sacudió golpeándole la cabeza contra la pared con lo que el chico se desvaneció.

Al día siguiente ingresaron los padres de Figares y la policía. Todo el alumnado vió que Renée salía escoltada por un uniformado, salía para no volver. Y los festejos duraron mucho tiempo.

Entretanto, Ariel y Calibán seguían sus trayectorias tan dispares y continuaban los hostigamientos de Lucía que, en su última etapa, consistían más que nada en el ocultamiento de aquellas prendas de ropa que le eran más caras a su hermana. Algunas de ellas fueron encontradas muchos años después al desplazar muebles o tabiques en otra etapa de nuestra vida.

Por esa época Inés se enfermó de lo que pudo ser una meningitis viral y estuvo dos días internada. "Ella finge" decía Lucía. Para compensar a la enferma, Ina le cosió una pollerita turquesa tableada y yo le compré una polera azul marino y con ellas Inés salió del sanatorio y fue directo a hacer poses al

espejo de mi cuarto. Se veía preciosa pero el enemigo estaba al acecho y amparado por las sombras, hizo desaparecer ambas prendas escondidas en una madera que había en la cabecera de nuestra cama. Su dueña lloró y clamó, pero no fue escuchada. Cuando aparecieron ya le quedaban chicas.

La visita cargosa

La visita cargosa fue casi una institución durante aquellos años. En el barrio y en la parroquia yo conocía a gran cantidad de gente, muchos llegaron a ser amigos de la familia y permanecieron como tales uniéndose a los amigos de antes, los de siempre.

Todos ellos sabían que la peculiaridad de la casa era tener la puerta abierta: no se cerraba ni de día ni de noche y como éramos tantos, siempre había gente.

Estas dos circunstancias favorecían la irrupción de la visita cargosa que simulaba pasar por nuestra cuadra por casualidad y luego introducía la cabeza con un simple “¿se puede?” cuando estaba ya adentro.

La visita cargosa era un narrador incansable y por serlo, un gran repetidor de cuentos. Buscaba oídos que se los recibieran y cuando los encontraba descargaba su retahíla hasta el final sin la menor consideración por su víctima. La temática de sus narraciones siempre estaba rozando el absurdo y por momentos, escasos momentos, había algunas que tenían cierto vuelo como ficciones. Pero el abuso y la reiteración las privaba de todo interés.

Porque la visita cargosa era paciente, consecuente, imperturbable y esencialmente fiel. Así, muchas veces quedaba incorporada, sin que nadie lo hubiera querido a acontecimientos familiares íntimos que no le concernían. Salía en las fotos, conocía el estado de nuestras finanzas, las notas de nuestros hijos, el talante de Ina, el postre que iba a estar sobre la mesa.

Parapetada en su mimetismo glorioso hasta llegó a no advertir los desaires de Eduardo que se quedaba mirando al vacío o se ponía a leer el diario cuando empezaba la retahíla de cuentos.

Yo, que por entonces era mucho más débil, era su víctima ideal aunque me debatía hasta el fin.

Hubo otras figuras en aquellos tiempos que buscaron con sus méritos ingresar a la categoría de la visita cargosa. Toda gente sola y con necesidad de ser escuchada que nos elegía para monologar.

Sin llegar a invadir ese rubro, recuerdo que un día llegó un amigo de Eduardo, divorciado y con una novia reciente. En un acto desproporcionado habían aportado una gran caja de masas que fue prontamente descubierta por nuestros hijos. Mientras intentábamos una conversación bastante forzada, mis hijos iban pasando y con dedos ágiles, iban manoteando las masas. Antes de que nosotros pudiéramos comer una se agotaron.

Entonces el novio lanzó una frase que quedó en nuestros anales: "Ves Judit?, esto es una familia"

Homo faber

Es cierto que Eduardo tuvo siempre una habilidad manual excepcional. Entre expediente y expediente la desplegaba para nuestro asombro. Eran obras suyas, su propia mesa de trabajo, el tapizado en cuerina del juego de living, lo serían nuestra carpa, los sofás verdes, tal vez muchas cosas más que no recuerdo. Pero aquel día en que me dijo que iba a construir un entrepiso en el garaje sentí miedo por su salud mental y también por la estructura de la casa porque la idea suponía hacerlo solo él, sin ayuda alguna.

Y el miedo se acrecentó cuando vimos que horadaba la pared y que los orificios salían al zaguán y al living. Creo que todos tuvimos una visión de derrumbe que fue cediendo a medida que veíamos que colocaba enormes vigas y sobre ellas el entramado del piso. La obra culminó con una escalera, esa sí comprada y anexamos así un ambiente más a la casa que fue usado casi intermitentemente.

Yo, que solo limpiaba y lavaba la ropa de la casa, eso sí, sin lavadora, me sentía más bien estúpida ante aquel homo faber que lograba todo con una facilidad casi exasperante, me sentía enana, tonta y más bien carente de toda gracia.

Esta situación se hacía más patética cuando salíamos a “correr “ por la rambla. Mientras él avanzaba, gallardo con su paso atlético, yo con mi talla y mi torpeza, lo veía perderse en el horizonte y luego volver sin el menor dejo de fatiga. Era como una carrera entre un cascarudo y un galgo. Aún así, ya pronto recuperaba mi posición, en general, riéndome como la mejor. Y tengo que decir que él se mostraba siempre benigno con el cascarudo.

La bomba

El alerta nos llegó de Juni, o la gorda Juni como en realidad la llamábamos. Ella vivía frente a casa con su esposo que viajaba al interior como camionero y Manuel, su único hijo varón de la edad de Uge. Sobre este niño ella ejercía una potestad totalmente despótica que a Uge le fascinaba. Podían estar jugando a la vuelta o a más distancia aun y ella, asomada a la puerta, emitía un silbido especial que hacía que el chico soltara la pelota, las figuritas o lo que fuere y saliera en una carrera loca hacia su casa. Aquella fascinación de Uge ante tamaña potestad había quedado cristalizada en una tarde de intensísimo calor, cuando, buscando a su amigo, asomó la cabeza por la puerta de la casa que estaba sin llave y pudo contemplar el espectáculo de Juni desnuda, carnosa, rosada, reclinada en una mecedora mientras se daba aire con un abanico de palma. Aquel espectáculo felliniano tiene que haber dejado honda huella que, tal vez, mi hijo nunca llegó a calibrar.

Pocas veces habíamos cruzado palabra con aquella señora obesa, con aspecto entre cantante de ópera y ballena azul, muy blanca y de ceño permanentemente fruncido, pero una de ellas, seguramente al observar la modalidad más bien permisiva con que disciplinaba a mis hijos, me había dicho una frase que aún hoy recordamos-“Usted tiene que ser más enérgica, vió?”.

Aquella mañana yo me había levantado temprano para darle la mamadera a Nicolás cuando sentí el teléfono y en él la voz de contralto algo alterada que me decía: "En el muro de su casa hay una bomba, yo ya llamé a la policía y al ejército porque a mí me protege el Cnel. Tiribochi...ya vienen para acá".

Por un momento debo haber pensado de qué manera el Coronel podía proteger aquella mole pero enseguida reaccioné y dí el alerta en casa.

Todos nos fuimos a la ventana de uno de los cuartos del frente y desde allí la vimos.

Su aspecto era tan peligroso como el de cualquier caja de zapatos y estaba en el murito exterior que cerraba el pequeño jardín del frente.

Al poco rato llegó la policía y acordonó la zona y enseguida un vehículo indescriptible con una luz como un gran ojo naranja de luz intermitente que decía "Servicio de material y armamento".

De él bajó un militar totalmente cubierto por un ropaje siniestro que complementaba con una máscara y cuando estuvo junto a la bomba, extrajo de su bolsillo una varita filosa y pinchó el aparato. En ese momento todos nos tapamos los oídos pero, en lugar de la deflagración, se sintió una especie de eructo y enseguida se produjo un goteo que fue derramando hacia la vereda un líquido espeso y oscuro que produciría una mancha indeleble.

Aquietadas las aguas, tuvimos que afrontar los comentarios del barrio. Hasta Genta nos dijo: "Ay señora, que lindo era el Uruguay de antes!!."

Todos, incluidos nosotros, nos preguntábamos la causa de aquel ataque. Si bien en aquella época las bombas proliferaban, nada había en nuestro perfil que justificase tamaña molestia.

Algunos decían que el artefacto estaba dirigido al entonces interventor del liceo del Cerro que vivía unas casas más abajo y que todo había sido un error del presunto terrorista, es posible que así fuera, nunca lo supimos.

Pero un cierto temor nos quedó y a los pocos días, ya anocheciendo, entró Mao agitado anunciando que, nuevamente, en el jardín del frente, junto al contador de luz, había otra bomba.

"La ví, y hasta le sentí el tic-tac", decía.

Como la cercanía era mayor, envolví a Nicolás y los llevé a todos al jardín del fondo. Llamamos a Jefatura, pero tal vez por no estar de por medio del Coronel, no nos hicieron caso.

Entonces salió al frente el temple del jefe de familia y desoyendo mis ruegos, decidió exponerse a afrontar al aparato.

Volvió enseguida. Se trataba de una gran caja de cartón vacía que cubría el contador y el tic-tac era de éste. Todo había sido una picardía del viento acrecentada por aquellos miedos subyacentes que nos acompañaban por aquellos días y por muchos que los siguieron.

Aclaración

Para ser todo lo honesta que pretendo en esta crónica, tendría que reiterar que toda visión es inevitable que esté teñida con el iris del narrador, quien era yo entonces y por supuesto, quien soy hoy. Aún los colores que me parecen más claros y netos tienen ese enfoque o desenfoque atribuible a mis ojos de narradora. Seamos benignos y aprendamos a tolerar su presencia inevitable.

Al mirar las últimas páginas creo que estoy mezclando el orden de los acontecimientos. Es que, si bien hubo hitos bien marcados en lo cronológico, lo pequeño, lo fugaz que es tal vez lo más rico, no tiene fechas claras y quizá importa poco que así sea.

Pero tal vez sí interese que bucee un poco en aquella Martha Brito- así se me conocía- de los 70. A todas las mujeres se nos endilgaba el apellido del marido. No me voy a poner calificativos, claro, solo una ojeado sobre mis actividades y sobre todo, sobre mis intereses.

Todo lo que pasaba alrededor me dolía y me subyugaba, tenía miedos, por Eduardo, por mis hijos, pero también me sentía muy fuerte. Como todos los uruguayos aprendí a leer en el resquicio que dejaban los títulos de los diarios y los informativos: una palabrita, un silencio, un gesto, todo servía para sacar conclusiones.

“Marcha” había sido clausurada luego de aquel concurso literario en el que la publicación del cuento premiado acarrearía, no solo la clausura, sino la cárcel para Onetti y Mercedes Rein.

A veces se asomaban otras voces en el panorama editorial, pero eran prestamente acalladas.

Para mí la parroquia era la gran caja de resonancia. Había logrado muchos amigos y una relación cordial, de gran afecto, diría que fraterna con los curas. Desde la parroquia había redes por todo el barrio y muchas veces iba a casas de gente que no conocía y encontraba un eco que me sorprendía.

Aquellas eucaristías celebradas alrededor de la modesta mesa de cualquier comedor, con pan de la panadería y vino del almacén de la esquina, tenían mucho del ágape de los primeros cristianos y nos daban la certeza-tal vez la falsa ilusión- de que era posible cambiar el mundo.

Pero además, yo seguía leyendo incesantemente. En la biblioteca de la parroquia recibíamos las mejores revistas a nivel mundial sobre eclesiología, teología y sobre Biblia.” Concilium “era una de ellas. En esa época aprendí a leer la Biblia. Sin descartar la primera lectura candorosa y naif, descubrí claves para llegar un poco más hondo, en especial en la lectura de los evangelios que me parecía nueva. Pero también descubrí a mis profetas preferidos: Isaías, Ezequiel y alguno de los menores que me deleitaban como Jonás.

Estaba a kilómetros luz de la erudición pero había logrado un acercamiento a los textos que me abría nuevas perspectivas.

Como catequista puedo decir que siempre fue honesta y traté de hacer visible a un Jesús alegre y profundamente liberador. No siempre lo debo haber logrado pero sí alguna vez y me quedo con esa alegría mínima.

Y ahora basta de hablar de mí y a seguir contando.

Rosina y El gusano Loco

Inés y Lucía eran mimadas en la parroquia y lo fueron aún más después de la muerte de Nicolás.

Rosina Giulfo era una jovencita entonces y atendía el despacho de la parroquia. Pronto se relacionó con las niñas y era tan fresca y simpática que algo me llegó a mí y, al instante, percibimos que teníamos mucho en común y surgió una amistad linda, profunda, que dura hasta hoy. Era un poco mayor que Paula pero ambas sentíamos que podía haber sido hija mía porque nos parecíamos hasta en nuestros defectos.

Por ese entonces ella se estaba por casar y teníamos en común los aprietos económicos.

Por aquella época los tupas habían entrado a la Caja Nacional robándose el resto de mis alhajas que estaban empeñadas. Eran las más valiosas para mí, las que hubiera querido guardar para mis hijas y nietas pero no pudo ser y aquello me dejó un gusto amargo que luego descarté. Al final eran solo objetos y las alhajas no eran para mí, no éramos compatibles, no lo somos.

Conversando con Rosina, se nos ocurrió una idea brillante. Era abrir una especie de salón, venta de golosinas, cigarrillos, juguetes y algo de papelería. Todo estaría contenido en el garaje de casa. Rosina pondría un pequeño capital de inicio y yo el local.

La idea nos apasionó y pronto la hicimos realidad. El pequeño local, que fue acondicionado por José María el novio de mi socia, quedó hermoso y con un emblemático gusano bien visible porque lo llamamos “El gusano Loco”. La experiencia de tener un comercio en nuestras manos fue fascinante y a la vez divertidísima aunque nada redituable.

Desde el comienzo surgieron ciertos inconvenientes como no poder vender quiniela por tener otro local cercano, la avidez de los revendedores que pretendían hacernos comprar lo incomprable, los desbordes de las gitanas que nos hurtaban, el avance de mis hijos que, por las noches llegaban reptando hasta el local a hurtar unas pastillas de colores que teníamos en un frasco de cristal y sobretodo mis compras insensatas. Llegué a comprar casi cien latas de lustre para zapatos y cuarenta huevos de Pascua que resultaron apolillados. Todo eso nos fue demostrando que el comercio no nos era propicio.

Como broche final una tarde apareció una niña con un billete grande- podría equivaler a mil pesos de hoy- y se lanzó a comprar al barrer toda

nuestra bijouterie. Estábamos empezando a festejar cuando apareció su madre, una vecina de Báez, desesperada porque la niña le había hurtado el billete que era para sostenerse hasta fin de mes. Puso los collares sobre la mesa y debimos aceptar la devolución, casi lagrimeando.

Aquella experiencia en el campo comercial creo que duró ocho o diez meses pero nos dejó mucho.

Además de decenas de latas de pomada de zapatos, algo inapreciable: la certidumbre de una amistad indestructible.

El busto

Era dorado, era pesadísimo y de un tamaño considerable.

Mao siempre tendía a ser afortunado, se deslizaba por los lugares más escabrosos y salía indemne, todos lo aceptaban pese a su aspecto con aquella vieja campera verde que era como su piel, pelo largo y aquel desaliño tan particular por no decir desprolijidad, que lo hacían difícil de aceptar en sociedades levemente civilizadas.

Claro, tenía una simpatía innata que lo salvaba siempre en última instancia pero aquella vez no fue su simpatía sino el azar, ese bicho tan esquivo para la mayoría. El azar y su vieja costumbre de afiliarse a todo lo afiliable y de enviar todos los cupones que publicaban las revistas.

Y así lo obtuvo. “Ud. ha sido agraciado con un busto de nuestro héroe máximo: José Artigas”.

Retirarlo ya fue trabajoso por su peso y porque Mao debió viajar cara a cara con el héroe durante todo el trayecto. El segundo problema era su ubicación: yo en el living no lo quería pero me daba no sé qué hacerle un desprecio frontal. Al final Eduardo le hizo un lugar sobre su escritorio y allí quedó un tiempo entre montañas de expedientes.

Ya casi nos habíamos olvidado de su presencia cuando alguien se percató de su percance: una mano anónima lo había golpeado y el héroe había

perdido aquel perfil aguileño que era como su santo y seña. El yeso original estaba a la vista.

Un Artigas ñato era inadmisibile e indecoroso y a partir de ahí empezó su peregrinaje final.

Fue hacia el garaje, al estante de las herramientas, fue al suelo y hubiera seguido bajando si alguien, tal vez con un martillazo certero, no le hubiera posibilitado hacerse polvo y desaparecer.

Cristina y Juanjo

También había surgido en la parroquia la amistad con ellos. Por entonces eran dos jóvenes estudiantes casi por culminar la carrera de medicina y se iban a casar.

Quiso el azar que alquilaran una casa de altos frente a la nuestra, y a partir de ese momento, quedaron prácticamente integrados a nuestra familia. Teníamos muchas cosas en común, desde una postura frente a la vida hasta la situación casi permanente de apretura en lo económico que a ellos los llevaba a almorzar en el comedor universitario y a nosotros a una política constante de alerta en los gasto (de hecho, la libreta de lo de Chucho, el almacenero de la esquina, nos sometía a una sangría cada fin de mes y eso que jamás nos permitíamos el menor exceso). Yo aportaba mis sueldos en Maristas y San Juan y eso significaba cierto alivio pero estaba lejos de ser una solución.

La carterita de cuero marrón que estaba en el placard de nuestro cuarto, donde se volcaba lo recibido y luego los vueltos, llegaba exhausta a fin de mes.

Con Cristina y Juanjo casi se podría decir que se agrandó la flia, hasta Ina los aceptaba con afecto. Más tarde, cuando nacieron sus dos hijos, participamos de la novelería expectante como familiares y antes compartimos excursiones al Polonio, algún fin de semana en Atlántida, ya ni sé.

Juanjo, muy hablador y muy simpático, armó desde el teléfono de casa su pequeña empresa de reactivos y artículos médicos, Metec, donde Eugenio se inició como empleado.

El trasiego entre una casa y otra fue, durante aquellos años, una constante feliz que a todos nos beneficiaba. Aun hoy los recuerdo como una bendición.

Las flores

Siempre conservé aquella relación amorosa con las flores, aquel respeto, aquella minuciosa observación de sus modalidades y comportamientos y diría que ellas me lo pagaban con creces- y debería hablar también en presente-.

El día en que Cristina y Juanjo se casaban en la parroquia, yo tuve un signo bien claro de la existencia de aquel vínculo.

Era una realidad que las florerías cobraban carísimo por realizar aquellos ramos geométricos y sin gracia con que decoraban las iglesias para los casamientos.

Comentando eso con Cristina, yo le dije en una de mis insensateces- si querés, yo me animo a hacerlo gratis, solo necesito que me den las flores-.

Y allí me veo aquella tarde en plena labor, convenciendo a las flores para que adoptaran tal posición o tal otra, equilibrando los colores, buscando lo más parecido a la gloriosa armonía de la naturaleza. En eso estaba cuando una señora al lado mío me dijo: “¿Usted es la florista?” Yo quedé desconcertada pero el cura Santiago le contestó que sí lo era. “Bien, dijo, yo trabajo en la embajada americana y querríamos encargarle un arreglo similar para el jueves”. Asustada de mi propia osadía, acepté improvisando un precio al azar.

Aquel fue el inicio de una cadena larguísima de trabajos similares, casamientos, fiestas de quince, mesas, ramos de novia, tocados. Creo sinceramente que los hacía muy bien, en todos ponía mucho de mí y no daba por terminado el trabajo hasta que la última hojita no estuviera en su lugar. Y creo también que, más que por otra razón, el éxito se debía a que mis ramos eran únicos y tenían algo de lo impensado de la naturaleza. Siempre me llevaban horas de trabajo y solía terminar agotada pero felicísima.

Conocí así el interior de muchas iglesias: San Juan Bautista, Seminario, Lourdes, Carrasco, salones y casas pero donde trabajaba más cómoda era en Punta Carretas donde el sacristán Francisco, me facilitaba el trabajo si bien jamás le dejé un pétalo por el suelo.

Esta nueva actividad que duró años, tenía su complemento: nuestras visitas al Mercado de la Flor.

Hacia él íbamos con Eduardo a horas tempranísimas, tal vez cinco y media o seis de la mañana, y nos introducíamos en aquel mundo maravilloso de los floricultores. Según las estaciones, las variedades cambiaban, los colores, los perfumes pero siempre caminábamos por corredores enteros de flores entre el sigiloso regateo de los japoneses y los gritos de los italianos, los corrillos de los feriantes y el accionar decisivo de los dueños de las grandes florerías. La compra allí no era fácil, aun después de conocer el lugar. Había señas, secreteos y sigilos que nunca entendí del todo como el de mantener prohibida la salida con ramos hasta que sonara una campana a las siete de la mañana. Hasta esa hora y para entonarnos, subíamos a un bar en el mismo local y con los otros trabajadores del mercado, consumíamos unos capuchinos que sabían a gloria y a veces algún bizcocho tibio.

Todo era precioso pero agotador, sobre todo porque, luego del acarreo hasta el auto y de la ubicación de las flores en agua, Eduardo tenía que irse a su trabajo y yo a mis clases, generalmente un poco dormidos.

Pero esta actividad que, sin recurrir a la propaganda, crecía sola, era altamente reeditable, Incontables veces ella nos proporcionó sobradamente el oxígeno que necesitábamos cada fin de mes y a mí esa alegría loca de una creación que, aunque efímera, me permitía expresar con las flores mucho de lo que estuvo desde siempre dentro de mí.

Después de unos años en esos momentos, nuestra vecina Cristina pasó a ser mi ayudante lo cual me aliviaba el trabajo y a ella le daba la posibilidad de mejorar el presupuesto. Siempre nos entendimos de maravillas.

Jaime tu tío

Nunca había sido una referencia muy clara para sus muchos sobrinos, por eso las madres de la flia le agregaban aquel “tutío” al nombre. Es de suponer que ser soltero y tío de algo más de veinte sobrinos no debía ser nada fácil aun cuando Jaime no fuera Jaime.

Pero él sí lo era, claro, y en plenitud. Yo lo conocía por referencias de Eduardo, su único hermano varón, que, al parecer, era su opuesto. Hasta había visto aquella foto en que ambos asoman con caras de no beligerantes, peinados a la gomina y con “aquellos trajecitos de piel de tiburón”.

Pero sabía mucho más, por ejemplo que el Pitúa, como le decían, siempre había sido un as, que en cualquier deporte o juego que abordase indefectiblemente destacaba como el mejor, que en el casín, por ej. era imbatible pero que, además, tenía una chispa y sentido del humor agudísimos. Por supuesto que como el propio Eduardo o tal vez, mejor que él, sabía todo lo que se podía saber sobre el turf en el Río de la Plata y adyacencias.

Su veta brillante yo no sé la conocí, solo captaba algún sarcasmo, alguna risotada inesperada que cortaba la pretendida solemnidad familiar. Y mucho silencio, un silencio cada vez más rotundo.

No me incumbe a mí opinar sobre las causas de aquel cambio tan radical que llevó al divertido farrista y ganador a convertirse en otro hombre, cuya única actividad era seguir vegetando en un empleo público en PLUNA.

Por aquella época, habiéndose mudado Beba a lo de Graciela para acompañar a los chicos, él había recalado en lo de Adela donde vivió varios años pero, un día, tuvo un desentendimiento con Jorge Iroz y éste lo conminó a irse.

Nosotros decidimos ofrecerle un lugar en el entrepiso del garaje, por mi parte, no diría que por cariño, pero sí que por un verdadero sentimiento de simpatía. Tal vez aquella iba a ser la ocasión para que ambos hermanos se encontraran, solo que no tenía yo en cuenta que la distancia entre ambos era ya demasiado grande.

Jaime se mudó a casa y fue aceptado en principio por todos, pero él permaneció siempre aislado y silencioso. Tal vez aquella casa llena de gente que entraba y salía no era la más adecuada para entablar un intento de comunicación más íntima donde él se sintiera escuchado.

Lo cierto es que sus hábitos de solterón que llegaba del trabajo, se ponía su robe de chambre y no se movía del sillón, fumando frente al televisor, no le acarrearón demasiada popularidad entre sus sobrinos Brito aunque tampoco había una beligerancia abierta.

Pasaban los meses y la situación no cambiaba. El único tema que teníamos en común era el político porque él se manifestaba frenteamplista y obviamente, contrario al régimen militar.

Esa postura suya, única que yo sepa entre los integrantes de la familia paterna, me llevó muchas veces a intentar más vías de comunicación que fracasaban.

Claro, todos estábamos absorbidos por diferentes actividades y había poco tiempo para dedicarle a aquel solterón de 40 años que se iba volviendo un hijo difícil.

Recuerdo que por entonces, Mao con 13 años, empezó a trabajar en el diario Ultima Hora además de ir al liceo. Tenía su carnet de prensa y viajaba gratis, pero además, con sus ahorros logró adquirir su inolvidable campera verde que no se sacaría más.

Me es imposible precisar cuánto duró aquella situación con Jaime, creo que casi dos años. Pero entonces, un día, se dio el milagro: anunció su casamiento.

Desde ese día yo, poco afecta a creer en milagros, aun en el de Lourdes, me hice la más devota y milagrera de la feligresía. De inmediato cobijamos aquel romance: buscamos conocer a la novia, los agasajamos y prácticamente los condujimos al Registro Civil.

Ella era oriunda de Bella Unión, funcionaria judicial y tenía dos hermanos tupas lo cual, para el resto de los Brito tiene que haber sido difícil,

pero, era tal la ansiedad que provocaba la eterna soltería de Jaime, que se la aceptó con alegría.

La fiesta de casamiento se hizo en casa y todos estábamos particularmente contentos. Los novios se habían mudado a un apartamento en el Centro y nuevamente el entrepiso del garaje quedaba libre.

La historia del televisor color

Llegó sin avisar y fue como lograr lo inalcanzable. Cuando entré a casa los chicos ya lo habían instalado en la mesa del televisor blanco y negro, el de todos los días, y estaban sumergidos como en éxtasis en un mundo de colores.

En aquella época, recién estaba llegando a estos países la tv color, es posible que algunos privilegiados ya la obtuvieran, pero para nosotros, era una quimera lejanísima.

No se obtenían colores demasiado hermosos pero, sin duda, ver a Tom y Jerry persiguiéndose en colores o ver al Sr. Spock de Viaje a las Estrellas en la plenitud de su fealdad morena, resultaba altamente atractivo. Hasta De Feo, el del informativo, se volvía novedoso con una corbata granate.

Cuando el mensajero lo había traído en su enorme caja, y con un sobre dirigido a Eduardo, nadie dudó de que alguien, tomándose atribuciones de Papa Noel, había adivinado que los Brito de la calle Joaquín Núñez merecían tener un televisor color, que lo iban a amar y a cuidar con el mayor de los esmeros.

Cuando llegó Eduardo del juzgado con su carga de expedientes, salimos todos en procesión a contarle la buena nueva.

Pero a todos nos dejó fríos que él no participaba de la alegría. Rompió el sobre y con su mejor cara de juez dijo solamente:- Mañana lo devolvemos.

El estupor y la rabia ganaron a los chicos que enseguida dejaron oír sus clamores. Fue difícil hacerles entender que aquel señor, rematador Ney Franco, como decía en la tarjeta, había esbozado con una atención que no contemplaba la distancia que había que guardar frente a un juez.

Sobre todo este episodio obtuve una lección sobre las trampas de la historia o algo así, Mao, que fue el que la recordó primero, creía ver en ella una lección de dignidad y rectitud, pero Uge, con el que hablé después, recordaba impecable, que tras los ruegos del Sr. Ney, Eduardo aceptó el TV para enseguida venderla y adquirir un Renault Gordini al que llamamos “la zapatilla”.

La peluquería

Por más que se lo comprimiera, nuestro presupuesto crecía constantemente y escapaba a todas nuestras previsiones, por eso, toda entrada extra era bienvenida.

No sé de quién fue la idea ni como se realizó el nexa, pero dos peluqueras llamadas Gladys y Marta nos alquilaron el garaje para instalar su comercio.

En unos días llenaron el ambiente de espejos, sillones, secadores, ruleros y los mil adminículos que se usaban para armar aquellos peinados batidos, exageradamente voluminosos que se usaban entonces.

Como era previsible, nuestras dos hijas más chicas de inmediato intimaron con las peluqueras que les permitían jugar con todo su arsenal embellecedor.

Hasta yo, que no pisaba jamás una peluquería, me sometí un día por pura curiosidad y me ví tan espantosa que sentí que me corrían las lágrimas porque mi pelo lacio jamás había de avenirse a aquella moda. La clientela entraba en buena cantidad y recuerdo que allí conocí a Mabel Hernández, hija de Felisberto que era vecina y profesora de francés pero, progresivamente, y tal vez por la mala situación económica general, un día el flujo de cabezas empezó a decrecer y eso trajo aparejados atrasos en el pago de los alquileres.

Para hacer más difícil la situación, Marta, la más joven, quedó embarazada y su novio, aparentemente, no lo asumió, con lo cual, había olas solidarias con la madre soltera, delgadísima, limitada y muy nerviosa.

Previendo que las entradas iban a seguir siendo magras, la otra socia dejó la peluquería en manos de la futura madre y se abrió.

En los últimos meses del embarazo, prácticamente la peluquería había dejado de funcionar y nosotros veíamos cada vez más problemático el pago de los alquileres vencidos. Nació una niña que lloraba día y noche.

Pero una noche la situación llegó a su clímax. Sentimos detenerse un camión en la puerta y vimos, con horror, que Marta bajaba su niña, sus muebles y su ropa, decidida a vivir en nuestro garaje.

Eduardo, en un acto de lucidez, corrió a detenerla y obligó al camionero a volver a cargar todo. De aquella mala experiencia nos quedaron varios alquileres impagos y una abultada cuenta de UTE.

Los 15 de Paula

Nos llegaron en un momento de ahogo. Yo recuerdo que con mi crédito logré comprarle un pantalón, una camisa marrón y un buzo color habano. Esa era su indumentaria para el gran día.

Claro que ella nunca debió soñar con la fiesta tradicional y el vestido de voladitos pero siempre sostiene que estaba fea, cuando no era así. Las peluqueras le habían hecho como regalo un corte rebajado que le quedaba precioso y todo se desarrolló con gran alegría.

Hubo un asado que encendió Eduardo en el parrillero del fondo y vinieron los amigos del liceo y del barrio que ya eran un grupo bastante numeroso y sólido. Ina, por supuesto, elaboró una torta de pisos. Hay varias fotos que ilustran el evento, una patética, nos muestra a la quinceañera con Marta Pastore y conmigo, ambas con sendos peinados hechos en el garaje, el colmo del horror.

Por esa época Marta nos visitaba de nuevo pero con la peculiaridad de que por tener una alteración en sus ritmos de sueño, velaba de noche y dormía el día entero. Por supuesto, no tenía en cuenta que nuestros ritmos permanecían siendo normales y hasta altas horas seguía fumando a la espera de que nosotros continuáramos brindándole el espectáculo de la vida.

Era triste y cansador y creo que ella también lo percibió porque se fue esfumando y un día no vino más-

“Ya fracasó”

Uge había iniciado liceo en el San Juan. Conducidos por los Prats, habíamos visto en padres el interior de aquella institución y nos pareció preferible a la enseñanza pública del momento. Allá marchó con Luis Francisco y con Alex, un amigo que vivía frente a la parroquia.

Pero no fue una buena experiencia. A Uge no le gustó el clima, ni los Hnos. de la Sagrada Familia y sobre todo extrañó que no fuera mixto.

Entonces, pese a sus buenas notas, al año siguiente se mudó al Suárez con sus hermanos.



Nunca estuvo como Mao, tan íntimamente integrado al barrio. Siempre conservó su amistad con los Puig, José Juan y Golo y con Bernardo del barrio anterior. Aparte, estaba en una ligazón con Claudio, el hijo de Olga, adolescente despierto y “ligero de cuna” como él decía, que tenía una avidez descontrolada por ganar dinero.

Ambos, cuando había en la parroquia casamientos de lujo, se vestían de monaguillos a la antigua usanza y abrían las puertas del

templo, tocaban la campanilla cuando llegaba la novia y quedaban a la espera de la propina del padrino que solía ser generosa. Aún circulan fotos de esa época.

También con Claudio supo montar un puesto de venta de sellos en Tristán Narvaja en calidad de aprendiz.

Un día Uge, que parecía haber ampliado su círculo de amistades extra Claudio, lo cual nos alegraba, nos dijo que quería hacer un baile en casa y enseguida se le concedió la autorización. Ina y las chiquitas fueron acostadas temprano y Eduardo y yo nos fuimos enfrente a lo de Cristina y Juanjo para no interferir.

Cerca de medianoche, cuando los cuatro teníamos sueño, vimos a Uge subir por la escalera de la casa y lo miramos expectantes.”-Ya fracasó”, fue su único comentario. Parece que la asistencia había sido nula.

Aquel episodio pequeño nos mostraría una faceta del carácter de Eugenio: no le afectaban los desastres y su buen carácter lo mantenía imperturbable al abrigo del desánimo o la frustración, menudo capital que había logrado atesorar.

Cultura en baja

Con la dictadura se fue cerrando el horizonte la gente se fue replegando y toda expresión cultural hacia afuera era tamizada severamente, porque, en principio, era sospechosa.

Nosotros llegamos a ver teatro del mejor antes de que directores, actores y grupos enteros se fueran del país. Recuerdo sin orden cronológico a “Doña Rosita la soltera” de G. Lorca, “Los tres hermanos” de Chejov”, “El jardín de los cerezos” de él mismo, “Madre Coraje”, “El círculo de tiza caucasiano”, “La Opera de dos centavos” de B. Brecht y la inolvidable “Fuenteovejuna” de El Galpón. Y son cientos de títulos que me vienen a la cabeza y otros tantos que deben andar perdidos en el laberinto de la memoria.

Recuerdo que cuando El Galpón se fue a México y su sala confiscada sentí un dolor sordo, intenso y aquella sensación de estar caminando más y más hacia lo profundo de una cueva sin salida.

Recuerdo que, con el ansia de que no todo se perdiera y se olvidara, a mis alumnos de “Moral y Cívica” les encomendaba como trabajo buscar datos y en la lista estaban Vaz Ferreira, Figari, pero también Paco Espínola, Onetti, Vilamajó, Torres García y todos los que quería salvar del olvido.

Algunos chiquilines, seguramente guiados por padres lúcidos, tomaban la posta y traían a clase los rastros de los que todavía estaban vivos pese a la oscuridad. Era un ejercicio riesgoso porque siempre había también padres adictos al régimen y la inspección estaba ahí, pero que me proporcionaba grandes satisfacciones.

Y afortunadamente, en casa leíamos como siempre o más aún. Entre la familia y los amigos circulaban los libros y los discos de pasta muchos de los cuales también estaban en el índice como Los Olimareños, Zitarrosa, Viglietti, Violeta Parra que escuchábamos junto a Beethoven, Berlioz, las canciones españolas por Victoria de los Ángeles o la Sinfonía Primavera de Schumann y tantos otros. En las razias que hacía la policía por las casas solían requisarse discos y libros “subversivos” pero nunca en casa, no llegaron a tanto. También hubo gente conocida que llegó a quemar espontáneamente sus libros o discos “peligrosos” adelantándose por temor a la garra militar.

Es que el miedo daba para todo y amenazaba con irnos apagando uno a uno.

Ina cobra su jubilación

Después de más de diez años de trámites inverosímiles, le fue comunicado que podía acercarse a la Caja formando parte de aquella manada patética que pugnaba por acceder primero a la ventanilla de pagos.

Para ella fue una alegría enorme, y realmente, creyó que aquella jubilación magra era succulenta, casi principesca. Yo la dejaba que creyera eso y así, cuando me encargaba que le comprara algo, le mentía el precio bajándolo a la mitad para que a ella siempre le sobrara.

En los primeros tiempos solía ir en taxi hasta el edificio de la Caja acompañada por alguno de los chicos con el que luego iniciaba el peregrinaje: primero a un mayorista de golosinas y luego a La Paponita o alguna de esas donde obtenían una compensación gastronómica. Lamentablemente aquel paseo, que era el único que hacía, se cortó cuando, en una de sus acostumbradas caídas, se fracturó la cadera. Ver sufrir a Ina era como ver sufrir a un niño, desgarrador. El proceso de la internación en el Círculo, la operación en IMPASA, la vuelta al Círculo y luego a casa fue largo y con un final insatisfactorio: con sus rodillas en mal estado y su peso excesivo, solo logró volver a desplazarse con andador. Dentro de él anduvo años, hasta el final. Recuerdo que, dejando de lado los que alquilábamos, Eduardo logró uno mucho mejor a partir de una mesita metálica para televisor con el cual podía incluso acceder al baño.

A partir de entonces me tocó a mí, munida de un poder, acceder al dudoso placer de ir a la Caja todos los meses.

Borrón

Era un perro deslucido, sin un rasgo personal, negro con una mancha blanca en el pecho, carecía de expresión simpática, no era guardián ni fiel amigo.

Llegó después de que se llevaron a Vencedora, una galga preciosa que nos habían cedido. Esta sí era hermosa y tenía una peculiaridad: sonreía, no era que mostrase los dientes amenazando, no, sonreía contenta cuando le hablábamos y tenía unos ojos enormes llenos de ternura.

Pero, como nadie es perfecto, detestaba a los niños que venían a jugar con Inés y Lucía y en particular a Yanina y Horachín, dos criaturas muy tontas que vivían en la esquina de Ellauri.

Un día, el varón le acercó insensatamente su cara y Vencedora le mordió la nariz.-Y se lo merecía, claro que se lo merecía-, pero le salió sangre y gritó con gran aspaviento. Entonces, previendo otros incidentes similares, decidimos que se llevaran a Vencedora a una estancia.

Y vino Borrón. No sé de donde, creo que entró nomás sin que nadie lo eligiera y todos intentamos adjudicarle virtudes que no tenía. Ina lo rezongaba pero a la vez, lo alimentaba en exceso y todo eran manjares para su paladar de perro callejero. A veces también las muñecas, la ropa tendida o cualquier objeto que pudiera haber caído al suelo. Todo lo comía.

Pero su peculiaridad era la huída. En cuanto se abría la puerta de calle salía deslizándose con gran velocidad a retomar contacto con su vida anterior y solo volvía cuando el hambre le hacía recordar que en casa tenía un plato esperándolo.

Ina y los chicos se lamentaban ante estas huídas locas, porque en el fondo, le habían tomado cariño y temían que no volviera más en una de aquellas salidas.

Un día Borrón decidió pasar a la posteridad con un gesto que no olvidaríamos.

Era fin de mes, es decir, era uno de esos días en que contábamos las horas y los minutos para el momento del próximo pago haciendo un fondo con todas nuestras reservas.

Sin que lo esperáramos, apareció una amiga a devolvernos un dinero que le habíamos prestado. Era un billete único pero valioso al que mirábamos con alegría empalagosa. Y por seguirlo mirando, lo colocamos extendido en el posabrazos de un sillón mientras charlábamos con nuestra salvadora.

Nadie lo esperaba en ese momento, entró como una ventisca desde el jardín, enfiló su corrida hasta el sillón, apresó el billete entre sus dientes y antes de que pudiéramos proferir un grito, se lo tragó.

Confieso que lo perseguí, no con un cuchillo en la mano, pero sí con cierta ilusión de que su estómago lo devolviera para recuperarlo, pero no fue así, todo su maléfico aparato digestivo funcionó a la perfección al servicio del mal y el billete fue procesado no quiero imaginar hacia donde.

Desde ese día Borrón tiene que haber sentido el rechazo unánime de la familia y tal vez por eso, aprovechando su siguiente escapada al exterior, tomó la calle y no lo volvimos a ver.

“A mí me gusta...”

Así como padecíamos los adultos a la visita cargosa, ésta tenía su correlato en el ámbito infantil.

Se llamaba Merceditas y era una niña exasperante que vivía en un apto interior junto a lo de Genta. Es cierto que Inés y Lucía jugaban con ella y que se fascinaban porque a veces iban con su madre al Bar Sirocco donde trabajaba el padre y donde les servían helados hasta donde lo pidieran, es cierto que eran gente buena y confiable que luchaban por restablecer a un hermanito paralítico, pero también lo es que, miles de veces, Merceditas se presentaba y permanecía más de la cuenta, aun cuando el juego se había terminado o había un desentendimiento o era la hora de sentarse a la mesa.

Tenía una forma tangencial de pedir las cosas sin hacerlo directamente, tal vez por ser muy reprimida por los padres, que a mí me enervaba. Se colocaba contra la pared de la cocina e imprimiendo a su cuerpo un movimiento de vaivén decía refiriéndose a lo que quería que se le diera: “...a mí me gustan los tallarines o...a mí me gusta el pan con manteca...” Yo, que siempre tendía a ser manirrota, en esos momentos era dominada por mi costado maligno y me hacía la sorda hasta que, nuevamente el vaivén y la cantilena...” A mí me gusta...” y terminaba entregándole lo que fuera, aun lo que yo misma me estaba por comer en ese momento.

Indefectiblemente, los niños, sin proponérselo, van eligiendo a sus pares con criterios que les dicta su afinidad y al crecer, van surgiendo las diferencias, a veces en forma por demás cruel.

Así fue que Inés y Lucía fueron encontrando amistades nuevas y sus respectivos círculos se fueron diversificando llegándose a que Merceditas, que seguía acudiendo a casa, sin perder del todo la relación, fuese quedando relegada. Pero la famosa frase: “...a mí me gusta:” con el vaivén no se fueron ya de nuestra memoria.

Mao y sus amigos

Mao vivía rodeado de amigos que entraban y salían incesantemente, a veces venían a usufructuar alguna herramienta de Eduardo o a leer los cientos de revistas deportivas que Mao atesoraba en su cuarto, a veces hasta se quedaban a dormir, los más valientes, los que podían no sucumbir ante el desorden y la desprolijidad.

Mao y Uge estaban instalados en el cuarto de la escalera que comunicaba con la terraza porque Ina, que ya no podía subir, había quedado en la planta baja.

Aquel cuarto era el caos. Estaba allí el ropero “El Plata” pero nada se guardaba, ropa y zapatos yacían por doquier y a veces era difícil retirar una prenda sin provocar un alud. No valían los ruegos, las sugerencias ni las amenazas: el orden era incompatible con aquella etapa y yo, imposibilitada tanto de imponerlo como de crearlo, era la madre ideal para prohijarlo, incentivarlo y defenderlo. Faltaba más.

Pero más allá de esta circunstancia, la casa de Mao era un lugar abierto y querible que muchos necesitaban. Había ruedas de mate, a veces se jugaba a las cartas, se discutía, de tarde en tarde hasta se estudiaba.

Por allí andaban el negro Carlitos, Tito, Gerardo, Leonardo, el Chato e incontables más que para todos eran casi familiares.

Cuando llegaba la hora de la merienda, a los “nuevos”, a los que no eran de confianza como para ir a la cocina y calentarse un mate o un café, Ina les ofrecía preparárselo.

Todos recordamos que un día Mao trajo un amigo nuevo de la JDC, creo que parecía un chico muy educado. Como a Ina le cayera muy bien, le ofreció una cocoa y aceptó.

Cuándo se la entregó, - y se quedó parada esperando la taza-, él se la bebió con una cara extraña pero sin chistar. Mucho rato después Ina se percató de que había preparado la cocoa con agua en vez de leche y el infeliz, víctima de la buena educación, había tenido el coraje de ingerirla.

Se llamaba Gonzalo Sotuyo y creo que por casa no volvió más.

Carlitos, que era un amigo del barrio, tenía una cierta habilidad para trabajar la madera y una tarde se instaló con Mao en el cuartito del fondo para intentar confeccionar unos mascarones con tronco de palma. Mao se mostraba muy entusiasmado y ya soñaba con lo que sería la venta en la feria de la parroquia, aunque los mascarones eran muy feos.

A mí me gustaba que incentivara la manualidad, aunque los mascarones eran muy feos, porque esa área no la tenía para nada desarrollada. A media tarde sentimos un grito. Corrí a verlos y Mao estaba lívido.”-Se cortó_” me explicó Carlitos que había abandonado la tarea y lo sostenía.

Mao tenía un tajo en un dedo y manaba bastante sangre. Pálido, casi desvanecido, lo llevamos hasta el sofá con el dedo en alto. Allí, desinfectado y con agua oxigenada se logró que el dedo dejara de manar. Yo hasta me sentía conmovida al ver a mi hijo víctima de sus inclinaciones artísticas incipientes.

Cuando abrió los ojos le dije:-¿Cómo fue?-

“¿Viste la bici de papá?, está colocada allí con las ruedas en alto: yo movía el pedal por jugar y sin darme cuenta metí el dedo”.

Apendicitis

No es ningún mérito que una madre de seis hijos logre ciertas dotes de médico clínico. A mí desde el principio me pareció que Lucía tenía una apendicitis. Pero los médicos de Empleados Civiles insistían en tratarla por una infección intestinal y los días pasaban. Aun Cristina Pombo, ya pediatra, se inclinaba por la tesis de los “doctores”.

Pero como el cuadro siguiera, me fui con ella a la emergencia y pedí que la viera un cirujano. Este, un gordito muy calmo, Arruti creo que se llamaba, me dijo no solo que era apendicitis sino que, sin pasar por casa fuera directo al sanatorio.

Allí en unas horas lo vimos salir de la sala de operaciones luego de una intervención exitosa.

La primera noche fue desagradable, por la anestesia y el ayuno pero al otro día empezó el ciclo glorioso con visitas, regalos y mimos. Yo le había prestado un camisón amarillo crema que a ella le llegaba a los pies y se sentía una reina.

El médico le dijo que se levantara y caminara, pero Lucía, a pesar de sus intenciones de lucirse por los pasillos, caminaba doblada hacia adelante porque la panza le dolía.

Intervino ahí la mano disciplinadora de Eduardo que, con aquella brusquedad tan suya, la obligó a echarse hacia atrás empujándola desde los hombros con el consiguiente tirón y aullido de dolor.

La niña lloraba amargamente adentro de aquel glamoroso camisón y él estaba enojadísimo: -son puros mimos, decía. Pasado el mal momento, fuimos recorriendo el gran patio interior del sanatorio español en cuyo centro había un estanquecito con carpas de colores. Ella se sentía observada y admirada y dispuesta a relacionarse con quien se le acercara.

Recibió muchos regalos pero, curiosamente, el que recuerda es un broche de pelo en forma de flecha que le entregó Angélica Piccinino.

Con la vuelta a casa siguieron las consideraciones y los mimos pero pronto las aguas se quietaron y fue preciso volver a la escuela y retomar el trabajoso estudio de las tablas que nunca conseguiría memorizar.

Despedidas

Por aquella época el recorte drástico de las libertades llevaba a que uno se acostumbrara a aceptar que no hablar, no cuestionar, no preguntar eran lo normal. Establecida la barrera del miedo, uno se iba enterando de mucho de lo que ocurría por medio del boca a boca y aún así todo eran cuchicheos y uso de eufemismos, “porque ellos podían oír”.



Uno de los trances que sufrían las familias era el del exilio, tan doloroso para el que se iba como para los que se quedaban. A veces uno tenía la sensación de que la ciudad se iba quedando vacía o muerta. Recuerdo la impresión que nos hizo saber que nuestros vecinos, los Viñar, se habían ido a Francia con los dos hijos. Genta en cambio, prevalecía, cantaba cada vez más y se permitía los comentarios más provocativos sobre la situación del país. Por supuesto que el régimen militar lo fascinaba.

Mucha gente buscaba asilo en las embajadas aunque no todas eran proclives a otorgarlo. El caso de Elena Quinteros que se supo en la versión oficial, nos estremeció.

Y Rosina Brito, que por entonces trabajaba en la delegación mexicana ante la ALALC, en el edificio Ciudadela, contaba, aún estando a kilómetros luz del verdadero problema, que el local estaba siendo invadido por la gente que buscaba asilarse en parte porque México era un país hospitalario y tal vez en mayor parte por la excelente disposición del embajador Muñiz que abría las puertas a todos con la mayor generosidad.

No había por entonces el menor atisbo de que la situación política pudiera cambiar, más bien se iban amontonando cada día más nubes en el horizonte y mantener una módica esperanza requería un esfuerzo de titanes. Pese a todo, en casa se conservaba un clima plácido y relativamente seguro en el que los hijos podían seguir creciendo en paz si bien nadie estaba ajeno a lo que sucedía afuera, en especial los dos mayores.

Con Eduardo seguíamos preservando algunos ratos en la noche en que, ahora muchas veces en el Bar Ponte frente a la cárcel, compartíamos alguna grapa con limón y tal vez algún fainá de orillo, con las novedades del día.

Yo creía conocer a todos o casi todos los funcionarios del juzgado, celebraba sus anécdotas, acompañaba alguna peripecia porque Eduardo, distendido, era un narrador fiel y muy divertido.

Aquellos ratos, que generalmente eran lo mejor del día, eran también la gran ayuda para mantenerse en pie.

Dentro y alrededor del Ponte Blanco circulaba una fauna especial, desde su dueño, Perfecto hasta Magaldi, un vagabundo alegre que cantaba sin cesar y el que nosotros llamábamos el mendigo de las piernas, un señor que exhibía sus piernas ulcerosas desde el carrito en que lo desplazaban utilizando aquel espectáculo atroz para pedir dinero y si no se le daba profería amenazas y exhibía sus llagas infames.

También recuerdo con especial cariño los cuadros de Esquerra. Eran murales, generalmente marinas, lejanamente inspiradas en la costa cantábrica. Estaban tan conmovedoramente llenos de colores y detalles que se los podía mirar durante horas. El del Ponte iluminaba con su paisaje de mar la zona de los baños cuya cercanía no era recomendable para los estómagos delicados.

Veneno

No creo haber sido nunca especialmente coqueta más bien fui inhábil y no muy cuidada en lo referente al arreglo personal. Aún así, nunca percibí que fuera más fea o menos atractiva que las demás mujeres, más bien siempre me sentí segura en cuanto a mis recursos de seducción que presentía no dependían tanto de mi aspecto físico del que, incluso por momentos podía darme el lujo de prescindir.

Por supuesto, me gustaba tener una prenda de ropa nueva, unos zapatos o algo a estrenar pero en general, todo eso solía posponerlo ante necesidades más importantes y no lo sentía demasiado. Pero, si por casualidad me llegaba uno de aquellos objetos de deseo, esos perfumes, aquellas cremas de belleza, o alguna ropa de marca, me sentía llamada a sucumbir y sucumbía sin culpa.

No sé de donde provenía. Alguien había viajado a Estados Unidos y me regaló un frasco de crema base con un perfume celestial. Solo con mirarlo sentía que se abría ante mí un mundo de posibilidades de seducción, otro mundo, uno de esos mundos ajenos y tal vez estúpidos pero llenos de glamour.

Yo no usaba base y quizás aquel color no se iba a llevar bien con el de mi cutis pero el frasco producía igualmente una magia en ciernes. Lo miraba y no me decidía a ponerlo en uso y pasaban los días y siempre, en algún momento, volvía con los ojos hacia él y su cerrada colección de posibilidades me guiñaba un ojo.

Pero un día desapareció. El golpe fue muy brusco y artero pero, además, inexplicable. Alguien lo había tomado de la repisa del baño y se lo había llevado. Lo más desconcertante es que nadie de cuantos transitábamos por allí podía tener el más lejano interés en aquel producto. Creo que me puse de muy mal humor y en ese estado hasta me resistí a buscarlo.

Esa tarde, la explicación se derramó ante mis ojos. Salí al jardín y los baldosones del sendero principal y también los laterales del lado del níspero estaban decorados con trazos inciertos de un color tostado en el que no me costó descubrir la similitud con el de mi crema.

Inés y Lucía, aunque siempre creí que la inspiradora fue la segunda, habían preparado un veneno para las hormigas y lo habían aplicado cuidadosamente. En aquel producto también se mezclaban talco, pasta de dientes y pulidor, con el espíritu travieso, algún secreto deseo de venganza hacia mí y por qué no, tal vez una pizca de auténtica curiosidad científica.

Motos

Acceder a una Harley Davidson o por lo menos palpar o mirar una Harley Davidson suele constituir un atractivo muy intenso para cualquier varón. Yo supongo que esa moto enorme, con motor de gran potencia y todo lo demás, le debe otorgar al que la usa una embriagadora sensación de poderío, casi un éxtasis similar al amoroso.

La Harley que había traído Eduardito García y Santos a casa debía despertar sin duda todo ese caudal de sensaciones. Ignoro por qué su dueño la depositó en el garaje y allí quedó por un tiempo.

A Eduardo no llegó a subyugarlo, tal vez porque estaría sumergido en las entrañas de alguno de sus autos. Mao tenía manifiestamente otros intereses. ¿Quién nos iba a decir, entonces que el tierno, sonriente, y bien humorado Uge era el que se iba a entregar al hechizo de la sirena?

Era verano y caluroso, habíamos ido a las rocas y era ineludible acostarse a intentar una siesta reparadora.

En eso estábamos cuando se abrió bruscamente la puerta del dormitorio y apareció Uge, demudado, con más pavor que la sangre que le manaba del codo y de la rodilla.

“Pudo haber sido peor”, decía Mao. Y la consabida: fue con suerte.

En ese momento nos enteramos de que Uge, y tal vez no por primera vez, sacaba la enorme máquina y sin prender el motor para no despertarnos, la hacía deslizarse Joaquín Núñez abajo y partía montado en ella hacía no sé dónde.

“Esa mujer es una estúpida, decía, “me chocó ella. La moto solo tiene un raspón...”

La versión de la colisionada, madre de Marie Baru, una compañera de Inés, tal vez fuera diferente.

Al día siguiente Eduardito partió con la Davidson y los sueños del piloto debieron ser pospuestos hasta la adultez. Pero aquella no fue la única moto en aquella época. La otra era una horrible motoneta, estilo Vespa pero cien veces más fea que Eduardo compró y enseguida hizo pintar de un verde insolente que la afeaba aún más.

Por cierto que entre ella y el Uge no existió el menor feeling. Aún Eduardo la usó bien poco, pero un día, para mí, tuvo un uso casi providencial.

Yo seguía con mi trabajo de arreglos florales y me iba sorprendentemente bien. La novia de aquel día había pedido alelíes blancos y claveles rosados y eso compramos. Y todo eso estaba depositado en el living de casa en grandes baldes de plástico. Era un cargamento valioso porque el alelí era carísimo y difícil de conseguir.

Cuando ya estaba por irme a armar el decorado, la madre de la novia me llamó y me dijo: "La nena le había dicho que cancelamos, verdad?". Yo creí morir. Hasta hoy el perfume de los alelíes me trae como un sofoco. Jamás me había pasado ni me volvió a pasar algo así. Pero cuando ya creíamos que íbamos a comer guiso de alelíes por varios días, apareció Angélica y enseguida me puso al habla con Jorge Mateo, amigo queridísimo. Había un congreso de filatelia y él desde el Directorio, me contrató para armar como diez ramos para las esposas de los delegados que se alojaban en un hotel del Centro.

Los ramos quedaron armados en un santiamén pero carecíamos de transporte. Entonces, loca de miedo, me dejé transportar en varios viajes por Eduardo en la moto, llevando dos o tres ramos por vez. Me asombró que la travesía, con ser riesgosísima, tuvo también su encanto. Aquella langosta con motor fue la salvación misma.

Diego en el horizonte

Tuvo que ser nada menos que la visita cargosa el que lo introdujera en casa. Por más que Diego renegara de él, no podía negar que era el esposo de su tía Susana y que ambos le habían dado hospedaje en su casa porque él ya se sabía buscado por la policía.

De lo de los tíos hasta casa había pocas cuadras y aquel día salieron a estirar las piernas y de paso, como era casi sacramental para el tío, visitar a los Brito. Corría el 75, el "año de la orientalidad", un año terrible aunque en realidad todos esos años fueron terribles.

A los Achard yo los conocía, Martín, Laura, Mercedes y Carmen circulaban por la parroquia pese a que vivían por Punta Gorda. Eran ocho hermanos. Un día Susana me había presentado a Carmencita su hermana, y luego suegra de Paula y en el momento intuí que, siendo una excelente persona, no teníamos y tal vez nunca tuviéramos nada en común. Hoy, pese a

toda una historia y a cuatro nietos de las dos, pese a una relación cordial, aquel trasfondo sigue incambiado.

Lo de Diego no sé cómo encararlo porque tiene muchas puntas. En el momento, ante los ojos de Paula, debe haber sido el primer hombre que se presentaba, a años luz de José Veiras aquel precioso muchacho que fue su novio liceal y de todos cuantos conocía en su rueda de barrio.

Era seis años mayor, era divorciado y con un hijito, había estado detenido, había trabajado en un diario, era buscado por la policía pero, además, y por todo eso, era desenvuelto y tenía una “calle” de la que carecían todos los demás. Y para colmos era muy atractivo. Todo eso configuraba un hechizo prácticamente ineludible y la relación, acicateada por la perentoriedad, quedó establecida en un santiamén.

En lo que a mí respecta, fue tan meteórico el paso del que iba a ser mi yerno que no tuve tiempo para conocerlo, de hecho lo “conocí” diez años después cuando volvió al país pero tampoco pude entonces desarrollar ese sano fastidio que, en el fondo, debe sentir toda madre ante el que le saca a su pichón.

Hubo una visita de la policía a lo de los Achard padres en Punta Gorda requiriéndolo y ante lo evidente, solo quedaba elegir destino e irse.

La hospitalidad mexicana y en parte, la presencia allá de una tía paterna, lo inclinaron por México y partió rumbo a Buenos Aires para seguir viaje en pocos días hacia México.

Todo ese periplo duró diez o quince días luego de los cuales Paula nos dijo que quería irse con él. Rubricando la situación, los Achard viajaron con ella a Buenos Aires para darle el adiós a su hijo y nos devolvieron a una Paula desesperada, llorosa, clamando por irse cuanto antes. Tenía 18 años.

Contarlo puede ser fácil o no, vivirlo fue terrible. Hubo que pasar muchas cosas y muchas quedaron en la nebulosa. En el momento sentí que la vida otra vez me ponía en una disyuntiva atroz. Pero Paula se manifestaba, no como una chiquilina caprichosa, sino como una mujer decidida a todo. Nunca había sido enamoradiza, tonta o en el aire, era reflexiva, seria y consciente.

Creo que presentíamos, yo lo sentí así, que si no la dejábamos ir, la perderíamos o por lo menos, se malograba una relación que había crecido en el respeto y la libertad.

Recuerdo que la descubrí de noche llorando en su cama y la abracé y con el alma rota pero queriendo consolarla a ella le dije: “Bueno, no llores, me voy a tener que hacer a la idea de tener algún nieto mexicano...” Lejos estaba aún de saber que aquello era casi una premonición.

Paula se va

La partida de Paula se hizo en forma paulatina pero rápida. A la vez, estuvo rodeada de un cierto misterio porque no queríamos que se supiera el paradero de Diego.

Pero aparte de todo, el tema económico estaba allí agazapado y el costo de un pasaje a México era alto, inalcanzable para nosotros. Nuestra única alcancía era el auto de turno que Eduardo puso a la venta, pero, además, no digo que pensáramos en un ajuar, pero sí en que Paula se fuera mínimamente equipada y eso también suponía gastos. Recuerdo que con uno de mis suelditos le compré una colcha térmica a cuadros amarilla y marrón. Todo se volvía buscar y rebuscar prendas y enseres que se pudiera llevar.

Recuerdo que muchos amigos, aun anonadados por la noticia, quisieron colaborar. Tal vez la más desconcertante forma de apoyo fue la de Vivianne Marchand que entregó una chaqueta blanca suya, muy fea que Paula me dejó y que no usé, pero con ella, venía un afiche que estaba de moda con un texto de Kalhil Gibran “tus hijos no son tus hijos, son los hijos e hijas de la vida.”

Yo la detesté porque pretendía darme una lección que yo, que me la tenía más que bien aprendida, estaba en aquel momento padeciendo.

Y hubo reacciones inesperadas de gente que se enteraba por el boca a boca porque no existió ni asomo de participaciones escritas. Una de ellas fue la de mi prima Raquel que representaba el “lado bien” de mi familia, que le ofreció un té a Paula en su casa de Carrasco.

Allá fue, acompañada de Inés y Lucía y todo se dio a tono y distinguido hasta que, al despedirse, a Lucía se le voló el poncho que llevaba y quedaron a la luz las masitas que se llevaba a escondidas. Aquello supuso mi inclusión definitiva en el Índex.

En los días previos a la partida de Paula, creo que no calibrábamos el marasmo de incomunicación que nos iba a separar de ella. Hoy cuesta imaginarlo, pero, salvo el correo, que se tragaba las cartas y las entregaba, con mucha suerte, meses después, nada había para comunicarse ya que el teléfono era carísimo.

Por eso cada vez que salía un viajero, las familias le entregaban sus cartas y algún pequeño regalo porque se había establecido una solidaridad implícita en todos. Aquella red fue la que nos iba a posibilitar la llegada de las fotos del casamiento, las del embarazo y las primeras fotos de Andrés.

La despedida grande fue en el salón de la parroquia y recuerdo que Inés y Lucía lloraban y que mucha gente trajo alimentos para compartir pero de allí mi memoria pasa al regreso del aeropuerto, a las ganas de morirme ahogada en mi propio llanto y a la desolación cuando, al día siguiente tuve que deshacer la cama y guardar todas las cosas de Paula que habían quedado.

Recuerdo que en ese momento apareció Jorge Techera, un salesiano y me dejó con una frase de la carta a los Romanos: "Dios dispone todas las cosas para el bien de los que lo aman". No fue un consuelo pero muchas veces, a lo largo de mi vida, volví a ella y quedé asida como a un hilo invisible que me evitó hundirme en el dolor.

Por otro lado, y como en otras ocasiones, no había casi margen para pensar en una misma porque había que atender, sostener y recuperar sobre todo a Ina y a las chiquitas que habían quedado muy dolidas. Aún así, Mao recuerdo que me dijo creo que no como reproche: desde que se fue Paula tú ya no fuiste más la misma.

Cambios

Después de que se fue Paula todos nos abocamos a tratar de seguir como podíamos. No digo que yo tuviera la exclusividad del dolor, sería injusto

para las chiquitas, para Ina, para Eduardo, que aunque se cuidaba de no demostrarlo, pienso que lo sentía como todos. Pero él se volcaba a la acción: al poco tiempo mudó su escritorio al cuartito del frente, el del pequeño balcón y tomando el serrucho, se dedicó al armado de un living o mejor dicho de dos sofás enfrentados separados por una pequeña mesa. Todo fue forrado con tela de moquette verde aceituna y el piso con el mismo material. Fue su consagración como carpintero y aquellos sofás aún creo que viven en casa de Pedro. Yo elegí una tela lindísima, floreada con fondo gris claro para los asientos y los almohadones que hacían de respaldo. Parecía otra casa, casi de revista de interiores.

A Mao, tan sociable y entusiasta, le faltaba la que había sido su compañera y a veces su adversaria. Un poco antes de irse Paula habían hecho junto a Cristina Darré un viaje a Santos, a lo de Arlinda y al volver casi pierden a Mao en el Chuy porque el ómnibus arrancó sin él y Paula con su tímida vocesita susurraba:- "Señor, hay un pasajero que quedó sin subir...sin animarse a decir que era su hermano en voz alta y clara."

También, meses antes de irse Paula, protagonizaron una gran pelea en la que Mao, que era de ordinario calmo y sereno, casi ahorca a su hermana. Creo que el instigador que, como siempre, quedó en la sombra, fue Pablito Álvarez.

A pesar de todo esto, a Mao también le quedó un hueco vacío que tal vez después, una novia y los amigos fueron llenando. No fue fácil para nadie aquella temporada.

Entretanto, siempre a la espera de noticias, empezamos a vincularnos a gente de buena voluntad que, estando en situaciones similares a la nuestra, viajaba a México y nos traía los pequeños grandes tesoros: las primeras noticias de Paula que yo, consuegra diligente, compartía de inmediato con Carmencita porque Diego nunca le escribía.

El Loraga

He probado comer mucha fruta

Comer verdurita tomar laxamin

He probado los de glicerina

Y encontré el Loraga al fin!

Y hoy con Loraga

Los colon largo vencemos aquí

Y hoy con Loraga

Los de colon largo vencemos al fin!

Sí, es cierto, Paula se había aficionado al *Loraga* buscando vencer su estreñimiento. Y yo, con espíritu maligno, inventé el cantito. Lo más lindo es que llevaba la música de una canción que dos gorditas guitarristas de la parroquia cantaban en la misa (las Vieytes), una muy enamorada de Martín Achard y que se llamaba “Y hoy que he amado”.

Un día, uno de los pocos en que ví a Diego de novio, completé la maldad cantándosela pero ni Paula se enojó ni a él le hizo mella.

Ya en México, Paula, habiendo agotado sus frascos del famoso laxante empezó a recorrer farmacias buscándolo sin éxito y a la vez, muy sugestionada, empezó a desesperar. Por fin, luego de varios frascos enviados y recibidos, surgió la solución que era simplísima: jugando con las sílabas vimos que el *Loraga* oriental, allá se llamaba *Agarol* pero era el mismo producto con idénticos componentes.

De caza

De lo de Rosina y Polo habían venido dos escopetas de chumbos tal vez descartadas por aquellos chiquilines que tenían de todo.

Para mí, que siempre detesté las armas, eran atroces, pero Eduardo me aseguró que eran totalmente inocuas. Para Mao y Uge suponían tesoros de valor. El solo hecho de poseerlas les confería una especie de poderío suplementario que los hechizaba.

Pero un día me enteré de que ambos se habían tomado la molestia de conseguir chumbos y las habían cargado. Parece que Inés y Lucía estaban en el secreto pero jamás los traicionaron.

El lugar elegido para practicar el tiro era el cuarto de Eduardo y mío porque tenía una ventana que daba hacia el jardín que luego se continuaba en la huerta y el jardín de la casa parroquial, y por allí circulaban muchísimos pájaros. Los más hermosos eran las gaviotas que se posaban en el ángulo del techo de la iglesia: siempre mirando todas hacia el mismo lado y allí permanecían hasta que una, que debía ser el guía, levantaba vuelo y era seguida, en perfecta formación por todas las demás.

Pero las gaviotas, muy lejanas, no eran el objetivo de los improvisados cazadores. Sí lo eran las palomas que solían revolotear mucho más cerca o en último caso, las cotorras que chillaban en las ramas del níspero. Jamás llegaron a dar en el blanco afortunadamente, y las aves siguieron viviendo felices y bien pronto las escopetas yacieron olvidadas. Pero la complicidad, el miedo a ser descubiertos y tal vez más aún, el de llegar a matar a un ser vivo, lo guardaron los cuatro como recuerdo hasta hoy.

La suspiradora

No eran épocas para bromas telefónicas y todo llevaba a pensar en alguna celada del enemigo que solía intervenir los teléfonos de los jueces.

No era tranquilizador tampoco saber que Genta, sin ir más lejos, era uno de los espías telefónicos de la CIA, por entonces dedicado a la embajada cubana pero nunca sabíamos si no iba a inclinar su oreja hacia sus vecinos. Por todo eso, aquellas llamadas reiteradas empezaron a alarmarnos.

Hubo una, bien al inicio, en la que una voz femenina invocó a Mao, pero luego, el resto de las llamadas eran de alguien que suspiraba lánguidamente colgado de la línea y así seguía sin hablar y sin cortar la comunicación por mucho rato.

Las llamadas recrudecieron y eran ya a toda hora. No había voz enérgica que las inhibiera, ni burlas ni veladas amenazas, aquel: "ojo que ya sabemos quien sos", ni nada.

Es cierto que Mao, pese a su desaliño, debía resultar muy atractivo, sobre todo por su modalidad desenvuelta, su pujanza, aquel no detenerse a mirar al costado del camino. Y además por supuesto, que era un muchachito precioso. Nunca ví pestañas como las tuyas, y la joven Kliche también lo sabía. Pero aún saliendo él a la línea y pidiendo tregua, la que llamábamos “la suspiradora”, seguía insistiendo.

Entretanto, con sus amigos, pasaban revista a todas las chicas conocidas y ninguna tenía el perfil que se ajustara al de la insistente.

Y era molesto y a veces nos llevaba a pensar que detrás de aquella tontería había algo más.

Pero tantas disquisiciones al mejor estilo Sherlock Holmes, tenían que llevarnos a buen fin.

El círculo se fue cerrando en torno a nuestra propia cuadra y en ella, a la casa de aquel señor bizco, enano, espantosamente feo, que ponía sus pieles estaqueadas sobre bastidores en la vereda. Era, por supuesto, peletero. Pero además tenía una hija y esa hija, carnosa, rosada, con un andar de barco y un extenso traste, pasaba y volvía a pasar por casa y sus ojillos de cerdito se colaban por todos los intersticios que encontrara.

Por supuesto que solo esto no daba para aseverar que ella fuera la suspiradora hasta que yo lo pude constatar casi por azar. Estábamos en la parada con Inés y ella casi a nuestro lado con aquella semi sonrisa culposa cuando se me ocurrió decir en voz bien alta: “...ya sabemos quien es, lo sabemos sin ninguna duda, con el teléfono intervenido fue fácil, estábamos esperando porque nos da pena, pero está decidido: vamos a la policía a hacer la denuncia”.

Ella pareció no inmutarse pero, curiosamente, desde aquel momento, las llamadas cesaron y volvió a reinar la paz.

El grillo

Desde mucho antes de irse, Paula era amiga íntima de María Elena y la familia de ésta le había tomado un gran cariño. María Elena era entonces una

quinceañera simpática, más bien gordita y sobre todo, consentida hasta la saciedad por una pareja de padres maduros.

Todos eran fervientes frenteamplistas y abominaban el régimen imperante, asumiendo, sobre todo su madre una militancia permanente y a veces insensata.

El grado de amistad entre las chicas llegó a ser tal que se hizo natural que ambas parejas de padres nos conociéramos y esa circunstancia se dio una noche en que el papá vino a buscar a su hija que se demoraba charlando con Paula y por eso, Eduardo y yo lo invitamos a compartir un café.

Era un hombre jovial, realmente simpático y aún siendo yo tan propensa al fracaso en mis intentos socializadores, aquel caso se presentaba particularmente fácil de abordar. Junto a Eduardo nos sentamos a conversar compartiendo el café y todo era fluido, sano, natural, hasta que noté que el señor tenía una especie de tic por demás insólito: cuando paraba de hablar, emitía un sonido sibilante y agudo logrado entre lengua y labios de una manera casi inexplicable.

Eduardo también lo sintió, solo que no llegó a adjudicárselo al visitante y lo interrumpió diciendo:-¿Sienten? Hay un grillo!

El señor no se inmutó pero yo sí me puse tensa y me aboqué a hablar con entusiasmo y en un tono más alto para ahogar el sonido porque presentía otra de aquellas situaciones embarazosas.

Pero Eduardo no estaba dispuesto a renunciar a su afán inquisidor y me decía:-“A ver, callate un poco: debe estar por ahí”, y señalaba el entorno del visitante que bebía su café inmutable.

Cuando nuestras hijas aparecieron, la charla amable continuaba pero Eduardo había movido varios muebles a la búsqueda del insecto que lo mantenía en jaque y por supuesto, el señor quedó para siempre entre nosotros con el apodo de “el Grillo”.

Poco tiempo después de que se fuera Paula, María Elena, que había sido descubierta volanteando y ya estaba fichada, ingresó en la sede de la Embajada

de México iniciando así un exilio al que sus padres dotaron de todo cuanto de suntuario y exquisito podía tener y llegada a México, si bien sus estilos de encarar la vida y sus medios económicos eran muy diferentes, continuaron una amistad que, por momentos, les alivió la situación.

El Grillo y Sra. entretanto, hicieron muchos viajes a México y en esas ocasiones fueron un nexo valiosísimo entre Paula y nosotros.

LIBRO 5

Desbordes en el penal de Punta Carretas

Aquella mole gris que muchas veces era rondada por bandadas de gaviotas, había ido adquiriendo connotaciones más y más tétricas.

Era desgarrador ver el trato al que se sometía a las visitas, sobre todo a las mujeres, que debían cubrir su cuerpo con unas especies de batones que ocultaban sus formas. Aquella era parte de la moralina imperante, la misma que prohibía a las liceales llevar el cabello suelto y a los varones usar el pelo largo, pero, en el penal, con el énfasis de desprecio de los que se sentían ganadores, todo era peor.

Perfecto, el dueño gay del Bar Ponte Blanco, recibía los bolsos y abrigos de los visitantes que quedaban allí en custodia hasta que la visita terminaba.

Lo mismo hacía Furtado que tenía su almacén justo frente al penal. Era penoso presenciar aquella situación y tal vez lo peor era no encontrar modo de expresar una solidaridad que todos sentíamos y que no sabíamos hacia donde encauzar.

Una noche nos despertaron gritos y cohetes que no eran tales sino tiros, todo en torno a la cárcel.

Se sentían claramente las voces de los presos y los guardias y enseguida patrulleros y camiones del ejército rodearon la zona.

Todavía nos veo a nosotros con los chiquilines frente a la ventana abierta de nuestro cuarto por la que entraba un frío intenso, intentando saber que pasaba pero sabiendo de antemano que siempre lo que se iba a obtener al día siguiente era una versión caprichosa y distorsionada de la realidad, aquella de los famosos comunicados.

Había sido, sin duda, una revuelta sofocada a tiros, tal vez con muertos y heridos sobre los que nada se sabría. A ella siguieron algunas más, todas durante la noche, hasta que el penal habría de ser evacuado, entre otros hacia el de Libertad que sería tan famoso. En el viejo cascarón una secuela de ratas y de sombras era lo único que fue quedando. El barrio perdía así uno de sus

edificios más emblemáticos que luego, ironías del destino mediante, terminaría siendo el Shopping Center.

Las plantas

El jardín era un mundo aparte. Allí todo era paz. Salvo el avance lento del caracol o alguna invasión esporádica de pequeñísimas lauchas que venían a comer uvas, todo era plácido e incontaminado, surgían las floraciones, se dormían las plantas en invierno, se turnaban las flores con las uvas y los nísperos.

Solo en los finales del verano, me sobresaltaba el golpe de la semilla de la falsa mandioca que se empecinaba en crecer en lo de Genta y curiosamente, expulsaba su carozo con violencia, tal vez buscando llegar a territorios más propicios.

Pero aún dentro de aquella placidez, había luchas de poder y peleas más o menos clandestinas. Una había sido con las achiras, aquella planta alta y esbelta de flores naranjas que provenía de lo de Genta y había pasado sus raíces por debajo del muro. En principio saludamos su presencia pero pronto constatamos que era una invasora que iba ganando terreno y se negaba a ser erradicada. Fue con gran trabajo que logramos repeler aquella invasión. Pero hubo otras.

Cada diciembre los dos jazmines se cargaban de flores: eran tantas que yo solía llevar cada día una o dos bolsas y me iba por el barrio regalando aquellos ramos que traían el perfume de la Navidad y anunciando momentos felices.

Aquellas dos plantas de jazmín eran enormes y año a año, incansablemente, nos regalaban su mercancía blanca, siempre bienvenida.

Un día la observamos allí cerca: era una planta atípica, muy fuerte, que pronto lanzó sus hojas inclasificables al viento y continuó en un crecimiento implacable.

Muchos opinábamos que podía tratarse de un ombú tal vez fruto de alguna extraña polinización y la mirábamos crecer con interés y hasta simpatía: un ombú en nuestro jardín era algo que nunca soñamos.

Pero un día, cuando ya se erguía a más de un metro del suelo y todos festejábamos aquella meteórica proeza, observé que el jazmín más próximo iniciaba un proceso curioso de deterioro rápido. En pocos días cayeron sus flores en capullo y la totalidad de sus hojas.

Cuando intenté cavar hasta la raíz en busca del mal encontré que las raíces de la planta atípica, monstruosamente alargadas, lo habían ahogado y lo que fuera la potente base del jazmín, era polvo. Ya no había proceso de salvataje posible pero, aún así esgrimiendo el hachuela, corté a ras de tierra la planta invasora y luego eché agua hirviendo a sus raíces. Fue una venganza vana, como casi todas, porque el lugar del jazmín quedó vacío y su perfume fue solo un recuerdo pronto olvidado.

Mil y una vivencias de decrepitud y de muerte se me vinieron encima y una frase de Tagore que cada tanto acicatea mis momentos de pesimismo: “Nadie agradece al cauce seco del río por su pasado”.

Y así fue: la vida siguió y tal vez ninguno de nosotros percibió que aquello podía haber sido una lección.

El nieto

Todo niño es un milagro, pero aquel en especial, fue como si cien mil campanas se echaran al vuelo, fue una caricia, un mimo, un regalo selecto de la vida.

Y eso que veíamos la realidad con todas sus dificultades: Paula lejos, sin ninguno de nosotros para apoyarla, pasando estrecheces económicas, tal vez con susto por lo que se le venía encima, tal vez sin cuna ni ajuar para el que iba a llegar...

Nuestra ansiedad nos hacía suponerla más indefensa e inerme y mucho más chiquita a ella que ya era una mujer hecha y derecha y lo había demostrado.

Apelando ahora casi con desesperación a los viajeros, les fuimos haciendo llegar desde algún vestido de embarazo hasta el ajuar del bebé casi entero. Hasta los curas capuchinos que andaban de paso llevaban batitas, escarpines, peleles: todo blanco o amarillo porque no se sabía que era.



Y yo soñaba con sus juguetes, con los cuentos que le iba a contar con la forma adecuada de quererlo y mimarlo, con su pelo, con su carita o con nuestros paseos al parque y nuestros juegos en la playa. Era una loca, claro, porque nada dejaba suponer que aquel niño o niña que iba a ser claramente mexicano, pudiera venir algún día.

Yo pensaba en las mujeres de mi generación que estaban cerca de Paula, en especial en Lucía Sala con la que vivían por entonces y hacía votos para que la cuidaran y la acompañaran y le dieran la tranquilidad que yo intentaba transmitirle en mis cartas.

En mi mesa de luz y por toda la casa circulaban las fotos de Paula embarazada, tan linda y sonriente y en ellas era casi como empezar a ver al nieto y se lo veía hermosísimo, único y un poquito parecido a todos, porque en él iban a confluír lo mejor de Eduardo y mío, todos los rasgos que amábamos en el otro, todo lo que habíamos sido y lo que soñábamos ser. Con un nieto en ciernes soñar se hace mucho más fácil.

Gran baile gran

Eugenio había cumplido con todas las formalidades. Se trataba de que autorizáramos la realización de un baile con algunas peculiaridades: iba a abarcar toda la planta baja, jardín incluido, iba a ser con entrada paga y sin límite de hora. Pero, además, se iba a instalar un equipo amplificador de música y se iba a intentar redecorar el ambiente con luces y chirimbolos ad hoc.

Calculaban él, los Puig y Pablo Márquez que eran sus socios en el evento, que con la ganancia, lograrían una suma tal que les iba a posibilitar comprar un equipo propio e iniciar el negocio del audio en los eventos.

Todo sonaba un tanto fantástico pero era cierto que el Uge poco y nada exigía y nos parecía hasta justo que le tocara a él hacer uso de la casa.

Aquel día, desde la tarde se inició el acarreo de muebles hacia el primer piso y cuando le iban a sacar su sillón, hasta Ina fue izada y depositada en una cama improvisada pero ella no chistaba porque se trataba de Eugenio, su ídolo.

Con las luces intermitentes nuestro living, vacío de pared a pared, cobró un aspecto alucinante. Recuerdo que en aquel momento llegó Elías Bluth con su señora y creyeron que nos habíamos mudado. Antes de huir con Eduardo hacia el bar de 21 y Ellauri, llegué a ver que Golo, mayor de los Puig, gordito y fornido, ocupaba el lugar de portero y más interesante aún, que cerca de los controles del audio había una chica preciosa de la que se rumoreaba que era la novia de Uge.

Los bares seguían siendo para nosotros lugar de encuentro y descanso, donde, en un clima tranquilo, nos poníamos al día en nuestra comunicación. Ese día sopesábamos los pro y los contras del baile y el cariz que le veíamos al bachillerato de Uge que se iba posponiendo habiendo pasado por el Juan XXIII y el Suárez nocturno donde estaba.

En eso estábamos cuando empezamos a ver pasar e internarse por Ellauri hacia Punta Carretas, a grupos cada vez más numerosos de muchachos. Con un cierto resquemor quisimos tranquilizarnos pensando en algún evento en la parroquia o en un club deportivo pero los grupos seguían y seguían y eran cada vez más nutridos.

Cuando decidimos volver, empezamos a constatar que todo aquel mar humano confluía hacia un mismo lugar: la calle Joaquín Núñez, y al llegar a la esquina, vimos nuestra casa rodeada de una multitud que obturaba completamente la calle hasta la vereda de enfrente.

A duras penas logramos abrirnos paso y ya en la puerta, nos topamos con Uge exultante que nos decía: “Ya es un éxito: todas las chicas que esperábamos están adentro”...

Creí entender que las chicas eran como la carnada que aseguraba la presencia masiva del elemento masculino y se vé que la carnada fue hasta excesiva porque las instalaciones desbordaron y Puig cobraba y cobraba sin parar.

Con Ina y el resto de los hijos nos quedamos arriba, por supuesto que en vela, sin que ninguno intentara siquiera dormir. Abajo se escuchaba por momentos un ruido como de jungla que se iba acrecentando hasta volverse enloquecedor. Con una verdadera conmiseración por los vecinos, me preguntaba con qué cara los iba a mirar al día siguiente.

Y el día siguiente llegó y sin intentar ni un leve sueño, Eduardo y yo bajamos a afrontar el panorama después de la batalla.

Lo que más me llamó la atención fueron las paredes que hasta una altura como de poco más de un metro, eran negras, como si las hubieran pisado y después el jardín: no habían quedado más que restos de tallos aplastados, además del níspero y la parra.

Fue arduo, pero de inmediato, limpiamos, volvimos los muebles a su lugar y empezamos a tener casa nuevamente.

Uge y sus socios, con los que más adelante iban a emprender exitosos negocios, no compraron el equipo de audio anunciado pero tal vez reafirmaron la confianza en sus propias posibilidades y aquel evento les dio un impulso que necesitaban.

Lucía y la geografía

Fue uno de los juegos preferidos por mucho tiempo. Era un juego cruel, sin duda, porque se basaba en exponer la dificultad de Lucía para estudiar una materia tan inocua como la geografía.

Aparentemente, le era imposible retener nombres y menos, ubicarlos en el mapa. Para ella era lo mismo Bombay que Antofagasta, Moscú que Minnessota, Ottawa que Montecarlo.

La primera vez la broma surgió de un genuino deseo de ayudarla a repasar y fue tan maravilloso el disparatario que empezamos a festejarlo y a promoverlo en familia.

Por ejemplo: estábamos cenando y Uge decía: “A ver Lulú, decinos en que continente se encuentra Alaska, en Asia o en África? ¿Y Moscú es la capital de Polonia o de Canadá?”

Las respuestas eran tan hilarantes que todos nos sumábamos al juego. En realidad creo que todos no, porque Eduardo se exasperaba tal vez con razón por lo de la broma pero extendía su enojo con la castigada: “Porque no estudiaba con seriedad”.

Cuando el objeto de las burlas llegó al liceo lo que había sido un juego adquirió ribetes de tragedia y ésta tenía un nombre: Erosa, la profesora más temida del ciclo básico, y por supuesto, la profesora de geografía.

A aquella altura, Lucía había bloqueado todas sus posibilidades de estudiar esa materia: no lograba retener nombres, los confundía en una especie de dislexia geográfica y además, temía a la profesora que se mostraba sádica y brutal.

Los días en que había escrito de geografía empezaba a enfermarse desde la víspera y no fue difícil constatar que no fingía.

Entonces saqué a relucir mi condición de madre. “Las madres”, eran, desde la escuela un grupo homogéneo, que se cerraba en torno a los polluelos. Un grupo inmune a la duda o al razonamiento. Era como un enorme útero transportable contra el que nadie podía oponerse.”Las madres” eran la sentimentalina al poder pero eran intocables aunque en el fondo fueran aborrecibles.

Y con esa condición golpée en el portón del Suárez que, por supuesto, estaba custodiado y por supuesto, cerrado con llave. Acostumbrada a la atmósfera oxigenada de los Maristas y el San Juan donde trabajaba, lo que ví ahí adentro me aterró.

Dentro de la pareja grisura reinante, todos los chicos y chicas parecían iguales: uniformados y con cortes de pelo o cabello recogido idénticos. Nadie hablaba en voz alta ni se movía naturalmente. Era el recreo que se estaba desarrollando bajo la mirada estricta de los llamados “cuidantes” un híbrido entre celador y adscripto.

Entre aquella muchedumbre uniformada no alcancé a distinguir a mis hijas ni a sus amigas porque lo que veía era una masa sin cara ni signo de alguna identidad.

Conducida a una salita, pronto estuve frente a la Prof. Erosa: flaca, enana, canosa, de pelo muy corto y aspecto masculino. Yo debía parecer un ratón a su lado, entonces, adopté la estrategia del ratón. Le conté sobre el juego cruel al que mi nenita había sido sometida- dicho sea de paso, pareció encantarle- y le conté del estado de pavor en que se encontraba con respecto a su materia lo cual tampoco la disgustó demasiado. Para llevarla casi al éxtasis, le pedí que me aconsejara sobre cómo encarar la situación.

Toda aquella escena, que fue penosa, tuvo sin embargo dos consecuencias favorables: una fue que Erosa permitió que Lucía aprobara el curso y la segunda, mucho más decisiva aún: que yo saliera dispuesta a sacar a mis hijas de aquel antro a la brevedad.

Uge cantinero

Era evidente que Eugenio estaba llamado a ser un hombre de empresa. Si bien es cierto que más adelante, luego de cursar sexto de bachillerato en el Elbio Fernández, iba a ingresar a la Facultad de Veterinaria y perseveraría allí hasta recibirse, en aquellos últimos años liceales y también junto a José Juan Puig, se hizo cargo de la cantina en la casa del ex alumno Marista en Montero.

Todos íbamos a visitarlo y estábamos entusiasmados, Recuerdo que yo recorrí no sé cuantos comercios buscando las dos campanas de plástico con que cubrir los refuerzos, con ellas patenté mi apoyo a aquella empresa que era pequeña y tal vez no muy prometedora, pero iba a ser el inicio de muchas más.

No sé en realidad cuánto duró, tal vez lo que el año lectivo o poco más, fue como el arranque.

En el verano Uge se fue a trabajar a un parador en Punta del Este, por Chiverta y ese sí que fue un trabajo muy en serio y de responsabilidad. Era el gambucero, es decir, el encargado del aprovisionamiento del local. Considerando que era un parador muy grande y concurrido a toda hora, prácticamente no tenía descanso. Recuerdo que con Eduardo lo fuimos a

visitar y constatamos que hasta dormía debajo del mostrador. Creo que, a partir de ahí, lo consideramos con más respeto.

Su novia, que sí era preciosa y se llamaba Daniela, también había empezado a trabajar desde chica como recepcionista en la automotora de su cuñado y después en Braglia.

Su acercamiento a nuestra familia fue paulatino y se fue dando con la mayor naturalidad, puedo afirmar que jamás sentí ni pizca de celos o de hostilidad por mi nuera, por el contrario, cayó bien a todos, y quedó integrada sin sentirlo a la familia, si bien la modalidad de Uge, bien diferente a la de Mao, era más bien independiente con respecto a la familia.

Nace Andrés

En los últimos tiempos antes del nacimiento la ansiedad se tornaba difícil de controlar. Yo seguía tejiendo y recibiendo regalos que embalaba de la mejor manera posible para que el primer viajero que asomara, lo guardara en su valija y ya empezaba con mi idea fija sobre los juguetes que podrían gustarle al bebé. Todo lo que veía lo veía en función de eso: Paula y el bebé. Pienso que tal vez, aquello debía resultar pesado para los demás, si no lo reprobaban era porque todos en casa estábamos tomados por la misma novelaría.

Si bien sabíamos que Paula estaba controlada y era sana, los últimos días fueron casi un suplicio.

Para colmo, la fecha pasó y no recibíamos una voz, una señal. Entonces recuerdo que, todos sentados en el living, tomé el teléfono y me puse a discar aquellos números interminables, vía una operadora. Pero mientras esperábamos que se concretara la llamada, sonó el teléfono y era Diego y fue como una centella: es un varón!!! Andrés estaba aquí!! La fiesta duró varios días y no solo en casa. Recuerdo que en la parroquia, a la entrada del patio, había un gran cartel que decía: “Paula tuvo un varón. Pesó 3 K. 250 el 13 de junio. Felicidades!”

Era una forma rarísima de ser abuelos, sin nieto a la vista, había que imaginarlo, soñarlo, repasar cerrando los ojos su carita, verlo en brazos de la mamá...a veces eso resultaba un ejercicio difícil pero, en general, era tanta la alegría que alcanzaba para aventar todas las sombras.



Las primeras fotos de la “señora güera” con su hijito circularon de mano en mano perseguidas por las tías y por mí para no perderlas de vista. Era un niño precioso, único, pero también se hizo necesario admitir que sus facciones eran Achard.

De todas maneras estábamos todos proclives a aceptarlo, quererlo y reverenciarlo. Y así lo hicimos, desde entonces hasta hoy.

Para mí, inaugurarme como abuela fue un deleite, casi mejor que la maternidad. Aquel amor incondicional que empezaba a manar era, es, de lo mejor de la vida.

El accidente

A los seis meses de nacido Andrés, Carmencita viajó a conocerlo. Fue una maravilla poder enviar todo lo que queríamos por ella y saber que el chiquito y sus padres iban a tener el lujo de una temporada con la abuela.

Pero aquel enero del 78 traía consigo una sorpresa más que dolorosa.

Esa mañana yo los oía hablar por el teléfono de casa: eran Tito Artola y Carlitos que hablaban con Rosario y con Laura y después intentaban ubicar a Santiago para ver si él, tan gaucho, los podía llevar hasta Punta del Este a comer un asado en lo de los padres de Tito.

Querían entusiasmar a Mao pero él, desde el inicio dijo que no podía ir.

No era un día lindo pese a que era verano, estaba gris y más bien opaco pero los insistentes lograron armar el paseo y salían esa misma mañana.

Recuerdo que pasó el rato, yo lavaba el piso del comedor, como siempre, con cierto malhumor, cuando sonó el teléfono y una voz anónima me hizo trastabillar. Alguien me hablaba de un accidente y de que era necesario ubicar

a la madre de Laura e ir al Clínicas de inmediato. Recuerdo que pasé a buscar a Susana Pons en un taxi y fuimos las primeras en llegar.

Allí había ya un clima de tragedia. A Laura la reconocimos penosamente en aquel manojito de huesos rotos y sangre. Y lo peor fue que, al preguntar por los demás, fuimos sabiendo que estaban todos muertos.

Recuerdo como una espiral que nos iba tragando, que se tragaba todas las voces, los comentarios en sordina, las preguntas “¿Ud. los conocía?”. Y había que decir lo imposible, que sí, que eran como hijos, que esa mañana habían salido de casa, que Santiago era un amigo queridísimo, pero era casi imposible hablar. Y llorar tampoco se podía.

Pocas veces en mi vida experimenté un dolor tan feroz.

Hoy todavía tengo la Biblia Latinoamericana que me había regalado Santiago y que me ayudó tanto en el camino. Muchas veces me detengo en la primera página donde la letra de Santiago dice:” Martha: Encontrar a Dios es nuestra única meta. Que la lectura de estas páginas te ayude a encontrar a Dios en todo...en tu hogar, en Eduardo, en tus hijos.. en los momentos tristes, de soledad, de angustia, de alegría, de serenidad, de paz...en ese caminar juntos hacia la construcción de nuestra Comunidad...en es nuestra sincera y auténtica amistad. Cariñosamente, Santiago V.”

Hoy pienso que yo aún lo sigo buscando pero él tal vez lo encontró cara a cara aquella mañana de enero en la que ni siquiera estaba el cielo celeste.

María Inés

Mío tal vez tuviera poco porque era un compendio de lo mejor de los Brito: ordenada, inteligente, ecuaníme, sin ninguno de los claroscuros de Lucía ni de sus arrebatos inesperados.

Inés era la armonía, la reflexión, el equilibrio. Por supuesto que siempre le fue más que bien en la escuela y luego en el liceo, jamás tuvo problemas para entender ni para estudiar y eso que era difícil verla con un libro en la mano.

Una vez que se asentó su relación con Lucía, pese a algún arrebato de beligerancia de ésta, pudieron lograr una sólida relación fraterna en la que se



complementaban la imaginación y la creatividad de una con la lucidez y el sentido de la medida de la otra.

Para Inés el período liceal en el Suárez no ofreció problemas. Como a todos, le molestaría sentirse vigilada, le dolería ver que se les imponían absurdos como aquel de medir el largo del pelo del varón y el que superara los dos dedos después del cuello, afuera!, no creo que le gustara la exigencia estricta del uniforme, pero en cambio, recuerda el enorme gimnasio del Suárez por la calle Berro y las horas de educación física que se habían acrecentado y lo rescata como algo positivo. La amistad con Marcela

Zurmendi había nacido en primaria, creo que a Carina Santibágo la conoció en el liceo. Sin tener el espíritu socializante de Lucía, ella iba gestando amistades fuertes, que no iban a quedar por el camino.

Más tarde, en los Maristas, con más espacios y más aire, en un clima favorecedor del conocimiento del otro, se iba a encontrar con Stella, con Inés Palacio y otros, algunos incluso que siguieron juntos por la Facultad de Medicina.

Paula viaja con Andrés

Con setiembre llegó la buena nueva después de tantas sombras: Paula venía de visita y conoceríamos a Andrés con un año y tres meses.

Entretanto, Laura aun seguía internada aunque, después de meses en el CTI y varias operaciones, ya estaba en franca mejoría dentro de una endebles que iba a ser su característica. Al unísono, Carmencita fue operada de un cáncer al seno y se dio la insólita circunstancia de que ambas estuvieran internadas en piezas contiguas del Círculo Católico.

El día en que llegó Paula estábamos muy nerviosos y no solo por la alegre expectativa sino porque, estando Diego requerido siempre existía el temor de que surgiera una represalia contra ella.

Pero no fue así y lo vimos venir en brazos de su mamá. Tenía un ponchito celeste de Manos del Uruguay que yo le había mandado pero... se lanzó a los brazos de Carmencita.

Era lógico porque ya la conocía pero también fue un poco frustrante. Creo que se lo perdoné.

Tal como lo habíamos imaginado tantas veces, era un rubiecito algo ruloso y de nariz respingona, serio, tal vez cansado por el viaje y alarmado por toda la gente que le hacía caras.

Y después...tenerlo en casa, llevarlo a las hamacas del Parque Villa Biarritz, jugar con él, escuchar su voz, observarlo comer su alimento Gerber, darle su mamadera todo, absolutamente todo fue perfecto. También lo fue recuperar por un tiempo a Paula, regodearnos con su carita y con sus cuentos, volver a estar todos juntos en la mesa.

El niño, sintiéndose amado, se adaptó fácilmente a nosotros y pronto lo vimos recorrer el jardín y esparcir sus juguetes por la casa.

Mucha gente se acercó a conocerlo y a festejarlo pero en medio de la fiesta yo, agorera vieja, ya empezaba a sentir el dolor que nos iba a dominar cuando se fueran.

Mao se nos casa

Mao entre sus grupos de amigos, la militancia y el estudio al que nunca le prestó demasiada atención, llegó un día por intermedio de Alicia Gil a conocer a aquella chica diferente que habría de ser su novia. No es que fuera anglófila, si bien su padre era inglés y se había educado en el Crandon, pero sí era distinta porque al ser de tan pocas palabras uno le adjudicaba los contenidos que parecían ser los adecuados y la rodeaba como una aureola de cierto misterio que, unida a su belleza física, la hacían un ser muy atractivo. Yo enseguida le tomé simpatía y creo que fue mutua.

Y Mao, habiéndose dado que tenía recién obtenido un empleo en Grafex S.A, también consiguió por medio de un amigo un apartamento en Palmar casi



Bulevar. Era un cuarto piso por escalera bastante viejo, en principio fue casa del portero y sus fondos coincidían con la planta

de Coca Cola por lo que resultaba bastante ruidoso pero alcanzaba para sus sueños de independencia. Allí iban a vivir con Teresa la primera etapa de su post casamiento.

Era impactante y hoy resultaría inexplicable que, no habiendo un embarazo de por medio, alguien se casara a los veinte años. Pero yo lo asumí sin problemas, tal vez por verlo tan feliz y porque me constaba que el lazo con Mao no se iba a deshacer pasara lo que pasara. En realidad fue la misma alegría que sentí cuando se casaron los otros hijos, lo del famosos síndrome del nido vacío no corrió para mí nunca tal vez porque sentía que el lazo seguía allí.

Conocimos a la madre de Teresa y a un núcleo fascinante de tías mujeres que hacían tortas exquisitas y se reunían todas las semanas a tomar el tea party. Una de ellas, Celita, extremadamente comunista, se exponía entrando y saliendo de la clandestinidad con una insensatez difícil de imaginar en una mujer mayor.

El casamiento fue en casa y al mediodía. La víspera, aquellas tías industriosas trajeron como veinte tortas a cual más maravillosa. Quedaron expuestas en la mesa del comedor y en el centro la torta de bodas que era una receta inglesa que permitía guardar cierta porción para comer al año. La mañana de aquel día, bajé temprano y constaté con horror que nuestro gato de entonces dormía sobre la torta de bodas. Como los gatos suelen ser tan delicados, no la había dañado, solo la había elegido como lugar de descanso así que lo retiré y nadie llegó a notar ninguna anomalía.

Sobre el mediodía trajeron un horno para las empanadas que fue el único plato regado con vino y se pudo usar el jardín porque el día era radiante.

De a ratos todos teníamos presente a Paula que desde México, también debía estar pensando en nosotros.

Como lo preveía, el casamiento no significó un corte en la relación con Mao. Si bien no lo veíamos a diario, él y Teresa venían muy seguido y los fines de semana eran de reencuentro con flia y amigos. Tal vez en aquellos momentos, compartiendo el mate y los bizcochos, había más comunicación aún que cuando vivíamos bajo el mismo techo.

El Pallotti

Deliberadamente he decidido que en esta crónica, no voy a incluir sino muy someramente lo que fue mi relación afectiva y laboral con el Pallotti porque sería desviarla de su núcleo que es nuestra familia otorgándole un espacio que debería ser extenso a lo que fue mi vida vinculada a aquella institución.

Aún así creo ser un tanto ingrata porque el Pallotti me dio tanto y fui tan feliz allí que sería imposible discernir hasta dónde yo sería la misma si no hubiera existido aquella vinculación amorosa.

Yo no conocía el Pallotti, ignoraba todo sobre su existencia. Fue por aquella época que me acerqué. Encerrada dentro de los límites de Pocitos-Punta Carretas, me movía muy cómodamente con el alumno tipo de aquella zona, un alumno que, por cierto, no era muy distinto a mis propios hijos.

Cuando a través de Anselmo, un capuchino que me recomendó, llegué a aquel barrio La Blanqueada y conocía lo que eran el Corazón de María y luego el Pallotti enseguida quedé fascinada. Era otro mundo, otros tipos humanos con menos posibilidades en lo económico pero también con valores en cierta medida más claros y netos. Acercarme al alumno tipo del Pallotti me ayudó a crecer y a animarme a cambiar, fue con un largo viaje que se iniciaba. Los palotinos todos, me abrieron las puertas del liceo con una generosidad y una confianza que generaron en mí la necesidad de agradecer brindando lo mejor que traía, lo mejor que era.

Más tarde, al llegar Alejandro de Alemania luego de once años por allá, mi vinculación se acentuó desde cargos de más responsabilidad. En equipo se inició la tarea de aggiornar la institución que había quedado rezagada a la altura de un pequeño colegio parroquial, entre todos fuimos repensando el Pallotti trayéndolo a la altura de las exigencias de la época. No fue fácil porque muchos se resistían al cambio pero hoy creo que fue mucho lo que se logró y al ver lo que el Pallotti es hoy, en parte, me siento reflejada y orgullosa sin poder evitarlo.

Todo lo que viví allí, la gente que por el Pallotti llegó a mi vida, la contención, el cariño, el aliento fueron de tal calidad que he quedado sembrada por aquellos patios en los que, me consta, hay muchos fragmentos de mi vida y allí quedarán para siempre aunque yo no esté.

Adiós a mi padre

Ya antes del verano que ellos solían pasar en el Argentino Hotel de Piriápolis, mi padre había buscado algunos momentos de conversación conmigo. Era difícil estando Silvia de por medio. Pero un día, sentado en el jardín de casa, él dejó brotar todo su dolor que se resumía en una frase-No la aguanto más-.

Pensé en su silencio paciente de todos aquellos años junto a aquel ser indescriptible, también en su aquiescencia cuando ella hablaba y disparteaba, en sus subterfugios para evitar que ella quedara en ridículo, en las mil veces en los que lo miré horrorizada y él eludió mi mirada. Me dio una pena inmensa por él y por la comunicación que no se había podido establecer entre los dos al estar el basilisco de por medio.

“Creo que cuando volvamos de Piriápolis me voy a una pensión”, me dijo. Yo le dije que, mientras yo tuviera un techo, siempre iba a tener un lugar para él. Nos quedamos un momento tomados de la mano. Creo que por primera vez, lo sentí cerca de mí, desde la lejana, elusiva niñez.

Pero nada de aquel proyecto se pudo dar, una noche llamó Silvia desde Piriápolis diciendo que mi padre se había caído en la escalera del Hotel y que parecía tener una fractura de cadera. Nos reencontramos esa noche en IMPASA y empezó su vía crucis muy largo y muy duro.

Como la sala blanca para operaciones de hueso no estaba habilitada, se optó por otro método con una especie de clavo. Hubo complicaciones y fue una larga, larguísima internación en la que Silvia, con peluquera y peinadora a su disposición, dormía en la cama de acompañante y yo pasaba la noche junto a él en un sillón... Hubo momentos atroces pero también rescato otros, pequeños, valiosos, como cuando mi padre y yo escuchábamos la transmisión de los conciertos del SODRE. A él siempre le había gustado la música y allí escuchamos la Quinta Sinfonía en comunión porque estábamos solos por un rato. Sin palabras, en aquellos momentos, nos dijimos más que en toda una vida. Mi padre, humanizado y cercano, era un lujo que nunca había tenido.

Pero fue para su casa y hubo nuevas complicaciones porque la operación no había quedado bien y era necesario hacer entonces sí, una prótesis.

Esa segunda operación con la anestesia correspondiente le afectó las funciones cerebrales. Ya no caminó y empezó a tener dificultades en el habla. Todo se precipitó.

Estuve lo más posible a su lado y en el momento de su muerte, Dios nos concedió la gracia de estar los dos solos. Le susurré al oído un- Te quiero mucho- y él me apretó la mano y me dijo- Yo también, con un beso. En pocos minutos se alejó o más bien, que quedó acurrucado en mi corazón. Todos los que llegaron después quedaron fuera de aquella ceremonia íntima que me dejó tanta paz y nos unió más allá del tiempo.

El plebiscito del 80

Hacía años que la subversión estaba aniquilada pero continuaba un régimen militar asfixiante.

Por supuesto que, dentro del país y desde el exterior, había voces que se oían denunciando los atropellos. No puedo dejar de pensar en Quijano, en Wlison y en la Convergencia Democrática en la que Diego estaba embarcado.

Pero lo cierto era que aquí en nuestro país, la gente común tenía mucho miedo. Todos lo teníamos.

Por eso, cuando los militares presentaron el proyecto de plebiscitar una ley que les iba a permitir permanecer en el poder a perpetuidad y con una

cierta apariencia de legitimidad, todos temimos que aquello se concretara o que, por lo menos, fraude mediante, lograrían su objetivo.

Los meses previos a noviembre fueron de conjeturas y cabildeos. Yo era de las convencidas de que se iban a salir con la suya y no tenía ninguna ilusión de que ganara el NO.

La propaganda por el SI era aplastante, nos hacía burla en la tele, en la radio, en la cartelería de los ómnibus. Había un cantito atroz que aun me suena en la cabeza. Y por el NO estaba solo algún cartelito osado y estaba el volante semi escondido y sobre todo, el boca a boca. Hablarse en secreto y con eufemismos era todo un arte que habíamos aprendido.

En casa yo puse en el balcón de arriba una sábana blanca que en el medio decía VOTE y no más, que el que pudiera lo entendiera. No voy a contar de la famosa polémica televisiva que fue un momento increíble en el que todos nos sentimos reafirmados, quiero sí llegar al día del plebiscito.

En las largas colas de las mesas de votación casi nadie hablaba. Los periodistas que intentaban algo parecido a una encuesta a boca de urna recibían respuestas evasivas o decididamente volcadas al sí. Eran largas filas de caras tristes, inexpresivas.

Cuando llegó la noche estábamos todos reunidos en casa. Eduardo hacía bromas intentando relativizar el acontecimiento, Mao lo apoyaba, yo, en cambio, estaba presa de una agitación que me hacía caminar, sin parar. Es que estaba segura de que el NO iba a obtener un pésimo resultado.

Cuando vimos en la tele la cara de circunstancia de De Feo leyendo los primeros resultados favorables al NO, mi agitación se hizo mayor. Descontaba que el fraude iba a venir por el lado que fuera, que jamás se iba a permitir un resultado favorable al NO.

Pero los conteos de votos seguían y el NO iba avanzando en todo el país y después: el triunfo.

Todos nos abrazamos con entusiasmo en casa, pero, afuera, en las calles, nadie se permitió festejar, tanto era el miedo que nos ataba.

Yo, como gallina temerosa, temí que con el triunfo la represión avanzara y siempre mi temor iba por el lado de que Paula no pudiera volver nunca.

No hubo señales demasiado visibles de que algo así iba a ocurrir. El resultado fue acatado porque, en su simplicidad, los mandos parecían haber sido tomados por sorpresa pero aún se mantuvieron cinco años con el poder en sus manos y muchos fueron los atropellos y aún las muertes que cosecharon en ese lapso.

Eduardo viaja a México

Cuando Paula habló de la posibilidad que les había surgido de enviar un pasaje para que lo usara uno de nosotros. Yo no lo dudé: tenía que ir Eduardo.

Yo, además de mi esperable torpeza en los aeropuertos, estaba enredada en una sentimentalina en la que las despedidas me dejaban totalmente escorada, casi descartaba que ver a Paula y a Andrés quince días y luego dejarlos, me iba a hacer sufrir más.

Eduardo, en cambio, hábil, diestro y tan equilibrado, iba a poder disfrutar de la estadía a cabalidad, merecía más que yo salir a respirar otros aires que no fueran la atmósfera cerrada de Civil 6 y la del motor que en aquel momento estaría desguazando.

Fue así que marchó con la valija llena de regalos que aprovechábamos para mandar y a la vuelta, trajo cuentos maravillosos, de esos que se pueden escuchar varias veces.

En aquel momento Andrés estaba en una edad divina: cumplía sus tres años. Recuerdo que Eduardo trajo fotos y cuentos de la fiesta de su cumple que se hizo, a la usanza de allá, en una plaza. Había muchos niños, piñata, globos, sorpresas. Paula y Diego ya habían hecho muchas amistades pero casi exclusivamente entre la colonia de uruguayos, aun así los niños abundaban.

Eduardo hasta llegó a ver a Zitarrosa en una reunión y le impresionó lo antipático que se mostraba, tal vez por timidez.

En cuanto al nieto, hizo comentarios pintorescos. Uno de ellos fue: "está demasiado mimoso, puede llegar a ser otro Pablito Alvarez".

Decía que en los subtes él sobresalía por la altura y por el tono de piel y contaba detalladamente el viaje a Taxco y en especial a Guanajuato donde fue solo y le encantó.

Andrés iba a una escuelita en la calle Agua, tenía un pequeño gato y muchos amigos.

Ya decía “pinche buey”.

Pronto irían llegando aquellos cassettes con su voz amexicanada. Andrés Javier Cuauhtémoc era un completo mexicano

Los 15

Tanto Inés como Lucía los pasaron sin grandes sobresaltos, no hubo tampoco en esos casos la fiesta tradicional que no hubiéramos podido hacer pero que tampoco aspirábamos a hacer.

Había sí, grupos de amigas, cabildeos, enamoramientos, todo lo esperable en esos años. Pero en lo material, vivíamos en una especie de franciscanismo laico: poco margen para las cosas superfluas y ningún lugar para los caprichos.

Recuerdo que Lucía, en especial, se impactaba cuando los padres de Inés Gatti volvían de sus viajes a Europa y rodeaban a sus hijas de los objetos más atractivos y suntuarios. No obstante, Inés Gatti, tal vez por hartazgo, fue adquiriendo un estilo aséptico, casi monjil en su atuendo.



A mí, entretanto, me seguían gustando algunos objetos que estaban del otro lado de nuestro alcance, ropa en especial, pero me conformaba con algún buzo de Lindsay o con algo que Adela me pasaba y siempre quedaba el recurso de las sorpresas que podíamos encontrar en los americanos. Y nunca me hice grandes problemas porque

me sentía querida y feliz.

A veces pensaba en la posible horda de funcionarias judiciales que zumbaría en torno al sitial del juez, un juez joven y atractivo aunque más bien antipático, comprendía sus estremecimientos de muchachas sin novio, tal vez pisando los 30, tal vez cargando con algún desengaño amoroso o con algún Edipo mal resuelto...todo eso estaba dentro de lo esperable, me tenía sin cuidado y hasta las miraba con cierta simpatía.

Y un día, gran sorpresa, descubrimos que Lucía tenía novio. Era Mario Villagrán y vivía en la esquina de casa. Yo le llamaba “el Cara” o el Cara Dolorida por su ostensible fealdad. Hay que decir a su favor que tocaba muy bien la guitarra y que todos en su familia eran buena gente.

Curiosamente, y tal vez con sabiduría, no llegó a integrarse a ninguna de las ruedas de mate que se reunían en casa. Fue un romance más bien corto que él intentó perpetuar pero que pronto se fue diluyendo sin remedio.

El Checo

Era el dueño de un salón de quinielas con venta de cigarrillos, golosinas, revistas y reparto de diarios que estaba instalado en la esquina de Ellauri y Solano García, frente a la parroquia. Pero aquel establecimiento era mucho más que eso. Pese al laconismo de su dueño, se había convertido en el punto de reunión de todos los muchachos del barrio. Yo a Mao le decía que el Checo era como su padre.

Cuando se instaló el futbolito, la concurrencia se duplicó. A veces salían densas nubes de humo de aquel local que no era más que un garaje. Era que el Checo, en su liberalidad, fiaba cigarrillos a diestra y siniestra y los vendía por unidad manteniéndolos escondidos dentro del futbolito.

Es seguro que aquel buen hombre haya sido el responsable de enviciar al 80% de la juventud de Punta Carretas, incluido Mao, pero nunca se lo pudo pescar in fraganti pese a las embestidas de muchos padres de familia.

Inmune a los cambios que se iban dando en el barrio, siguió hasta el fin con su local gris y mal iluminado cuyo único ornamento eran los pizarrones con el resultado de las quinielas.

Ni su hija escribana, ni su hijo, un muchacho hermético e infantilizado, pudieron continuar con aquel negocio que él mantuvo como pionero, en base a su carisma que nadie sabía bien en qué consistía. Según contaban, aquel hombre de aspecto humilde que nunca pudo llegar a hacerse la necesaria prótesis dentaria, poseía una fortuna.

La sorpresa

Una nohcecita a principios del 81, Lucía había organizado una reunión bailable en casa. Había mucha gente y mucho ruido. Casi por casualidad, escuché el teléfono que sonaba y atendí. Quedé paralizada. En medio del ruido, sentí la voz de Paula diciendo que se volvía con Andrés porque las cosas se habían vuelto imposibles con Diego. Intenté susurrar si lo había pensado pero no, expeditivamente me dijo que ya tenía los pasajes y que era inminente e irreversible.

La fiestita se paralizó, se silenció la música y el comentario era ¡Viene Andrés! Y era un comentario jubiloso. Entretanto, con Eduardo hacíamos conjeturas intentando llegar a lo que podía haber pasado.

En seguida nos abocamos a pensar en redistribuir los lugares y las camas para hacerle un sitio cómodo a los dos. Y llegaron. Claro, yo soy lectora vieja, pero siempre asocié aquella vuelta de Paula al personaje de “La gaviota” de Chéjov. Ambas eran muchachas que volvían a la casa paterna lastimadas y maltrechas. Yo sentí que se nos devolvía una Paula desengañada a la que se le había quitado toda aquella luz que se leía en sus ojos cuando se fue. Y sentí una gran indignación por Diego que parece que se había ido a EEUU con Juan Raúl, siguiendo la huella de Wilson. No sé si fue en aquella ocasión que le mandé una carta muy dura donde le hablo de que se lo tragara una ballena como a Jonás, si fue así, y fue solo eso lo que le dije, me quedé corta, pero en verdad, no lo recuerdo.

Paula había traído un equipaje enorme donde, entre mil cosas, venían todos los juguetes de Andrés. El niño pronto se aclimató, aunque el primer día tiró a Ina al suelo con una fuente de ensalada, luego se escondió y dijo con su acento azteca: “le dí su merecida!”. Y todos nos reímos.

Tenerlo en casa era para todos una alegría indescriptible, pero Paula era la que me preocupaba. Pálida y extremadamente delgada parecía un fantasma.

Por fin accedió a que la viera un médico y recuerdo que una mañana me fueron a buscar con Eduardo y Andrés al Pallotti y ella bajó del auto, vino hacia mí y me dijo:-No es enfermedad, estoy embarazada-.

Yo recuerdo casi fotográficamente la escena y también lo que le dije:-Un hijo es siempre una bendición.

Y de ahí en más empezamos a mimarla doblemente.

“Abuela: tú trepas?”

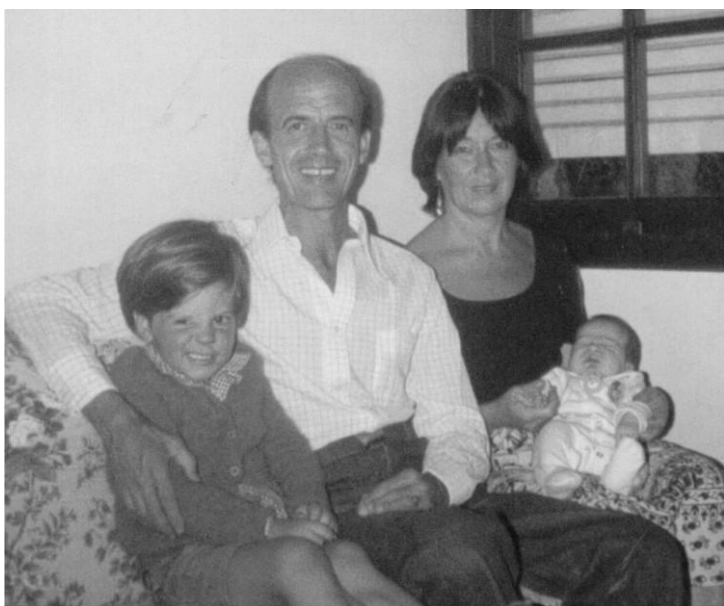
La entonación mexicana de aquel niño era una delicia para los oídos pero además lo era constatar todo lo observador e inteligente y reflexivo que era.

Con él de la mano empecé a recorrer muchos lugares del barrio que retomaban toda su luz. Y uno de los primeros paseos fue a la costa por el lado de la Estacada.

El niño subía y bajaba escalando las rocas, descubriendo las pequeñas lagunitas que había dejado el mar y de pronto se paró en seco, me miré algo sorprendido y me dilo: "Abuela, tú trepas?".

Claro, yo con mi entusiasmo, lo había seguido saltando de roca en roca y él constató de golpe que aquel comportamiento no era propio de una abuelita.

Pronto nos llegamos a conocer íntimamente, yo le acercaba las primicias que me había dejado mi



variada experiencia de madre y él permanecía atento, recibiendo con los cinco sentidos, no solo lo que yo le hacía llegar, sino toda la realidad de la casa, de la familia, del barrio. Y estaba hechizado y nos tenía hechizados.

Entretanto, Paula

descansaba de su periplo pero con preocupaciones respecto a su futuro. Para motivarla le conseguí por intermedio de un compañero, una suplencia en el Corazón de María. La materia era la impagable Educación Moral y Cívica y ella dominaba de sobra los temas a dar mientras duró.

Pero quedó sobrevolando el problema de dónde se atendería en el parto porque la precariedad de nuestra economía no nos permitía pensar en asistencia particular.

Al final, los datos que obtuvimos sobre el servicio de Perinatología que tenía renombre a nivel latinoamericano y funcionaba en el piso 16 del Clínicas, nos inclinaron hacia él.

Pero aquellos primeros tiempos fueron más que nada de aclimatación de ella y de Andrés a la nueva situación. La preocupación era que Pau comiera de la mejor manera y se oxigenara y fuera aventando la tristeza. El bebé que se iba gestando merecía lo mejor.

Y viene Pedro

Con toda la problemática de Paula, que, además en cierto tramo del embarazo debió hacer quietud, el embarazo de Teresa, saludable y apacible, había quedado opacado pero, en realidad, aquel bebé iba a ser el primero que podríamos disfrutar desde el primer día y venía a llenarnos de alegría: ¡Un primer hijo de Mao!, parecía un sueño.

Y para hacerlo mejor aún, Teresa y Mao se habían mudado a la vuelta de casa, en Guipuzcoa, un apto lleno de sol, así que veíamos crecer aquella panza paso a paso y acercarse la llegada del primer Brito de la nueva generación.

Superando mi torpeza innata, yo tejía y tejía, mal, pero con todo el amor desplegado. Por suerte en el caso de Teresa, ella y su flia sabían tejer y fueron completando el ajuar.

Lo más fascinante en la espera del niño fue su cuna, la que llamábamos “cuna barco”, una mole de madera sobre un pie que le permitía hamacarse, obra de un artesano que se vé que disponía de una buena madera y de mucho espacio.



Sobre ella, la colcha de cuadrados multicolores le daba el aspecto de una cuna de libro de cuentos.

Y una noche tarde, una noche que, pese a ser de julio, era casi calurosa, rojo en el cielo y con mucho viento, Mao nos avisó que debían irse al sanatorio. Por suerte el auto de turno que era una especie de Ranger funcionó y allá quedaron a la espera de que se formalizara el parto.

Con la madrugada volvimos y al ratito, lo vimos saliendo de la sala de partos. Era rojo y parecía ser solo una gran boca buscadora de algo a succionar. Era un bebé maravilloso que siguió de largo en brazos de la enfermera hacia la nursery.

Yo, recostada contra la pared, estaba hechizada: era el primer nacimiento de un nieto en el que estaba presente y enseguida quedé ligada a aquel niño que iba a ser uno de los más grandes amores de mi vida.

Esa mañana ya llovía lindo y parejo y nos fuimos a desayunar al bar de 8 de Octubre y Garibaldi y todo, todo en el mundo parecía estar hecho a la medida de nuestra alegría.

Eduardo, de inmediato se abocó a la tarea de efectivizar el cambio de auto, entregando la Ranger que a todos nos gustaba y adquiriendo, creo yo, un Citroën 11 Ligerero. De manera que Teresa fue llevada en uno y volvió en otro diferente a su casa.

El niño, rubio y bellissimo, combinaba a la perfección con su cuna barco. Teresa lo amamantaba estupendamente y así fue creciendo hasta que lo vió el Dr. Bathyany, un docente de pediatría que recomendó Cristina Pombo y que, midiendo la cabeza del niño, dijo que tenía hidrocefalia.

Todo fue una combinación de errores unidos a la arrogancia de algunos médicos, lo cierto es que, diagnóstico va y viene, pasamos dos semanas de agonía sin el menor motivo. El único que conservó la ecuanimidad fue Eduardo que le decía al médico: “¿Sabe cómo le decían a mi padre?, el “Cabezón”...este niño no tiene nada”. Y así era en realidad: un niño cabezón, inteligente, testarudo, eso sí, ojiazul, travieso, inventor, independiente y lleno de dulzura. Mi nieto Pedro.

Y después Paulita, Xóchitl o Xitlali

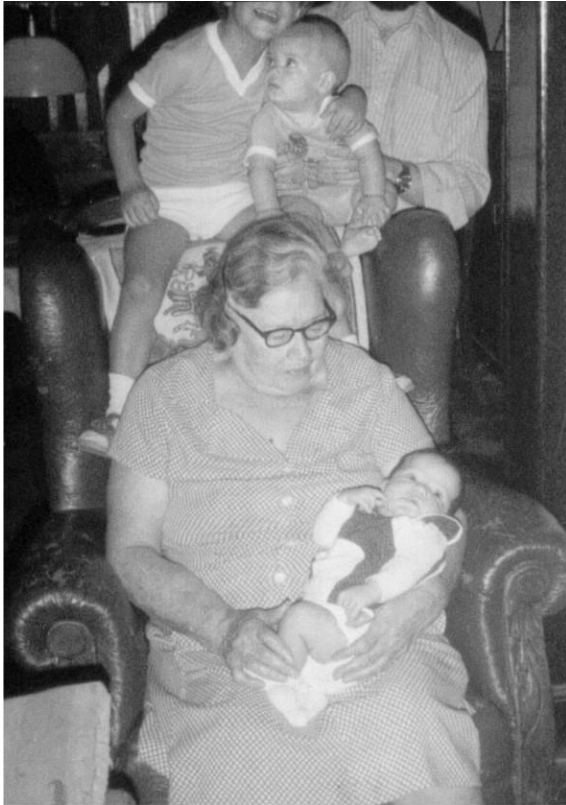
Pero a Paula le faltaban aun largos meses si bien el nacimiento de Pedro fue un anuncio esperanzador.

Ella había traído unos nombres mexicanos, Xóchitl o Xitlali que sonaban muy bien. Creo que era un nombre que consideró cuando estaba por nacer Andrés, pero, en realidad, el que pensaba usar era Soledad a secas y todo eso si era una niña.

En los últimos controles un médico del Clínicas nos sobresaltó diciendo que podían ser mellizos, algo que jamás habíamos considerado y subimos o bajamos a otro piso para hacer una ecografía, técnica que por entonces no era para nada común.

Y en la pantalla salió ella, en toda su inmensidad, ella avasallante, invasiva, reivindicando todos los espacios disponibles y aún más. Y era niña.

Para mí el nacimiento de Pita fue mucho más que un parto, fue una avalancha, una lluvia de meteoritos, un tifón. Ya el ingreso al Clínicas me aterraba. Ibamos un enfermero y yo con Paula en silla de ruedas, pasamos por la emergencia y nos detuvimos un tiempo eterno frente al ascensor. Yo temía



que el pequeño diablo emergiera antes de llegar al piso 16. Paula estaba pálida y desencajada y ya con contracciones seguidas.

Fue muy bien instalada en una sala de pre parto que era enorme y que estaba junto a la sala de guardia de los médicos. Yo oraba y vigilaba para que estos no se fueran en el convencimiento de que la niña ya estaba al llegar. Nada más alejado de la realidad.

En cuanto se supo esperada, decidió permanecer firme en la matriz, inmune a aquellas contracciones que intentaban desestabilizarla. Jadeo, masajes en el sacro, rotura de bolsa de aguas, todo se ponía en práctica y era en vano. Bajo una aparente calma sentía que el susto me consumía y más que el susto la desesperación de ver a mi hija en aquel trance.

Creo que subí con ella la cuesta de cada contracción, intenté el relax, tuve sed, mareos, despedazamientos varios, hasta que, por fin, también sentí el incontrolable impulso de la expulsión que siempre es como un alivio. Y entonces se la llevaron a la sala de partos y yo me quedé afuera, sustentándome contra la pared con unas vagas ganas de que alguien me diera la mano, o una silla o un café, me llevara a orinar. Era ya el mediodía del día siguiente.

Y la pusieron a la vista en una cuna enorme, ella más grande aún, todo detrás de un vidrio. Parecía de dos años. Sus movimientos, sus gestos, el resplandor de sus ojitos, el delineado perfecto de las mejillas, los signos- por momentos obscenos- que me hacía con las manos. Porque nos miramos, sí y al verla creí reconocer una réplica, no se su madre, sino mía, claro que más fortachona, más completa y avasallante. Y yo pensé, ¿qué van a decir los doctores cuando constaten todo esto?

Y me retiré un poco por pudor, pero ellos no están capacitados para captar ciertas cosas. Por suerte.

Y a Paula le hicieron una transfusión y luego de horas fue llevada a sala. Habíamos cumplido. Siempre cuento que esa novecita con Eduardo, Inés y Lucía fuimos a verlas. Yo moría por llegar pero eran tantos los dolores que sentía en todo el cuerpo que no me pude bajar del auto. Los partos te dejan así.

Vacaciones en la Barra

Los Prats, en un gesto de verdadera amistad, nos ofrecieron la llave de una antiquísima casa en la Barra de Maldonado que pertenecía a un primo que no la usaba desde la niñez.

Allá fuimos con Paula, Andrés y Pita y fue toda una aventura. Llegamos de noche. Casi sobre las márgenes del arroyo, la casa estaba rodeada de una vegetación enmarañada. Para acceder hubo que hacerlo a los machetazos. Era una construcción sólida, de principios de siglo con paredes muy gruesas y reja colonial. Tal vez en su origen hubiera sido construida para albergar al jefe de flia e hijos en sus partidas de pesca. No era por cierto un chalet al estilo Punta del Este.

En el interior, una vez encendido el farol encontramos de todo en un estado caótico de abandono que por supuesto, tenía algo de fascinante.

Eduardo desplegó su actividad secundado por nosotras y logramos obtener cuatro camas en condiciones para esa noche. Pita tenía el privilegio de su cuna.

Al día siguiente nos dedicamos a descubrir los alrededores pero también a descifrar y ordenar parte de lo que había dentro de la casa. Andrés estaba fascinado, tal vez el objeto más increíble de la casa era una escupidera antigua pero también las armas, los tachos de cocina, los instrumentos de pesca y mil objetos inclasificables.

Un momento especial fue aquel en que Eduardo, subido al techo, decidió practicar una limpieza radical de la hojarasca y ramajes. Como los baldes no alcanzaban, iba tirando todo hacia abajo pero, cuando vió que no era suficiente, pidió los fósforos e inició entonces una fogata que fue creciendo

hasta ser incontenible. Preocupado por su obra, empezó a pedirnos baldes de agua. Con Paula, aljibe mediante, se los alcanzábamos haciendo cadena, en tanto que Andrés, entre aterrorizado y divertido, grababa en la memoria la figura de su abuelo incendiario. Su fascinación llegó al colmo cuando, alertados tal vez por algún vecino, llegaron los bomberos. Para entonces, el siniestro estaba casi dominado y el incendiario, con la cara y el pecho llenos de hollín, lanzaba los últimos baldes cesando al ratito su actividad frenética.

Creo que aquella imagen junto con la de los cangrejales en la desembocadura del arroyo deben haber sido inolvidables para Andrés, más aún que el paseo a la costa o al Jagüel que le encantaron.

La excursión tiene que haber perdido en cambio todo su interés cuando fuimos a visitar a Rosina en su casa de El Emir y tuvimos que escuchara a una señora insoportable, la suegra de Joaquín Jiménez, creo. Ya estábamos por volver y aún en el retorno, el chiquito pudo degustar uno de aquellos trastornos automotrices que nos dejó varados en la carretera. Por suerte la presencia de un niño y de un bebé le ablandaron el alma a un automovilista que nos trajo hasta Montevideo.

El beso y el jalón

Tener un recién nacido en casa era una novelería para todos y más aún porque era nena. Cada mamada, cada muda, cada provecho eran festejados con su público correspondiente. Ni que decir cuando traían a Pedro y extendían a ambos bebés en la cuna o sobre el catre. Eran casi iguales de tamaño pero totalmente distintos en sus facciones y color de pelo. Pedro era un rubio precioso, plácido, gordito, Pita era rosada y de pelo oscuro algo más movediza pero, a su manera, también muy tranquilona.

No podría decir a quien tenían más arrobado, si a Ina, a Inés y Lucía, a Eduardo o a mí, no sabría decirlo. Pero, ¿qué pasaba con Andrés? Por supuesto que estaba celoso pero con moderación porque sabía que contaba con sus incondicionales en la casa y no dejábamos que se sintiera solo o desplazado.

Una buena síntesis de lo que sentía ante la hermana era su forma de saludarla antes de salir. Iba a la cuna y decía: "-Antes de irme tengo que darle a mi hermanita el beso y el jalón"-, es decir, que después del beso, tiraba hasta

donde le era posible de una de las extremidades de la niña, sin lastimarla, pero recordándole que el campo de batalla los esperaba para un futuro cercano.

La vida se iba encauzando así de una manera natural pero en el horizonte surgieron signos que nos alertaron. Diego, enterado del nacimiento de su hija había llamado por teléfono y seguía haciéndolo más o menos regularmente.

Desde lejos había sido él el que quiso que se llamara Paula y lo logró. Y yo veía que los Achard buscaban a toda costa reunirlos, tal vez, para que el hijo recuperara a su familia, tal vez porque eran tan católicos, no sé en definitiva por qué pero sospecho que por el bien de Paula no era, al menos nosotros lo veíamos así unánimemente. Bien pronto Diego anunció que había alquilado una casa y Paula reunió sus petates y a sus dos hijos y se tomó el avión.

Novedades del 82

En marzo del año siguiente Teresa contó que nuevamente estaba embarazada. Pedro era una flor, un niño de una belleza extrema y se había ido criando sin problemas. Nos encantaba traerlo a casa y sacarlo a pasear al parque donde siempre solía llamar la atención por su belleza.

Con Paula seguíamos comunicándonos y Carmencita me reprochó airadamente en una carta enviada por mensajero que yo ya no le leía las cartas que recibía. –“Se me oculta información,” escribía. Descontando que hubiera sido un disfrute culpable contestarle en el mismo tono, opté por omitir la contestación.

Y en esa época se produjo el viaje de Inés a México, invitada por Pau y Diego. Conoció, no solo el Distrito Federal, sino varias ciudades más en un viaje en auto hasta Acapulco y vino con aquel tesoro de fotos y cuentos de los chiquitos.

Yo, inspirada por la visión trunca de mi nieta, le envié un vestidito tejido por mí que fue vastamente elogiado en tierras aztecas. Creo que fue uno de mis pocos aciertos milagrosos en ese rubro.

Pensándolo a la distancia, no sé como repartía mi tiempo entre las clases, los arreglos florales, la limpieza de la casa que era tan grande y para la

que jamás contratamos una limpiadora, con la excusa de que ninguna quería hacerse cargo.

Por aquella época llegué a trabajar en un proyecto financiado desde el exterior que llamamos Instituto del Adolescente. Era un trabajo interesantísimo en barrios desfavorecidos económicamente pero luego se frustró por falta de medios.

Y con los grupos de sexto del San Juan íbamos a una guardería por el Camino Silva atrás del Cementerio del Norte, en pleno cantegril. Era un trabajo casi asfixiante más redituable para los que íbamos que para los niños del cantegril, del que volvía deshecha y más bien desesperanzada.

No sé si fue a raíz de esa actividad que aprendí a comunicarme con cierta soltura con la gente más desfavorecida culturalmente y tal vez fue esa circunstancia la que me permitió mi relación con una mendiga que venía por casa semanalmente. En principio venía por ropa o comida, luego venía más que nada a charlar conmigo. Realmente había un lazo entre las dos cuando nos sentábamos a charlar en el banco verde del jardín. Eduardo, cuando la veía solía decirme más bien fastidiado: “Ahí está tu clienta”. Pero nada más lejos que eso, era más bien un encuentro momentáneo, casi inexplicable entre dos mundos diferentes condenado a diluirse en la nada.

Ina enferma

Según los médicos fue un percance intestinal por el que las paredes del intestino se unen e imposibilitan el tránsito. Dicho así parece simple pero con una enferma ya postrada y de más de cien kilos todo era más que dificultoso.

Hubo una internación larga en el Círculo y todos estábamos agotados. Por eso contraté a unas samaritanas de la ACJ Femenina, un servicio que era bastante bueno, para que cubrieran las noches, el resto estaba yo y algún rato Eduardo e Inés que ya cursaba su primer año de Facultad. Como siempre, aquella situación de encierro en medio de una institución inoperante donde nadie se responsabiliza de nada, sin un diagnóstico más o menos aproximado, dejando correr los días iguales unos a otros, me desesperaba. Apareció por fin el cirujano y dijo que había que operar y así lo hizo. Ina había trabado una relación muy cordial con la Sra. que la cuidaba por las noches. Ambas habían hablado sobre Inés y sobre la nieta de la Sra. que tenía el mismo nombre y

estudiaba también medicina en 1er. Año. Una mañana en que llegué a suplantar a la Sra., Ina le estaba diciendo: “Y yo siempre le digo a Inesita, no laves volantes en la cartera, mirá que si te pescan los milicos quien sabe lo que te puede pasar...”. La Sra. me dijo entonces que ella era la abuela de otra María Inés quizás compañera de mi hija. Entonces, a mi vez, yo le pregunté el apellido para preguntarle a Inés si la conocía. “Gavazzo”, me respondió, “María Inés Gavazzo”.

Yo quedé paralizada por el terror no queriendo ni imaginar que más le habría dicho Ina a la madre del famoso torturador.

Pero nada pasó, Ina se fue mejorando y un día pudimos volver a casa a la rutina diaria que, después de aquellos meses, era más bendita que nunca.

Nace Martín

A éste le van a decir el “Calavera Brito”, decía Eduardo. El niño había nacido el 2 de noviembre pero nada tenía de muerto, más bien si algo lo caracterizaría sería su prodigiosa vitalidad.

Cuando lo ví estaba en la nursery con los otros bebes. Lo habían colocado boca abajo según la moda del momento y él, seguramente buscando alimento, movía la cabeza hacia un lado y hacia otro alternativamente y se había escaldado el caballete de la nariz de tanto pegar contra la sábana.

Era precioso, mucho menos cabezón que Pedro y tal vez menos rubio, creí verle un parecido con su madre. Todo en él me llevaba a pensar en un angelote de algún pintor renacentista pero otra de sus características lo acercaba de inmediato a lo terrenal: lloraba a mares, lloraba incansablemente haciendo uso de unos potentes pulmones que no daban tregua. En los primeros recuerdos de mi relación con él, me veo paseándolo bajo la parra de Joaquín Núñez, me oigo cantándole y meciéndole rítmicamente, me siento emitiendo los más aberrantes y adormecedores sonidos nasales. Y siento mi impotencia: el niño no se dormía. Nos rompíamos la cabeza pensando en lo que le sacaba el sueño y nunca lo supimos. Teresa era una excelente amamantadora ya probada por Pedro, así que por ese lado no parecía venir el problema.

Hubo que esperar a que creciera y dejara ver el niño divino y plácido en que se convirtió. Yo lo recuerdo entonces sentado a horcajadas en mis rodillas,



su cara frente a la mía. Yo solía contarle cuentos y él, absolutamente fascinado, intentaba mirar para adentro de mi boca para ver como venía el hilo de la historia. Todo en él era ternura, inocencia e indefensión. Imposible no rendirse y adorarlo.

Poco después de nacer Martín, Mao y Teresa se mudaron a casa por un tiempo pero fue cosa de pocos meses porque después

alquilaron por el Parque Batlle una casa de altos cerca del apartamento donde vivía la madre de Teresa y su hermana Carol. De allí se irían al Euskal Erría donde Mao iba a empezar a comprar un apartamento.

Chacras en primavera.-

La variedad de autos que iban pasando por casa nos permitieron, siguiendo el derrotero de los avisos de El Día, conocer lugares increíbles dentro de la ciudad, barrios enteros en los suburbios de cuya existencia ni sospechábamos, en especial yo que era un elemento más bien sedentario. Y ví con asombro que había lugares hermosísimos que, por lo menos a plena luz del sol, constituían verdaderos descubrimientos. Junto a ellos, se iba acrecentando nuestro conocimiento de los alrededores, los caminos vecinales, las pequeñas sendas en el Montevideo rural o sus alrededores. Por allí buscábamos llegar a “La Chacra”, la chacra que pensábamos comprar para vivir en ella.

En este rubro visitamos lugares de ensueño, otros francamente deprimentes por la polución de sus vías de agua. Entre los primeros recuerdo la llamada chacra de Divino, que era de los dueños de esa empresa. Lo más llamativo que vimos allí fue un bosque de almendros totalmente florecido, los únicos que ví en mi vida. Y después el pequeño chasco de la chacra de Tajés. Habíamos ido con Teresita Quinteros y el esposo a pasear a Las Brujas y fuimos perseguidos por una nube de mosquitos que nos dificultó permanecer. A la vuelta, vimos un cartel de venta en un paraje bellissimo que tenía una

especie de torreón muy antiguo. Bajamos y lo visitamos. Según decían había sido una casa casi secreta de Máximo Tajes. Nos mostraron un sótano con puerta de rejas donde decían, tenía sus dos leones y donde hacía encerrar a sus enemigos o a los esclavos que pretendían huir. Era tan fascinante el lugar y la suma que pedían parecía accesible así que enseguida proyectamos comprarla a medias con los Quinteros.

Esa noche estábamos haciendo números cuando llamó Teresita más bien alicaída para aclararnos que había hablado con el dueño y que el precio no era en pesos sino en dólares con lo cual se pinchó bruscamente la burbuja y caímos en la realidad.

Diego y Paula se mudan

Siguiendo los avatares de Wilson, quien a su vez pensaba acercarse al país, Diego proyectó venirse a Buenos Aires a trabajar como periodista. Todo lo que fuera un acercamiento hacia el sur nos alegraba porque las distancias se acortaban.

Con el fin de esperar a Diego, Paula inició otra de sus mudanzas de epopeya hacia casa con los dos niños. Era una estadía no definitiva pero allí pudimos reencontrar a Andrés enorme y a Pita ya caminando. La recuerdo nítidamente una mañana más bien gris pero calurosa. Estábamos en la rambla de Pocitos y ella, con su independencia a cuestas, bajó la escalera y fue caminando por la arena hasta una señora que estaba bajo su sombrilla sentada en una silla baja.

Me parece verla, con un vestidito rosado, una capota del mismo color y las mejillas bien coloradas que le hacían resaltar los ojitos brillantes. Cuando llegó a la señora se le acercó y puso su mejilla en la cara de la desconocida que quedó hechizada con aquel mimo inesperado, después nos miró, se rió y vino hacia nosotros, tan atractiva y segura de sí como iba a ser en el futuro.

Por razones tácticas Diego cambió sus planes y en lugar de instalarse en Buenos Aires, decidió hacerlo en Porto Alegre donde alquiló un apartamento nuevo, muy lindo en el barrio Jardim Botánico.

Hacia allí fueron entonces Paula y los chicos. Aún siendo lejos, tenerlos en Porto Alegre era un lujo. Hasta allí viajé pronto en ómnibus y pude constatar que Andrés en pocos meses, ya hablaba portugués fluidamente. Iba a

una colegio, el Santa Inés, al que visitamos y Pita iba a una guardería cerca de su casa.

Esa visita la repetí con Lucía al poco tiempo.

Recuerdo que como le comprara a Pita una especie de bola transparente con pescaditos, cuando la sacó de la caja que era decorada, Andrés le dijo: "Troca a bola pela caxinha". Lulú y yo llorábamos de la risa ante el amague expropiatorio en portugués.

Beba en casa- El "gato"

Adela nos dijo un día: "No puedo más!" y tenía su razón porque su madre estaba instalada allí desde hacía años.

Nos pareció que, para hacerlo más equitativo debíamos ofrecerle a Beba una estadía en casa para variar de aires y accedió. Tratamos de instalarla lo mejor posible en el garaje y ella, que siempre fue de buen carácter, estaba muy contenta y a gusto. Estoy regia, decía.

Los nietos, que poco la habían tratado, se mostraron cordiales y diría que cariñosos. Solo se presentía algún cortocircuito con Ina que defendía sus fueros.

En el verano, de tardecita solíamos sentarnos con Ina y con ella en los bancos del jardín del frente antes de que ellas accedieran al teleteatro de la tarde.

Beba, anciana y todo, era muy atractiva o lo había sido aunque estaba algo sorda y de lejos veía muy poco. No era tan extraordinario entonces que el tenor Sgarbi, que vivía enfrente, quedara prendado. Ella, por supuesto, ni lo veía pero él, a la hora en que la sabía en el jardín, pasaba y redoblaba sus paseos y de vez en cuando, acometía con alguna romanza.

Todo sin el menor éxito porque la destinataria ni lo oía ni lo miraba.

Un día, desesperado por llamar la atención, cruzó y tal vez exponiendo su vida, se sentó en el cordón de la vereda, simulando arrancar un pastito. Desde allí empezaba a entonar una romanza cuando Beba, que se levantaba en ese momento, lo miró por encima del hombro y dijo: "Qué es eso? Un gato?".

Cuando hacía ya casi un año que Beba estaba en casa, se dio la debacle de Polo. No estoy demasiado enterada de las causas, creo que fue un problema impositivo, pero sé que terminó en Punta Carretas donde Perfecto le hacía llegar un menú selecto. Eduardo, demostrando una vez más su singularidad, fue el único de la familia que lo fue a visitar.

Pero la noticia alteró, como es lógico a Beba. Siempre la recuerdo hablando por teléfono con Rosina que se quejaba porque los curas del liceo de los chicos le exigían el pago de su deuda.

Entonces ella para darle ánimo, lanzó una de esas frases que ha quedado en la memoria familiar: “No te preocupes querida: los que somos bien somos bien”.

En poco tiempo, se mudó a la casa de Rosina diciendo a todos: “Ven? Me voy a Carrasco, a una casa con piscina.” No sé hasta cuando le duró la ilusión.

Lucía quiere trabajar

Aquel año 83 tuvo sus bemoles. Cuando promediaba el período lectivo y Lucía cursaba sexto año en los Maristas, abruptamente planteó que no iba a estudiar más porque su meta era trabajar.

No valieron razonamientos ni súplicas ni enojos, nada la movió de esa idea.

Por esa época una prima de Rosina Giulfo había abierto una guardería en Montero y Ellauri y Lucía, que había hablado con ella, empezó a cuidar niñitos ahí. Era un trabajo horrible y Mónica, la dueña, era odiosa pero la obcecada siguió y siguió con su idea de trabajar en Tchikiak.

Aquel bachillerato incompleto nos llenó de zozobra. No se entendía aquel sinsentido pero Lulú era así. En poco tiempo Pedro y Martín serían alumnos de Tchikiak. Aun tenemos unas preciosas fotos de aquella época y me veo, con un perfil tragicómico confeccionando un disfraz de elefante para Martín y uno de gallo para Pedro.

Llegan Pedro y Martín

El “llegan” me salió sin pensar. Mal puedo decir “llegan” cuando ya estaban pegados a mi vida. Pero en aquella época ocurrió algo singular que, si cabe, me unió más y definitivamente a ellos.

Vivían en el Euskal Erría y Martín acababa de cumplir los dos años. Nunca quedó claro para nadie el por qué, tal vez para saberlo habría que internarse en las honduras de la psiquis humana, pero, lo cierto es que, inesperadamente Teresa se fue.

Fue un colapso total en la vida de Mao y en la de todos, pero el centro de atención pasaron a ser los chiquitos. Mao intentó refloatar la casa en el Euskal Erría pero pronto se vió que lo mejor era que se vinieran cerca nuestro. Y llegaron a casa los dos soles, pronto correteaban por el jardín y se ahuecaban en mis brazos. Era tan fácil quererlos. Recuerdo que en unas semanas contrajeron la varicela uno y luego el otro. Creo que nunca cuidé a nadie con más amor, más pormenores y más mimos. Aquella manía mía de compensar, de restituir, de achicar la pena salía a flote a cada instante y yo la dejaba volcarse en los chiquitos. No sé qué percibían, pero creo que el amor incondicional se hace a la larga visible aunque a veces no es suficiente.

Mao, en unos meses, decidió con buen tino que iba a alquilar algo para él y los niños y surgió un apartamento interior en Ellauri frente a la Parroquia. De todas formas, Pedro y Tín pasaban largos ratos en casa o nosotros los visitábamos. Era imposible no extasiarse ante su belleza y toda aquella ternura acumulada que los seguía como una luz.

La murga

A Eduardo siempre le habían gustado las murgas, tal vez desde una que integró en su niñez. Ante mi ignorancia, desplegaba sus conocimientos sobre bombos y redoblantes y fue a instancias de él, que, en aquella época en que aún no estaban de moda, fuéramos varias veces a ver murgas. A mí me encantaron.

Una noche tal vez por curiosas o por condescendientes, Lucía e Inés Gatti aceptaron acompañarnos. Ese fue lo que hoy llamaríamos el punto de inflexión, el minuto fatal o tal vez aquel en que se manifestó la mano de algún orixá travieso.

No solo les encantó lo que vieron y oyeron sino que - ambas- se enamoraron de sendos integrantes de La Soberana. Se hicieron asiduas seguidoras y pronto lograron que aquellos, imagino que asombrados murguistas, se acercaran a ellas y entablaran una relación si no amorosa por lo menos erótico-sentimental.

La familia de Inés entró en crisis y Chola tomó el camino de la prohibición con lo que no logró más que alargar el proceso. Nosotros, entre asombrados y divertidos, logramos asimilar al Loquillo- ese era el apodo del amigovio de Lucía-. Solía venir a casa, a veces preparaba tortas fritas suscitando el odio de Ina y el día de la presentación de la murga allá iba Lucía tras él.

Pronto anunciaron que ella misma se iba a integrar como elemento femenino y tragando los intragables versos de Pepe Veneno, vistiendo las galas rojas y celestes, no solo desfiló por 18 bajo un temporal sino que conoció los largos desplazamientos en ómnibus y los escenarios de casi todos los tablados montevidianos.

El día que se presentaron en el Teatro de Verano, recuerdo que Eduardo le dio un abrazo simbólico a Veneno y le dijo: "Suerte, Veneno".

Por supuesto se hundieron en la tabla pero fue una experiencia única para todos y cuando el Loquillo me besó dejándome un rastro de brillantina, me sentí totalmente integrada a la causa de Momo.

Como no siempre pasa, la lógica y el tiempo fueron enfriando aquella relación que nos dejó, junto con una sensación de peligro inminente, un recuerdo más que divertido.

LIBRO 6

El jardín de los ruiditos

Lucía tiene una característica envidiable: cuando quiere obtener algo embiste hasta que lo logra y no abandona un momento su empeño hacia ese fin. En aquel instante, la meta era lograr una guardería propia a medias con Inés Gatti y no paró hasta encauzarla. Por supuesto que, detrás estábamos los padres de Inés y nosotros, sufridos, pacientes y bien dispuestos.

Por casualidad encontraron un local ideal en Joaquín Núñez a una cuadra de casa. Tenía un jardín amplio al frente y la casa, sin ser grande, se presentaba como apta. Y allí nos pusimos a trabajar. Yo doné mis gusanos de “El Gusano Loco”, Eduardo trajo una tortuga, Gatti padre diseño las mesas y las sillitas.

Todo fue armado con un gusto exquisito y enseguida se salió a volar y a poner avisos en los comercios. Increíblemente los niños fueron apareciendo y ambas “maestras” tunicadas en bellos colores, como no daban abasto, debieron tomar una auxiliar.

Todo era perfecto: había materiales de la mejor calidad, charlas para padres, música, paseos, todo lo esperable.

Las dos socias se llevaron siempre a la perfección y las evaluaciones eran más que positivas. Recuerdo que Pedrito y Martín salían de la mano de su casa que quedaba a la vuelta y llegaban solos al Jardín lo que hacía sentir a Pedro muy importante.

A fin de ese año Paula ya vino a instalarse a Montevideo y alquiló un apartamento en Parra del Riego. Andrés estaba ya cursando su primer año en los Maristas y pasaba a diario por casa.

Pero la experiencia de El Jardín fue más bien breve. Pasado el segundo año empezó a languidecer y fue decreciendo hasta morir. Tal vez la herida de muerte fue el embarazo de Lucía.

El 87. Ina se va

Uge y Daniela habían anunciado que se casarían en agosto y así fue. Pensaban quedarse en principio a vivir en el Beverly donde ya vivía Daniela con su madre. Uge estaba estudiando veterinaria y por entonces creo que estaba abocado a alguno de aquellos emprendimientos que acometían con los Puig. Creo que era el de los implementos de surf que llamaron Manaloa.

Siempre tuvieron gran visión para encauzar sus esfuerzos.

Poco fue lo que yo aporté al casamiento porque Ina, a partir de abril más o menos empezó a decaer aceleradamente. Fue un proceso muy raro, como si toda la parte neurológica estuviera afectada. Por suerte esa vez logré dar con un médico que era primo de mi madre y la tomó con interés. Estuvo internada para que se le hicieran estudios pero no se hallaba la causa del descalabro. Llegó inclusive a no poder comer sola, a ver mal y no llegar a combinar las palabras.

Al final, se desesperaba por decirnos cosas y emitía solo un susurro. Yo, para no angustiarse, simulaba que le entendía pero era en vano. Fueron meses espantosos en que no dormíamos y vivíamos en perpetua angustia.

Como yo trabajaba largos horarios en el Pallotti, tomamos una cuidadora para la mañana que, por suerte resultó excelente. Pero sentía que, indefectiblemente, Ina se alejaba más y más cada día y que todo lo que hacíamos era en vano.

Uge llegó a venir a verla antes de ir a su casamiento pero poco y nada fue lo que ella le llegó a transmitir. Eso fue en agosto cuando Ina ya estaba en silla de ruedas.

Y en noviembre se fue. Creo que nunca recibí de nadie un cariño como el que ella me dio. Al irse empecé a sentir una orfandad que creía desterrada para siempre y bajó el frío a mi alma como cuando era niña. Tuve la certeza de que me estaba quedando sola.

El casamiento de Uge y Daniela

Fue lindo, feliz, pero, además fue como fiesta la más lograda. Claro, no la habíamos organizado nosotros. El salón del Tajamar era excelente y allí fue

el Oficial con su banda y casó. Había mucha, muchísima gente, la novia seguía luciendo preciosa con su peinado de trencitas cosidas.

Mi colaboración personal había venido antes. Esa mañana, a las horas locas de la feria de la flor, habíamos ido allí y me di el gusto de dejar volar la imaginación. Parecía que la primavera se había adelantado y pude elegir todos los colores de la estación y alguno más para combinar en las mesas.

Había narcisos, amapolas, zinnias, margaritas y mil más en un abanico de colores que me encantó formar. Para mí era importante dejarles eso para que, al llegar vieran toda esa multitud florida que los esperaba. Con las flores les decía muchas cosas.

De allí corrí a casa a coordinar con una enfermera que se iba a quedar esa noche con Ina y luego a vestirme de apuro.

De la fiesta, recuerdo que había mesas para la gente, mucha alegría y poco más. Yo estaba contenta pero sentía el agotamiento por tantas noches durmiendo mal.

Recuerdo que tenía un vestido verde agrisado y que Paulita estaba preciosa e insistió en usar un collarcito de perlas mío que perdí esa noche. Paula tenía un incipiente embarazo: Maga ya asomaba en el horizonte.

El anuncio

Todavía faltaba mucho para completar los asombros. Una tarde de diciembre, llegaba a casa y me esperaban Lucía y Eduardo sentados en el jardín. Capté cierta solemnidad en el ambiente. Decíselo, dijo él, pero no esperó: "está embarazada", me zampó. Me tuve que sentar. No tenía la más remota idea de que Lucía tuviera una pareja, sí que salía con Inés Gatti y algún compañero pero nada más.

Ví que Lucía estaba angustiada y antes de preguntarle más le di un beso. Después nos fue completando el panorama: el padre era un sicólogo, mayor que ella y amigo de Inés Gatti. Pero el "padre" era elusivo, no estaba dispuesto a asumir nada, era poco más que una entelequia.

Entonces todos hicimos un frente común para apoyar a Lucía. Ella, que se había mostrado siempre tan decidida, con sus 20 años, parecía una niña sorprendida por la noche en el parque. El mensaje fue: nos sobramos para

encarar esta situación, si el padre no quiere asumirla que se guarde su paternidad. Lucía no está ni estará nunca sola ni tampoco su bebé.

Aquella posición orgullosa hoy dudo que haya sido la más indicada, tal vez, pudimos haber favorecido una instancia de diálogo con aquel desconocido, pero nunca se dió. En aquel momento, cuidar a Lucía era la prioridad, apoyarla, vigilar que se alimentara correctamente y que no se deprimiera. Recuerdo que empezó a ir a un sicólogo que era viejo y que la ayudó mucho durante toda aquella etapa.

Todo se mueve

Con tanta gente en danza noticias siempre había, pero aquella temporada fue especial. Cuando intento recordarla lo primero que pienso es que no quisiera volver a vivirla.

Se venía “el malandraje” como luego había de llamarlo Andrés en aquella su famosa frase: “Qué bien que estábamos los cuatro antes de que llegara el malandraje”. Se refería por supuesto, a aquella camada de primos que iba a nacer.

Daniela esperaba para fines de enero, Paula para marzo y Lucía para agosto y Marisa para setiembre.

Daniela la había presentado a Mao como una compañera de Braglia y habían empezado a salir y se casaban por febrero. Para hacerlo más variado, Inés y Alejandro anunciaban que se casaban en marzo.

Entretanto, Cristina y Juanjo se separaban. Ella estaba destrozada y me era difícil consolarla: era algo tan lindo que se deshacía sin que pudiéramos hacer nada.

Juanjo, entretanto salía con Eduardo a ver apartamentos y un día mi esposo me lanzó como lo más normal: “Creo que yo voy a comprar uno”.

Me resultó un chiste muy gracioso, “¿con qué?”. “Es que el tío Petete me regaló unos dólares y los tengo en una cuenta. Con eso lo voy a comprar”.

Sí que todo se movía...¿una cuenta? ¿dólares? Jamás habíamos tenido más que la plata del sueldo que guardábamos en una carterita de cuero en el

placard de nuestro cuarto. Todo se volvió confuso y espeso, pero sobre todo muy difícil de entender. ¿Eduardo pensaba mudarse?

Lo primero fue un sentimiento de extrañeza, una enorme inseguridad.

En ese contexto aparecieron un día por casa John y Patricia que a veces nos visitaban. A él yo lo conocía de la parroquia como ahijado de Haroldo Ponce de León, unos meses antes nos habían regalado a la Mufa que fue por muchos años nuestra perra queridísima.

Pero aquel día en que aparecieron cuando estábamos almorzando ya tenían una bebé recién nacida y muy simplemente nos dijeron: "Nos acaban de echar: estamos sin casa".

Nos quedamos azorados hasta que se oyó la voz de Eduardo: "Martha y tú que sos tan cristiana, no les vas a decir que se vengan?, en el garaje se pueden instalar los tres".

Ante la sorpresa y la desazón de todos, se inició una experiencia de las más desagradables y nefastas que vivimos como familia.

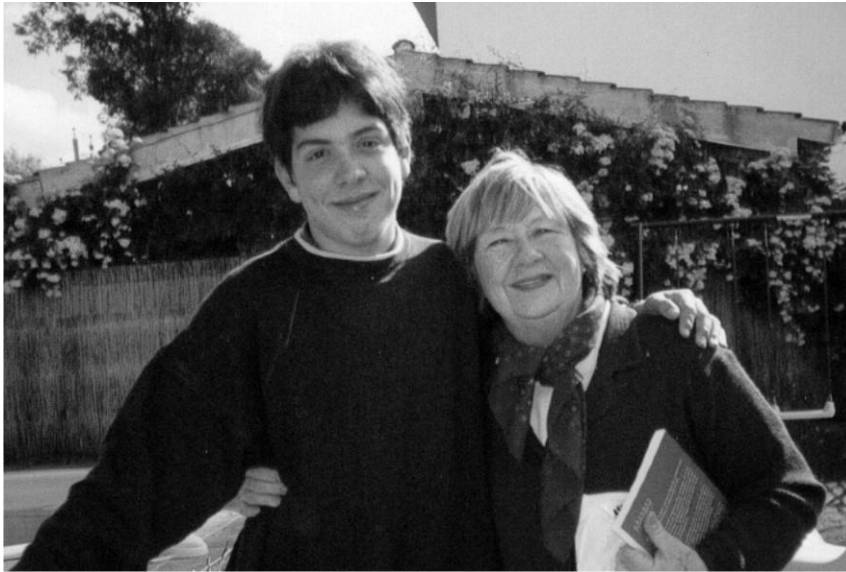
Balizas

No sé si fue una huída, un recurso desesperado o también si se buscaría distraer a Lucía y lograr que tomara aire oxigenado. No sé. Lo que sé es que fuimos con Lucía a ver a los dueños y alquilamos por un precio irrisorio.

No conocía Balizas más que por cuentos y en realidad poco me importaba, yo también necesitaba descansar, todos lo necesitábamos.

En principio decidimos que iríamos Lucía, Inés Gatti y yo y que luego iría Eduardo que se quedaba ajustando el auto del momento.

Tengo recuerdos muy mezclados de una casita muy precaria frente a un boliche que de noche se llenaba de ebrios o drogados, de una playa abierta, hermosa, del arroyo con sus dunas, de mis caminatas eternas por la orilla conociendo soledades inéditas. De noche había guitarreadas a la luz de los faroles y grandes lunas sobre el mar. Un día aparecieron María y Alejandro y armaron su carpa en el terreno del fondo, otro apareció Alejandro Fontana con su super equipo de camping y se instaló en un bosquecito. Todos llegaban menos Eduardo que era el que yo esperaba. Muchas veces caminaba por el



costado del
camino de
entrada
esperando ver
aparecer aquel
autito rojo que
era el suyo. Jamás
apareció.

Como
Daniela tenía
fecha de parto

para el 19 de enero saqué pasaje para volver ese día, pero el día anterior súbitamente ví bajar a Eduardo del ómnibus. Verlo aparecer fue una alegría enorme, como si todo Balizas resplandeciera.

Caminó hacia mí y me dijo:”- vengo a avisarte que Daniela tuvo un varón. No vine antes porque me fui a Carmelo con aquella chica del juzgado. Al final no nos pudimos bañar por la bajante, pero es precioso, etc. etc. Quería que lo supieras.-“

Creo que la zarpa del león debe hacer un efecto equivalente sobre la carne viva al que sentí allá adentro. ¿Quién era entonces aquel extraño con el que había convivido más de treinta años? Pedí morir.

Pero la vida siguió. Mirar hacia el pasado como lo intento hacer en éstas páginas a veces conduce al asombro.

La que soy hoy, ésta que se ha hecho en base a todo lo que llevo vivido no es por cierto la misma que era en aquella época. A aquella la veo débil, dependiente y más bien estúpida. No me gusta nada.

Hoy no puedo concebir todo lo que sufrí, lo que lloré y pené por una causa que no lo merecía. Veo claramente que el camino hubiera sido abroquelarme junto a lo que sí valía la pena: los hijos, los nietos, mi propia vida que en Pallotti era creativa y útil, mi propia vida que me iba a ir llevando hacia el río calmo donde navego hoy. Podía haber acelerado ese proceso y no supe hacerlo: tanto peor.



Dentro de lo agridulce de la vida también llegó lo bueno.

Los tiempos se fueron cumpliendo: el bebé de Uge, Agustín, era un sol, parecía un pollito con grandes ojos oscuros. Todavía recuerdo su voz un poco ronca y me parece verlo en brazos de Amelia que le protegía la carita con un pañal para que la luz no lo perturbara. Con él íbamos a tener una comunicación especial, hoy la tenemos y es un regalo para mí.

Y también se cumplió el tiempo de Magdalena, aquella niña divina que tenía orejas desparejas y unos pies extraños que heredó de mí. Creo que fue una de las más preciosas entre mis nietas, dulce, tímida, llena de ternura y hoy está tan cerca de mí que es uno de los pilares en los que se asienta mi vida y por los que agradezco a diario.

Y ya dentro del hilo del tiempo, el casamiento de María Inés y Alejandro dentro de los parámetros de una fiesta sencilla, salió precioso. Se hizo en un club griego de la calle 19 de Abril y María, con un vestidito blanco corto, sencillísimo, estuvo hermosísima. Las fotos darán fe de que esto no es una exageración de madre.

Al final, ellos se establecieron en el apartamento que había comprado Eduardo en A. Velazco, cerca de IMPASA y que nunca había llegado a ocupar.

Los últimos tiempos en Punta Carretas

No me es fácil encarar esta parte, si bien la llegada de Miguela en agosto le imprimió un sabor agridulce.

En la casa habíamos quedado Eduardo, Lucía y yo, después de que tuve que encarar a nuestros huéspedes decididos a permanecer para siempre.

Por supuesto que los hijos y nietos y los amigos estaban constantemente y la Mufa ponía lo suyo.

Al comienzo del año yo tomé un fulltime en el Pallotti al asumir Alejandro la Dirección General. En la secretaría del liceo había mucho trabajo y tuve que amoldar mi cabeza desquiciada al orden y al mandato de los reglamentos de secundaria que eran una jungla por momentos muy absurda. Pero lo logré.

Eso supuso dejar definitivamente el San Juan y el Zorrilla y prácticamente cesar el trabajo con las flores. En el liceo debía estar a las 7.15 ómnibus mediante y seguía hasta las 13.30 o 14, a veces más cuando había reuniones. Todavía no comprendo cómo además limpiaba la casa y cocinaba cosas relativamente potables.

Eduardo hacía lo suyo, supongo que viviendo su propia crisis personal, era el que iba de compras al Disco que se había instalado a la vuelta y en un raptó genial alquiló para los fines de semana una preciosa cabaña en El Pinar, sobre el arroyo Pando y en medio de un monte de pinos que era casi virgen.

La tuvimos desde el otoño a la primavera y con los nietos grandes, se disfrutó muchísimo.

Entretanto el barrio cambiaba, el penal se había cerrado y decían que era un mar de ratas y de alimañas. Por entonces aun no se hablaba de shopping.

Mao, que había reincidento con el matrimonio al inicio del año y seguía viviendo a la vuelta, también esperaba otro hijo. Siempre intenté estar lo más cerca posible de Pedro y Martín, mis dos grandes amores, que iban a pasar a ser hermanos mayores.

En cuanto a Eduardo, yo seguía sintiendo cada noche cuando escuchaba que se abría el portón y él entraba, la misma alegría. Sentía, que lo que habíamos vivido a lo largo de toda una vida era demasiado fuerte como para que no pesara y por ende, que aún nos quedaba mucho para hacer juntos.

Aquel Invierno

En realidad creo que debía venir en octubre pero, una noche muy fría de julio, Mao me vino a buscar para que me quedara con los chicos porque se iba con Marisa al sanatorio.

Entre los dos despertamos a Lucía para que le cediera algunas ropitas de las que tenía prontas para un mes después. Cuando llegué me tranquilicé porque Marisa era evidente que no estaba de parto, no solo porque carecía de vientre, sino porque charlando como siempre, no tenía el menor rastro de una contracción. Pero me equivoqué y como al rato Mao insistiera en ir a la puerta del sanatorio, allá marcharon.

Yo quedé con Pedrito y Tín dormidos y al poco rato llamó Mao diciendo que estaba internada ya con ocho centímetros de dilatación. Recuerdo que me asusté mucho temiendo por un bebé que iba a ser diminuto y en aquella duermevela atemorizada me despertó el teléfono: era Mao nueva mente para decir que habían tenido una nena. Y vino Amanda.

Fue una mezcla de alegría con alivio porque, pese a estar en incubadora, la bebida era fuerte y sana. Era solo cuestión de darle tiempo. Y así fue: con ese espíritu emprendedor que tiene hoy, aquella muñequita mínima decidió avanzar en la vida y lo logró.

Cuando la ví vestía, no ya las batitas de Migue, sino la ropita de un bebé de Pita que Paula había acondicionado de apuro para ella.

El día 5 de julio, día de Santiago el Mayor, que era también el cumpleaños de Eduardo, tuvo desde ese año otro motivo para ser festejado. Aquella mañana todas las hadas más generosas aterrizaron en la Española.

Con el nacimiento, o poco después Mao decidió comprar un terreno y edificar una casa.

El proceso duró un tiempo hasta que encontró una esquina en Chacabuco y Gadea en las cercanías del Parque Batlle. También iba a ser lento y trabajoso el proceso de la construcción pero el resultado final fue excelente.

Lucía de Parto

El parto de Lucía se acercaba y yo estaba un poco como cuando iba a nacer Pita: me sentía yo misma por dar a luz, con un involucramiento y una responsabilidad que me ataban de pies y manos y a la vez me mecían.

Los últimos días me costaba ir a trabajar y vivía pendiente del teléfono. Alejandro, en broma, había dicho: " voy a decirle que nazca el 25 de agosto, así no faltas"-



Y la bebé pareció oír porque aquel día llevamos a Lucía con sus bolsos y detrás nuestro llegó una caravana de gente, que si bien no entraba en la pieza de Lucía, estaba para dar apoyo.

Lucía lo hacía muy bien pero a mí no me gusta ver a mis hijas en aquel trabajo doloroso. El médico que era gordo y de pie plano, en su laconismo no nos decía nada.

Hasta que por fin, con todas las bendiciones por adelantado, la llevaron a la sala de partos.

Afuera había mucha gente esperando. Recuerdo a Eduardo organizando una penca con el peso del bebé, y a duras penas me sostenía en pie pero, con Chola, fuimos las ganadoras.

Y por fin nació Miguela. En cuanto la ví, oteando el panorama a derecha e izquierda desde el pecho de la madre, me di cuenta de que era el primer bebé de la flia que no iba a tener la marca nuestra: cabezón, clarito y cachetudo. Esta niña era tirando a morocha, de cabeza normal tenía unos espléndidos ojos oscuros y ya se movía con plasticidad total.

En aquella bebé volví a percibir toda la luz, el encanto y la alegría. Bendije largamente por ella a la vida.

Desde los primeros tiempos en la casa de Joaquín Núñez que ella llenó enseguida, nos hablábamos y nos cantábamos, con mi voz y sus ojos elevados en mí, resurgen todas las historias, los poemas y los cantos que, dormidos en mi memoria, la estaban esperando.

Antes de la partida

La mudanza tal vez se hacía necesaria, no tanto por el tamaño de la casa que nunca se vaciaba del todo sino porque nos parecía percibir que allí se había cumplido un ciclo y que era bueno, necesario cambiar. Desde que esa



fue una decisión tomada empecé a sentirme un tanto a la deriva. Eran tantos los lazos que se habían establecido entre el barrio y nosotros que se iba a hacer difícil acampar en otro lado.

Uno de los últimos regalos que me había hecho la parroquia fue la amistad estrecha y cálida con Haroldo Ponce de León, un cristiano de

ley, un hombre de ley. Muchos atardeceres yo llegaba a su despacho y nos poníamos a charlar de todo, él tenía una vastísima cultura y estaba en sintonía con el mundo, alerta, inteligente, perspicaz, siempre era posible aprender junto a él. Pero, además, estaba contento, era un verdadero hombre de fe.

Cuando nos despedimos los dos sabíamos que no era un simple “hasta pronto”. “Acordate de que tenés el 329”, me dijo aludiendo al ómnibus que venía a Punta Carretas y Parque Batlle pero su salud más que precaria y la propia imposibilidad mía para pensar en ir y volver sin sufrir demasiado, nos decían bien claro que aquel era otro tramo que se terminaba.

Y entretanto, Miguela crecía bien cerca y Lucía había encarado un curso de computación en 21 y Ellaury, dejándomela esas horas bajo mi cuidado.

Y Paula y flia se habían mudado a una cooperativa de viviendas en Carrasco Norte y los veíamos mucho menos. Andrés, que solía hacer su pase por casa al ir hacia los Maristas, iba ahora al Jesús María y sus vivencias de Punta Carretas iban aflojando, si bien siempre conservó una fuerte ligazón afectiva con aquella casa.

Y un día nos pusimos a buscar casa y al unísono, encaramos la venta de la nuestra. Al elegir la zona del Ombú de R. Anador, pesó sin duda la cercanía de lo de Mao. Yo quería estar lo más cerca de los chiquitos. También quizás el hecho de que Inés Gatti, que se había casado, vivía por allí y eso a Lucía le tiraba.

Ponerle precio a nuestra casa fue terrible. Caímos en manos de revendedores, gente inescrupulosa que intentaba tirarla al suelo con precios absurdos. Y, por supuesto, cuando se vendió, hicimos el que debe haber sido el negocio más desastroso en la historia de las transacciones en el Uruguay.

A los pocos meses, se comenzaría a derruir el penal para encarar la construcción del shopping con lo que el barrio pasaría a ser uno de los lugares más caros de la ciudad.

La casa de Ayacucho

Cuando la vimos nos cayó bien, tal vez porque tenía un apto adosado, tal vez porque tenía un jardín espacioso, tal vez porque su dueña, que vivía allí, la tenía arreglada con cierto gusto.

En realidad era una casa esperpéntica, tan enredada en su planta, formada por sucesivas ampliaciones, que nos fue siempre imposible enderezarla lógicamente.

Era bueno, sin duda, que Lucía tuviera su apartamento con baño, cocina y hasta estufa de leña propios y que, a la vez estuviera unido al resto. El resto, claro, era el reino del revés. Entre otras cosas nunca logramos que para llegar al baño no se tuviera que pasar por la cocina o que los dormitorios de arriba tuvieran su baño. Desde el primer día la vimos pensando en una reforma indispensable, una gran reforma que incluyó tirar paredes, una reforma que se hizo íntegramente con nosotros adentro. Eduardo y yo, sobre todo, nunca recordábamos al despertar dónde nos habíamos dormido, tal era la movilidad de muebles y paredes.

Recuerdo que una tarde Jaime y Perla que nos habían venido a visitar, vieron con pavor caer una pared entera del living. Se fueron impactados.

Como la parte antigua de la casa tenía techos altísimos, Eduardo vió la posibilidad de construir un entresuelo y de inmediato, se abocó a la acción. Fue una obra descomunal, ciclópea, que creó dos grandes dormitorios de la nada y que fue culminada con la colocación de una escalera por el mismísimo Marenales que era carpintero en la zona. Se anuló una estufa de leña en la galería, se la construyó en el living y se modificó el muro exterior que separaba el jardín de la vereda.

Con todo aquel esfuerzo se logró mejorar en parte lo que habíamos comprado nada barato, pero ni con aquel no con otros que se emprendieron después, la casa llegó a ser pasable estéticamente aunque sí muy acogedora.

Me quedó grabado en el día de la mudanza la figura de Andrés y mía sentados en los escalones del umbral esperando el camión de la mudanza. Allí descubrí que él estaba tan triste como yo porque sentía realmente dejar la casa que conoció desde chiquito y a la vez, que él era ya para mí una valiosa compañía.

Después vino Gustavo Castellanos intentando traer nuestro pez globo y se pinchó un dedo pero, como era de tan pocas palabras, se miró desangrarse en silencio y no dijo ni ay! Lucía era su pareja en aquel momento y con él anexábamos a Carmen, una madre muy afectuosa que adoraba a Miguela e iba a aparecer muy seguido por casa.

De ahí en más yo dedicaba buenos ratos al jardín donde logré especies que nunca había tenido. Todo crecía en él de una manera exagerada dentro de una modalidad tropical que a mí misma me asombraba. Y la vida se fue armando en aquella casa fea, la extrañísima casa que había pasado a ser nuestro hogar.

Uno de los recuerdos más lindos que guardo es el de las noches, cuando Migue se iba a dormir y yo me quedaba con ella y le inventaba un cuento. Ella a veces pedía los clásicos pero otras, me exigía uno fresquito, nacido en el momento y no era cosa de fallarle. Decía por ejemplo: "hoy quiero el cuento de la mariposa rosada o hoy el del sacapuntas que se perdió, o el del caracolito resfriado y a mí me encantaba ir hilvanando la historia entre las dos porque ella también intervenía dando nuevos giros a la peripecia. Para mí casi siempre era el mejor momento del día.

Pero también había ratos lindos cuando encendíamos la estufa de leña y veíamos crecer el fuego. A veces, de noche, cocinábamos allí carne o chorizos en un improvisado asador. Cuando los fines de semana llegaban los hijos u otros nietos la fiesta se volvía ruidosa. Las tres niñas chicas se hicieron amigas y tuvieron sus juegos en común. Esos días Migue, acostumbrada al unicato, se quejaba porque le revolvían sus juguetes y a veces terminaba muy seria en su desaprobación.

Cuando venía Agustín el juego se hacía más brusco pero tal vez más original. Recuerdo que una noche en que organizaron un teatro entre todos, y Agustín hacía de relator-avisador. No puedo olvidar su voz ronca cuando decía: "Donde llega Hidromar surge la vida". Por entonces ya se habían mudado a Maldonado y sus visitas se hacían más espaciadas a medida que se adaptaban a la nueva realidad.

"Punta del Este está a un paso", me decían todos. Yo sabía que no era tan así, porque sumidos todos en la rutina del trabajo diario, no iba a ser fácil ir y venir. De hecho no lo es.

Con los nietos mayores yo solía ir a la feria de Tristán Narvaja donde



todavía se podía encontrar algún animal para el asombro. Me encantaba despistarlos con algún cuento inventado o no, jugar con ellos, hacerlos descubrir cosas nuevas.

La ciudad vista a través de sus ojos tenía matices sorprendentes. A veces en el parrillero del jardín Eduardo armaba fuegos bien logrados y había parrillada para todos.

A veces recurríamos a lo de Benigno, el del Bar El Ombú donde había un menú variado a la venta o iba yo a la fábrica de pastas y traía varios centenares de raviolos o los kilos de tortelines.

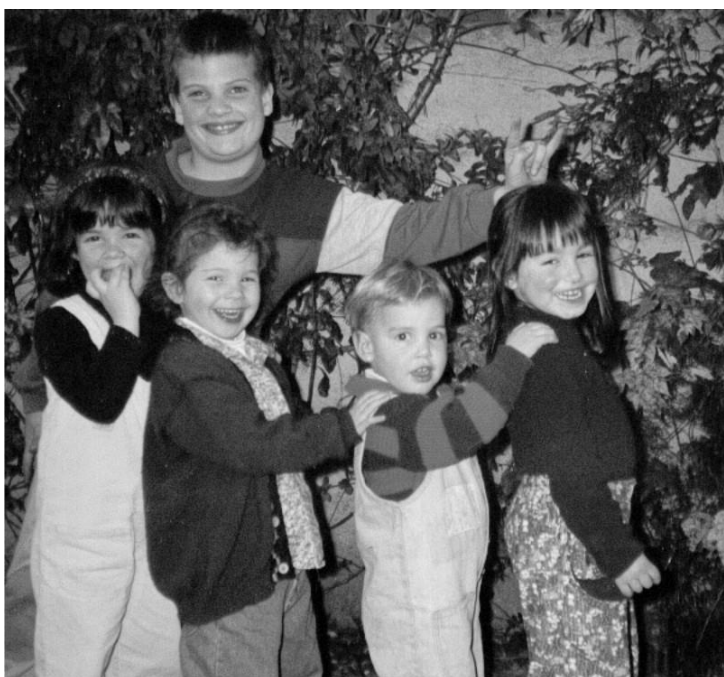
Por ese día, la mesa del comedor volvía a colmarse, ni siquiera alcanzaba para contener a todos los que estábamos. Éramos muchos más que aquella familia que vivió en Joaquín Núñez y curiosamente todavía nos sentíamos felices de estar juntos.

Viene Mariana, 1990

Cuando Alejandro llamó por teléfono ya había nacido y salimos disparados hacia la Española. Ya se sabía que iba a ser muy linda pero jamás nos imaginamos un bebé así, con aquella equilibrada combinación de elementos Brito, porque era sin duda una bebé con los rasgos típicos de nuestra familia pero parecía que María se los había seleccionado para quedarse con los mejores: cabezona, francamente rubia y por lo tanto pelada, facciones perfectas y unos ojos oscuros, grandes, luminosos que se irían llenando de dulzura e inteligencia. En suma: Mariana era un sol y nada más natural que rendirle pleitesía.

No creo que pensara lo mismo su prima Miguela que, al borde de cumplir los dos años, la miraba como a un bicho raro. Allí debe haber empezado a cimentarse una relación casi fraterna con todos los componentes de amor-odio que ella supone. Yo diría para el caso que más amor que odio pero recuerdo que a Migue la mortificaba el cuco de los celos en tanto que Mariana siempre se mostró por encima de esas bajas pasiones, más bien distante y comprensiva.

“Vino Mariana?” me preguntaría a diario Migue cuando estaba en jardinera y la traía la camioneta del Crandon. Cuando yo le decía que sí, Miguelita se dejaba caer como una bolsa de papas sobre la vereda, en tanto que Mariana la saludaba alegremente detrás de los vidrios de la ventana. Aquella



escena se repetía a diario porque yo, antes de que llegara Miguela, iba a buscar a Mariana a su guardería a una cuadra de casa. Al rato, la tensión pasaba y estaban las dos jugando tan contentas.

Mariana, con madre que estudiaba y trabajaba, conoció desde chiquita el clima de la guardería. Recuerdo que María la

transportaba en una especie de bolsa india que ceñía a sus hombros y la niña quedaba junto a su pecho y yo en casa tenía un cochecito silla con el que iba a retirarla a la guardería. Se llamaba “La Cigüeña” y siempre, entre los bebés había un anciano dormido en una silla, tal vez familiar de los dueños que son hoy los del Colegio Cervantes. Con la niña me entregaban un pequeño haz de pañales ya enjuagados. Aún no había pañales descartables.

Y la chiquita sonreía y se presentaba cada día más linda.

Después, en una segunda etapa, pasó a “Lucerito” en Talcahuano que era una institución menos casera, ya con características de escuelita y con un hermoso local. Allí, ya caminando y hablando se terminó de manifestar en toda su inteligencia.

Adaptados

Y nos fuimos adaptando a aquella casa tan rara. La consigna era resaltar sus virtudes y no hablar de los defectos.

Realmente, una cosa muy buena que tenía era que en Ramón Anador había líneas de ómnibus para todos lados, tal vez por la cercanía del Estadio. Otra era el Disco, a una cuadra y la feria de los viernes en la esquina de Navarra.

Pronto ubicamos a algunos vecinos: Bernhard el tapicero y sus suegros eran los únicos con quienes nos saludábamos. El resto del barrio, salvo excepciones fue siempre cerrado y hostil.

La Parroquia de Rossell y Rius estaba en manos de un cura demente, Touyá, que era del grupo de los enajenados de Jerusalem que a la postre fueron disueltos por ser más papistas que el Papa.

El Pallotti me quedaba muy cerca, de hecho a veces volvía caminando y Lucía, que iba a hacer su carrera de fonoaudiología tenía todas las facilidades para afrontar los horarios absurdos que se le proponían.

Miguela, luego de mucho pensar entró a la jardinera del Crandon y luego cursó ahí toda primaria. Creo que fue una muy buena experiencia.

De aquel barrio, recuerdo que, por las noches, según de donde viniera el viento, oíamos los rugidos de los leones y los tigres, el zoológico quedaba a pocas cuadras.

La mayoría de las casas eran de una planta y lo que afeaba la zona era que casi ninguna tenía jardín. Ya hacia el lado del Parque Batlle, en cambio, había más verde y hasta se veían algunas mansiones más o menos ostentosas.

Entretanto, la casa de Mao había culminado y si bien el terreno era chico, estaba bien ideada para dar cabida a los 3 o 4 hijos y sus padres. Era sumamente agradable y tenía entrada por las dos calles. Se decía que allí había estado el rancho donde nació Rubén Rada.

Amanda había crecido sana y hermosa a la par de sus primas y por entonces la familia estaba por agrandarse.

Una noche Mao nos avisó que estaba la Española y allá fuimos con Lucía.

Increíblemente, hasta que se la llevaron a la sala de partos Marisa estuvo impecable, charlando con todos. Yo le decía a Lucía: no la molestemos, pero ella nos convocaba conversando de lo más fresca hasta que la nurse la llamó al orden.

Por fin la pusieron en la camilla y fueron hacia la sala. Allí en un ratito breve sentimos llorar al bebé, esa vocesita tan dulce del que prueba la vida. Era Juan Manuel, la racha de las niñas se había cortado, pero, además, era sano, lindo y fuerte y me saltaba el corazón de alegría.

Unos años después iría de mi mano hacia la pila bautismal.

La centella

Aquella casa tenía sus perfiles tétricos. Para un miedoso, el rechinar de las maderas, el sonido de las ventanas que se batían con el viento y muchos otros ruidos no clasificables, le hubieran dado un cariz casi insoportable. Por suerte no era nuestro caso.

Pero cuando había tormenta, de a ratos parecía que el viejo casco del edificio pretendía contestar atacando a su vez.

Todavía recuerdo el sonido de la lluvia en el techo de zinc de la galería: era tan fuerte que, o te plegabas a su ritmo, o renunciabas a dormir.

“Pero no temamos a los rayos porque el pararrayos del Clínicas nos cubre”. Bajo esa consigna, nos sentíamos a cubierto y dormíamos mecidos por las borrascas más feroces.

Una noche, sin embargo, la tormenta eléctrica se presentó con una fiereza diferente. Todos nos levantamos no sé bien por qué, tal vez porque entraba agua hasta por la chimenea de la estufa.

Y de pronto, lo que se inició como un trueno creciente, terminó en un estruendo ensordecedor que movió entera la estructura de la casa. Pasado el susto fuimos chequeando los aparatos eléctricos pero nada había pasado.

Al día siguiente la noticia sacudía el barrio: había sido una centella que pegó a la vuelta de casa incendiando el local de un zapatero y varias casas. En toda esa cuadra se quemaron los televisores y todo electrodoméstico que estuviera conectado.

Las fuerzas de la naturaleza conservaban su poder, después de todo por más que la civilización intentara domesticarlas.

Me dio una pena enorme por el zapatero que era una excelente persona y había perdido todo, pero en poco tiempo se mudó a un local mejor en la esquina de casa.

Otro recuerdo nocturno de Ayacucho me retrotrae a mis últimas épocas allí, instalada en el cuarto del fondo del apartamento. Cuando supe que ellas estarían no me gustó mucho pero después logramos algo así como un acuerdo amistoso.

Ya muy entrada la noche, pasado el primer sueño, si me despertaba oía el sonido arenoso, áspero y a la vez humidificante que provocaba el vientre de las babosas sobre las tablas del piso.

Lucía había intentado eliminarlas pero ellas seguían allí. Muchas veces pensé que, debajo de aquellas tablas bastante desparejas, tenía que haber un depósito de babosas, tal vez un conciliábulo de familias y familias de babosas que, en las madrugadas salían a pasear por el mundo de arriba.

Pero eran muy consideradas; en cuanto salía el sol no se las veía asomar. Fue una convivencia respetuosa, diría que hasta civilizada, que duró hasta que me mudé.

Pacheco

Lucía le había recomendado a Eduardo antes de salir que no fuera a dejar escapar a Mufa porque estaba en celo y en la vereda había una corte de pretendientes. Pero Eduardo, distraído, tal vez demasiado absorbido por algún problema jurídico o por el próximo encuentro de la asociación de magistrados, olvidó la recomendación y la perra salió.

Al poco rato, cuando Lucía volvía, presencié la ignominia: nuestra adorable perra sucumbiendo a la lascivia nada menos que de Pacheco.

Pacheco era un perro espantoso, casi deleznable. Vivía en una leñería a la vuelta de casa y su dueño, fanático frenteamplista, seguramente le puso aquel nombre por venganza hacia la figura política que detestaba.

Lo cierto es que Pacheco era petizo, rechoncho, de un color acaramelado y de pelo hirsuto. Aún así, en un segundito, fecundó, venciendo a los otros perros que rondaban por la casa.

Nuestra desesperación fue grande y vimos los dos meses de embarazo imaginando el tipo de energúmenos que iban a nacer que aquel animal tan lindo, dulce y querido y del abominable.

El día que nacieron los cinco, Mufa no se mostró hábil y uno murió. Eran, dos Mufas negritas y peludas, y dos Pachecos muy feos.

Pasado el tiempo de amamantamiento, fue arduo ubicarlos y recuerdo que los dos últimos nos llevaron a utilizar un recurso extremo: una canasta con una gran moña celeste y un cartel: "nos regalan". Lucía se ubicó en la puerta del Disco y vió con cierto horror que la gente se ilusiona con gran facilidad, sobre todo en aquel tiempo cercano a la Navidad y que los cachorros concitan la aceptación general aún cuando descendan de Pacheco.

María reincide

Cuando María anunció que estaba embarazada por segunda vez, nos sorprendió. Atender a Mariana no era empresa fácil pero, además era bastante visible que entre la pareja no reinaba la armonía más perfecta.

Pero Ceci quería venir entre otras cosas para acrecentar el ala artística de la familia y tal vez, para ser equitativa con su padre porque nació con las facciones de Alejandro.

Lo que sí modificó un poco fue la nariz que fue más respingona y una cierta dulzura general en las facciones que se inclinan decididamente por la sonrisa.

Recuerdo que con Eduardo fuimos a buscar a María al sanatorio y con aquel atadito pateador fuimos hasta el CH99 y las ayudamos a desembarcar e instalarse.

No recuerdo haber visto a Mariana celosa, tampoco a las primas contemporáneas, Cecilia fue aceptada desde el primer día como si, desde siempre, tuviera un lugar reservado.

Pero eso sí, lloraba y lloraba. Siempre quedó en el misterio, si era de hambre, de digestiones difíciles, de calor, de frío o del fastidio que le daba que no la entendieran.

Recuerdo que en enero habíamos alquilado una casita en la calle de lo de Agustín en Punta del Este .Y me recuerdo paseándola y meciéndola por el jardín sin lograr que abandonara el llanto y el efecto torniquete en su cuerpecito. Aún así, ya estaba encaminada hacia una aprobación unánime y contó desde el vamos con una abuela incondicional que no experimentó jamás el menor impulso homicida hacia el capullito.

Por aquella época la abuela Beba había sido castigada muy duramente por la vida al perder a Adela y no tanto después a Cora. Eduardo, que nunca había sido demasiado afectuoso trataba de llenar el vacío y desde casa, con las limitaciones de tiempo que nos tironeaban, tratábamos de ayudar.

La abuela venía a pasar el día los fines de semana. Jamás molestó porque era una persona dulce, de buen carácter, que se contentaba con todo.

En casa la instalábamos en el jardín y luego entraba a ver la televisión o simplemente a observar el pasaje de nuestros nietos.

En aquella época Cecilia era una niña rulosa que empezaba a caminar, y la abuela me preguntaba "¿y éste pícaro como se llama?".

"No es un pícaro, se llama Cecilia", decía yo. Al día siguiente de nuevo "y éste pícaro como se llama?". "Es Cecilia, es una niña".

Y simplemente volvíamos a lo mismo hasta que, un día yo extenuada, volví a oír la misma pregunta: "¿y éste pícaro como se llama?". Y contesté: "Alvarito", sabiendo que a ella no le importaría.

Pero saltó Mariana que pasaba por allí y me dijo: "¿Quién es Salvarito?".

Nos gustó tanto aquella deformación del nombre que se lo dejamos hasta hoy a Cecilia.

Noche a noche, Eduardo, antes de venir a casa donde yo le tenía preparada la cena, pasaba por lo de Rosina demostrando una verdadera devoción por su madre ya que se supone que allá debía afrontar los alcoholizados embates del pobre Moor, ser desolado si los hubo. Mucho habría de pensar en aquellas visitas más tarde.

¿Cómo pude?

Un día Eduardo, que venía preparando su gesta independentista desde tiempo atrás, dijo que se iba sí, de casa y de mi vida, demostrando así su firmeza de carácter, su lucidez y su valentía pero también dejando ver que era más previsible y poco original de lo que parecía." Hace como diez años que tenemos algo con aquella chica, con grandes altibajos, claro". Me gustan las mujeres jóvenes, había esgrimido. Era un avatar que suele ser común a los sesentones, pero yo creía que aquello era algo que yo me había buscado, yo, la abominable, la vieja, la poco agraciada, la carente de sex-appeal, la burra. Llegué a convencerme de que era la mujer más aburrida del mundo y que aquel bendito esposo se había estado inmolando por más de cuarenta años a mi lado...¿Cómo pude?

A la vez quería convencerme de que, a cualquier precio, se debía salvar aquella relación construida a través de tanto tiempo, me parecía que había algo tan valioso en ella que bien merecía el precio de seguir soportando las

pequeñas ferocidades diarias a las que estaba sometida, los exabruptos, el desprecio, el que no se me mirara jamás a los ojos. ¿Cómo pude?

Y todavía seguí llorando, las lágrimas me asaltaban como bandas de asesinos cuando menos lo esperaba: en el ómnibus, en la ducha, en el trabajo.

Me sentía, era, el ser más lastimoso de la tierra, rogando hasta último momento que no se fuera. Hoy me pregunto cómo puede uno volverse polvo y seguir esperando que le escupan encima como única forma de autoafirmación. ¿Cómo pude? ¿Cómo pude?

Y se fue, Pero no a tomarse un tiempo para reflexionar o para experimentar la tan ansiada libertad, no, se fue en una escapada más bien módica a una estación de aguas termales en Río Grande do Sul, eso sí, con la mujer de sus sueños y luego, rápidamente a ponerse el dogal de la convivencia.

Hasta en su manera de ser pérfido me decepcionó.

Habiendo conocido el efecto del abandono, de la humillación y del desengaño ¿con qué me había quedado?

¿Dónde buscar un alivio sin ir a llorar sobre el hombro de mis hijos o de mis amigos?

Fue muy difícil separar lo que era mi vida de lo que había sido hasta este momento: mi vida con Eduardo. Sacarlo a él era como sacarle el esqueleto, la sustancia, el tronco sobre el que la glicina crecía confiada y podía florecer. Es que yo sola era tan poco: ese era el mensaje subliminal que el me había dejado, seguramente sin proponérselo siquiera.

Aun estando muy maltrecha y lastimada, fui intentando rescatar lo que yacía en lo profundo del pozo.

Si bien de ratos buscaba la soledad para repasar mis heridas de una manera mórbida, también me impuse no bajar los brazos ni cerrar los ojos y ante todo aceptar que Eduardo nunca iba a volver y que yo jamás lo llamaría.

Por mucho tiempo, algunas veces, ciertos gestos, las pequeñas rutinas de cada día, algunos lugares me traían la presencia del que se había ido. Aprendí a rechazarlo casi con horror, hasta que mucho después los fui reincorporando sin miedo, a veces hasta con una sonrisa.

Hoy están aquí conmigo, son parte de mí pero soy yo la que dispongo de ellos a mi manera.

Señales de vida

El dolor me acompañó por tiempos que no puedo medir, pero uno se acostumbra a él, le tapa la boca, lo disimula. A la vez, el ejercicio de salvar los restos que habían quedado se volvió casi una idea fija. Los hijos me ayudaron, casi diría que me enseñaron a respirar de nuevo y los nietos fueron el mejor de los bálsamos para no morir. Si nombro a uno y no nombro a los demás me sentiría en falta pero no puedo dejar de recordar el apoyo y la compañía, la delicadeza infinita con la que Paulita me llamaba a la vida mirándome a los ojos con su carita, espejo de la mía. Creo que, tal vez por ser la mayor, era la única que llegaba a medir la profundidad del dolor, la anchura de la desilusión.

Y mientras estuvo Miguela en casa, yo guardaba mis heridas y me sumergía en juegos que eran de las dos en los que siempre terminábamos encontrándonos cada día más cerca. Creábamos y fantaseábamos y yo volvía sobre los viejos poemas que memorizaba...” A ras del agua tersa que riza con su aliento Albino, el pastor loco, quiere besar la luna. En la huerta sonámbula vibra un canto de cuna. Aúllan a los diablos los perros del convento”.

Pobre Herrera y Reissig, como lo sopapeábamos.

Y ella traía a Oscar the Grouch, un personaje que me fascinaba y me lo dibujaba y me lo regalaba. Vida y más vida me regalaba, a cada segundo.

Todas las tardes la esperaba en la parada de Rossell y Rius donde bajaba con Silvina. Verla llegar, toda flaquita nadando en su uniforme era cada día una fiesta.

Y también lo era ir a buscar a Salvarito al Lucerito. Siempre se escondía detrás del último de la fila y hacía surgir de golpe su carita reluciente y después, de la mano, íbamos a ver la casa de los gatos y después a tomar la leche a casa.

Pero dentro de aquellas señales de vida que, día a día iban apareciendo hubo una especial.

Atendí una llamada que era de Agustín con aquella voz que siempre me fascinó y que me dijo: “Abuela, son dos! Hoy a mamá le hicieron la ecografía, son dos!!”

Todo en la familia fue un festejo. Dos nietos, nietos por partida doble era doble regalo. Iban a ser fernandinos pero igual, parte de mi vida ya estaba allí con ellos asegurada.

El liceo y los amigos

Ya hacía tiempo que me movía como pez en el agua en la Dirección del Ciclo Básico. Cada chico era una invitación, un desafío a liberar y hacer crecer.

Mi despacho era una fiesta llena de juegos, de objetos para estimular la curiosidad y el ingenio, de dibujos y de libros atrapantes para los alumnos.

Que los mandaran a la Dirección era más un premio que un castigo y para mí la ocasión de acercarme a ellos y darles una mano en su crecimiento. Generalmente era yo la que aprendía si lograba ubicarme en la onda precisa para comunicarnos. Y cuánto amor recibía, cuánta frescura, cuánta confianza inmerecida. Daba y sobraba para entonar cada día un credo en la juventud, tal vez en la condición humana toda. Sin duda fueron años de gracia total porque, junto a los chiquilines, recibía el cariño de mucha gente, me divertía de la mejor manera, me reía muchísimo. Alejandro fue para mí un jefe excepcional, nos entendíamos, nos aceptábamos con nuestras diferencias y siempre me sentí escuchada y respetada por él. Junto a él, Magdalena Bravo fue el gran descubrimiento. Creo que fue de las amigas que más me ayudó, aun hoy lo es y pese a la diferencia de edad, siento que estamos en sintonía total.

De los otros amigos hubo muchos que siguieron junto a mí, no todos. Yo sentía como una necesidad de separar las aguas, de sanear, de clarificar. No todo me servía. Si digo que alguien, una persona vinculada al poder judicial, me llamó solo para decirme que me podía asegurar que jamás “los había visto juntos en aquellas reuniones de la Asociación de Magistrados...” Inefable.



Claro que hubo también una doctora Balbela, y tantos más. Comprendo que la situación era difícil de abordar pero, en general, mi pasaje de ser Martha Brito a ser Martha López se fue haciendo lo mejor que pude y sobreviví tal vez con algunos puntos a favor en medio de

tantas heridas.

Cuando escuché la noticia, con Lucía salimos como locas hacia Punta del Este y llegamos cuando estaban fresquitos, instalados recién en la nursery.

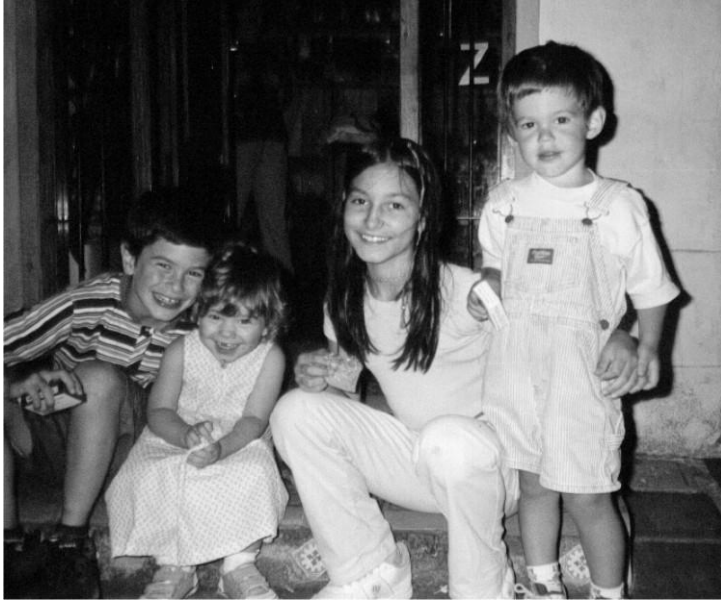
No sé si por la desorganización del Sanatorio o por casualidad, pudimos entrar a la nursery y verlos de cerca. Eran perfectos, difícil de describirlos e imposible saber cuál era más lindo. El que sería Facundo era rubio, tipo angelote, parecido a Daniela y a sus hermanos. El que sería Joaquín, en cambio, tenía facciones más finas y se parecía a Uge.

Nos echaron de allí con razón pero al ratito se los llevaron a Daniela. Esa noche me quedé en el Sanatorio con ella y pude tenerlos en brazos y valorar de cerca lo preciosos que eran.

También, pude sopesar lo que iba a ser el trabajo de criarlos a los dos juntos: dos memas, dos cambios de pañales, dos provechitos, etc etc.

Vuelvo a valorar el coraje de Daniela y también la figura de Amelia, abuela incansable que los acompañó constantemente en todas las etapas.

Los chiquitos nacieron el 6 de diciembre. En Semana Santa alquilé la casa lindera y allá estuve con Lucía e Inés y las chiquitas. Para entonces, eran aun más lindos, si cabe. Y Campanita, una perra bretona que Eduardo les había regalado a Mariana y Ceci, logró casi enloquecernos a todos.



Agustín se mostraba solícito con sus hermanos, si estaba celoso no lo manifestaba, más bien quería lucirlos como algo que también le pertenecía. Y cuando alguna de sus primas, como lo recuerda Miguela, pretendía tener en sus brazos a uno de los dos, él reivindicaba muy serio sus

derechos de hermano mayor.

Con Mao a Buenos Aires

A mí Buenos Aires siempre me encantó y fue Mao, el hijo con quien empatizo tanto, el que me lo hizo redescubrir. Porque durante mis cuarenta y pico de años de casada, parece broma, jamás crucé el río. Eduardo decía que detestaba Buenos Aires y yo, obsecuente y estúpida me hacía eco de su aseveración.

Por eso cuando Mao poco menos que me llevó de una oreja, iba con ciertos preconceptos. Desde mi primera adolescencia que no lo pisaba pero no le podía decir no a Mao, el más que querido y fui. Es otra razón para estar agradecida, conmovida, fascinada, con el accionar de los hijos en mi vida. En Buenos Aires, no solo estuve feliz, sino que, gradualmente, volví a hacer mía aquella vieja sensación de libertad, aquel decirme: la calle es mía y a la vuelta de la esquina puedo encontrar maravillas. Caminamos, recorrimos, redescubrimos. Creo que desde la partida de Eduardo aquella fue la primera vez que comí sin forzarme.

Fuimos al teatro, creo que a ver a Norma Aleandro en “La Señorita de Tacna” y pude comprar una exageración de regalos para mis nietos. La exageración llegó a tales extremos que fuimos detenidos en la aduana de Colonia porque el señor veía un montón de conjuntos deportivos de la misma marca y no podía creer que el número de mis nietos era el que le decíamos. Si



bien no nos quedó un antecedente delictivo pasamos un rato difícil que después se diluyó en bromas.

Aquellos viajes a Buenos Aires después se repitieron anualmente y los tengo archivados en la memoria con los mejores momentos de aquellos años.

Federico

El último parto de Paula fue un lujo en muchos sentidos. El más visible: una pieza individual en el British Hospital, un monitor de última generación para controlar los latidos del bebé, un médico sentado a su lado dándole charla la mayor parte del tiempo y sus hermanas y su madre a la orden.

No podía dejar de pensar en lo que debe haber sido el nacimiento de Andrés, con mi chiquita allá sola en una sala llena de mujeres pariendo donde era “la señora güera”, aislada del mundo y todavía diferente. Los tiempos cambian.

Tal vez ella no lo recuerde, pero este último parto fue un paseo y hasta yo, como madre ansiosa, casi no estuve ansiosa, solo un poquito hasta que salieron de la sala de partos.

El niño era divino, claro que casi enteramente Achard. El único parecido detectable era Andrés de bebé al que conocimos por fotos, pero éste, tal vez, era aún más lindo.

Desde el principio manifestó un hambre voraz y dejó ver que no iba a perdonar ni el último segundo de cada mamada.



Recuerdo muy bien a Diego, a Maga, a Pita y a Andrés con caras de felicidad intentando hacer chistes. Este niño estaba destinado a ser el más mimoso, aquel a quien todo se consiente. Por suerte, él con su gran inteligencia, fue zafando de la manera más equilibrada y feliz.

Hoy estoy segura de que es más alto que yo pero se lo perdono porque lo adoro.

Dios mío cómo pasa el tiempo! De aquella pequeña lauchita que estaba en la cuna pasó a ser hoy “La Larva”, sobrenombre ganado por su forma avasallante de deglutir. Y todo eso, incorporado a su humanidad, está dando el adolescente más precioso con el que, como abuela, podía soñar.

Vacaciones en Parque del Plata

En realidad la idea fue de Mao que conocía la zona del arroyo Solís Chico desde que iba con sus amigos Cayota, y después, por los Mouro que tenían una casa por allí.

Y él nos condujo porque también conocía la casa que alquilamos, justo frente al arroyo.

Era atípica o típica de balneario, con una planta extraña llena de agregados pero nos venía de perlas. Para mí era un placer suplementario de poder ser yo la que alquilaba, enteramente con el dinero que ganaba.



Ese era uno de mis grandes orgullos: desde que Eduardo se fue jamás le pedí un peso ni hubiera querido ver uno de él. Hasta hoy me sustento sola y eso es maravilloso.

Y nos fuimos a Parque del Plata con Inés y las dos niñas, Lucía y Migue y de a ratos, Martín.

Recuerdo que hubo una gran tormenta de verano y que por el fondo del jardín, que era grande, apareció otro arroyo que nos avanzaba.

También recuerdo que nos visitó Paula con los chicos y que Maga se asustó mucho de los cangrejos que pululaban por el arroyo.

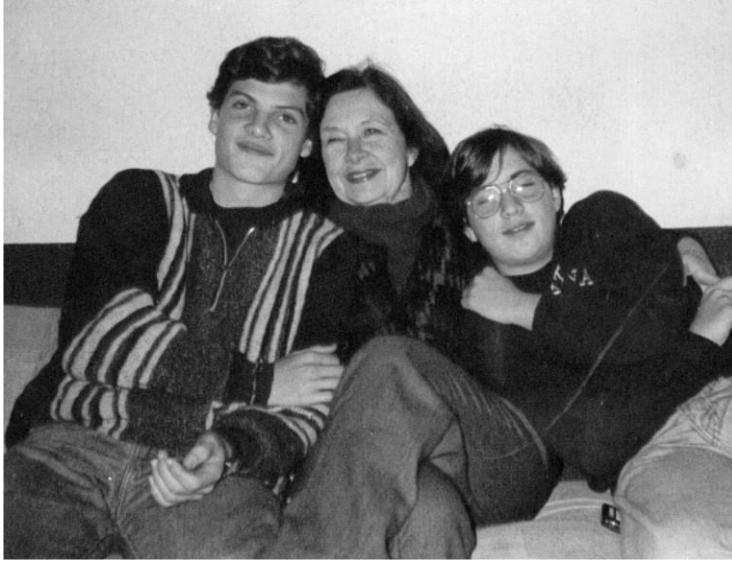
Mao y los chicos también aparecían pese a que Marisa estaba por tener al tercero.

Me parece ver a Pedro y Martín con una canoa amarilla avanzando por el arroyo y de pronto ésta darse vuelta y ellos desaparecer. Fue todo una broma de Pedro para asustarme pero creo que no lo consiguió.

Fue una temporada feliz, distendida, que todas necesitábamos porque recuerdo que Inés acababa de separarse de Alejandro y yo no terminaba de asumir los cambios que seguía produciendo, en el entorno y adentro mío, la ausencia de Eduardo.

En medio de ella, me avisaron que había nacido otra nieta.

Llegué de Parque del Plata derecho a la Española y me encontré con una niña preciosa, saludable, la más gordita de los hijos de Marisa. Tenía unos cachetes redondos y sonrosados y se la veía como para ser rubia. Había nacido el jueves 12 de enero a las 18.58, casi en viernes 13.



A mí, además, me emocionó mucho que le pusieran Ma. Ignacia aunque yo afirmaba que si Ina viviera, se hubiera enojado con Mao porque ella detestaba su nombre.

En realidad “Nacha”, el sobrenombre que le fue quedando, es hermosísimo y ya lo

asociamos definitivamente a ella que es tan linda y lo llena de luz.

Conviviendo con mis nietos

Cuando nació Nacha, ya hacía un tiempo que Pedro estaba viviendo en casa y empecé a conocer la ronda de sus amigos y compañeros Scouts.

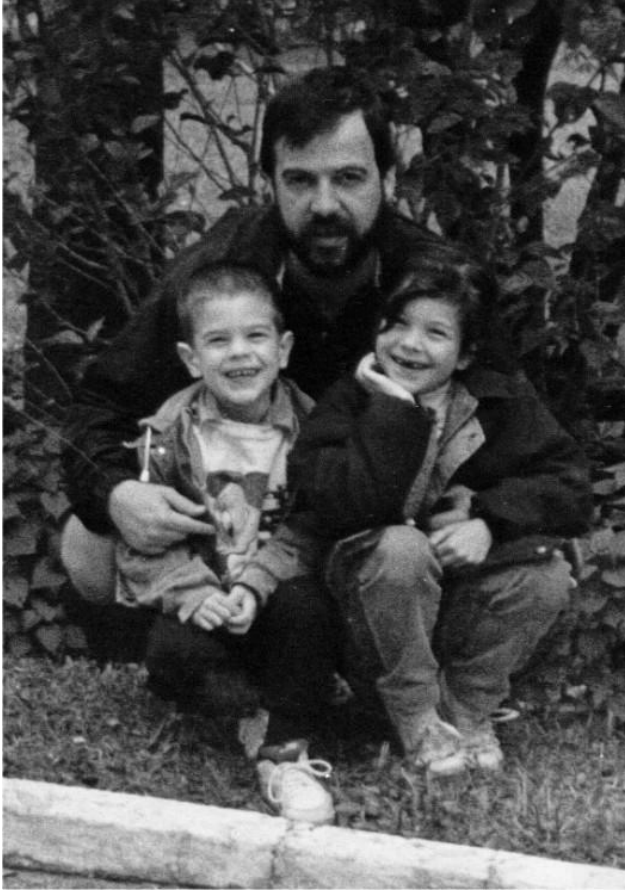
Así se iniciaba una etapa especial con los nietos grandes, que, por épocas, iban a convivir en mi casa bajo el lema de libertad en el desorden que, en parte, era también el mío.

Un día la traje desde Tristán Narvaja ¿Por qué cedí si en casa estaba Mufa que era un encanto y estaban las tres tortugas sabias que hasta sabían jugar a las escondidas. Nunca sabré porqué.

Cuando la observé mejor ví que su pelo que era largo, se alineaba en sectores encontrados y que su mirada era la de un animal algo desquiciado. Pero decidí vencer a todas esas contingencias y convertirla en un encanto. Y fallé.

El error de base fue que no tuve en cuenta su característica principal: era una perra voladora. Sus saltos, que empezaron siendo casi rasantes, se fueron elevando hasta permitirle transportarse del comedor al living sin tocar el suelo y dentro de cada ambiente a otro aún a grandes distancias.

Los niños la ponían nerviosa, en realidad, era nerviosa. A duras penas logré una única foto con ella y un núcleo de mis nietos pero se negó a mirar a la cámara.



El máximo de los logros de Paca ocurrió una noche, en que, por primera vez nos visitaba Pablo que había empezado a salir con Lucía.

Yo llegaba a casa y sentí los alaridos de aquella. Cuando entré estaba Paca volando como le era habitual, Lucía subida al sofá gritando y Pablo rodeado por un ejército de lombrices blanquecinas que reptaban y movían sus cabecitas alrededor de él como saludando.

Luego el veterinario me diría: lo que pasa es que los animales de la feria vienen llenos

de parásitos. Fue una curiosa manera de conocer a mi futuro yerno, los dos a la caza del anélido.

Pero, con o sin parásitos, los vuelos de Paca y su constante mal humor nos tenían hartos a todos, un día llegó Uge, el ala veterinaria de la flia y ofreció llevársela.

Me explicó que la madre de un empleado suyo estaba deseando tener un perro con aquellas características y yo, generosamente, se la cedí.

Entretanto, con asombro, supe que iba a ser abuela nuevamente. Aquel iba a ser el más joven de mis nietos hasta que le ganó Sofía, igual, ostenta el impresionante número dieciséis. La familia de Mao se había trasladado a la casa de Velsen porque su expansión volvió inviable la casita de Chacabuco.

La de Velsen sí podía contenerlos y hasta tenía un jardín al fondo muy disfrutable.



El Rafa nos dio la sorpresa a todos y llegó antes de lo previsto así que debió marchar a la incubadora para completar su puesta a punto. Dicen que vino con una camiseta de Boca puesta, pero sobre eso yo nada podría afirmar.

Cuando lo conocí ya era un bebé con cabeza Brito y una sonrisita malévola. Dicen que en cuanto llegó a su casa pidió que lo instalaran frente a la computadora pero tampoco puedo afirmar nada sobre esto.

Cuenta Marisa que hasta entrar a la sala de partos, iba discutiendo con Mao porque ella quería que se llamara Eduardo y él quería Rafael. La enfermera la rezongaba para que respirara correctamente y ella seguía la discusión. El bebé pesó igual que Amanda, menos de dos kilos pero, al ser varón, estaba menos maduro que su hermana y le llevó más tiempo adquirir el estado apropiado para salir de la incubadora.

Era fascinante constatar como la vida seguía su cauce y lo que había empezado con Eduardo y conmigo, seguía extendiéndose, pese a todo.

Sobre Gatos

Muchos gatos han pasado por mi vida; todos han sido motivo de satisfacción. Nunca obtuve de ellos una agresión o un ataque injustificado a alguno de los numerosos niños que los incordiaron. Por el contrario, entre ellos y yo, hubo siempre una relación en la que primaron el respeto y la comprensión.

Porque el gato de turno, hoy Galileo, siempre sabe ubicarse, conoce mis sentimientos y percibe cuando es necesario replegarse o cuando conviene otorgar una caricia. Su compañía es de oro si se la valora como merece.

En aquella época, en la casa de Ayacucho había ratones. Si se abrían nuestros ojos con las primeras luces del alba, se los veía incursionar por los rincones con aquella prodigiosa agilidad que también los ayudaba a desaparecer.

A mí no me molestaban pero a Lucía la llevaban a la desesperación. Fue así que Eduardo había traído unas trampas con el antiguo método del queso, el resorte y el punzón asesino.

La primera noche que Lucía sintió caer el resorte seguido de los alaridos de la lauchita, no lo pudo soportar. Yo misma, para evitar aquel horror, por las noches tapaba la trampa con un balde.

Fue así, que los ratones, agradecidos, en vez de replegarse, se acrecentaban

Pero Lucía que siempre fue buena para encontrar el recurso salvador, lo halló: un gato.

Y siguiendo un aviso del Gallito, trajo a Simón o Caifás o el Modelo. Era un gatito de angora negro de grandes ojos verdes. Hermosísimo, en parte fue erradicando los ratones, pero, además, pasó a ocupar un lugar en mi corazón y en el de Lucía.

Pasó el tiempo y se convirtió en un ejemplar maravilloso que, en sus escapadas nocturnas, debe haber fecundado a muchas gatas de la zona porque al tiempo empezaron a aparecer algunas de sus características en muchos gatos jóvenes del barrio.

Pero, a la vez, luchando con otros pretendientes, solía venir muy lastimado y constantemente tuve que curarlo de heridas espantosas.

Sin embargo a sus dos o tres años, lo que nos llenó de horror fue que, sobre su lomo, se había ido formando un bulto de extrañísimas características. Era un bulto que crecía cada vez más y cuando el gato se movía, oscilaba como un Himalaya bamboleante.

“Es un tumor”. Decían todos y empecé a mirarlo con la tristeza de la despedida. Temía entregarlo a un veterinario porque suponía que una operación allí, en plena columna, lo iba a descuartizar, pero el enorme promontorio llegó a un punto que parecía estar por estallar, entonces llamé a la veterinaria que vino con una gatera y se lo llevó entre los adioses más lúgubres de la familia.

Al día siguiente, cuando esperábamos la peor de las noticias, tocaron el timbre. Era el veterinario con la gatera que abrió ante la curiosidad espantada de todos nosotros que temíamos ver los despojos mutilados.

Lo que salió de adentro es inolvidable: un gato juvenil, ágil, sin bulto en el lomo y de pelo corto!

El técnico nos explicó que, al querer extirpar el presunto tumor, constató que estaba formado por pelo amasijado pero nada más, ni rastros de masa tumoral.

Festejamos largamente la resurrección y el Modelo vivió todavía largos años conmigo. Siempre nos amamos con un amor fiel y persistente hasta que un accidente con un maldito auto lo mató.

El 2001: un año complicado

Se abrió con la mudanza de Lucía que se fue con Pablo y Miguela a una casa que le alquiló al Pallotti en la calle Roletti, cerca del liceo.

Para mí, separarme de ellas fue difícil, más que nada el hecho de ver irse a Miguela. Era otra de aquellas encrucijadas en las que la sombra invade por los cuatro costados. Aquella niña había sido fundamental para mi supervivencia; si bien creo que le di mucho de mí, también ella me había dado nada menos que el impulso de seguir viviendo, el estímulo de la gracia no apagada del todo en mi vida.

Pero era necesario que se fuera y era necesario que me viera sonriente y así nos despedimos. Si bien nos íbamos a ver seguido, ya nada sería igual y las dos lo sabíamos.

Lucía estaba embarazada y la novelería de una hermanita y para mí del nieto número 17 le restó solemnidad a la despedida.

Quedé entonces en aquel caserón con Pedro, luego con Martín pero también por temporadas con Paulita y se abrió una etapa distinta, en parte caótica, en parte muy divertida.

Yo seguía sintiendo los embates de la partida de Eduardo. Cuando escuchaba el sonido del portón siempre sobrevenía un respingo en el alma como si pudiera ser él que volvía. Sabía que era insensato y estúpido, pero yo era así, insensata y estúpida, aunque, a medida que pasaba el tiempo y sobrevivía, me iba descubriendo como mucho más fuerte y valiente de lo que pensé en un principio.

Con los chicos, que ya eran grandes, vivíamos en una especie de bohemia feliz. Yo no estaba, ni por mi carácter ni por el momento en que estaba viviendo, para imponer normas. Igual creo que, a fuerza de amor loco y cuidados, algo les estaba transmitiendo aunque más no fuera por el esmero que ponía en elaborar aquellas inolvidables colitas de cuadril o por la acogida generosa a los amigos que llegaban, y se incorporaban a la familia.

El fuego de la estufa de leña sirvió de centro de reunión para mucha gente y creo que nunca aquella casa había servido para un fin tan humano. Yo entonces no la quería para otra cosa.

Sofía

El tiempo venía caluroso, pesado, seguramente con una tormenta en el horizonte. Tal vez por eso aquella noche hubo muchas madres que se sintieron llamadas a parir, Lucía entre ellas.



Era tanto el calor que la ventana de la pieza de IMPASA estuvo abierta de par en par y cuando los que nos turnábamos para acompañar a Lucía salíamos al pasillo, veíamos un desfile continuo de madres a la búsqueda de un turno en la sala de partos.

Era el día de San Valentín, el santo de los enamorados, tal vez eso incidiera en aquella explosión demográfica inusual.

Lucía, abanicada y masajeadada en el sacro fue una madre excepcional, tal vez porque presentía que el premio también lo iba a ser. Y lo fue.

La niña de cuatro kilos era maravillosa, desde el primer momento se mostró con un movimiento de aspás en los brazos con el que parecía querer abarcar el mundo y unos ojos abiertos, inquisidores. Por otra parte, tuve la sensación de volver a encontrarme con las primeras fotos mías: la veía y creía mirarme: es una sensación curiosísima y nada fea que se fue acrecentando a medida que la niña crecía. Hasta un día descubrí que caminaba en puntas de pie tal como yo lo hacía.

Aquel glorioso día del nacimiento tendríamos que haber registrado, ya sobre la medianoche, introducidas en el sanatorio gracias a Gerardo vestido de médico, cómo brillaban los ojitos de Miguela, de Mariana y de Ceci asomadas a la cuna, sabiéndose en infracción por “no ser hora para niños” pero participando de la maravilla.

Cuando me mudé al CH, yo la veía a Sofía venir caminando solita hacia mi casa con una soltura y una seguridad fascinantes, tenía tres años. Siempre nos entendimos, aun sin hablar. Tal vez lo que la singularizaba era su espíritu artístico y su seguridad. Es una niña sin miedos, sociable, llena de amigas, feliz. Y en la base de esa felicidad seguramente está su inagotable creatividad y su plasticidad para adaptarse a la situación que fuere sin sufrir el cambio, antes bien tomando lo mejor y descartando sin pena lo demás.

Nunca pensé que aquella bebita, nacida un caluroso 14 de febrero, iba a tener tanto que enseñarme y me iba a tener tanta paciencia porque, sin duda, era mucho más rápida que yo.

Un susto: Mao baleado

Cuando intento recordar lo que fue aquella tarde aun me pongo nerviosa y siento el estómago anudado. Lo primero para mí fue la voz de Inés en el teléfono diciendo la consabida frase que se usa en la familia para enmarcar las grandes catástrofes: “fue con suerte” intentaba aminorar lo que seguía: “Mao está herido, fue en un asalto, está en IMPAS...”

Antes de que terminara yo volaba en un taxi hacia el sanatorio y ya en el piso, me topaba con un milico que intentaba cerrarme el paso. Arremetí con todo y lo encontré, aún con los vahos de la anestesia, muy pálido y nauseoso en una salita desconocida.

Cuando se fue agregando gente pude saber que había ido a la agencia de viajes EGGA a pagar unos pasajes para las vacaciones, que el local había sido asaltado y los clientes -rehenes confinados en una pieza.

Entretanto alguien dio la alarma y se llenó la zona de policía con el grupo GEO a la cabeza, grupo que, esa mañana había sido creado para eventualidades como aquella. Pero los GEO, demostrando su ineptitud total, confundieron rehenes con delincuentes y mientras los ladrones escapaban por el fondo, ellos baleaban a Mao, y no solo eso, una vez en el suelo lo seguían encañonando como a su presa principal. Cuando vino el Semm a llevárselo, los GEO se subieron a la ambulancia y luego se distribuyeron estratégicamente, fusil en mano, en los corredores de IMPASA para que la presa no se les escapara.

Cuando el malentendido se aclaró y el papelón se hizo evidente, vinieron las disculpas.

Aquella primera noche con Mao en el CTI, nos quedamos velando Uge y yo y ya de mañana recuerdo estar junto a Mao cuando ingresaron el Ministro del Interior, Stirling y el Jefe de Policía con la intención de pedir disculpas. Mao estaba inconsciente pero yo no me reprimí y les dije todo lo que me vino a la boca. Marisa hizo declaraciones vibrantes a varios medios. Los diarios se hicieron eco de aquel error garrafal de la policía y la noticia estuvo por varios días en las primeras planas.

Pero lo importante y lo terrible fue que Mao estuvo mal, más que nada por el balazo en su panza y debió seguir internado cerca de un mes, sufriendo mucho. Recuerdo que su amigo ortopedista le había confeccionado una especie de cabestrillo adaptable y más aun recuerdo su palidez y su cara de dolor.

La herida del hombro lo inhabilitó por mucho tiempo y aún hoy circunstancialmente, vuelve a sentir su molestia.

Por mucho tiempo me fue inevitable mirar a los policías con horror y repugnancia. Sé que hubo otros errores más graves que condujeron a atropellos peores aun que el que sufrió Mao, sé que la culpa no está en el infeliz uniformado, tal vez tampoco en el infeliz que imparte órdenes con ligereza, tal vez algún día lleguemos a saber dónde está.

El evento

El casamiento de Pablo y Lucía fue tal vez, el evento festivo más logrado entre todos los de la flia hasta la fecha. Era diciembre y acertaron con un día esplendoroso, entonces, luego del Registro Civil, la reunión en lo de Paula, en Parque Miramar, fue un acierto.

Un jardín grande, un gasebo, mesas (con arreglos florales hechos por mí), la piscina, los platos que se sirvieron y en general, el ambiente alegre que reinó nos dejaron contentos por unanimidad.

Creo que todos pasamos bien. Hasta para los niños fue una fiesta de verdad porque, como hacía calor, estuvieron todo el tiempo jugando en la piscina. Lo testimonia una foto histórica.

Fue uno de los pocos eventos que no me resultaron agobiantes, al contrario, ver a mucha gente muy querida que hacía mucho que no reaparecía, me alegró muchísimo y el hecho que motivaba el festejo también me hacía feliz totalmente.



La niña Sofía iba de brazo en brazo porque aún no caminaba. Ya era un ser fascinante y marcadamente sociable.

Me hubiera gustado que, de no haberse ido antes que nadie, Eduardo hubiera participado del brindis con Lucía, Pablo y sus padres, y conmigo, pero no pudo ser y circunstancias como esas era ya parte de lo esperable.

Ya muy entrada la tarde la fiesta se fue apagando y a todos nos quedó un recuerdo precioso.

Como Lucía y Pablo se fueron de viaje a Bahía, yo estuve de continuo en su casa y descubrí más genialidades de Sofía, que, entre otras cosas, saltaba de alegría con la música de Rubén Rada.

Al volver del viaje, en pocos meses más, en diciembre la familia se mudó al apartamento del CH99 en el que Pablo, demostrando sus dotes de carpintero, fabricó de la nada una pieza más para Sofía.

Entretanto en Ayacucho. Reconstrucción

Entretanto en Ayacucho persistíamos en una bohemia más bien desquiciada si bien yo, a las 7 de la mañana salía hacia el Pallotti sin faltar jamás.

Por aquella época me enamoré de Bob Marley. Fue un enamoramiento tan intenso que hasta pensé en irme a Jamaica pero me faltó valor.

La casa seguía en sus vueltas locas. Un día descubrí que las enredaderas exteriores que cubrían las paredes habían logrado su vieja aspiración de llegar al interior y en la galería empezaban a aparecer pequeñas ramitas con sus brotes. No es que fuera feo pero como señal sobre el estado de solidez de las paredes no era ciertamente promisorio.

"¡A las enredaderas!" fue el grito en aquella jornada histórica en que, con la mayoría de los nietos y Mao, emprendimos la gran tarea de derribar la pared verde que era espesa y muy compacta. No fue fácil porque con aquel colchón de troncos entrelazados, se iban desprendiendo también trozos de pared. Yo recuerdo que les servía sándwiches y refrescos para entonarlos y cuando llegó el final estaba todo el jardín cubierto de ramas con trozos de mampostería y la pared al desnudo era poco más que papel, parecía una viejita despojada de sus ropas, daba mucha pena.

Entonces se inició el proceso de la reconstrucción. Con los chicos y conmigo y con Mao asesorando fuimos plasmando las reformas. Mi imaginación me llevó incluso a cambiar la puerta de entrada y agregarle unos escalones previos. Recuerdo que fui con Ott a una barraca fascinante en la que había miles de restos de casas derruidas y allí, la Sra. de Ott la encontró y la desempolvamos para llevarla. La reconstrucción fue un proceso largo y trabajoso, por momentos decepcionante. A veces el capataz no entendía lo que se le pedía y me obligaba a odiarlo, a veces el polvo estaba hasta adentro del horno y llovía, llovía mucho y entonces iba todo para atrás.

Cuando acabó, la casa se veía mucho mejor. Si bien es cierto que aquellas enredaderas le daban un aspecto único, no volví a tolerar una sola cerca de las paredes exteriores. En cambio planté muchas flores, creo que jamás tuve un jardín con tantas flores en ebullición porque iba seleccionando las de cada estación entonces jamás faltaban aquellas pequeñas maravillas en los canteros, en macetas, donde fuera.

Recuerdo que el patio interior se vistió de malvones multicolores. Allí el sol y la protección de los muros los hacía estallar en flores de un tamaño sorprendente.



Recuerdo los colores, blanco, rosa, coral, fucsia y también el exquisito aroma de las hojas levemente aterciopeladas. Hubo mucho trabajo mío pero valía la pena. Por cierto que en el patio también

había jazmines y un grifo de agua y tres tortugas que se hacían el amor y perseguían a la pobre Mufa mordándole el rabo si se descuidaba.

La casa había quedado distinta, creo que había mejorado mucho pero siempre dejaba la impresión de que algo le estaba faltando. Aquella casa era así.

Muchas veces sentí que aquella reconstrucción que jamás terminaba se estaba pareciendo increíblemente a la que se iba procesando en mi propia vida.

El viaje

Yo nunca me había planteado ir a Europa pero aquel viaje se me puso por delante. Un grupo de docentes del San Juan y Mirta Acevedo con Olga Dighiero habían armado algo consistente, muy tentador y con excelentes precios. Y me embarqué.

Para viajar por Europa un rótulo de feligreses católicos es sumamente conveniente. Nos ayudó a conocer lugares a los que de otra forma jamás hubiera accedido.

Empezamos por Santiago de Compostela, ciudad llena de brujas donde estaban mis raíces paternas, después Madrid, Toledo, Zaragoza, Cigüenza, Barcelona...

No voy a hacer aquí el relato de aquel viaje que me permitió conocer los zepia de tantas ciudades. Tal vez lo más fascinante fueron los pueblitos en el

sur de Francia, Ars, Bellay donde nació el fundador de los HH de la Sagrada Familia y muchos otros bien escondidos entre la montaña y el bosque.

Lyon también me atrajo muchísimo y descubrí ¡Dios Santo! que mi francés funcionaba.

En Italia me hubiera quedado en Asís. Llegar a la tumba de San Francisco, ver la campiña llena de flores lilas y naranja, el cielo, fue tal vez lo mejor del viaje, por cierto que más emocionante que Florencia y que Roma tan poluídas por el ruido del progreso, los turistas y las motos.

A las catacumbas no quise bajar porque me dio miedo, el museo vaticano me espantó por la acumulación de obras de arte, en cambio me emocioné de poder tirarle un beso a la Cibila Delfica que me miraba desde el techo de la Capilla Sixtina. Con ella nos conocíamos de tiempo atrás.

Y acabó. Un viaje, dicen, siempre te deja algo, a mí tal vez lo que más me fascinó fue ver en el aeropuerto las caritas de mis nietos con un cartel que decía “Bienvenida Abue”. Siempre es fundamental tener un lugar al que volver hasta para poder irse y yo sentí que aquel era mi lugar en el mundo.

Amigos

La casa abierta a los amigos seguía incambiada. Yo me había reservado el apartamento del fondo donde disfrutaba de cierta independencia pero las comidas se hacían en común y resultaban bien pintorescas.

Cuando no cocinaba recurriamos a lo de Benigno que era casi un familiar más y donde un cocinero gordo con el que yo simpatizaba nos ponía doble ración de todo.

También había un antro: el Corri-Corri, que era solamente para comidas rápidas. Era un recinto ennegrecido por el hollín y la grasa donde la higiene era algo perimido. El que se aventuraba a entrar salía irremisiblemente perseguido por un halo pestilente formado por el humo y la acumulación de quien sabe que sustancias en putrefacción. Pero lo cierto es que el lugar atraía y las comidas tenían un sabor especial.

Los viernes yo trataba de llegar rápido y alcanzaba los finales de la feria de Navarra. Allí en varios viajes, nos proveíamos de mucha fruta y verduras

para compensar la toxicidad de las otras comidas. Aquella feria era extensa y completísima.

Entre todos los amigos que aparecían había figuras clásicas como el Maguila, el Artur, el Zas y de golpe otros. Cuando había reunión de los scouts yo sabía que era una garantía porque siempre dejaban todo impecable.

Además había contratado a una limpiadora: era mi debut como “patrona” y por cierto que no me gustaba ni sabía ejercerlo.

Aquella señora venía de lo de Paula y vivía por la ruta 101. Era torpe y más bien haragana y yo no estaba dispuesta a exigir porque llegaba del liceo muy cansada y porque no me sentaba el rol de controladora. Por lo tanto, el trabajo en casa debía ser una Jauja y es posible que me haya hurtado hasta la ropa interior que llevaba puesta, porque más adelante Paula la echó por robar.

Aquella fue la época en que el Langa comenzó a ingerir poco a poco el control de la tele. El se lanzaba en el sofá frente a la pantalla y dejaba ir su imaginación en pos de lo que veía. En tanto, dejaba el control en su boca, como una golosina. No sé si llegó a ingerir algún canal en especial, pero el control fue achicándose en su tamaño.

Con Pita nos íbamos los domingos a Tristán Narvaja. Para mí era una gloria poder ofrecerle lo que quisiera pero ella que siempre fue cauta y medida, a veces me miraba de reojo cuando yo la instaba a comprar a lo loco, pero éramos tan parecidas!

De aquellas escapadas preciosas quedó una foto en que nos retratamos cada una con un mono en el hombro pero, más que otra cosa, quedó el sentirnos compinches, la sensación de poder ir y venir y de descubrir posibles maravillas que estaban allí, bien a mano, esperándonos.

Aquellos años tuvieron su magia. Por cierto que no todo fue fácil. Si bien me acostumbré a sentir de noche, en la soledad de mi cuarto, el roce de la babosa sobre el piso de madera, si bien por la pequeña ventana llegaba el perfume de jazmín, también estaba la soledad que se sentaba a los pies de mi cama sin decirme nada y me miraba. Yo todavía le tenía cierto miedo. Pero se lo fui perdiendo porque ví que era parecidísima a las fotos de Virginia Woolf.

Andrés abogado

Fue siempre una especie de buque insignia entre mis nietos. Siempre lo ví ponderado, lúcido, más adulto de lo que es, a veces apelando a un cierto cinismo para esconder sus sentimientos que, en lo que a mí respecta han sido siempre invariablemente tiernos.

Estar con él, charlar, discutir con él siempre me lleva a sentirme optimista por más negro que sea el horizonte y aun cuando nuestros enfoques sean diferentes o a veces opuestos.

Cuando lo ví en su juramento como abogado, yo pensaba en aquel niño de cuatro años que decidió viajar solo en verano desde Porto Alegre a la casa de sus abuelos en Montevideo. Lo veía llegar en el ómnibus paradito junto a la azafata saludándonos desde la ventanilla del conductor. “Solo me asusté un poco cuando me desperté y vi el cielo todo rojo, nos contaba, pero era el amanecer”.

Y lo importante era que se había animado, que había llegado a la casa de los abuelos, nuestros corazones estaban y estarían abiertos para él aunque las sucesivas llegadas de otros nietos- dieciséis en total, contando a sus hermanos- a veces lo llevara a rezongar porque: “Estábamos tan bien hasta que empezó a llegar “el malandraje” como comentó en su adolescencia.

Hoy siento que lo necesito como nunca como moderador y consejero, tal vez como cable a tierra, como apoderado, como contrincante, como otra parte de mí.

Cambios

Y pasaron los años y un día empezamos a sentir que aquella etapa de Ayacucho debía terminar. No sé si fue netamente buena o mala para mis nietos ni sé qué recuerdo tendrán de ella, ojalá que la vean como la veo yo: una etapa fermental, desapareja pero, en definitiva, buena para crecer, aun a partir de los errores o los pasos en falso.

Para mí fue, además, la posibilidad de convivir con ellos y recibir, en un momento feo de mi vida, el cariño que me faltaba, porque, en medio del caos que era por momentos aquella casa, todos nos sabíamos queridos y qué mejor que eso para oxigenar la vida.

Un apartamento que se alquilaba en el CH99 a la vuelta de lo de Lucía les brindó a mis hijas la excusa para impulsarme a partir.

Y lo hicieron tan bien que terminé alquilando. Si bien era luminoso y muy cómodo, tenía tres dormitorios, tuve que traer conmigo solo los muebles y objetos indispensables. Es fascinante constatar cómo la vida te va llevando a dejar cosas por el camino, aligerando tu equipaje (y sí, recuerdo a Machado). Allá quedaron el comedor que tuvimos toda la vida, la cristalería, el living que Eduardo había armado y cientos de grandes y pequeños objetos llenos de historia.

Pero lo más valioso viajaba adentro de mi corazón, y allí está.

En esos tiempos se estabilizó la pareja de Inés y Gerardo, que si bien se formó tal vez por casualidad, en la época en que ambos vivían en el CH99, pero salió tan bien que parece hecha a propósito.

Es un lujo ver como se ha ido consolidando y como los hijos de ambos se han ido insertando con toda naturalidad, se llevan bien entre sí y conviven en armonía.

Ahora que va a nacer el primer nieto, hijo de Ivana, está toda la familia expectante, Inés la primera en buscar y rebuscar las prendas más lindas para ese bebé.

El amor es un milagro, sin duda, pero un milagro que hay que cuidar y alimentar. Siempre creí que en ese campo si se pone lo mejor de uno todo sale bien, si retacea egoístamente uno de los dos basta para que se desmorone la construcción.

Ver a Gerardo e Inés juntos me da la pauta de algo genuino, consistente que, más allá de la libreta del Registro Civil, tienen cuerda para rato.

Y además anexaron a Mascota, que es otro familiar más a la que todos queremos, un regalo que no esperábamos.

Descubrimientos: la instalación en el apartamento del CH99

Aquella sería la primera vez en que me iba a instalar oficialmente sola aunque ese término, aplicado a mi vida, siempre resultó un poco eufemístico

porque podría vivir sola pero nunca llegué a estarlo y es posible que nunca lo esté.

Unos meses antes había encontrado, tirado en el jardín de Ayacucho, en parte mordido por los caracoles, un papel casi borrado en el que se me comunicaba que estaba divorciada, original sistema en el que mi participación fue nula y se debió totalmente a la mano diestra de Eduardo, a la de los diligentes testigos y al benemérito magistrado actuante. -Por suerte tenemos justicia en nuestro país-.

En lo que tenía que ver conmigo, nada había cambiado, el margen de libertad había sido siempre el mismo y sus únicos límites eran los que mi propia conciencia me impusiera. Por fortuna, tal vez por una cierta dosis de orgullo herido, a la que tengo sobrado derecho, jamás necesité pedirle nada a Eduardo ni contar con su ayuda en lo más mínimo aunque descarto que él hubiera estado dispuesto a brindarlas.

La instalación en el primer apartamento del CH que alquilé, fue rápida pero disfrutable: todo lo iba haciendo dentro de la mayor simplicidad y totalmente a mi gusto. Buscaba estar cómoda pero con lo menos y que lo menos, si era estéticamente válido, mejor. Pronto el lugar se fue volviendo agradable, cálido y totalmente marcado por mi sello. Los objetos que conservé, todos, tienen valor afectivo más o menos marcado. Ellos también me proporcionan un acompañamiento eficaz y reconfortante.

No obstante, aún sigo pensando que tengo demasiado y trato de corregir eso. Tengo la certeza de ser una privilegiada aunque ya no viva en Punta Carretas.

Los vecinos que vivían en el mismo edificio resultaron excelentes. Con los Ottonelli ya había una amistad a través de Lucía y Migue pero pronto, casi era como si los conociera desde siempre. Horacio, docente y director del Liceo Santa Elena compartía mi manía por la jardinería y con aportes de ambos, se había ido formando un florido jardín en el fondo del edificio.

Allí solía sentarme a leer o a tejer o a mirar la gran variedad de aves que convivían con nosotros y casi siempre me acompañaba Mufa, que muy viejita ya, se había venido conmigo.

En medio de aquella paz sobrevino una experiencia dolorosa referida a ella.

Yo solía dejarla salir por la puerta del fondo para sus breves paseos higiénicos. Era invierno y al poco rato volvía a abrirle para que entrara. Una noche, en que me demoré más de lo habitual, cuando la llamé no acudió, salí a buscarla y no la ví: Mufa había desaparecido. Fueron momentos de angustia que se me reproducen toda vez que los recuerdo. Con Lucía y Pablo recorrimos llamándola todo el complejo y varias veces pero no encontramos rastros de ella.

Sin explicación, había perdido a la compañera de tantos años y quedé desconsolada. Horroriza pensar en cómo puede uno fallarle aún a los seres más cercanos, espantosa característica con la que cargamos los humanos, tal vez la peor de todas.

La dulzura

De aquellos primeros tiempos no puedo llegar a separar la presencia de mis hijos, de mil formas me hacían saber que estaban cerca siempre, sin abrumarme, de la mejor manera.

Miguela y Sofía, que estaban a pocos pasos, eran un deleite. Migue ya casi quinceañera, seguía misteriosamente unida a mí con un lazo con algo del de madre e hija que nos mantiene en comunicación.

En cuanto a Sofía, ella fue, sin duda, una alegría mayúscula y un asombro permanente porque la ví ir creciendo desde muy cerca y acompañé el espléndido desarrollo de su personalidad. Es cierto que se parecía a mí, eso sin duda, pero cuanto más libre, más original y creativa, en definitiva, más feliz de lo que yo había sido a su edad.

Por aquel tiempo llegué a cumplir 70 años. Rodeada de tanto cariño, sana y con muchas fuerzas, estaba dispuesta a alabar a la vida porque sobre todo, estaba agradecida.

Llegó el tiempo de irme despidiendo progresivamente del Pallotti lo cual, al principio, me daba miedo. Lo hice en etapas, por un tiempo seguí yendo a las reuniones del Equipo de Dirección, incluso se me asignó un escritorio en una de las buhardillas. Me costaba dejar aquella casa, pero,

suavemente, me fui replegando y se me hizo dulce ir descubriendo nuevos intereses y profundizando otros que ya estaban.

No podría decir que sufrí en lo más mínimo cuando dejé del todo de trabajar. Por supuesto que con Alejandro y el Pallotti persiste un lazo estrechísimo que me hace estar presente en todo cuanto allí ocurre y creo que ese lazo no se romperá jamás.

Para no creer: Andrés, mi nieto, fue el que, con un poder en la mano, me evitó los papeleos de la jubilación. Nunca supe como agradecerse, creo que siempre estaré en deuda con él porque, con mi torpeza, el periplo jubilatorio pudo llegar a ser eterno. De haberlo encarado sola, aun estaría moviéndome, errante, por algún corredor del BPS. Dios lo bendiga mil veces.

Y hoy cobro una buena jubilación y todavía a veces no entiendo cómo de todo aquello que más que trabajo fue disfrute se pudo llegar a generar la cómoda situación en que vivo.

El periplo de Diego

Para un cumpleaños había venido a saludarme pero ya con un pronóstico amenazador.

Poco era lo que nos habíamos tratado, sus actividades, sus continuos viajes, sus características personales poco proclives a la comunicación con una anciana en apariencia tonta, no habían favorecido un gran acercamiento, todo se daba a través de Paula y de los chicos y en pequeñas dosis.

Yo a él lo veía demasiado lejano, autosuficiente, con grandes habilidades para la sociabilidad, muy capaz en lo político, inteligente como para defenderse con brillantez en los diferentes foros en los que se movía, ya para ese entonces Naciones Unidas y algún otro y entre los personajes más variados.

Pero en lo personal, tal vez por resabios de épocas pasadas, lo veía bastante egoísta y con poquísimas cualidades para ser marido y menos aún padre afectuoso.

Increíblemente fue en sus últimos años y yo ya anciana, que nos íbamos a encontrar para poder apreciar, en parte, eso de humano e insustituible que tenemos todos.

El diagnóstico que le había caído fue cruelmente certero: unos cuatro años de vida y no más, con un progresivo deterioro neurológico: el azar, la casualidad, lo habían señalado entre miles cuando estaba en la cúspide de su periplo.

De ahí en más comenzó con un tesón increíble a buscar las estrategias adecuadas para vivir con dignidad pero más aún, para llevar hasta el fin un proyecto que le acababa de surgir en la mente y estaba ligado a alguien que fue una figura entrañable en su vida: Wilson.

Ya tenía varios libros y ensayos en su haber, algunos sobre la época de la transición hacia la democracia, sabía, por lo tanto de las dificultades que entrañan esos emprendimientos pero este implicaba, además, algo mucho más hondo.

Y se puso a trabajar echando mano de todo, más que nada, de sus propias vivencias y el apoyo permanente de Paula y los chicos que fueron viviendo paso a paso el proceso de la enfermedad y aun de los avatares en búsqueda de una esperanza de vida: estadias en Washington, en Cuba, en Buenos Aires en las que Paula era su acompañante.

En lo que a mí respecta, llegué a colaborar colateralmente en la elaboración del libro con lo cual estuve más cerca de Diego de lo que nunca había estado pero, además, seleccionando material para la obra, llegué a conocer en profundidad a aquella figura casi mítica que había quedado estampada en nuestra historia. Yo de Wilson sabía poco y nada y fue apasionante, a través de la selección de testimonios y anécdotas, irlo rescatando de la sombra. En parte también rescaté a Diego junto con él.

Fue una elaboración larga y trabajosa: hasta el final Diego cuidó aquella que era la obra de su vida con Andrés trabajando al lado suyo, entrevistó gente, logró el acceso a materiales inéditos y fue un incansable artífice hasta la culminación que tal vez presintiéndolo, coincidió con el final de su vida.

Aquella experiencia vital fue tan fuerte que todos, desde los más cercanos hasta los que estábamos en la periferia, quedamos con una marca indeleble, tal vez también con una lección de vida estremecedora.

Agustín en la Universidad

Claro, el tiempo dispara y así, un día, Agus, aquel chiquito fascinante que ya era casi un fernandino, tenía que entrar a la facultad y para ello, venirse a Montevideo y para eso establecerse aquí.

Me encantó que se viniera aquel primer año a mi casa por muchas razones. La primera y principal era que, como nunca habíamos convivido, era todo un desafío pero además y ante todo, era la posibilidad de conocernos mejor. Y así fue y puedo decir que funcionó de perlas.

Agus es reservado, introvertido pero, una vez que nos lanzamos a intimar, disfruté de su inteligencia, su sentido del humor y con la versatilidad de sus conocimientos. Eso sí: pese a que le dedicaba muchas de sus horas libres a la guitarra, jamás pude oírlo tocar.

Aún hoy celebro, en cambio, su buena disposición para recibir los platos que yo preparaba sin la menor queja y con un espíritu más bien espartano.

Con sus primas contemporáneas, Magui, Miguela y Amanda, pese a existir una cierta afinidad, no se llegó a profundizar la relación como yo esperaba, tal vez porque todos estaban en una etapa muy fuerte de planteos vocacionales y de descubrimiento de nuevos caminos.

Al llegar el verano, Agus volvió a su hogar en Maldonado y luego alquilaría aquel increíble apartamento en el Palacio Díaz pero la confianza y la camaradería que nos dejó aquel año juntos seguirían hasta hoy y para siempre.

Lao - Galileo

Perdida la Mufa, el vacío fue grande y Mao, que lo percibía, me trajo aquel cachorro excepcional de shih-tzu, una raza tibetana que debe figurar entre lo más selecto del canódromo.

Sobre el origen de estos animales maravillosos, se cuenta que cuando Buda, Sidarta, estaba sobre la tierra, un día al cruzar una montaña, fue atacado por una banda de ladrones. Cuando creyó que lo iban a matar un golpe lo desvaneció pero antes de caer, vió a un león avanzar sobre los bandidos. Cuando despertó, a sus pies había un perro shih-tzu que, desde entonces fue su compañero.

En el Tíbet estos perros son sagrados, se regalan solo a personas especialísimas, jamás se venden y los monjes los veneran como a los defensores de Buda.

Lao, por supuesto, debía ser y es un animal selecto, es más, es un pensador, un filósofo y su trato hacia mí es exquisito aunque totalmente excluyente.

Pero un día, empecé a sentir la falta de un felino, tal vez porque siempre en mi vida hubo uno, tal vez porque presentía que otra maravilla estaba en camino.

Y así fue que una tarde ví avanzar por el sendero que venía de lo de Lucía, a Federico y Sofía portando de sus asas, un gran arcón. Nunca olvidaré sus caritas expectantes y sonrientes.

Cuando lo depositaron a mis pies y se abrió, surgió el gatito más precioso del mundo: un siamés.

Era incomparable: tenía ojos celestes, era bizco y tenía el último tramo de la cola acodado.

En seguida tomamos posesión uno del otro y bien pronto fue el mimado de todo el edificio y comenzó a escalar árboles, a apoderarse de los almohadones y de tiempo en tiempo, de algún ave que estuviera a mano. Lo llamé Galileo, en parte porque me gusta, en parte en recuerdo de mi abuelo.

Ambos animales conviven en paz y conmigo han integrado una especie de equilibrio que se basa en el amor, el respeto y la admiración.

Otra vez tiempo de mudanza

Yo estaba realmente bien instalada y me iba invadiendo una gran paz pero, nada es eterno: un día apareció el militar que me alquilaba diciendo que quería vender y que me ofrecía a mí el apartamento.

Al unísono, Ayacucho estaba a la venta y cuando lo creíamos imposible, apareció una compradora tan “insensata” como lo habíamos sido nosotros en otra época.

Mi última visita a aquella casa donde Pedro se iba a mudar fue terrible. Una mente perturbada había destrozado el jardín convirtiéndolo en un campo

raso. Todo lo que había plantado durante tanto tiempo había sido arrancado de raíz. Pocas veces sentí tan de lleno sobre mi cara una expresión de odio irracional tan arrasadora y recuerdo que allí mismo, rompí a llorar.

Con mis hijos, nos dedicamos a buscar otra guarida para mí, no era fácil porque los precios eran excesivos. La búsqueda se hacía decepcionante y muy cansadora hasta que, un día, en una lista traída por Lucía, ví este apartamento donde vivo hoy. Enseguida hablé y lo fui a ver y comprendí que era lo que yo quería: el mismo plano que el anterior pero en óptimas condiciones y en el centro más verde y arbolado del complejo. Supe que era para mí. Esa noche lo vieron mis hijos y quedó acordada la compra.

Antes de entrar, le hicimos cocina y baño nuevos y los pisos flotantes de dos de los dormitorios. Quedó impecable.

Terminado el papeleo y los arreglos, me mudé un 29 de julio, día de Santa Marta.

La mudanza fue una fiesta en la que intervino toda la familia. Como era tan cerca, no hubo camión de mudanzas y sí un trasiego de hormigas que duró todo el día. Agotada y contenta, esa noche dormí por primera vez en mi casa, uno de esos sueños pesados y reconfortantes que parecen durar décadas.

Y hasta un bisnieto!

Martín casado era como una fantasía demasiado exagerada, de esas que a veces ocurren en los sueños pero que suelen volverse reales.

Y aquella no fue fantasía. Nos vimos ante el Oficial del Registro Civil todos muy alegres y Xiomara llevando en su pancita al que sería nuestro primer bisnieto. La historia se apresuraba.

Hubo un desayuno compartido, puedo decir que hasta gente tan dispar como Alejandro el Director y Olga Carnelli estuvieron allí para desear felicidades.

Xiomara, desde que la conocí, se mostró más que cariñosa conmigo y yo enseguida le tomé simpatía y me puse a tejer casi sin poder creer que era para la tercera generación. Si habrá rendido aquel modelo de batita que me había enseñado Adela!

Y cumplido su tiempo, el bisnieto llegó y se llamó Mateo. Era un bebé precioso con nariz de pimpollo de rosa y ojos grandes oscuros.

Me emocionó y me causó gracia ver a Martín en padre cambiando la primera muda del bebé.

Por un tiempo todo parecía andar bien pero, junto con el anuncio de otro embarazo, empezaron a soplar vientos de dificultades.

En un tiempo más, la pareja se separó casi recién nacido Joaquín, otro bebé adorable, y Martín se vino por un tiempo a casa.

Ninguno de los dos queríamos reeditar la situación de desgano que se diera en Ayacucho pero, por suerte no fue así.

La estadía duró tal vez medio año hasta que llegó Pita pidiendo pista. Martín entonces, alquiló un pequeño apartamento muy luminoso a unas cuadras de acá y se instaló con lo que los chicos ganaron al visualizar una casa del padre donde podían incluso quedarse a dormir y tener sus juguetes.

Ambos bisnietos, que me llaman “abuela”, son adorables conmigo y a mí me encanta tenerles pronto algunos regalos para cuando me vienen a visitar. Verlos es como ver la propia Resurrección.

Entre tanto, Pita había ocupado el lugar que fuera de Martín.

En muchos sentidos Pita es mi alter ego. No es que seamos idénticas, no, pero tenemos rasgos comunes bastante marcados.

Ella es más decidida y más libre que yo, también más embalada y desinhibida, pero la forma en que nuestras sensibilidades vibran es muy similar.

Está de más decir que nos llevamos más que bien, que nos divertimos muchísimo juntas y que nos reímos hasta cansarnos, de nosotras mismas muchas veces.

Por todo eso, las estadías de Pita en casa fueron siempre bienvenidas. Yo bendecía aquel tercer dormitorio que me permite servir de cobijo a mis adorados nietos.

La relación con ellos, con Pita en especial, a veces se tornaba de igual a igual y a veces ella era la que emitía un llamado a la cordura. A mí siempre me encantó soltar la imaginación y lanzarme a reír y a improvisar algo que podría llamar Las coplas de Martha López, una mezcla de aullido e himno triunfal.

Por suerte como Pita ya era sicóloga, podíamos encarar un análisis lúcido de aquellas praxis tan originales.

A veces, muchas veces, solíamos extender nuestras reposeras bajo los árboles y ella estudiaba y yo leía y los vecinos la miraban de reojo porque estaba tan linda mi nieta.

Es cierto que el gato Gaboto no la quería e intentaba orinarle los libros pero, fuera de ese detalle, ella también le había declarado una guerra a muerte- todo era paz y armonía y la convivencia fluía como un manantial.

Claro, olvidé decir que ella es también bastante desordenada.

Cuando se fue con Martín, su novio, dejó un vacío que no dolió porque seguimos hasta hoy en una constante comunicación y más que nada, porque me gusta verlos felices, su alegría me alimenta el alma. Es tan lindo ser uno y ser tantos a la vez!

Bueno, gracias a Pita, Mao y Pedro, y un día entró la informática en mi vida. Como buena analfabeta me negaba a su entrada aduciendo una autosuficiencia absurda que, en el fondo era miedo de que mi torpeza me impidiera apretar la tecla adecuada.

Pero se hizo la luz. Pita fue una profesora exigente, a veces algo cruel, pero logró rápidamente resultados sorprendentes. No soy una experta pero me manejo con lo que necesito y me comunico con fluidez con mucha gente. Puedo además meter la nariz en lugares inimaginables.

Mao me hizo anexar, vía Pedro, una pantalla panorámica con la que alcanzo hasta el mínimo detalle aún sin lentes.

Es cierto que la compu te atrapa y hay que tener cuidado con ella porque, si no, te traga viva. No es mi caso. Pero hoy mandé a Andrés y a varios más una filmación sobre unas ruinas halladas en Capadocia que, a la vez recibí de Martha Abella y que nos hechizaron a todos. Y eso vale oro.

Cuando surgió en mí la idea de escribir estas memorias, estuve tentada de hacerlo en la compu con lo que le hubiera ahorrado a Paula la tarea de pasarlas, pero me sentí llamada por la escritura a mano por mi vieja letra ganchuda que me ha sido desde siempre tan fiel y me permite tener en la mano, fresquito lo que escribo, “verlo”, hasta olerlo y tomarle la temperatura si es necesario.

Después de tantos años he llegado a sentir cariño por estos caracteres que van saliendo de mi mano como un diseño personal, frágil y a la vez potente, que me va retratando a su manera.

En la compu sí, a veces leo los diarios, los de lejos o los de aquí, pero, en general no les hago demasiado lugar a las noticias en mi vida.

Y por último: lo que sí me sorprendió casi hasta las lágrimas fue encontrar el “Hotel Galileo” en Corumbá, toda una bibliografía y fotos del hotel de mi abuelo, que increíblemente, también estaban dentro de mi compu. Si parece magia...

Pedro y Nati

Como pareja surgieron en los últimos vestigios de la época de Ayacucho y fue un golpe de suerte, una brujería benéfica, una bendición para la familia.

Que Nati sea una persona preciosa ya sería muchísimo, pero que, además, sea profesora de literatura agrega ante mí, méritos que van casi hasta lo eximio.

Verlos me alegra, me levanta el ánimo, me devuelve la fe en lo que puede ser una relación de pareja llevada adelante con amor y con lealtad.

Pero también, verlos me rejuvenece porque me siento partícipe de sus realidades y sus proyectos.

Me encanta su casa enclavada en el Cerro, frente al mar y al parque, me encanta su promoción de juegos de ingenio, me encanta el couch-surfing, los mil cursos de Nati, las computadoras de Pedro, en fin, todo lo de ellos y su entorno.

Del viaje que hicieron a Europa después del casamiento, disfrutó toda la familia. Gracias a las benditas computadoras día a día los fuimos siguiendo

por los lugares más fascinantes, puedo decir que hasta aprendí cosas de lugares que ya conocía y muchos otros de otros tantos que no llegué a conocer. Con la naturalidad y la frescura de sus ojos todo era doblemente hermoso y todo era nuevo.

Ojalá que esa misma frescura se mantenga y les permita seguir descubriendo novedades y prodigios aun en lo que parece rutinario y banal en el ejercicio de vivir cada día.

Mis nietas creativas

Sentirse opacada en el rubro creatividad es verdaderamente estremecedor. No es que yo haya sido o sea especialmente creativa, no, pero siempre creí tener una pizca, un granito de genio, tal vez el inherente a toda la condición humana y no más.

Estas chicas, en cambio, lo han superado con creces y, creyéndome importante en sus vidas, me siento proyectada con ellas en pos de lo bueno, lo insólito, lo sorprendente como jamás soñé que me ocurriera.

Amanda siempre me contaba de sus estudios en el área de la comunicación y yo sentía que era lo mío, sin nostálgica, decía que me hubiera encantado ese camino.

Pero ella fue más allá, inteligente, incisiva e incansable, a partir de su trabajo en una agencia de publicidad va adentrándose en derroteros más específicos y no tengo duda de que obtendrá todo lo que se proponga.

Espero que exprima lo mejor de mis genes en ese campo y que no le llegue jamás mi torpeza ni atolondramiento o mis indecisiones.



La chiquita Ceci es otra artista nata. Parecería que lo suyo va a ir por el lado del diseño que ya ha experimentado exitosamente. Por suerte hoy existen carreras que contemplan ese aspecto de la creatividad pero, con o sin cursos, ella sabe lo que es tomar un lápiz y trazar un diseño armonioso.

Cuando viene a casa en esas tardes que me regala, yo la miro dibujar fascinada y luego me guardo sus dibujos para seguirlos disfrutando.

Ceci, Salvarito, divina, entrañable, es toda una promesa y tras ella también voy yo bien escondida en sus pupilas de artista.

Y Maga se atrevió a cambiar y a dirigir su vida según el diseño que ella quiere, por cierto que no es poca cosa, hay que tener agallas y no a todos les sale eso de borrar y empezar de nuevo cuando lo que se juega es la propia vocación. Yo la admiré celebrando que, tras su dulzura, haya una mujer valiente como en tantas ocasiones yo no llegué a ser y estoy segura de que, con el timón en su mano, va a encaminar su vida hacia el mejor de los puertos.

Sofía es otro ser sorprendente, Toda vez que la veo está emprendiendo algo siempre en el plano artístico. La porcelana, el dibujo, el oregami, el

trenzado artesanal, la pintura, el decoupage, el tejido, todos los campos de la habilidad humana son transitados por ella, asumidos e incorporados.

Pero además, la sabiduría la lleva a emprender con éxito todo cuanto tenga que ver con relaciones humanas, es el ser más amigable del mundo y con sus amigas, también es creativa para inventar juegos y para encontrar la diversión dondequiera que esté.

Ser de su edad y jugar con ella debe ser un placer de los grandes porque hasta yo, anciana y todo, lo llego a sentir cuando compartimos algún rato de juego. Y dejé para el final a mis dos nietas estrellas de los escenarios: Mariana y Miguela, ambas cantantes y bailarinas. Yo las veo sobre las tablas y pienso que a mí me hubiera sido más fácil componer una sinfonía o aprender sánscrito que llegar a bailar como ellas. Pero, a esta altura, qué importa, cuando ellas bailan yo lo hago con ellas, me desplazo, giro, salto, zapateo, me vuelvo ingrávida y leve como una mariposita en el jardín y en esos momentos de gracia, soy totalmente feliz.

Pero la felicidad la quiero para ellas. Pienso en Miguelita, la luz de mis horas en Ayacucho, la que recibía mis cuentos cada noche y quisiera verla en esta historia real: su vida, dueña de sí, soltando su creatividad y ante todo, dichosa de ser y de estar aquí.

¿Y ahora como se acaba esto?

Lo vengo pensando desde que empecé, hace dos meses largos.

Tal vez la crónica de mi propio funeral sería muy oportuna pero, por ahora, no se me dio y sigo teniendo una salud de hierro.



Pero los finales felices también suelen ser muy convenientes y tal vez este no sería tan forzado porque es cierto que suelo cosechar mis buenos ratitos de felicidad, claro que, en cuanto los quiero apresar se me escapan y no es fácil describirlos.

Tal vez lo más aproximado sería decir que en esos momentos veo claramente que hay un plan, un ordenamiento superior que es bueno o tal vez muy bueno y que mi vida encaja dentro de él en perfecta armonía. ¿Cómo sentir miedo entonces? Eso es lo mejor que he llegado a experimentar en mi vida pero, si pretendo ir más allá y buscar la mano que mueve los hilos ya se me aparecen las dudas, sé que lo mejor es cerrar los ojos y dejarme ir, como cuando hago la plancha en el mar, soñando que soy una medusa, un aguaviva buena recostada en el agua.

Sería muy pomposo decir que he experimentado la presencia de un Dios-Amor, humildemente, creo que sí, pero también debería agregar que muchas veces lo he llamado con desesperación y él se hizo el distraído o yo no supe leer sus mensajes.

Puedo decir que he probado el silencio de Dios casi tanto como su presencia y que aprendí a incorporar ambos a mi vida sin pretender ser Teresa de Avila, solo siendo Martha López y a veces ni tanto.

¿Cuántas personas he sido a lo largo de mi larga vida? A veces hasta yo me confundo entre todas ellas.

Esta crónica, me ha servido en parte, para ordenar el rompecabezas y descubrir que, desde aquella niñita tristonera hasta la que soy hoy, se pueden trazar bastante claramente líneas como las que se usan para seguir la trayectoria de los astros, hay constantes sí, pero el diseño resultante sigue siendo un misterio.

Las rutinas de la anciana

Y la vida de esta mujer, añosa pero aún sin achaques, va siguiendo increíblemente apacible y por momentos hasta feliz.

Suelo reírme bastante, sobre todo de los pequeños incidentes y de mis desastres domésticos. A veces en estos últimos intervienen mis nietos como aquel día, trágico para mí, en que galileo había depositado una paloma viva en el living, ella no se quería ir por la ventana abierta y yo no me animaba a atraparla.

Con aquella situación ridículamente difícil, acudió Juan Manuel llamado por mí. Acudió al momento y su accionar fue una bendición. Nunca dejaré de agradecerse al futuro ingeniero que es, además, tan bueno y querible.

Dentro de las rutinas tendría que mencionar los talleres, aquel de escritura y el de literatura de hoy que me ayudan a refrescar las neuronas en eso campos, mi inclusión loca en la Comisión Directiva del CH99, el jardín que planté bajo mis ventanas, mis tejidos uniformemente deformes, el advenimiento de Martita Limón, la cachorra bassethound que nació en lo de Lucía y tanto más que no podría escribir.

Lo que si tiene un relieve especial en este rubro de rutinas son los viajes a Buenos Aires, en principio con Mao, alguna vez con Inés y Lucía, luego con los cinco hijos. El año pasado se sumó Eduardo y fue bueno poder compartir también con él las comidas, la caminata por La Recoleta y sobre todo la función de “La ilustración”; la obra con la que Miguela se estrenaba en un escenario de Buenos Aires.

El cariño que nos tenemos todos sigue siendo un componente mágico, tal vez un regalo que no sé si nos merecemos y que a veces no llegamos a entender.

El otro día nos reunimos en el salón de mi casa y éramos 32 convocados por Pedro con su espacio FliaBritodelPino y seguía viva la alegría de estar juntos y seguir descubriéndonos.

A veces pienso ¿me merezco todo esto? En general creo que soy una anciana más bien bondadosa, un poco maligna pero sin maldad ostensible.

A la iglesia no voy pero a veces creo que hay momentos de oración en mi vida, aun cuando no sean formulados como tales.

A veces me pregunto a donde fue a dar mi catolicismo militante, pero sé que en lo íntimo, más allá de que no me guste el obispo o el Papa, las bienaventuranzas siguen escritas en forma indeleble.

Nunca me gustó hablar de religión pero para el que quiera saber cual ha sido mi camino tantas veces olvidado y tantas veces retomado, de acercarse a Jesús, mejor lo dejo hablar a él en el evangelio de San Mateo Cap. 25:

“Entonces el Rey dirá a los que están a su derecha: bendecidos de mi Padre vengan a tomar posesión del Reino que está preparado para ustedes desde el principio de los tiempos.

Porque tuve hambre y me alimentaron, tuve sed y me dieron de beber, estuve sin casa y me vistieron, estuve enfermo o encarcelado y me visitaron.

Y los buenos preguntaran: ¿cuándo te vimos hambriento te dimos de comer, sediento te dimos de beber, o sin hogar te recibimos o sin ropa te vestimos o enfermo o en la cárcel y te fuimos a ver.

El Rey responderá: “En verdad les digo que todas las veces que lo hicieron por los más pequeños de sus hermanos lo hicieron por mí.”

Con esa medida he intentado medirme aunque siempre terminé constatando que me quedaba demasiado grande.

El Hoy, un regalo

Estar viva, estar sana, estar abierta a lo nuevo, sentirme abrigada por mis afectos, haber desterrado a la culpa, no caminar en puntas de pie, no sentirme infalible y sobre todo, saber que no soy tan importante ya parece un cúmulo de razones para agradecer.

Pero la vejez me ha regalado otra maravilla: liberada de los mil pruritos e inhibiciones que me ataban, puedo comunicarme con la gente con una facilidad que no es mérito mío, ya sé, es un regalo, un don que se presentó y del que me hice cargo sin saber bien de qué se trataba.

Se da así: miro a cualquiera, joven o viejo, rico o pobre y al instante se establece un puente. Tal vez porque suelo poner cariño en la mirada pronto percibimos, el otro y yo, que sería posible seguir caminando juntos por tiempo indefinido. Es un misterio, un misterio gozoso que por momentos me asombra y hasta un poco me asusta, tal vez porque no sé bien hacia donde volcarlo.

Por lo demás, me sigue gustando el mundo; mi casa, mi entorno, los ramajes amarillos del otoño, los atardeceres y las mañanas, la lluvia mansa, los libros, los niños, los gatos y los perros, las plantas, la música, los amigos de siempre, el chocolate amargo y si estoy viva, sé que la primavera próxima iré a descubrir el estallido de la flor de la glicina donde sé que estará, puntualmente esperándome. Amén.

Una última y necesaria salvedad

Esta historia que me ha ido brotando es, como dije al principio, mi versión, pueden existir otras, tal vez contrapuestas y no estaría mal que alguno saliera al ruedo y se animara a compartir la suya.

Pero además y más importante aun: la historia no está terminada. Es lindo pensar que mañana, mis hijos, mis nietos o mis bisnietos podrán irle agregando sus propios tramos porque también es lindo saber que la vida es una, un gran río que corre y se renueva del que todos formamos parte.

Por último: gracias a los que me alentaron en esta empresa tan disfrutable pero, en especial, a la paciencia y al cariño de mi hija Paula sin los que ella jamás hubiera sido.

Indice

<u>Memorias</u>	<u>1</u>
<u>Martha Sélka</u>	<u>1</u>
<u>LIBRO 1.....</u>	<u>2</u>
Introito.....	2
La madre	2
De luto	4
La abuela que se perdía.....	6
El cerco de arvejillas.....	17
Papá.....	19
Candidatas rondando.....	27
El Club de los Solos.....	28
El elegido	30
Ina.....	31
Cazando mariposas.....	38
El hongo de Terra	40
“Villa Holganza”	43
Arranquen las hortensias!!!	44
El Colegio.....	46
Esclavas.....	51
Mi abuelo.....	52
Radiotelefonía, varicela y conflicto mundial	57
¿Estás ahí?.....	59
Monja.....	63
La abundancia.....	64
Quince años	66
El Colegio era una fiesta: la liberación de París.....	68
El I.A.V.A.....	69

Mudanzas	72
Casamiento y mortaja del cielo bajan (Yo agregaría que lo malo es cuando bajan a la vez)	73
Aquellas cartas.....	75
Adiós abuela.....	78
La Kantuta.....	80
Más de aquel invierno del 56.....	81
Los ineludibles pasos previos	82
Nuestra casa, casa de muchos	84
El casamiento	84
La Tuna.....	86
Conviviendo en pareja.....	87
Embarazo.....	88
Pero no todo fue fácil.....	89
<u>LIBRO 2.....</u>	91
Dudas.....	91
Nuestra hija.....	91
Viene el segundo.....	93
Ana Silvia	97
Nueva mudanza: 21 de Setiembre 1960.....	98
Otra subasta.....	99
Parientes inesperados	100
Los objetos	101
Los pañales.....	102
Redes	103
“Dulce es la vida”.....	104
Y siempre los libros	105
Creciendo	106

Arlinda	106
Eduardo carpintero	108
Roles	109
El tiempo vuela	110
Vacaciones de los cuatro	110
Novedades del 60	111
Pobre Malthus	112
Hermanos	114
Eduardo abogado	115
Ecos	115
“Vendedor Ambulante de Abalorios”	116
“Abenámar, Abenámar ...”	116
Y llega el tercero: 9 de setiembre de 1961- hora 17.10	118
Vida de familia	119
No!!	120
Vacaciones	121
Diálogos y cumpleaños (de aquel cuaderno verde en el que yo anotaba las genialidades)	122
Las plantas carnívoras	124
María Falco	125
La Escuela	126
El mareo	127
Mis escapadas con Uge	127
Compañeros de juegos	128
Conociendo a mi madrastra	129
<u>LIBRO 3</u>	132
Viaje a Brasil	132
Jubilación	134

La máquina de tejer.....	135
“Me avanzó!”	136
U.P. 4190.....	137
El desgarro.....	140
Cada día era una fiesta	141
El sonámbulo.....	142
Y otro más!	144
La carrera judicial.....	144
Correspondencia: Aquellas cartas... ..	146
De las cartas de Eduardo	150
Un verano difícil de olvidar.....	152
Y era niña!	153
Gran mudanza gran.....	155
Minas en abril	156
La contra mudanza.....	159
Intrusos en el dormitorio	161
El barrio otra vez	162
El rancho de La Floresta.....	163
La IFA.....	164
El quinto.....	166
Adiós Graciela.....	166
La diaria.....	167
Lucía.....	169
Creciendo	170
Renée Olivera.....	171
Tarariras y repuestos	172
Los domingos.....	173
El anormal.....	174

Cuantas cosas pasaban afuera . . .	176
El otro.....	177
Los bomberos.....	178
Ibicuy 1235	180
La disyuntiva.....	181
Aceptaciones.....	182
Y más y más presagios.....	184
Los vecinos.....	185
Un descanso: fines de semana en Solymar.....	186
Las copas y la sorpresa	187
Nuestra casa	188
Ya en Punta Carretas.....	189
LIBRO 4.....	193
María Inés va a la escuela ..y Paula al liceo	193
Los liceos populares.....	194
Nuestros vecinos	196
La Parroquia.....	197
Nicolás	199
Y después.....	202
El golpe.....	202
La oca.....	204
La resistencia	205
Los autos.....	207
Sonidos aromas y sabores	209
La gran fuga.....	212
Ariel y Calibán.....	213
La visita cargosa.....	216
Homo faber	217

La bomba	218
Aclaración.....	220
Rosina y El gusano Loco	221
El busto.....	223
Cristina y Juanjo	224
Las flores	225
Jaime tu tío.....	227
La historia del televisor color.....	229
Los 15 de Paula	231
“Ya fracasó”	232
Cultura en baja.....	233
Ina cobra su jubilación	234
Borrón	235
“A mí me gusta...”	237
Mao y sus amigos	238
Apendicitis	239
Despedidas.....	240
Veneno	242
Motos.....	243
Diego en el horizonte	245
Paula se va.....	247
Cambios	248
El Loraga.....	249
De caza	250
La suspiradora.....	251
El grillo	252
<u>LIBRO 5.....</u>	255
Desbordes en el penal de Punta Carretas.....	255

Las plantas.....	256
El nieto.....	257
Gran baile gran.....	258
Lucía y la geografía.....	260
Uge cantinero	262
Nace Andrés	263
El accidente	264
María Inés.....	265
Paula viaja con Andrés.....	266
Mao se nos casa.....	267
El Pallotti.....	269
Adiós a mi padre	270
El plebiscito del 80	271
Eduardo viaja a México	273
Los 15	274
El Checo.....	275
La sorpresa.....	276
“Abuela: tú trepas?”.....	277
Y viene Pedro.....	278
Y después Paulita, Xóchitl o Xitlali.....	280
Vacaciones en la Barra	282
El beso y el jalón.....	283
Novedades del 82	284
Ina enferma	285
Nace Martín.....	286
Chacras en primavera.-.....	287
Diego y Paula se mudan.....	288
Beba en casa- El “gato”	289

Lucía quiere trabajar.....	290
Llegan Pedro y Martín.....	291
La murga.....	291
LIBRO 6.....	293
El jardín de los ruiditos.....	293
El 87. Ina se va.....	294
El casamiento de Uge y Daniela.....	294
El anuncio.....	295
Todo se mueve.....	296
Balizas.....	297
Los últimos tiempos en Punta Carretas.....	299
Aquel Invierno	300
Lucía de Parto	301
Antes de la partida.....	302
La casa de Ayacucho.....	304
Viene Mariana, 1990.....	307
Adaptados.....	308
La centella.....	309
Pacheco.....	311
María reincide.....	312
¿Cómo pude?.....	313
Señales de vida.....	315
El liceo y los amigos.....	316
Con Mao a Buenos Aires	318
Federico.....	319
Vacaciones en Parque del Plata.....	320
Conviviendo con mis nietos	322
Sobre Gatos	324

El 2001: un año complicado	326
Sofía	327
Un susto: Mao baleado	328
El evento	330
Entretanto en Ayacucho. Reconstrucción	331
El viaje	333
Amigos	334
Andrés abogado	336
Cambios	336
Descubrimientos: la instalación en el apartamento del CH99	337
La dulzura	339
El periplo de Diego	340
Agustín en la Universidad	342
Lao - Galileo	342
Otra vez tiempo de mudanza	343
Y hasta un bisnieto!	344
Pedro y Nati	347
Mis nietas creativas	348
¿Y ahora como se acaba esto?	350
Las rutinas de la anciana	352
El Hoy, un regalo	354
Una última y necesaria salvedad	354
<u>Indice</u>	355